CHRISTINA

LARSSON

EL QUINTO LIBRO DE MOISÉS

EL QUINTO LIBRO DE MOISÉS

INGRID BERGMAN

I

Christina Larsson

Traducido por Albert Herranz

© Christina Larsson, 2013

© de esta edición: Word Audio Publishing International/Gyldendal A/S, Copenhague 2023

Klareboderne 3, DK-1115

Copenhague K

www.gyldendal.dk

www.wordaudio.se

Título original: 5:e Moseboken

ISBN 978-91-80348-41-6

Traducido por: Albert Herranz

Diseño de cubierta: Anders Timrén

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal.

Prólogo

—Despierta, Erik, despierta. Tu padre quiere hablar contigo.

Unas manos bruscas sacudieron con fuerza sus hombros delgados y él se sentó medio dormido mientras se frotaba la cara con las dos manos frenéticamente. Por lo general, solía ser su madre quien lo despertaba. ¿Qué hacía allí, en la habitación, el sirviente de su padre a altas horas de la noche? Enseguida se espabiló.

—Date prisa, Erik. Ya sabes cómo se enfada tu padre si te haces el remolón.

—¿Qué pasa, Joseph? ¿Por qué quiere verme mi padre?

—No preguntes, acompáñame.

—Pero… —protestó Erik.

Joseph, que había comenzado a andar hacia la puerta, se giró y con el dedo índice sobre la boca le pidió que se callara. Su mirada era triste. Erik lo siguió. Atravesaron con rapidez la casa y salieron por la puerta, adentrándose en la noche oscura donde los grillos chirriaban ensordecedores. Erik tenía frío en la fresca noche y se ajustó más al cuerpo la chaqueta del pijama.

—¿A dónde vamos, Joseph?

Joseph no contestó.

—¿A dónde vamos, Joseph? —volvió a preguntar, ansioso.

Pero Joseph seguía sin contestarle y Erik dejó de preguntar. Iba detrás de Joseph medio corriendo hasta que llegaron a la pequeña iglesia de madera con tejado de hojas de palmera en la que su padre era el párroco.

—Ahora, tienes que arreglártelas solo. Tu padre te espera en la sacristía.

Erik entró lentamente en la sala grande y fría de la iglesia. Con el corazón palpitando, continuó hacia la luz llameante que provenía de la puerta semicerrada al fondo de la iglesia, la puerta que daba a la habitación que recibía el nombre de sacristía.

Dentro estaba su padre vestido de pastor con la espalda vuelta hacia él.

—Padre —dijo dubitativo—. Padre, ¿quería verme?

—Hijo mío —contestó con voz severa y dándole todavía la espalda —, has pecado, y como el siervo del Señor que soy tengo que castigarte, aunque ello me duela.

El miedo se adueñó de Erik, que cayó de rodillas y unió sus manos en súplica. En su cabeza, como llevados por un torbellino, los pensamientos iban y venían. No se le ocurría qué podía haber

despertado la ira de su padre.

—Padre —comenzó con prudencia.

—Calla, hijo. Hoy te he visto con las chicas. He visto cómo os pintabais los labios y te vestías como si fueras una mujer. Voy a enseñarte a no vestirte nunca más como una mujer, ya que es una abominación a ojos de Dios, Nuestro Señor. Quítate el pijama y ponte la ropa que hay en esta silla. Y date prisa, o saborearás el bastón.

Erik no entendía a qué se refería su padre, pero tenía miedo al bastón; demasiadas veces lo había cubierto de moratones cuando su padre se había visto obligado a castigarlo. Con rapidez, se deshizo de la parte superior del pijama; se bajó los pantalones y con ayuda de los pies acabó de quitárselos. Fue a la silla y cogió un vestido rojo brillante, casi transparente. Nunca había visto una tela igual. Con cuidado, se lo puso y sintió la caricia suave de la tela contra su delgado cuerpo infantil.

Su padre ya no le daba la espalda y en su mirada había algo que Erik nunca le había visto.

—Toma —el padre le dio un pintalabios rojo intenso—, ponte esto también.

Erik no comprendía qué estaba pasando, pero tenía miedo y no se atrevía a preguntar. Una vez se hubo pintado los labios, su padre le sonrió y Erik se relajó por un momento.

—Colócate contra la mesa dándome la espalda. —Erik obedeció por miedo al bastón—. Inclínate hacia delante.

Erik se inclinó tanto como pudo hasta que sus mejillas descansaron sobre la dura mesa de madera.

Oyó cómo su padre removía sus ropas y, de repente, el vestido que llevaba puesto se alzó hasta cubrir su espalda. Estaba con el trasero al aire. Erik cerró los ojos con fuerza. «No, el bastón no. El bastón no», gritaba en su interior. Entonces sintió algo duro y caliente entre sus nalgas. Erik apretó los labios y cerró los ojos intentando no llorar.

—Por favor, padre, el bastón no. Por favor, padre…

—No es el bastón, hijo —jadeó el padre con voz espesa—. Es otra cosa que te enseñará a no vestirte nunca más con ropas de mujer.

Después Erik sintió cómo aquella cosa dura y caliente penetraba entre sus nalgas, y un dolor cortante e indescriptible se extendió por sus genitales.

Lunes, 17 de abril

Hora 08:53

La inspectora jefe Ingrid Bergman estaba en su oficina en el cuarto piso de la comisaría central en la plaza Ernst Fontells Plats en Gotemburgo y miraba por la ventana. Era lunes por la mañana y llovía a cántaros. Toda la ciudad estaba envuelta en una neblina gris. Desde su oficina podía ver la calle Skånegatan y el nuevo estadio de fútbol de Ullevi. Los coches se movían lentos en el tráfico matinal, y las pocas personas que paseaban lo hacían con las cabezas bajas y las manos en los bolsillos. Sus pensamientos fueron a parar, en contra de su voluntad, al caso que esperaba su atención en una carpeta sobre la mesa que estaba a su espalda. A las cinco de la mañana, se había encontrado a dos hombres víctimas de una paliza salvaje en la calle Andra Långgatan. Ahora estaban inconscientes en la UCI del hospital de Sahlgrenska.

La semana pasada habían acabado tres investigaciones difíciles en las que ella había llevado la responsabilidad. Y, cuando dejó la comisaría el viernes y se fue a casa, por primera vez en mucho tiempo contaba con un fin de semana libre en el que no tendría que ocupar sus pensamientos en algún caso pendiente. Esa mañana, apenas había entrado por la puerta cuando ya estaban informándola del caso del que tendría que encargarse. Sentía cómo la irritación crecía al pensar en la forma tan chapucera en la que se había llevado hasta que había llegado a sus manos.

Los pensamientos de Ingrid se vieron interrumpidos por unas voces que provenían del pasillo y giró su mirada a la puerta al mismo tiempo que la persona más encantadora de la comisaría, Thomas Alfredsson, entraba en su oficina seguida de Karin Falk, Viking Johansson y Nina Hamilton. Todos pertenecían al núcleo de su grupo de investigadores.

—Buenos días —dijo cuando todos se hubieron sentado.

En cuanto se callaron, Ingrid se enderezó en la silla y se bajó las gafas de leer que tenía puestas sobre la cabeza como si fueran una diadema.

—Anoche, a las cinco de la mañana, dos hombres fueron golpeados en el barrio de Masthugget con lo que parecen bates de béisbol. En este momento están en la UCI de Sahlgrenska. Todavía están

inconscientes. Creo que podemos suponer que es el mismo autor o autores. Alguien que quiso mantener el anonimato llamó a las 04:52. La persona en concreto dijo que un hombre yacía con la cabeza ensangrentada en la calle Andra Långgatan y luego colgó. La misma persona llamó a las 05:37 y preguntó por qué no se había enviado una ambulancia, ya que el hombre en cuestión todavía estaba en la calle. Un coche de la policía y una ambulancia atendieron el aviso a las cinco. Recogieron a un hombre en la calle Andra Långgatan. Después de la segunda llamada, resultó que había otro hombre inconsciente a unos ciento cincuenta metros del primero en la misma calle. O sea, eran dos las personas que había sido víctimas de una agresión.

—¿Los compañeros no comprobaron los datos con la central la primera vez que respondieron al aviso? —preguntó Karin.

—Sí —contestó Ingrid—, pero los policías que iban en el coche y respondieron al aviso son parte del proyecto de intercambio y no conocen la ciudad tan bien como nosotros. No era el número correcto, pero, como se trataba de un aviso anónimo, no se extrañaron de que no coincidiera. Era la calle indicada y encontraron a un hombre herido. No sabían que Andra Långgatan tiene quinientos metros de largo.

—¿Es posible que hayan sido los fenómenos de la reserva india de Grebbestad los que han metido la pata otra vez? —preguntó Thomas, poniendo los ojos en blanco—. ¿Cuánto tiempo va a durar el programa de intercambio? Dos de nuestros agentes están en Grebbestad. A cambio, nos han dado a dos viejos con sobrepeso que no tienen ni idea de lo que implica un trabajo policial real.

Ingrid suspiró para sus adentros. La sección de Estrategia y Desarrollo de la Dirección General de la Policía había recibido el encargo de crear nuevos métodos y sistemas para mejorar la efectividad dentro del cuerpo. Ahora habían decidido que los policías de poblaciones pequeñas intercambiaran sus puestos con compañeros de las ciudades de Gotemburgo, Estocolmo y Malmö durante un periodo de uno a cuatro meses. El programa llamado Proyecto de Estimulación había facilitado a la policía de Gotemburgo información del estado de la competencia policial en las poblaciones pequeñas del país. ¿O tal vez los métodos y el ritmo de trabajo que la policía de Gotemburgo interpretaba como anticuados eran ideales en las provincias? ¿Era posible que un tipo de policías fuese más adecuado para la gran ciudad y otro, para las localidades menores? Ingrid no tenía la respuesta a esas preguntas, lo único que sabía era que su trabajo les afectaba de forma negativa.

—Tenéis que hablar con los compañeros de Grebbestad que acudieron. —Con la cabeza, señaló a Thomas y a Karin—. Se llaman Hultberg y Svahn.

Ingrid cogió el montón de carpetas que tenía delante y comenzó a repartirlas.

—No pone nada de la llamada. Tan solo cinco líneas —dijo Karin interrogando con la mirada a Ingrid.

—Lo sé. Por eso es importante hablar con los señores Hultberg y Svahn. Tiene que haber más. Thomas y tú también tendréis que hablar con el personal sanitario de la ambulancia que acudió al lugar.

—¿Y la persona anónima que llamó? —preguntó Nina—. ¿Se sabe algo de ella?

—Según nuestros datos, las llamadas se hicieron desde el mismo número de teléfono. El número pertenece a una señora llamada… —Ingrid miró la carpeta—. A ver, Marta Cronström, con dirección en la calle Andra Långgatan.

—¿Ha hablado alguien con ella? —volvió a preguntar Nina.

—No, pero tal vez sea buena idea hablar primero con los que recibieron la llamada. Si ha sido Marta Cronström la que ha llamado dos veces y quiere mantener el anonimato, estaría bien tener un poco de información previa sobre las llamadas, por si se resistiera a dar su testimonio.

—¿Anónima? ¿En qué década se piensa esta Marta que vivimos? —exclamó Thomas—. Llamar desde un teléfono fijo y pensar que podrá mantener el anonimato…

Ingrid lo miró con media sonrisa. Thomas Alfredsson medía un metro noventa y siete centímetros descalzo, tenía noventa y dos kilos de músculo y una forma encantadora de ser que encandilaba tanto al público televisivo como al femenino. Había participado en el programa de televisión Los gladiadores hasta se cansó. Como investigador era un gran recurso, ya que las personas se abría a él con facilidad. Tenían la sensación de que ya lo conocían, pues lo habían visto en la televisión. Su tamaño inspiraba también respeto, la mayoría de la gente se lo pensaba más de dos veces antes de meterse con él. Thomas solía trabajar con Karin, que era totalmente opuesta a él. Lo único que tenían en común era que estaban en excelente forma física. Karin era callada y sensata, tenía el pelo corto y castaño, y ojos grises. Su manera discreta de ser y la tranquilidad que transmitía infundían respeto y confianza tanto a sus compañeros como a la gente en general. Además, tenía una memoria fotográfica, se acordaba de todo. «Es una gran suerte tenerla en mi grupo», pensó Ingrid antes de contestar.

—Por suerte para nosotros, no todos son igual de discretos. Nuestro trabajo se vuelve un poco más sencillo así. De todas formas, quiero que Viking y Nina vayan a la calle Andra Långgatan y visiten a nuestra anónima Marta Cronström, o a quien sea que llamara. Thomas, tú y Karin iréis al hospital de Sahlgrenska; hablad con los

médicos, a ver si las víctimas han despertado y podéis sacarles algo. Controlad sus datos personales y si se ha contactado con algún pariente o amigo. Si tenemos suerte, lo resolveremos en unos días. —Miró el reloj—. Dentro de cinco minutos tengo que ver al jefe, vamos a reunirnos con el fiscal otra vez y a repasar algunos detalles del caso que cerramos la semana pasada. —Ingrid miró a su alrededor—. ¿Ha quedado todo claro o hay alguna pregunta?

Todos los reunidos negaron con la cabeza.

—Nos vemos a las tres para repasar los dados que recopilemos. Si pasa algo extraordinario o urgente, llamadme al móvil. —Ingrid se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta.

—¿Y el bate de béisbol, qué pasa con él? —preguntó Viking—. Dijiste que los habían golpeado con un bate de béisbol.

Viking hacía el inventario de todo lo relativo a los casos que investigaban. Registraba todo en el ordenador y lo ponía a disposición de los miembros del equipo. Ese día lucía una camisa blanca planchada de Oscar Jacobson y unos chinos de color azul marino con un discreto cinturón de cuero. Los cuidados náuticos y su pelo negro peinado hacia atrás daban una impresión elegante. Hombres como él no se veían con frecuencia, Ingrid era consciente de ello. Por desgracia, no le interesaban las mujeres.

—Tienes razón, el bate de béisbol. —Ingrid se sentó de nuevo—. Los policías de Grebbestad encontraron un bate de béisbol a unos metros de la segunda víctima. Parece ser que había rastros de sangre o de algo parecido. Nina, habla con los forenses a ver si han tenido tiempo de echarle un vistazo y si pueden darnos un informe preliminar.

Nina era la más joven de los inspectores. Sus vivaces ojos marrones y los profundos hoyuelos de sus mejillas eran una prueba evidente de que tenía facilidad para reír. Siempre llevaba el pelo moreno recogido en una balanceante cola de caballo y su flequillo recto estaba lleno de irregularidades, tantas que Ingrid sospechaba que se cortaba el pelo ella misma. Nina, en realidad, era la única normal del grupo. Estaba casada, tenía dos hijos y vivía en un adosado en Askim. En su tiempo libre se dedicaba al jardín y se relacionaba con otras familias con niños. Era un sano recordatorio para los demás de que había una vida fuera del trabajo policial, de que lo normal era tener hijos y familia, lidiar con una suegra pesada y con el hecho de que el perro no aprendiera nunca a hacer sus necesidades fuera de casa.

—¿Alguna cosa más? —Ingrid miró por segunda vez a los reunidos, que negaron con la cabeza—. Bien, nos vemos aquí a las tres.

Cogió su cuaderno y un bolígrafo, y se dirigió con grandes zancadas a la oficina del jefe de sección. Albert Tingström había sido el jefe durante nueve años. Era bueno, siempre mantenía la calma y

era diplomático. Al principio, su tranquilidad como persona del norte de Suecia y sus grandes pausas entre las frases la habían estresado. A veces, en medio de una frase, era capaz de levantarse a buscar una taza de café, para luego continuar con la frase como si el tiempo no hubiera pasado. Podía ser muy frustrante cuando, estando en una investigación, se reunía con él para explicarle cómo iba. Con el tiempo había aprendido que era su forma de tranquilizar a la gente, de darles tiempo de pensar las cosas y así asegurarse de que no quedaba nada por decir. Era peor tener que volver hacia atrás en una investigación, o empezar otra vez, porque no se había trabajado con suficiente amplitud de miras desde el principio. La puerta de Tingström estaba abierta, así que Ingrid golpeó con suavidad el marco. El jefe de sección alzó la mirada de los papeles que estaba leyendo y, con la cabeza, le indicó que pasara.

—Hola. Entra y siéntate. Nuestro querido fiscal acaba de llamar para decir que llegará un cuarto de hora tarde. Ve a por un café.

—No, gracias. Son las nueve y media y ya he tomado tres tazas. Creo que el café de la máquina sabe peor hoy que en otras ocasiones. Tal vez es porque hace unos días que no lo bebo. Debe provocar abortos, tendrían que poner un cartel avisando de su peligro.

—¿Cómo abortivo? —preguntó sorprendido Tingström, y miró a la barriga de Ingrid.

—Olvida lo que he dicho. Voy a buscar café. ¿Tú quieres?

—Sí, gracias.

Ingrid sonrió para sus adentros de camino a la máquina. De vuelta, se sentó en una de las butacas reservadas para los visitantes, colocadas enfrente del enorme escritorio de caoba de Tingström. Los dos sorbían con cuidado el café caliente, reclinados sobre sus asientos. Al cabo de un rato, Tingström interrumpió el silencio.

—Acabo de hablar con el jefe de la policía regional y le he comentado que tenemos problemas con los compañeros de Grebbestad, pero opina que, si los sancionamos, podrían herirse sensibilidades. Tiene miedo de que, si le llegaran noticias de ello a la Dirección General, esta piense que estamos minusvalorando a los policías en vez de apoyarlos, que es el objetivo del proyecto de intercambio.

—¿Qué? —Ingrid dejó su taza, salpicando café sobre la mesa—. Vaya forma de hacer las cosas, veo que hay mucho miedo de molestar a los jefes.

—Sí, quizá todo pueda resumirse de esa manera —dijo Tingström sonriendo a Ingrid.

—Hola. —El fiscal Per Schildt saludó desde la puerta.

—Hola, ¿cómo estás? —Tingström se levantó a medias de la silla para indicar con un gesto hospitalario la butaca que quedaba libre

junto a Ingrid—. Siéntate. Estamos hablando sobre cómo debemos interpretar el proyecto de intercambio ideado por la Dirección General. Será interesante leer el informe final cuando haya acabado.

—Sí. Según algunos rumores, no ha sido del todo positivo. ¿Qué ha pasado ahora?

—Los policías de Grebbestad otra vez. Ayer respondieron a un aviso de agresión en la calle Andra Långgatan y lo único que hicieron fue mirar cómo la ambulancia se encargaba del herido; después, se fueron a tomar un café. Al segundo aviso, sobre otra agresión en la misma calle, acudieron también ellos. Volvieron a intervenir con su estilo atento y se dedicaron a ver al personal sanitario trabajar. Uno de los sanitarios de la ambulancia encontró un bate de béisbol cerca del lugar y se lo dio a los policías, que tuvieron la lucidez de hacérselo llegar a los forenses antes de irse a casa. Ahora es Ingrid quien se encarga del caso.

—¿Y cómo va? —Per Schildt se giró hacia Ingrid.

—No sé mucho todavía. Thomas y Karin están de camino al hospital de Sahlgrenska para hablar con las víctimas. También tienen que hablar con el personal de la ambulancia y con nuestros colegas de Grebbestad. Nina y Viking van a entrevistarse con una posible testigo. Hemos quedado a las tres, después sabré más detalles.

—Veo que controlas la situación, Ingrid. ¿Tienes alguna sospecha?

—No, pero, si las víctimas conocen a los agresores, en un día o dos los habremos detenido.

Lunes, 17 de abril

Hora 15:01

Ingrid se sentía tranquila y calmada. Per Schildt había conseguido sacarlos a Tingström y a ella de la comisaría para comer en la Brasería Lipp, que estaba en la Avenida, la calle principal de Gotemburgo. Schildt los había entretenido con anécdotas de su época de estudiante de Derecho y, en el camino de vuelta, el sol primaveral atravesó la neblina gris; de repente, parecía que el aire se llenaba de esperanzas e ilusiones. Tingström había dicho que pensaba estar presente en la reunión por la tarde para ver hacia dónde se dirigía la investigación. Si le daba la impresión de que sería complicada y larga, no les adjudicaría más casos. Ingrid pensaba que Tingström tenía una habilidad para detectar los que podían ser importantes; no solía implicarse en la etapa inicial de una investigación, pero, cuando lo hacía, se demostraba que había tenido un criterio acertado. Ingrid esperaba que esa vez se equivocase. Se le hacía cuesta arriba pensar que un caso que apenas había comenzado podría derivar en un proceso largo y difícil como el que acababan de cerrar, que había durado siete meses. No se veía capaz de responder con la energía y el aguante necesarios. Tal vez debiese pedirle a Tingström que pusiera a otra persona a cargo al principio de la investigación, pero ¿a quién? Supo la respuesta en el momento en que se hizo la pregunta. Nadie. Se conocía lo suficiente a sí misma para saber que no tardaría en intentar encargarse del caso. La única diferencia entre ser ella u otra persona era que, de no ser ella, conseguiría con toda probabilidad entrometerse en el trabajo de la otra y se ganaría un enemigo en casa. Si era inspectora jefe, tenía que apechugar y no darse por vencida solo por cansancio y desgaste. Habría sido como escribirse a fuego en la frente que estaba acabada y había muchos candidatos que querrían coger su trabajo. Todos estaban sentados, Tingström incluido, y hablaban entre ellos esperando a que ella comenzara. El tema de conversación, cómo no, era el tiempo. Ingrid miró el reloj, se enderezó y respiró hondo para reunir fuerzas y concentrarse.

—Bien. Mejor vamos al grano. —Ingrid se giró hacia Thomas y Karin—. ¿Cómo os fue en el hospital?

Se miraron antes de decidir quién comenzaba. Thomas asintió a Karin.

—Bueno, no era tan sencillo como parecía. Sabemos quiénes son los agredidos. Ninguno de los dos ha sido víctima de un atraco. Los dos tienen la cartera, el móvil y las llaves. El último hombre encontrado todavía está inconsciente, ya que tiene una fractura craneal con hemorragia interna. El médico con el que hablamos nos dijo que no estaba seguro de si sobreviviría. El escáner mostraba poca actividad en el cerebro, y si sobrevive, sería con graves secuelas.

Casi se podía cortar el silencio que siguió. Todos eran conscientes de que podía tratarse de un asesinato.

—El hombre tiene cincuenta y seis años, se llama Lars-Ove Karlsson y es de Grebbestad. Ahora mismo no tenemos más información. Una enfermera ha intentado contactar con sus familiares, pero no ha tenido éxito. Thomas y yo hemos mirado el padrón y los registros habituales. El hombre está empadronado en Grebbestad, es soltero y no tiene hijos. Tampoco tiene antecedentes penales.

Karin alzó la mirada de sus apuntes para dar tiempo a los compañeros a asimilar la información antes de seguir:

—La segunda víctima es Johan Wilhelmsson, tiene treinta y cuatro años y es director de un coro religioso en Bankeryd. Está consciente y, según el médico, su ángel de la guarda estaba presente durante la agresión, ya que solo tiene una conmoción cerebral, dos costillas rotas y unos puntos en la parte posterior de la cabeza. Ingresó inconsciente, pero en cuanto se despertó insistió en que quería irse a casa.

»Cuando hablamos con él, estaba muy enfadado porque habían contactado con su esposa, y pensaba denunciar al hospital por no haber respetado su privacidad. No quería hablar sobre la noche de los hechos ni sobre qué hacía en Gotemburgo. Estaba muy alterado y opinaba que nos metíamos en su vida privada. Según dice, no ha visto, oído ni hecho nada ilegal, ni tiene nada que denunciar. Nos amenazó con denunciarnos por acoso si no lo dejábamos en paz. La enfermera que contactó con su esposa nos dijo que a esta la había sorprendido mucho que su marido estuviera en Gotemburgo.

—O bien es un paranoico, o está muerto de miedo —intervino Thomas—. Se comportó de una forma muy extraña. ¿Qué opinas tú, Karin?

Karin asintió.

Ingrid se levantó y apoyó las manos en la mesa.

—Veamos toda la información antes de empezar a especular sobre qué hay detrás de la agresión y la actuación del chantre. Vamos a por unos cafés, que parece que esta reunión va a ser larga.

Una vez de vuelta, Ingrid tomó un sorbo de su taza para después dejarla sobre la mesa y así indicar que la reunión continuaba.

—Nina y Viking, ¿cómo os fue?

Viking pasó las hojas de su cuaderno y carraspeó.

—Bueno, comenzaré diciendo que estoy con Karin en que este caso no es tan sencillo como parece. Empezando con las llamadas. Las dos venían del mismo número, que pertenece a Marta Cronström, quien vive en la calle Andra Långgatan; así que allí fuimos. Nina tuvo que desplegar todos sus encantos para que la señora abriera un poco la puerta y pudiéramos mostrarle nuestra identificación. Al final, tuvimos que amenazar con llevarla a comisaría e interrogarla allí. Entonces empezó a llorar mientras abría y nos dejaba pasar.

»Después de un rato de hablar y de calmarla, al final reconoció que fue ella la que había llamado al 112 para avisar sobre el hombre que había visto tirado en la calle frente a la ventana de su cocina. A consecuencia de la edad, le cuesta dormir y, por lo general, se despierta sobre las cuatro de la mañana; así que se levanta y pone la cafetera mientras espera a que llegue el periódico. Esa mañana por casualidad miró por la ventana y vio un hombre en el suelo, que parecía sangrar abundantemente por la cabeza.

»Prefirió mantenerse en el anonimato para que no la involucrasen en nada, solo quería ayudar. —Viking suspiró—. No llegamos más lejos con la señora, pero tanto Nina como yo tenemos la sensación de que miente o no nos dice toda la verdad. Creemos que ha visto más de lo que nos cuenta.

Thomas golpeó con toda su fuerza su carpeta contra la mesa.

—Todo esto es una farsa. ¿Qué son estas chorradas de denunciarnos por cosas en las que la gente misma se ha metido? —A medida que iba calentándose, su cara se volvía más roja—. Tal vez tendríamos que parar todo el trabajo policial durante un mes, claro que también nos denunciarían por ello. Esperad a escuchar lo que los llamados señores policías Hultberg y Svahn tienen que contarnos. Para abrir boca, os diré que nos amenazaron con ir al jefe de la policía regional.

Ingrid suspiró para sus adentros. ¿Qué le pasaba últimamente a Thomas? Estaba muy irritado y se molestaba por toda clase de insignificancias con las que no valía la pena gastar energía.

—Tranquilízate, Thomas. Guarda la pólvora para cuando sea necesaria. La gente que tiene miedo reacciona así, los dos lo sabemos. —A veces no le quedaba más remedio que tratar a su personal como si fuera su madre. A Thomas siempre tenía que calmarlo cuando su temperamento tomaba el control—. Karin, cuéntanos sobre Hultberg y Svahn. —Thomas abrió la boca, pero Ingrid le dedicó una mirada severa—. Dinos, Karin.

—Debido a que habían trabajado de noche, nos costó un rato espabilarlos. Y, como comprenderéis, se enfadaron un poco y nos remitieron al informe escrito sobre su actuación durante el turno. Dijeron también que si teníamos más preguntas, habláramos con el

jefe de la policía regional. Estaban cansados de todos los, por así llamarlos, compañeros de Gotemburgo que no hacían otra cosa que acosarlos.

—¿Acosarlos? ¿Por qué utilizaron esa palabra, Thomas? —Ingrid sabía que Thomas podía asustar a la gente cuando se inclinaba sobre ellos y hacía algunas de las muecas que había aprendido durante su época de gladiador en la tele. Dos policías de mediana edad de Grebbestad seguramente no las interpretarían como un gesto amistoso.

Thomas se encogió de hombros con gesto inocente, pero Ingrid pudo adivinar una sonrisa contenida.

—No lo sé. Acosar parece más bien una palabra de moda que se utiliza cada vez que un policía se acerca.

Ingrid notó que el tono despectivo de Thomas estaba provocándole un terrible dolor de cabeza que se intensificaba cada vez que Thomas hablaba. Ingrid estaba a punto de mandarlo callar cuando Tingström carraspeó con timidez para pedir la palabra.

—El jefe de la policía regional me ha llamado dos veces para pedirme, textualmente, que dejemos en paz a los dos policías de Grebbestad. Se está interpretando como que no los apoyamos, sino que buscamos fallos en su trabajo. La idea del proyecto de intercambio es que compartáis vuestra experiencia. Hablando claro, el jefe no quiere recibir ni una llamada más de queja por parte de nadie, ni quiere que se resalte ningún aspecto negativo a la hora de valorar el proyecto. Se trata de aguantar unos días más, pronto se irán y tendremos de vuelta a los nuestros.

Todos miraron con sorpresa a Tingström. No estaban acostumbrados a que levantara la voz o a que aguantara las gilipolleces de nadie, y menos aún las del jefe de la policía regional.

—Ingrid, de ahora en adelante te encargas tú de todos los contactos con Hultberg y Svahn. Hay que tratarlos con guantes de seda.

Ingrid respondió a la mirada de Tingström y asintió. «Deben estar presionándolo desde arriba para que entre en la investigación y se encargue de distribuir el trabajo», pensó.

—Ahora solo quedan el bate de béisbol y el informe forense. Nina, ¿alguna novedad?

—No, lo siento. Nilsson me dijo que, como muy temprano, recibiríamos un informe preliminar mañana por la tarde.

—El personal de la ambulancia, ¿algo que contar?

—Nada. Aparte de que encontraron muy extraño que los policías durante el primer aviso no acordonaran la zona ni salieran del vehículo. La misma ambulancia fue también la que se hizo cargo del segundo aviso. Uno de los sanitarios tuvo que indicar a nuestros compañeros que había un bate apoyado en la pared a unos metros de la víctima.

—Es una pena que el jefe de la policía regional no te oiga —dijo Thomas medio riendo.

Ingrid notó que estaba enfadándose.

—Sí, porque de estar aquí te habría dicho que cerraras la boca y espabilaras porque estamos ante un caso que está volviéndose verdaderamente serio. Por desgracia, nos toca a nosotros intentar arreglar los errores que se cometieron anoche. —Ingrid se levantó y abrió una ventana para centrarse después del arrebato de rabia—. Creo que tenemos que tomárnoslo bien en serio. Necesitaremos a más gente para preguntar puerta por puerta. —Ingrid interrogó con la mirada a Tingström, que asintió con la cabeza—. Tiene que haber alguien que haya visto u oído algo.

»Podemos suponer que las agresiones ocurrieron de madrugada. La primera víctima fue encontrada a las cinco menos diez. Es posible que no llevara allí demasiado tiempo. La calle Andra Långgatan tiene mucho movimiento, así que el primer ataque debió ser alrededor de la misma hora. —Ingrid miró a su alrededor y todos asintieron—. A esa hora suelen estar en la calle el repartidor de periódicos, los basureros y los taxistas. También las personas que han visitado las tiendas de material pornográfico de la calle, aves nocturnas de camino a casa y gente que va al trabajo. La mala suerte es que en esa zona suele ser difícil encontrar testigos que quieran explicar qué hacían allí a esa hora de la madrugada. Tendremos que convocar una rueda de prensa y pedir información a la ciudadanía, y recalcar la posibilidad de mantener el anonimato.

—Yo puedo encargarme de conseguir gente para que vayan puerta por puerta —se ofreció Tingström.

—Gracias —dijo Ingrid—. Entonces, contactaré con los forenses. Deben acordonar la escena del crimen. Esperemos que no haya sido alterada y puedan encontrar alguna huella. Tenemos que volver a hablar con Marta Cronström, pero podemos esperar a mañana. Hay que hablar de nuevo con Hultberg y Svahn, pero también podemos esperar a mañana, a ver si las cosas se han calmado. Karin y Thomas, antes de iros a casa hoy, llamad al hospital y decidles que es importante que nos avisen si piensan dar de alta al chantre, si la persona inconsciente se despierta o cualquier otra cosa que atañe a las víctimas. ¿De acuerdo?

—Yo me encargo —dijo Karin.

—De acuerdo. Mañana también tenemos que volver a entrevistar al chantre para intentar sonsacarle algo más. Cómo lo discutiremos en la reunión matinal. Con un poco de suerte, el puerta a puerta nos habrá dado algo con lo que trabajar. Creo que eso es todo. ¿Alguna pregunta? —Ingrid miró a su alrededor y después dirigió la mirada a Tingström, que negó con la cabeza con un movimiento ligero—. Eso es

todo. Nos vemos mañana a las siete y media.

Como si alguien hubiera dado una señal, todos se levantaron a la vez para abandonar la estancia. Sentían la seriedad del caso. La luna de miel solo les había durado un fin de semana. Ingrid también se levantó. Cerró la ventana, pensativa, antes de girarse hacia Tingström, que todavía estaba sentado ante la mesa.

—¿Crees también que los dos ataques están relacionados?

—Sí. De todas maneras, parece que el móvil principal no era el robo. A lo mejor es alguien que se dedica a atacar a homosexuales, se equivocó y atacó a un padre de familia. Las agresiones son bastante brutales.

—Sí, quienquiera que los atacó, él o ellos, no parecía interesado en su dinero. Si se trata de alguien que ha decidido agredir a homosexuales, no tiene miedo de utilizar la violencia de forma extrema. Y eso puede provocar el deseo de más. No es la primera vez que sucede, ¿no es así?

—Humm —dijo Tingström—. A ver qué obtenemos del puerta a puerta. Y si no, un interrogatorio bien organizado podría hacer hablar al chantre. Bueno, vamos a preparar las cosas y luego, a casa.

Martes, 18 de abril

Hora 7:30

Ingrid Bergman fue andando hasta el trabajo y durante el paseo rápido a través de la ciudad, que todavía no había despertado del todo, había disfrutado del silencio. El único ruido había sido el lejano traqueteo de un tranvía. Los rayos del sol, que aún no calentaban, habían brillado con fuerza en la temprana mañana. La primavera había llegado, aunque para Ingrid ahora no tenía ninguna importancia. Se sentía cansada y baja de ánimos. Volvía a tener la sensación de que con el paso de los años cada vez le costaba más reunir la energía suficiente para poder iniciar una nueva investigación. Notaba que los pasos se le acortaban, y el cuerpo se le encogía más y más cuando pensaba en lo que la esperaba. En un escaparate vio su reflejo y le costó unos segundos reconocerse. «Espabila, Ingrid Bergman —se dijo a sí misma—. No tienes más que un poco de desgaste y astenia primaveral. No te pasa nada más». Decidió que después del trabajo correría en la pista de ocho kilómetros en Skatås. Correr o jugar al golf eran las únicas curas posibles ante los pensamientos que aparecían con cierta regularidad y que querían vaciarla de energía y confianza en sí misma. Había quedado el fin de semana para jugar al golf con Ewa y Helene. Para Ingrid, era el comienzo de la temporada. Justo había entrado por la puerta de su oficina cuando el teléfono interno comenzó a sonar. Un médico que se llamaba Vinge, del hospital de Sahlgrenska, había dejado un recado de que quería hablar con ella con urgencia. Todavía de pie, Ingrid marcó el número y en dos zancadas se puso detrás de la mesa para así poder sentarse y quitarse la chaqueta a la vez. Lars-Ove Karlsson, de cincuenta y seis años y de Grebbestad, que había sido agredido en la calle Andra Långgatan hacía poco más de veinticuatro horas, había muerto. No llegó a despertarse. La causa preliminar de la muerte, según el médico, había sido una lesión cerebral con hemorragia a causa de los golpes en la parte posterior de la cabeza, pero también tenía el bazo destrozado, otras hemorragias internas y lesiones varias. La autopsia sería más concluyente. Cuando Ingrid entró en la sala de reuniones, ya estaban allí Tingström, Nina, Thomas, Karin y Viking, Bertil Nilsson por parte de los forenses y algunos compañeros que habían preguntado a los vecinos.

Discretamente, miraban el reloj y a Ingrid. Ella notó sus miradas y sonrió para sus adentros. Sabían que ella era muy exigente con la puntualidad. Después fue a la pizarra, donde, con un rotulador, escribió «Lars-Ove Karlsson» y pintó una gran cruz.

—Por si la noticia no ha llegado a todos, ha muerto hoy por la mañana a consecuencia de las lesiones del ataque sufrido en la calle Andra Långgatan. —Después dejó la palabra a Tingström para que explicara de forma resumida lo que había sucedido durante la tarde y la noche anterior.

—El puerta a puerta, de momento, no ha dado ningún resultado. Nadie parece haber visto u oído nada, aparte de la testigo que ya tenemos, la que alertó al 112. Tampoco ha visto nada el repartidor de periódicos, el personal de limpieza o los taxistas; no obstante, puede que durante este día alguien se dé a conocer. Voy a convocar una rueda de prensa a las tres, así que quiero que nos veamos a las dos para ponernos al día. —Se giró hacia Ingrid—. La rueda de prensa la daremos tú y yo.

Ingrid asintió. Ahora el caso arrancaba en serio. Le gustaban las rutinas preestablecidas, todo fluía mejor y todos sabían qué se esperaba de cada uno de ellos. El cansancio y el pesimismo que había sentido antes habían desaparecido como por ensalmo.

—No tengo más qué contaros. —Tingström se levantó de la mesa —. Tengo que dejaros, hay unas cuantas cosas más de las que tengo que encargarme. Nos vemos a las dos.

—A las dos —confirmó Ingrid mientras le enviaba un pensamiento de gratitud por su discreción a la hora de implicarse en el caso sin apropiarse de él ni molestar a nadie. No todos los jefes eran iguales, como le había mostrado su amarga experiencia. Después, se volvió hacia Bertil Nilsson. El forense más cualificado de la sección llevaba tanto tiempo en la comisaría que parecía que formaba parte del inventario inicial y ya le faltaba poco para la jubilación—. ¿Qué tenéis para nosotros?

Nilsson había trabajado como forense durante casi cuarenta años y siempre iba vestido con unos pantalones holgados de algodón, una camisa a rayas y pajarita. Intentaba peinar sus largos y finos mechones de pelo sobre su creciente calva, cada vez con menos éxito con el paso de los años. Después de un profundo carraspeo, comenzó a hablar:

—Por desgracia, no mucho. No encontramos nada de valor en las escenas de los crímenes. Hemos tenido la mala suerte de que no se acordonaron hasta después de unas horas, y por la calle Andra Långgatan pasan muchos transeúntes y coches. Además, lloviznó durante toda la noche hasta el lunes a las diez de la mañana. Y, para colmo, los lunes pasa el barrendero entre las cuatro y las seis de la mañana. Las posibles huellas se las han llevado la lluvia y el servicio

de limpieza.

»Por suerte, los compañeros que respondieron al aviso encontraron el bate porque, de lo contrario, probablemente tampoco lo tendríamos. —Nilsson ojeó sus papeles antes de continuar—. Respecto al bate, podemos afirmar que hay restos de sangre y tejidos en él. —Se acarició despacio la calva antes de iluminarse como un niño con zapatos nuevos—. No pongáis esa cara de desánimo. Hemos descubierto huellas dactilares en la empuñadura. Con un poco de suerte, esta tarde podremos daros un informe completo con los resultados. —Después de decir la última frase, dejó caer sus papeles con tanta fuerza sobre la mesa que todos los presentes se sobresaltaron —. Eso es todo por mi parte. Si no hay nada más, me voy. Tenemos mucho trabajo pendiente por hacer.

—Gracias, Nilsson. —Ingrid alzó la mano como gesto de despedida al forense, que ya salía por la puerta—. La verdad es que parece que tenemos poco de donde tirar. Creo que el chantre Wilhelmsson será más proclive a colaborar cuando sepa qué le ha pasado al hombre que fue agredido la misma mañana que él. Viking y Karin, quiero que vayáis al hospital de Sahlgrenska y le saquéis toda la información que sea posible; después, quiero que averigüéis todo sobre Lars-Ove Karlsson. Puede haber una relación entre él y Wilhelmsson, a pesar de que ahora mismo parezca que no es así. Buscad al chantre en los registros, a ver si sale algo. Karin, tú te encargarás de estar en contacto con los forenses. Antes de iros, informadlos de ello. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestaron al unísono Karin y Viking.

—Y tú, Thomas, continuarás con la búsqueda de testigos entre los vecinos. También te encargarás de los taxistas, repartidores de periódico y servicios de limpieza por si sale algún testigo que haya visto u oído algo.

—¿Y el móvil?

—Compruébalo. Quizá podamos averiguar por qué estaba en Gotemburgo. Karin y Viking, recoged sus pertenencias en el hospital y registradlas.

—¿Cuáles son las hipótesis de trabajo?

La persona que había hecho la pregunta era una de las que se habían encargado del puerta a puerta. Parecía tener unos veinticinco años y se había presentado como Malin Skogsby. Ingrid había visto a Thomas pavonearse delante de ella durante la reunión. Thomas podía encandilar a cualquiera, con su aspecto y su pasado de estrella de televisión pensaba que era irresistible. Tenía como una especie de obligación autoimpuesta de intentar conquistar a todas las policías nuevas, como por ejemplo a esta joven de largos cabellos rubios, ojos de un azul intenso y de hoyuelos profundos.

—¿Nuestras hipótesis de trabajo? Bueno, creo que todos estaremos de acuerdo en descartar un atraco. —Ingrid recorrió con la mirada cada uno de los concentrados rostros de los asistentes—. Podéis hablar. ¿Tú qué crees?

—Sí, estoy de acuerdo con que no fue un atraco —respondió Malin Skogsby con cuidado—, pero, si suponemos que fue el mismo agresor, quizá estaba buscando algo que los dos llevaban consigo. A lo mejor sí que fueron víctimas de un atraco, pero no de lo típico cartera, móvil…

—Continúa —la animó Ingrid.

—Nada más. Es simplemente una idea.

—Bien pensado. Al inicio de una investigación, debemos tener todas las puertas abiertas. Ya que estamos hablando del tema, ¿qué teorías plausibles tenemos?

—Homofobia —contestó Thomas, y los demás reunidos asintieron con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. ¿Alguna teoría más?

Silencio. Ingrid decidió seguir con el reparto de tareas.

—Nina y yo iremos a hablar con nuestra testigo, Marta Cronström; después, iremos a charlar con los señores Hultberg y Svahn, a ver si nos dicen algo con lo que podamos avanzar. ¿Sabéis lo que tenéis que hacer?

Todos afirmaron.

—Bien. Nos vemos a las dos aquí —concluyó Ingrid. Después se volvió hacia Nina—. Nina, quiero que preguntes a los forenses cuándo será la autopsia para que no nos perdamos ningún detalle.

—De acuerdo.

—Espera un momento. Voy a llamar y quedar para almorzar con Hultberg y Svahn. Encárgate de pedir un coche. Nos vemos delante del edificio en un cuarto de hora.

—Nema problema —contestó Nina con tranquilidad, y desapareció por la puerta.

«Qué alivio poder trabajar con gente que hace lo que le pides sin protestar», pensó Ingrid. Le gustaba Nina, el trabajo siempre fluía y nunca habían tenido ninguna clase de malentendido. Un cuarto de hora más tarde, estaban sentadas en un coche civil con Nina al volante. La autopsia estaba prevista para las ocho de la mañana del día siguiente y el almuerzo con Hultberg y Svahn estaba confirmado.

Martes, 18 de abril

Hora 10:13

Ingrid pulsó con fuerza el timbre de la puerta de Marta Cronström. Se oyó un sonido penetrante dentro del piso. Cuando se hizo el silencio, se oyeron unos vacilantes movimientos detrás de la puerta, como si alguien estuviera esperando a que volviera a sonar el timbre. Después se sintieron observadas. Ingrid y Nina mostraron sus reconfortantes sonrisas policiales, intentando inspirar confianza a la persona que estaba detrás de la redonda mirilla. La recompensa fue automática, aunque la puerta abierta todavía tenía puesta la cadenita de seguridad.

—Buenos días, señora Cronström —dijo Nina mientras alargaba la mano para saludarla. No se había olvidado de que la señora se levantaba a las cuatro de la mañana y que ahora eran cerca de las diez y media—. ¿Me reconoce, señora? —Nina alzó su identificación—. Nina Hamilton, de la policía.

—No soy tonta ni olvidadiza porque sea vieja —refunfuñó antes de soltar la cadenita de seguridad y abrir la puerta unos decímetros más.

—Está conmigo mi jefa, Ingrid Bergman —continúo Nina.

Ingrid también mostró su identificación.

La señora miró sin pudor de arriba abajo a Ingrid un par de veces mientras dejaba traslucir una sonrisa distante.

—Le contaba a mi jefa que usted fue tan decidida que llamó al 112 el lunes por la mañana.

—Sí, tuve que llamar dos veces hasta que vinieron. Una no hace más que cumplir con su deber de ciudadana. —Marta alzó la barbilla con orgullo—. Otra cosa sería impensable para una buena cristiana.

—Cierto, cierto —dijo Ingrid, aduladora—. Pero he de decirle que no todo el mundo tiene esa opinión y en la policía apreciamos de verdad a la gente que nos ayuda. Nos facilita mucho nuestro trabajo. Cuando me enteré de su acción, decidí que quería conocerla personalmente.

Marta asintió como si las palabras de Ingrid confirmaran el buen concepto que tenía de sí misma y alzó un poco más la barbilla.

—Hemos comprado unas pastas para acompañar el café, si le apetece. —Nina mostró un paquete de cartón blanco atado con una cuerdecilla dorada—. Pero, si está ocupada, tampoco queremos

molestarla.

Marta no dejó pasar más de medio segundo después de la frase, se retiró un poco y abrió la puerta para dejar entrar a las policías.

—Por favor, si quieren, pueden pasar a tomar un poco de café. Pasen, pasen.

Ingrid y Nina se miraron cómplices. Habían conseguido adular a la señora, ahora quedaba la parte más difícil: que les contara qué había visto realmente. Con mirada experta, Ingrid registró la entrada. A la izquierda había una puerta con el letrero «WC», a la derecha había un pequeño estante y después de este, una puerta que daba a un dormitorio. A Ingrid le dio tiempo de ver una cama sencilla y una mesita de noche pequeña. Sobre la cama colgaba una gran cruz de madera. Unos pasos más adelante del vestíbulo, a la izquierda, estaba la cocina. Marta dobló a la derecha y entraron en una sala de estar llena de muebles. Un sofá de estilo Karl Johan lleno de cojines bordados dominaba la estancia. El sofá estaba rodeado de mesitas blancas cubiertas de manteles con las puntas bordadas. En cada esquina de la habitación había un pedestal, con un frondoso y enorme helecho cada uno. Las paredes estaban cubiertas con bordados encuadrados de motivos y proverbios religiosos. Una de las paredes laterales estaba ocupada por una estantería oscura llena de ángeles de porcelana de todos los tamaños y variaciones posibles. En uno de los estantes había una veintena de fotografías familiares enmarcadas. Una de las paredes cortas de la habitación tenía tres ventanas y daba a la calle. Sobre los alféizares interiores no había ni flores ni figuras de porcelana, solo pequeños manteles de ganchillo. Al cabo de unos segundos, Ingrid entendió el porqué: delante de unas de las ventanas había una silla y sobre el alféizar, unos prismáticos. Probablemente, la señora se pasaba los días sentada mirando la calle, y unas flores u otra cosa molestarían la vista. Ingrid sintió un escalofrío cuando pensó en los ancianos que se encontraban tan solos que su único entretenimiento era mirar a la gente de la calle para así hacer pasar el tiempo.

—Por favor, siéntense mientras preparo el café. —Marta cogió el paquete que Nina había dejado sobre la mesa y esperó a que se sentaran para irse a la cocina tambaleándose con el paquete en una mano y el bastón en la otra.

Cuando escucharon el sonido de vajilla desde la cocina, Nina susurró a Ingrid:

—¿Tú o yo?

—Tú —le contestó Ingrid, moviendo la boca sin hacer ningún sonido.

Nina se levantó y fue hacia la cocina.

—¿Quiere que la ayude, señora?

Marta levantó la mirada de la bandeja que estaba preparando, asustada. Nina tuvo la sensación de que no solo había asustado a la señora, sino que también la había irritado.

—Caramba, sí que es silenciosa. Supongo que a los policías los entrenan así. ¿Qué es lo que quiere?

—Perdone, no era mi intención asustarla. —Nina entendió que era cuestión de ir con tiento—. Su preciosa casa me recuerda a la de mi abuela. Ella también tenía expuestos muchos objetos bonitos y los nietos debíamos ir con cuidado para no tirar nada al suelo o romperlo. Esas cosas se quedan grabadas. —Nina vio que la señora se relajaba y asentía complacida.

—Cierto, cierto. Se ve que ha recibido una buena educación. Puede colocar las pastas sobre el plato que está en la mesa.

Nina asintió. Se sentía como una niña desobediente que había recibido una reprimenda y que luego había sido perdonada. Intentó deshacer el nudo de la cuerda del paquete. No quería pedir unas tijeras y arriesgarse a irritar de nuevo a la señora. Mientras luchaba con el nudo, miró a su alrededor. La mesa estaba cubierta por un viejo mantel de cuadros blancos y rojos de hule. La parte donde solía sentarse la señora, al lado de la ventana, estaba tan desgastada que casi había desaparecido. Debía haber pasado muchas horas sentada allí. En el alféizar interior había una radio, pero ninguna planta u objeto de decoración. Nina se inclinó hacia la ventana. Tenía una buena vista de la calle. Mientras tanto, Ingrid aprovechó para observar la sala de estar. Pudo constatar, delante de la silla que estaba colocada frente a la ventana, que desde allí se veía el lugar donde el chantre Wilhelmsson fue hallado como si estuviera en primera fila. La señora, con seguridad, habría seguido el trabajo de la policía y del personal sanitario con todo detalle. Si estuvo sentada allí durante la madrugada, habría visto, a pesar de la neblina y la lluvia, el ataque. Ingrid podía entender que una señora ya mayor no quisiera verse envuelta en problemas, pero a pesar de ello había llamado al 112 dos veces. No cuadraba. Dejó descansar la mirada en las fotografías de la estantería, en especial, en una en blanco y negro donde se veía a una pareja de novios. Le pareció reconocer a Marta; por la edad que tenía la señora, supuso que debía ser una fotografía de su boda. Paseó lentamente la mirada por el resto de las imágenes y después fue a la ventana otra vez y miró al gentío que ocupaba la calle. Cuando Nina y la señora volvieron, Ingrid ya se había sentado de nuevo en el sofá. Dejó que Marta les sirviera el café y les ofreciera las pastas antes de comenzar la conversación, que era el motivo que las había llevado a la casa.

—Como dije antes —comenzó tanteando—, valoramos mucho que usted llamara al 112 cuando descubrió a la persona que yacía en el

suelo. Nos gustaría hablar un poco más de esa mañana, a qué hora descubrió al hombre y otros datos relacionados.

—Ya lo he contado todo. No hay nada más que contar.

—A veces pasa que uno se acuerda de detalles pasado un tiempo y… —Ingrid no tuvo tiempo de acabar la frase.

—Ya he dicho que no vi nada. No quiero involucrarme en sus asuntos. ¿No pueden dejar a una anciana en paz?

—La persona por la que usted llamó al 112 ha muerto hoy por la mañana a consecuencia de las lesiones producidas durante la noche del domingo o la madrugada del lunes. Ahora mismo no hay más testigos que usted. Y por ello es muy importante que intente recordar todo lo que vio y nos lo cuente. —Ingrid se percató de que la señora se había sobresaltado al decirle que la víctima había muerto. Por un instante, le pareció ver el brillo del miedo en su mirada.

—No he visto nada —dijo Marta tan violentamente que la saliva salió disparada de su boca. Se levantó y señaló la salida con todo el brazo—. Ahora, quiero que se vayan. De haberse encontrado aquí mi hijo o mi difunto esposo, ya estarían en la calle hace tiempo. Son unas maleducadas. ¡Fuera!

—La misma mañana asaltaron también a otro hombre —siguió Ingrid con tranquilidad sin levantarse—, creemos que es el mismo autor y que usted ha visto más de lo que quiere contarnos.

Marta miró en silencio por la ventana durante un rato, como si quisiera decidir qué sería lo siguiente que haría, para después volverse de nuevo hacia Ingrid.

—El Señor tiene diferentes planes para cada uno de nosotros y debe castigar a algunos por haber sido desobedientes.

—¿Desobedientes? ¿Quiere decir que esos dos hombres fueron agredidos porque merecían un castigo?

—Claro. ¿Por qué si no? Pero ahora tienen que irse. Estoy cansada y necesito descansar. Tengo ochenta y tres años. No aguanto más sus insinuaciones. Les he dicho suficientes veces que no quiero verme envuelta en sus asuntos. Ya basta.

—No vamos a molestarla más —dijo Ingrid al darse cuenta de que la señora estaba alterada. No podían seguir presionándola—. Pero, si se acordara de alguna cosa, lo que fuera que pudiera ayudarnos, le estaríamos muy agradecidas. —Ingrid le dio su tarjeta de visita—. Puede llamarme a mí o a la inspectora Nina Hamilton cuando quiera. Muchas gracias.

Una vez que Ingrid y Nina estuvieron sentadas en el coche, Nina empezó a reír.

—«El Señor tiene distintos planes para cada uno de nosotros y debe castigar a algunos por haber sido desobedientes» —imitó a la señora Cronström—. Me pregunto qué planes tiene para mí. —Bajó el tono de

voz—. «Tú, Nina Hamilton, amarás a tu hombre, a tus dos hijos, a tu perro, a tus dos hámsteres y a tu suegra en la riqueza y en la pobreza. Y entre medias limpiarás, lavarás y soportarás ser insultada por ancianas».

—¿Qué opinas? —preguntó Ingrid sonriendo mientras se ponía el cinturón de seguridad.

Nina le contó lo que había visto en la cocina.

—Creo que tiene una vista de lince y que con ella hace bordados y espía a la gente de la calle. Con toda seguridad, hace las dos cosas a la vez. ¿Viste algunas gafas?

—No. Ni tampoco ni una sola mota de polvo.

—Nos esperaba, sabía que volveríamos. Esta vez estaba preparada y sabía qué tenía que contarnos. Ayer, cuando Viking y yo fuimos, se asustó con nuestra visita.

—Parece que el susto se le había pasado hasta hoy —constató Ingrid—. ¿Me pregunto por qué?

Martes, 18 de abril

Hora 11:52

Cuando Ingrid y Nina llegaron a la comisaría, fueron directas a la recepción, donde estaban los compañeros de Grebbestad. Había mucha gente, y tanto Hultberg como Svahn tenían mucho trabajo.

—Yo puedo encargarme del almuerzo con los señores Hultberg y Svahn —dijo Ingrid—. Nos vemos a las dos en la reunión.

—Por mí, perfecto. Tengo bastantes cosas que hacer antes de la reunión.

De camino hacia Hultberg y Svahn, Ingrid casi se choca con Malin Skogsby.

—Hola, Malin. ¿Cómo os ha ido hoy?

—Que yo sepa, no hemos avanzado nada. Es verdaderamente extraño que nadie haya oído o visto nada. Se trata de dos agresiones. —Se encogió de hombros—. De todas maneras, me han dado una hora para almorzar.

—¿Te animarías a un almuerzo de trabajo pagado en Skatås?

—¿Por qué no? ¿De qué se trata?

—Se trata de ellos —contestó Ingrid mientras señalaba con un movimiento de cabeza a Hultberg y Svahn, que se dirigían hacia ellas.

Martes, 18 de abril

Hora 13:59

El almuerzo había sido agradable y se había alargado demasiado. Ahora, Ingrid llegaba tarde. Salió del ascensor en el cuarto piso y, medio corriendo, fue hacia la sala de reuniones, donde la puerta todavía estaba abierta. Todos se giraron hacia ella cuando entró apurada por la puerta. Miró el reloj que colgaba de la pared: las 14:00, llegaba a tiempo.

—Buenas tardes. —Pasó lista mentalmente de los reunidos. Todos los que habían asistido por la mañana estaban allí—. Malin Skogsby —comenzó un poco entrecortada por la carrera— vendrá dentro de cinco minutos. Está aparcando el coche. Todos los que no hayáis cogido café aprovechad ahora. Cuando llegue, comenzamos.

Alguna ceja se alzó con sorpresa, pero nadie dijo nada aparte de Thomas, que se cruzó de brazos y dijo un poco molesto mientras salía de la sala:

—¿Ahora es tu chófer? Pensaba que pertenecía a mi grupo, a los que estamos buscando testigos en la calle Andra Långgatan.

La irritación creció dentro de Ingrid, y decidió seguirlo hasta la máquina de café.

—Te envié un SMS que veo que no has leído. Malin ha perdido una hora de trabajo. Tú mismo nunca has protestado cuando te he requerido para algún trabajo más importante y has dejado lo que tenías entre manos.

—De acuerdo, pero tengo tan poca gente y hay tanto que cubrir. Necesito más personal.

—Luego lo hablamos con Tingström. Aquí viene Malin, entremos y comencemos a trabajar.

—¿Alguien quiere empezar? ¿Alguien tiene alguna cosa importante que decir?

Ingrid miró a los reunidos. Sabía por experiencia que podían ahorrar mucho tiempo si la persona indicada comenzaba. No valía la pena dejar que hablasen por turnos, era mucho mejor que la persona que pensaba o sabía que tenía una información importante para la investigación empezase. Todos los que estaban reunidos tenían información que compartir. Si la información adecuada se presentaba primero, los demás podían ir rellenando los huecos con lo que habían

descubierto. Normalmente, eso ayudaba a que la investigación avanzase y a que las ideas de por dónde encaminarla surgieran de una forma natural. Ingrid era consciente de que para una persona que no sabía cómo funcionaban o que asistía por primera vez a sus reuniones estas podían parecer caóticas. Los que habían trabajado con Ingrid durante un tiempo valoraban de forma positiva esas reuniones.

Personalmente, opinaba que su trabajo como jefe y con ese tipo de reuniones, donde todo el mundo podía hablar con libertad y donde todo tipo de interpretaciones y ángulos se tomaban en serio, era creativo. No había sitio para preocuparse por marcar el territorio a los demás. Era cierto que su grupo de investigadores era original y de difícil dirección, pero eso era lo que los hacía ser tan buenos. Solo se trataba de crear las condiciones ideales y tener suficiente espacio para que trabajaran. No sería la primera vez que una idea a todas luces improbable los había llevado a la clave para resolver un caso. Gracias a ello, Ingrid tenía la mejor estadística de casos resueltos y muchos querían trabajar con ella. Pero parecía que nadie quería empezar, así que se dirigió a Karin y Viking, que estaban sentados el uno al lado del otro.

—Podemos comenzar con el chantre Wilhelmsson. ¿Tenía más ganas de hablar hoy?

—Para ser un músico religioso, tengo que decir que es una persona bien fría. Sigue diciendo que no ha hecho nada ilegal ni ha estado en ningún sitio no autorizado. Opina que estamos acosando a una persona inocente. Dice no saber quién es la otra víctima. Cuando le contamos que Lars-Ove Karlsson había muerto a consecuencia de sus lesiones, simplemente se encogió de hombros.

—Traedlo para un nuevo interrogatorio —dijo Ingrid, y sacudió la cabeza, irritada.

—Creo que tiene miedo —comentó Viking.

—Con más razón tendría que hablar con nosotros —replicó Ingrid, seca—. ¿Habéis conseguido averiguar más cosas sobre Lars-Ove Karlsson?

—Tiene un piso en la calle Slingervägen, en Grebbestad. Es soltero. Tiene un Audi TT recién comprado y no tiene antecedentes penales. En su cartera encontramos dos mil coronas, una MasterCard y un carné de conducir. También una tarjeta de los supermercados Ica, una para la sala de bolos de Strömstad y un carné para la piscina de la misma ciudad. Además, había una tarjeta de visita de un peluquero de Grebbestad y otra de publicidad de un restaurante llamado Hamnkrogen, también en Grebbestad. —Karin miró los apuntes antes de seguir—. De momento, no hemos podido localizar a ningún familiar, pero cuando registramos el móvil nos encontramos con unos diez números de teléfono.

»En las últimas llamadas hemos encontrado un número que no está registrado entre los contactos. En la agenda están guardados, entre otros, el teléfono de la piscina y el de la sala de bolos. Llamamos al restaurante Hamnkrogen, pero allí nadie conocía a la víctima. Tampoco en la peluquería. El número desconocido está vinculado a un móvil con una tarjeta de prepago sin titular registrado. Hemos llamado, pero nadie contesta y se desvía a un contestador automático. Hemos pedido que se nos facilite la lista de llamadas hechas y recibidas en los últimos dos meses. —Karin miró a los reunidos—. Como veis, muy poca cosa. Viking y yo hemos decidido ir a Grebbestad mañana y continuar investigando.

—Me parece una buena idea. Por otro lado, Nina y yo fuimos a ver a la señora Cronström esta mañana. Creemos que pudo haber visto algo desde la ventana de su cocina o la de la sala de estar. Por algún motivo, no quiere decirnos qué vio. La verdad es que parece que pasa bastante tiempo sentada junto a la ventana. Se comportó de forma nerviosa y estaba irritada, pero también fue muy fría en sus comentarios. Por ejemplo, nos dijo que suponía que las víctimas habían sido castigadas por algún tipo de desobediencia. Creo que podemos sacarle más información. ¿Qué piensas tú, Nina?

—Con toda seguridad. De todas formas, mejor dejarla en paz un tiempo y luego ya veremos si más adelante volvemos a visitarla.

Ingrid asintió indicando que estaba de acuerdo con Nina.

—¿Os explicó qué quería decir con eso de castigo y desobediencia? —Viking se rascó la nuca como si estuviera pensando mientras hablaba—. Cuando la interrogué, tuve la sensación de que era una persona profundamente religiosa. ¿Lo que os dijo era un estereotipo o algo razonado por su parte? ¿Vio algo, pero opina que la persona que fue agredida delante de su ventana recibió su merecido?

—No me extrañaría que tuvieras razón —contestó Ingrid—. No hemos acabado con ella, pero creo que es una buena idea dejar pasar unos días para que piense que las aguas se han calmado. —Todos asintieron. Ingrid lo tomó como una señal para continuar con su resumen—. Malin y yo hemos almorzado con los señores Hultberg y Svahn. Y como ya hemos constatado con anterioridad, la policía en las ciudades pequeñas trabaja de otra manera.

»Parece ser que hay cuatro policías en Grebbestad. Dos de ellos no pueden patrullar. Uno de ellos, por edad y el otro, porque no superó las prácticas de tiro. Por ello, son Hultberg y Svahn los que responden a los avisos y se encargan de las investigaciones. No son de la opinión de redactar un informe completo al principio de un caso, ya habrá tiempo de hacerlo más adelante. Mantienen gran parte de los detalles dentro de la cabeza y estaban francamente sorprendidos de que se les hubiera apartado de los casos.

—Todo me suena a Pippi Calzaslargas —dijo Thomas mientras ponía los ojos en blanco—. ¿No les preguntasteis si sus apodos eran Kling y Klang, como los policías del libro?

—En realidad, no había nada más que informar aparte de lo que escribieron en el informe. —Ingrid ignoró la interrupción de Thomas —. Eso sí, se percataron de que entre las cuatro y las seis de la mañana pasa el barrendero por la zona. ¿Cómo va eso, Thomas? ¿Habéis llegado a alguna conclusión?

—He hablado con la Concejalía de Parques y Naturaleza. Hoy van a enviarnos por fax la lista de empleados y los horarios. He localizado al repartidor de periódicos que trabajó el lunes por la mañana. Por desgracia, no vio ni oyó nada extraño durante su ronda de reparto. También me dijo que a esas horas en esa calle hay toda clase de gente extraña. Además, era una mañana fría con lluvia, así que estaba más concentrado en acabar la ronda que en otra cosa. —Thomas miró a su alrededor antes de alzar y encoger los hombros con resignación—. Y, en cuanto a los taxistas y el puerta a puerta, no han dado nada.

—Vaya. Parece que va a ser nuestro gran problema en esta investigación. Un asesinato en una de las calles más conocidas de Gotemburgo, donde siempre hay gente en movimiento, y nadie ha visto nada. ¿Alguna pista, Nina?

—Nada interesante, aparte de una persona que ha llamado para decirnos que el Juicio Final está próximo. —Los reunidos la miraron sorprendidos—. Bueno, pensaba en lo que dijo Marta Cronström sobre castigo y desobediencia, la parte religiosa. Con un poco de suerte, después de la rueda de prensa tendremos más llamadas. Por cierto, si seguimos con el pensamiento religioso, ¿no es la otra víctima un músico religioso?

—¿Tienes el nombre y el teléfono de la persona que llamó para hablar del fin del mundo?

—No, ningún nombre, y la llamada se hizo desde un teléfono público.

—De acuerdo. Tú te ocuparás de filtrar las pistas. Diles a los que se encargan de recibir las llamadas que estamos interesados en temática religiosa. —Ingrid se giró hacia el forense Nilsson—. Y ahora pasemos a temas más terrenales.

—Podemos confirmar que hay restos de tejido y de cabello en el bate, y hemos encontrado dos tipos de sangre —informó Nilsson, no sin antes carraspear y pasar la mano por sus escasos cabellos para intentar ponerlos en su sitio—. Como conté ayer, hay muchas huellas dactilares, pero no hemos encontrado ninguna en nuestros registros. Este bate, que no sé si es de béisbol o de una variante de este, no parece nuevo. Bueno, en realidad, no puedo decir mucho de él, pero estamos trabajando en ello. ¿Se ha practicado ya la autopsia?

Necesitaríamos el informe para así poder comparar los tipos de sangre y cosas por el estilo.

—La autopsia es mañana a las ocho —contestó Ingrid—. Había pensado asistir a ella. Propongo que cada uno trabaje con lo que tiene entre manos y que nos veamos de nuevo mañana a las tres y media. —Todos asintieron y comenzaron a dirigirse hacia la puerta. Ingrid se giró hacia Tingström—. Si el interrogatorio del chantre Wilhelmsson resulta infructuoso, tendremos que ampliar la investigación y necesitaremos más personal.

Tingström asintió pensativo y miró el reloj.

—Dentro de cinco minutos empieza la rueda de prensa. ¿Qué les decimos?

—Les hablaremos sobre el fallecido. Nada de una segunda víctima en la misma calle. No podemos decir quién es la persona muerta porque no hemos podido localizar a ningún familiar. Tendremos que enfocar la rueda de prensa como un ruego por parte de la policía a la ciudadanía para obtener observaciones y posibles pistas.

—Así será —dijo Tingström mientras sacaba de uno de los bolsillos del abrigo una corbata ya atada y se la colocaba alrededor del cuello.

Martes, 18 de abril

Hora 15:08

—Perdonad nuestro retraso —dijo Albert Tingström cuando Ingrid y él se hubieron sentado en la mesa para iniciar la rueda de prensa.

Ingrid había salido corriendo de la reunión para así tener tiempo de ir al baño, peinarse y pintarse los labios antes de coincidir de nuevo con Tingström en el pasillo y dirigirse juntos a la rueda de prensa. Notaba cómo la bilis le subía a la garganta por el estrés y del café malo que había bebido durante todo el día. Ingrid dejó que Tingström hablara con los periodistas. La confianza y la tranquilidad que irradiaba eran muy bien valoradas. Ingrid estaba presente como un apoyo. Tingström había seguido ese caso desde el principio y sabía casi lo mismo que ella. Pensó en Malin y se alegró de haberla invitado a la entrevista con los señores Hultberg y Svahn. Malin había mostrado que era buena a la hora de conversar y había aligerado la tensión de los dos policías de Grebbestad. Ingrid esperaba que Malin se sintiera a gusto en su papel como investigadora. Evidentemente, pesaba la experiencia de los viejos lobos. No llegarían lejos sin su experiencia, sensibilidad e intuición. Además, muchos de ellos a lo largo de los años habían logrado tejer una red dentro de distintos ámbitos, haciéndolos insustituibles. A pesar de ello, Ingrid sabía la importancia que tenía introducir nuevos elementos en el grupo. El mundo cambiaba, y las personas jóvenes siempre estaban más abiertas a los cambios y las novedades. Lo importante era que se atrevieran a hacerse escuchar y hablar delante de los experimentados investigadores. Nina era un buen ejemplo de ello. Ella era una mujer segura que nunca había dejado que un respeto exagerado por la experiencia de sus compañeros o por las personas con títulos elegantes influyera en su opinión. De alguna forma, lograba filtrarlo; era sencillamente una persona con los pies en la tierra. Tal vez pudiera preguntarle qué era lo que le pasaba a Thomas últimamente. Ingrid miró el reloj. Viking y Karin tardarían como máximo una hora en recoger al chantre Wilhelmsson y llevarlo del hospital a la comisaría. Si su comportamiento era debido al miedo, no sería difícil hacerlo hablar. Karin y Viking interpretarían su papel de policías malos, y después Ingrid entraría como la «jefa» y la policía «buena». Solía funcionar, incluso con los sospechosos más experimentados.

—¿Ingrid? —Tingström la tocó ligeramente con el codo—. La rueda de prensa ha acabado. ¿Te encuentras bien?

Ingrid miró el local. Estaba vacío, solo quedaban ella y Tingström.

—Sí. Estaba pensando en el interrogatorio que vamos a hacerle al chantre Wilhelmsson. ¿Lo habrán traído ya? —Miró el reloj. Eran las 15:48—. Creo que es hora de moverme.

Tingström la miró y sonrió.

—Ingrid, la rueda de prensa ha ido bien. Los medios han prometido pedir a la ciudadanía que nos ayude.

Ingrid se sonrojó. «No se le escapa nada», pensó. Se levantó para irse a su oficina. Fuera la esperaban Viking y Karin.

—¿Dónde lo habéis puesto? ¿En la dos?

—Se ha ido a casa, a Bankeryd.

—¿Qué?

—Se ha vuelto a Bankeryd. Firmó el alta voluntaria después de que lo visitásemos esta mañana —contestó Viking—. Volvemos del hospital, donde habían olvidado que tenían que contactar con nosotros en caso de que le dieran el alta.

—Mierda. Quizá deberíamos haber tenido a alguien allí, en el hospital. —Ingrid se pasó una de las manos por el puente de la nariz —. Bueno, tendremos que proceder de otra forma. Karin, mañana tú y yo iremos a verlo a Bankeryd. Si le parece que lo hemos acosado cuando fuimos a verlo al hospital, a ver qué le parecerá cuando aparquemos un coche de la policía delante de su casa. Una lástima que mañana no sea domingo y no podamos visitarlo en la iglesia.

—De acuerdo. ¿A qué hora nos iremos? —preguntó Karin riendo.

—Nos vemos a las siete y media en la entrada —contestó Ingrid con una gran sonrisa—. Y tú, Viking, irás con Malin a Grebbestad mañana. Hablaré con Thomas y Tingström.

Miércoles, 19 de abril

Hora 07:15

Ingrid llegó un cuarto de hora antes. Se había desvelado muy temprano, concretamente, a las cinco menos algún minuto. Había llegado a casa del trabajo pasadas las ocho y no se había visto con fuerzas para salir a correr como tenía planeado. Thomas se había enfadado porque había sacado a Malin de su equipo para que fuera con Viking a Grebbestad. «¿Es que me expreso mal?», le había preguntado. Le había dicho que no tenía suficiente gente y ella le había prometido que conseguiría más.

No podía localizar a Tingström, ya no estaba en la comisaría y no contestaba al teléfono. Ingrid maldijo en silencio. Tingström sabía que Ingrid lo buscaría, ya que le había prometido más recursos. Ingrid necesitaba sentir que controlaba la situación. ¿Cuántos más le darían? ¿Y cuándo? Había mucho que hacer y el tamaño de su grupo determinaba el orden de prioridad. Así de simple. Si no había más gente, no había. Entonces algunas cosas no podrían hacerse enseguida. Ingrid por lo menos había localizado a Nina, y ella se había comprometido a estar presente en la autopsia y continuar trabajando con las posibles pistas que llegaban con las llamadas. Con un poco de suerte, con la ayuda de los medios de comunicación, la ciudadanía se animaría a llamar. Siempre podía confiar en Nina. Su mejor cualidad era su capacidad de pasar de un asunto a otro rápidamente. Quizá era una cualidad que se adquiría cuando se tiene hijos y un montón de animales a los que cuidar. La única que parecía que podía sacar a Nina de quicio era su suegra. Nina solía contar su último incidente con ella cuando merendaban los viernes. Era muy buena animando el ambiente con sus anécdotas. Ingrid se sentía descansada. Se había acostado a las nueve y se había quedado dormida nada más tocar la almohada. Como se había levantado tan temprano, había aprovechado y se había ido a Skatås a correr en la pista de ocho kilómetros. No había mucha gente a aquella hora; además de Ingrid, había unos ciervos y unos pájaros que cantaban bajo el sol matinal. Se había sentido cansada y pesada, pero a medida que iba dejando kilómetros atrás se sentía mejor tanto en cuerpo como en espíritu. Había pensado en Lars-Ove Karlsson y en el chantre Wilhelmsson. ¿Qué estaban haciendo a aquella hora en la calle Andra Långgatan? ¿Qué tenían en

común? A primera vista, no parecían tener nada, pero con toda seguridad había algún nexo, solo era cuestión de averiguarlo. Debían tener algo en común que había provocado que los maltratasen hasta ese punto. Existía la posibilidad de que fuera un loco y de que hubieran sido víctimas de su furia por casualidad. Para una persona trastornada, cualquier motivo podía ser bueno para una agresión. De todas formas, Ingrid no creía que hubiera sido casualidad. Nadie les había tocado la cartera, el móvil o las llaves. Además, no podía ser una coincidencia que dos hombres que vivían en pequeñas poblaciones a unos ciento cincuenta kilómetros de Gotemburgo paseasen por la calle Andra Långgatan sin ningún motivo aparente. Ingrid estaba segura de que entre ella y Karin serían capaces de atravesar la fachada de enfado del chantre. Sería interesante averiguar qué se ocultaba tras ella. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de su móvil.

—Inspectora jefe Ingrid Bergman, ¿dígame?

—Soy Karin. He cogido un coche y estoy afuera. ¿Estás lista?

Ingrid se giró hacia la salida y vio a Karin, que la saludaba desde un Volvo azul oscuro. «Siempre puedo confiar en ella», pensó Ingrid. Atravesó la salida de la comisaría, abrió la puerta del coche y se sentó en el asiento del copiloto.

Miércoles, 19 de abril

Hora 09:33

Johan Wilhelmsson todavía estaba acostado, a pesar de que eran las nueve y media. María le había dejado el desayuno junto a la cama antes de llevarse a los niños a la guardería e irse ella al trabajo. No se sentía capaz de levantarse. Le dolía la cabeza aunque se había tomado dos aspirinas. Le dolía respirar. El médico le había dicho que las costillas rotas tardarían aproximadamente siete semanas en curarse. El día anterior había conducido ciento sesenta kilómetros desde Gotemburgo. Había tardado casi cinco horas en llegar. No se sentía capaz de conducir rápido y se vio obligado a parar varias veces para descansar. También había bajado la ventanilla del coche para que el aire frío lo mantuviera consciente. Se sentía obligado a volver a casa con María. Cuando hablaron por teléfono, la mujer estaba deshecha de preocupación y se dio cuenta de que lo mejor era volver a casa lo más antes posible para calmarla. María tuvo que ayudarlo a salir del coche y llevarlo a rastras al dormitorio en el segundo piso. «Me han apalizado. No me siento con fuerzas para contártelo», fue lo único que se vio capaz de decir. María había aceptado su parca explicación, pero notaba su mirada interrogadora cuando ella se pensaba que él no la miraba. No sabía cómo podría explicar lo que había ido a hacer a Gotemburgo el domingo por la noche. Pero, en cuanto el terrible dolor de cabeza se le calmase, seguro que se le ocurriría algo. En ese momento sonó el timbre de la puerta. Timbres largos y exigentes que se le clavaban como cuchillos en la cabeza. Al cabo de un rato, dejó de sonar, y escuchó cómo unas personas hablaban y daban la vuelta a la casa. ¿Quiénes podían ser? Haciendo acopio de sus fuerzas, Johan Wilhelmsson se levantó y caminó los escasos metros que separaban la cama de la ventana. Cuando miró hacia fuera, vio a dos mujeres que miraban hacia su ventana. Una levantó la mano saludándolo. Mierda, ella era uno de los policías que le habían dado la lata en el hospital. ¿Qué hacía allí? Le había dicho que quería estar tranquilo, que no tenía nada que contar. ¿Por qué no le había hecho caso?

—Es él —dijo Karin con entusiasmo, y alzó el brazo para saludar.

Nadie les había abierto la puerta cuando habían llamado, así que se habían decidido por dar una vuelta en torno a la casa.

—¡Johan Wilhelmsson, somos de la policía, queremos hablar con

usted! —gritó Ingrid con voz autoritaria—. ¡Baje a abrir!

El chantre negó con la cabeza y se apartó de la ventana para volver a la cama.

—¡No nos iremos hasta que nos deje entrar y hayamos podido hablar con usted!

Johan Wilhelmsson no se veía capaz de bajar las escaleras y abrirles, pero sabía que era cuestión de tiempo que los vecinos las escucharan gritar. Abrió la ventana.

—La llave está debajo del felpudo —les indicó, y cerró la ventana y fue hasta la cama, donde se dejó caer agotado.

—¿Debajo del felpudo? Entonces, ¿qué sentido tiene cerrar con llave? —dijo Ingrid caminando hacia la entrada de la casa.

—Parecía bastante cansado —comentó Karin, y la siguió.

—Mejor para nosotras —afirmó Ingrid, y abrió la puerta.

Ingrid y Karin buscaron la escalera que las llevase al segundo piso. Miraran donde miraran, la casa estaba ordenada y limpia. No se apreciaba que en ella viviese una familia con niños. Johan Wilhelmsson oyó las pisadas en la escalera y gritó un flojo «¡Aquí!». Cuando Ingrid y Karin entraron en el dormitorio, el chantre yacía en medio de la cama doble.

—Inspectora jefe Ingrid Bergman —se presentó Ingrid mostrándole su identificación.

—Inspectora Karin Falk —dijo Karin mientras también mostraba su identificación—. Supongo que se acuerda de mí del hospital.

Johan Wilhelmsson hizo un esfuerzo para asentir desde la cama.

—Necesitamos saber qué hacía en Gotemburgo la noche del dieciséis al diecisiete de abril.

—Ya les dije que era un asunto privado, que no…

—¡Chorradas! —interrumpió Ingrid—. Ahora mismo no hay nada que pueda calificarse de privado. Lo atacaron y golpearon en la calle Andra Långgatan de Gotemburgo. Otra persona sufrió un ataque similar al tuyo. Posiblemente, se trate del mismo agresor. Como ya se le ha informado, la otra víctima murió a consecuencia de sus lesiones. Voy a simplificarle las cosas: o colabora con nosotros y nos explica qué hacía en Gotemburgo y qué relación tiene con Lars-Ove Karlsson, o la inspectora Karin Falk y yo lo visitaremos cada día. Y no será vestidas de civil, sino de policías y en un coche con las sirenas y las luces puestas. Estaremos en la iglesia cuando toque cada domingo o cuando sea, e interrogaremos a los asistentes y a sus vecinos también sobre usted. ¿Qué elige? Tiene tres segundos para pensárselo a partir de ahora.

Johan Wilhelmsson notó que el dolor y el miedo estaban a punto de hacerle estallar la cabeza. Las ganas de vomitar le venían en oleadas. Intentó levantar la cabeza para mover la almohada, que le

presionaba contra la parte donde tenía los puntos. Solo pudo pensar «Dios mío, ¿qué hago?» antes de que la bilis saliera de su boca como si fuera una fuente. «Mierda», pensó Ingrid cuando vio que vomitaba. No le dio tiempo a retroceder lo suficiente y parte de la cascada la manchó. «Espero no haber sido demasiado dura y que no tengamos que llevarlo al hospital de Jönköping». Karin se fue y al cabo de un rato volvió con una toalla mojada y un poco de papel para ayudar al chantre a limpiarse. Mientras tanto, Ingrid fue al baño para lavarse e intentar quitar los restos de vómito de su ropa. Olía fatal. Debían haber perturbado al chantre bastante. Cuando volvió a la habitación, Karin estaba sentada en el borde de la cama y sostenía la mano del chantre.

—Tengo familia —gimoteó—. No sé quién es ese Karl-Ove Larsson. Le he dado vueltas y vueltas, pero no sé quién es. Es la verdad.

—Se llama Lars-Ove Karlsson —dijo Karin, mostrándole una fotografía.

—No sé quién es —resopló—. Me encantaría ayudarlas, pero no lo he visto jamás. Lo juro por Dios.

—De acuerdo. Cuéntenos qué hacía en Gotemburgo.

El chantre respiró hondo.

—Solo quería ir allí y mirar —dijo, y cerró los ojos.

—¿Mirar el qué? —preguntó Karin.

—Cosas que he visto en Internet, distintos locales y tiendas y cosas así…

—¿Qué es lo que ha visto?

—Anuncios de los distintos establecimientos que hay en la calle Andra Långgatan.

—¿Puede ser más concreto? ¿Quería ver un prostíbulo? —pregunto Karin con voz suave.

El chantre abrió los ojos.

—No, de ninguna manera. Están equivocadas. Nunca traicionaría mi promesa matrimonial.

—¿Quiere que llamemos a su esposa para que esté presente?

—No, por favor. No lo hagan. No la mezclen en esto. Ella no sabe que fui allí a mirar…, mirar… cosas.

El ambiente cerrado de la habitación y el fuerte olor del vómito comenzaron a marear a los presentes en el pequeño dormitorio. Karin se levantó y abrió una ventana. Ingrid continuaba en el mismo sitio desde que había entrado en la habitación, no quería interferir en el contacto que Karin había establecido con el chantre. Karin cogió una silla y la colocó al lado de la cama; se sentó, pero esa vez no cogió la mano del chantre, como si así quisiera marcar una distancia para imprimir seriedad a las preguntas que iba a formularle. Ahora le hablaba como una maestra severa a su alumno.

—De acuerdo, no vamos a llamar a su esposa, pero a cambio tiene que decirnos en qué tiendas entró, en qué establecimientos estuvo y a qué horas. ¿Entendido?

—No entré en ningún sitio. Solo paseaba y miraba. Llegué a la calle sobre las nueve de la noche y cené en un restaurante que se llama Thai House. Salí del restaurante sobre las diez y media. Después caminé calle arriba, calle abajo. Miraba, y después no recuerdo nada más. —Se cogió la cabeza con las dos manos—. Necesito una aspirina. ¿Podrían ser tan amables de…? Están en el armario del baño.

Ingrid entró en el baño de nuevo. Abrió el armario. Todos los objetos estaban ordenados en filas rectas: los cepillos, la pasta de dientes, la espuma de afeitar y diversos medicamentos. Miró los envases y, finalmente, encontró las aspirinas. Aprovechó para llamar a Thomas y pedirle que contactara con el restaurante tailandés para ver si alguien podía corroborar que el chantre había estado allí entre las nueve y las diez y media. Después, llenó un vaso de agua. Fue a la habitación y se lo entregó a Karin, quien ayudó al chantre con el vaso y la aspirina. Luego, esperaron a que hablara. A veces era la mejor técnica de interrogatorio: dejar que la persona en cuestión comenzara a hablar por sí sola. La mayoría de las personas suelen ponerse tan nerviosas ante el silencio que se ven obligadas a decir algo para romperlo. De nuevo, las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas del chantre.

—No pueden entenderlo. María y yo nos conocimos en la parroquia cuando teníamos catorce años. Y nos casamos a los dieciocho. Nunca he estado con otra mujer ni he visto a otra desnuda. Vivimos en esta pequeña población y casi nunca pasa nada. Cuando María se trajo un ordenador del trabajo, mi mundo se abrió un poco más. Le dije a María que me iba a un congreso de órganos para músicos religiosos en Borås, pero nunca fui. Me fui a Gotemburgo. —Karin le dio un poco de papel para que pudiera sonarse la nariz—. Quería ver algo nuevo y pensé que en Andra Långgatan hay todo lo que no existe en mi mundo. Pero ya veis cómo fui castigado por ello.

Ingrid carraspeó discretamente y, cuando Karin se giró, le indicó con señas que la acompañase fuera de la habitación.

—Está muy mal. No podemos dejarlo solo así.

—No. Y no creo que le saquemos más de momento —dijo Karin después de asentir pensativa. Volvió a entrar—. Johan, ¿dónde trabaja su mujer?

El chantre miró un rato largo a Karin antes de contestar:

—En una guardería —contestó de manera casi inaudible, y bajó la mirada—. Por favor, déjenla en paz, se lo ruego.

—Ahora mismo no hablaremos con ella sobre lo que pasó en Gotemburgo. Pero no podemos dejarlo solo tal como está.

—Su número está en la agenda telefónica. Está en la cocina, junto al teléfono.

—Ya lo hago yo —dijo Ingrid.

Bajó la escalera y entró en la cocina. La agenda estaba junto al teléfono. Ingrid la hojeó y encontró el número bajo el nombre «Trabajo María». Miró en la letra K, pero no encontró a ningún Lars-Ove Karlsson. Los números de la agenda eran locales y alguno nacional, sin embargo, no vio ninguno que le llamara la atención.

Miércoles, 19 de abril

Hora 10:12

«En la rotonda, gire a la derecha. Después de cien metros, gire a la izquierda». La voz monótona del GPS guiaba a Viking y a Malin a través de Grebbestad.

—¡Aquí es, la calle Slingervägen 22 A! —exclamó Malin mientras señalaba hacia una de las dos entradas adornadas del edificio amarillo de piedra.

—Modernismo —dijo Viking.

—¿Qué?

—El edificio es de estilo modernista —explicó Viking—. Se construía en estilo modernista en el cambio de siglo. Los arquitectos se inspiraban en el reino vegetal. Basta con mirar las hojas sinuosas en las barandillas de los balcones y en torno a las entradas para percatarse. Seguramente también hay unas pinturas preciosas en la entrada y en la escalera.

—¡Cuánto sabes! ¿De dónde has sacado la información? —preguntó Malin, impresionada.

—Da la casualidad de que vivo en uno de los edificios modernistas mejor conservados de Gotemburgo —contestó riendo—. Está en la calle Föreningsgatan, y uno se ve obligado a saberlo. Cuando me mudé, una pareja de personas mayores que viven en mi planta me dio un curso de dos horas sobre el edificio mientras tomábamos café.

Viking aparcó el coche. Con las llaves que habían obtenido de uno de los bolsillos del abrigo de Lars-Ove Karlsson entraron.

—¡Qué bonito! —exclamó Malin cuando vio todas las pinturas que decoraban las paredes y que representaban motivos sacados de la naturaleza. Ciervos, liebres, ninfas que bebían vino y se divertían entre ellas. La barandilla de la escalera era de madera trabajada y hierro, y tenía ornamentaciones vegetales serpenteantes—. ¿Tu edificio es igual?

—Por el estilo. —Viking se acercó a los buzones para leer los nombres—. Parece que solo hay cuatro apartamentos en esta entrada. Vamos al que está en el segundo piso. Podemos comenzar llamando a los vecinos a ver si averiguamos alguna cosa sobre Lars-Ove Karlsson.

«Señora Elsa Widberg», ponía sobre la primera puerta a la que tocaron. Apenas Viking puso el dedo sobre el timbre, se abrió la

puerta. Detrás había una elegante señora de ochenta años. Vestía un vestido de color gris claro con un broche de perlas en el pecho y unos pendientes de perlas a juego. Su cabello era de color negro carbón y estaba cortado a lo garçon. Sus arrugados labios estaban pintados de un color oscuro. Sus ojos de color gris claro miraban despiertos, con curiosidad, a Malin y a Viking.

—La señora Elsa Widberg supongo —dijo Viking, y continuó cuando ella asintió con la cabeza—: Mi nombre es Viking Johansson, soy inspector, y esta es mi colega, Malin Skogsby. ¿Podemos entrar un momento? Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Hagan el favor de sentarse —les pidió cuando llegaron a la sala de estar—. ¿De qué se trata?

—¿Conoce a Lars-Ove Karlsson, que vive aquí, en su escalera?

—Claro que sí. Un hombre encantador, siempre atento y cordial. ¿Ha pasado algo? No lo he visto ni oído desde hace unos días.

—¿Lo conoce bien, señora?

—Bien, no lo sé. Llevamos viviendo en el mismo edificio quince años, y quince años dan para conocer las costumbres de la gente, se quiera o no.

—¿Qué costumbres tiene?

—En realidad, ninguna porque es una persona muy silenciosa, no pone la música alta ni cosas por el estilo. No suele recibir visitas. Es muy educado y amable. Un hombre elegante, bien vestido y afeitado correctamente. Si nos encontramos en la escalera, solemos hablar un rato, la mayor parte de las veces sobre el tiempo.

—Así que, según usted, no ha recibido casi ninguna visita en estos últimos quince años.

—Sí que recibe. Su hermana lo visita una vez al mes, más o menos.

—Vaya, su hermana, ¿eso es lo que dice él? —Malin no pudo evitar preguntar.

—Claro que lo es. Se lo pregunté una vez porque me gusta saber quién va y viene en la escalera.

—¿Sabe si tiene más familiares?

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por qué hacen estas preguntas extrañas sobre el señor Karlsson?

—Nos duele tener que informarla de que ha muerto. Lamentablemente, no podemos contarle más, pero sería de gran interés que nos dijera todo lo que sabe sobre él. —Viking dejó que la señora digiriese la noticia.

—Oh, caramba. —Elsa Widberg miró con ojos asustados primero a Viking y después a Malin—. No lo entiendo. Una persona tan joven y vital y, de repente, se ha muerto. ¿Fue un accidente o…?

—Eso es lo que estamos investigando. Aquí tiene mi tarjeta. Si se acuerda de algún incidente o alguna cosa extraña en los últimos días,

quiero que nos llame. —Viking la miró con intensidad hasta que asintió.

—¿Qué opinas? —preguntó Viking a Malin mientras subían las escaleras.

—Parece una señora mayor solitaria, pero da la impresión de que sabía mucho de su vecino.

—Mmm. Vamos a por la siguiente. Aquí pone Helga Nilsson. También el nombre suena como si fuera una señora mayor.

Viking llamó unas cuantas veces al timbre hasta que tras la puerta apareció una señora de formas redondas. A primera vista, parecía que era igual de larga que ancha. El vestido amplio y floreado remarcaba la impresión, así como su pelo corto y rizado, que se erguía formando una especie de halo alrededor de su cabeza. Viking se presentó a sí mismo y a Malin mientras mostraba su identificación policial.

—¿Podemos entrar un momento? Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Claro que sí. Entren. Acabo de poner el café en la mesa. ¿Quieren una taza y un bollo de canela recién hecho? Karl-Erik y yo acabamos de sentarnos. Bueno, es mi vecino, pero no pasa nada, ¿verdad? Me imagino que hoy en día nadie invita a la policía a café y bollos recién salidos del horno. Cuando uno lee el periódico, a veces se asusta al ver la carga de trabajo que tienen. Atracos, asesinatos, agresiones y robos de la mañana a la noche. No, gracias. Qué alivio estar jubilada. Por cierto, Karl-Erik antes de jubilarse fue policía. —Helga Nilsson señaló a un señor entrado en años, alto y delgado, con gafas de montura de carey, que estaba sentado en la mesa de la cocina.

—Malin Skogsby —dijo Malin rápido, y extendió la mano para saludarlo antes de que la señora comenzara con una nueva perorata.

—Viking Johansson —la siguió Viking, y le estrechó la mano.—. ¿Es usted el Karl-Erik Hedén que vive en esta escalera?

—Sí, es correcto. ¿Puedo servirle en algo?

—¿Lo buscaban a él? ¿Cómo han sabido que estaba aquí? —preguntó Helga Nilsson, sorprendida.

—La verdad sea dicha, venimos a verlos a los dos. Se trata de su vecino, Lars-Ove Karlsson. Ha fallecido y estamos investigando su muerte. ¿Alguno de ustedes lo conoce? Quizá es mejor que comencemos con usted. —Viking se volvió hacia Helga Nilsson, cuyos ojos brillaban de curiosidad. Normalmente, la gente solía quedar impresionada cuando la policía les decía que su vecino había muerto, pero no era el caso de esa señora.

—Un hombre muy muy simpático. Nunca quiso venir a tomar un café y charlar. No había manera de sacarle nada interesante. No sé ni de qué trabajaba. Solo le interesaba hablar del tiempo. Sé que se dedicaba a los ordenadores porque se encargó de que se instalara

banda ancha en el edificio. Fue la única vez que lo vi interesado por participar de la vida vecinal. A veces se iba de viaje y no sé qué hacía entonces. Puede que viajara por trabajo. Porque debe haber trabajado en algo, quiero decir, tenía que pagar el alquiler y comer.

»Siempre iba bien vestido y tenía unos zapatos elegantes. Los zapatos son importantes. ¿Lo saben? Por lo zapatos se puede distinguir si son galgos o podencos, como solía decir mi madre. Yo no me fiaría de un hombre que calzara unos zapatos descuidados. Lars-Ove los cuidaba. Sus zapatos eran elegantes. Y caros, me gustaría añadir. Una persona muy agradable.

Viking miró a Karl-Erik Hedén.

—La verdad es que no tengo mucho más que añadir a lo que Helga ha dicho. Era una persona muy simpática y de muy fácil palabra. En realidad, hablaba poco sobre él. De alguna forma, siempre evitaba contestar a ese tipo de preguntas.

—Sí, cuando se trataba de él se escabullía. Un verdadero solitario. —Helga asintió con toda la cabeza, de tal manera que los cabellos rizados y el doble mentón se balancearon.

—¿Qué quiere decir con un solitario? —preguntó Viking.

—Nunca recibía visitas, aparte de una hermana que venía a verlo una vez al mes más o menos. Y ella era igual de cuidadosa que él a la hora de hablar. Nunca decía nada, solo asentía cuando te dirigías a ella.

—¿Llegó a hablar con ella alguna vez? —preguntó Viking a Karl-Erik.

—No. Solo la vi unas cuantas veces a lo largo de los años. Solía saludarla con un ligero movimiento de cabeza. Sabía que era la hermana de Karlsson, así que tampoco era extraño que estuviera por la casa.

—¿Cómo saben que era su hermana?

—Elsa Widberg, que vive aquí enfrente, le preguntó quién era y él le respondió que se trataba de su hermana. ¿Han hablado con Elsa?

Viking asintió.

—¿Cuándo fue la última vez que vieron a Lars-Ove?

—El domingo por la noche —contestó Karl-Erik—. Llevaba una pequeña maleta, la misma que solía llevar cuando se iba de viaje. De color azul oscuro, de ese material duro. ¿Saben qué quiero decir?

—¿Sabría decirme más o menos cuántas veces solía irse de viaje y cuánto duraban esos viajes?

—Bueno —Karl-Erik miró a Helga—, una o dos veces al mes.

—Yo también diría eso: una o dos veces al mes. Y entonces una o dos noches cada vez.

«De una a dos veces… Dios mío», pensó Viking. ¡Vaya, cómo se vigilaban unos a otros en ese edificio!, no le extrañaba que Lars-Ove

no les contase nada e intentara proteger su privacidad.

—Que nosotros nos diéramos cuenta. Yo he sido policía y uno se percata de lo que pasa a su alrededor. Es una costumbre que no puedo evitar, y eso que pronto hará doce años que me jubilé y dejé la policía. Uno no puede dejar de hacer según qué cosas solo porque sea pensionista.

—Cierto. Y en la policía agradecemos cada detalle y observación que los ciudadanos nos den. La inspectora Skogsby y yo vamos a ir ahora a ver el piso de Lars-Ove. —Viking se levantó de la mesa.

—¿Quieren que vaya con ustedes y les enseñe el apartamento? —se ofreció Karl-Erik Hedén.

—Gracias, pero no hace falta.

—Los acompañaré hasta la puerta de todas formas.

Cuando llegaron a la puerta, Karl-Erik susurró:

—¿Cómo murió?

—De una paliza —le contestó Malin con un susurro igual de conspiratorio—, pero por secreto de investigación no puedo decirle nada más.

Karl-Erik asintió comprensivo.

—Sé cómo es. Pero como antiguo miembro del cuerpo quiero contarle algo que quizá no sea importante. Mi intuición policial siempre se disparaba cuando me encontraba con la hermana de Lars-Ove. Había algo extraño en ella, pero no sé decir qué. Solo una sensación.

Viking captó su mirada seria y asintió.

—Si se le ocurre qué es lo que le hace pensar eso, quiero que nos llame.

Cuando Viking y Malin salieron a la escalera, se miraron. Viking se puso un dedo en los labios para luego señalar el piso de Lars-Ove Karlsson. Sacó el llavero y encontró dos llaves que casaban con la cerradura de siete cerrojos de la puerta. Cuando hubieron entrado y cerrado bien la puerta, Viking sacó unos guantes y cubrezapatos de plástico.

—Mejor que nos pongamos esto. No sabemos qué nos encontraremos.

Malin asintió y comenzó a ponerse los guantes.

—¿Qué impresión te han causado Helga Nilsson y Karl-Erik Hedén? —preguntó Viking con una sonrisa.

—Vaya pareja, tal para cual. Parece que se encargan del servicio de espionaje del edificio. Para su desgracia, solo hay cuatro apartamentos. Aunque es extraño que no supieran nada más de Lars-Ove Karlsson, a pesar de los años que llevan viviendo en el mismo edificio.

—Hum… —dijo Viking con una sonrisa—. Y eso que Karl-Erik fue

policía.

—Exacto —contestó Malin riendo—. Y a ti, ¿qué te han parecido?

—Más o menos lo mismo que a ti. Lo de la maleta es interesante. Debe estar en alguna parte si Karl-Erik no se equivoca y lo recuerda bien. Y su coche también debería aparecer. Un Audi TT siempre llama la atención.

—¿Tú crees? —bromeó con ironía Malin—. Imagínate tener uno en vez de un viejo Toyota.

—Bah, un Audi TT solo tiene dos asientos y solo puede conducirse en verano. Aunque lo tuvieras, tendrías que conducir tu Toyota durante el invierno.

—Buf, qué visión más triste de la vida tienes, ¿eres policía o qué?

—Pues sí, lo soy. Y no solo eso, soy un inspector muy intrigado por la señora a la que Lars-Ove llamaba su hermana.

Malin se puso seria.

—¿No crees que dijo aquello solo porque vio que nos interesábamos por ella? Tú y Karin ya lo comprobasteis. No tiene ninguna hermana ni ningún familiar.

—Nunca se sabe —dijo Viking mientras se encogía de hombros y miraba a Malin a los ojos—. El tiempo corre. Vamos a ver qué encontramos en el apartamento.

Viking atravesó primero el amplio vestíbulo, que daba a una enorme habitación amueblada espartanamente. Una de las paredes largas daba a la calle y tenía tres ventanas altas. En vez de cortinas, tenía persianas de madera de roble. En una de las paredes cortas dominaba una enorme televisión de plasma y debajo de ella había un mueble bajo de color blanco con cuatro grandes cajones. En la otra pared había dos puertas y en medio de estas colgaba un cuadro de colores fuertes que representaba algo ininteligible. En el suelo había una alfombra de nudos y sobre ella, dos sofás blancos de piel. Encima de la mesa, que no tenía más de quince centímetros de alto, había unos periódicos colocados el uno encima del otro de forma ordenada.

—Son periódicos de economía y finanzas —dijo Viking mientras hojeaba los ejemplares. Después fue hacia el mueble que había debajo del televisor y extrajo los cajones.

En ellos había un lector de DVD, un receptor de televisión y un descodificador. Se levantó mientras cerraba el último cajón a la vez que miraba a Malin.

—Podrías decir que estás en una habitación de hotel más que en una casa particular —dijo Malin. Se inclinó y pasó el dedo sobre la mesita que estaba delante del sofá—. No hay ni una mota de polvo.

Viking alzó las cejas.

—Vamos al dormitorio y al baño. Allí suelen encontrarse objetos más personales.

La siguiente habitación en la que entraron no era el dormitorio, sino un estudio que estaba ocupado en su mayor parte por una enorme mesa y tres ordenadores.

—Debía estar muy interesado en tecnología. —Malin se dirigió a la estantería que había a la derecha de la mesa y comenzó a leer los títulos de los libros—. La mayoría de los libros tratan sobre el análisis de las acciones bursátiles. Un poco monotema, tengo que reconocer.

—Mmmm —dijo Viking desde el centro de la habitación mientras recorría la estancia con la mirada—. Sigamos.

Ahora estaban en la cocina. En ella, todo era blanco: las distintas puertas de los armarios, las encimeras, el suelo y las paredes. Solo el fregadero y la nevera rompían el color porque eran de acero inoxidable. Malin y Viking miraron a su alrededor sorprendidos y luego, el uno al otro. Sacudieron las cabezas.

—¡Dios mío, parece un hospital! —exclamó Malin mientras abría una de las puertas de un armario que estaba encima del fregadero. Cerámicas de colores alegres llenaban las tres baldas superiores, mientras que en la inferior había copas de vino y vasos de agua dispuestos en filas ordenadas—. ¡Caramba, aquí hay un poco de alegría!

Viking abrió la nevera, que estaba llena de verduras y zumos. En el congelador había pequeños paquetes con etiquetas en las que ponía pollo, ternera y entrecot. Continuó abriendo el resto de los armarios y cajones de la cocina. Todo estaba perfectamente ordenado. Malin se mantuvo a un paso de distancia respetando el silencio de Viking. Al final, no pudo aguantarse.

—¡Esto no es para nada normal!

—No, para la gran mayoría, no —dijo Viking alargando las palabras antes de girarse y mirar a Malin—. Pero, por otro lado, tampoco lo es que te asesinen. Una cosa que tienes que aprender si quieres trabajar como investigadora es que no hay personas normales. Todas son únicas. —Viking vio cómo Malin se sonrojaba y le sonrió—. No era mi intención incomodarte. Cuando estás al principio de una investigación, has de mirarlo todo sin prejuicios. Quiero decir, intenta acumular toda la información que puedas sin juzgar lo que veas. Después, comienza a analizar. Si llegas a conclusiones al principio de una investigación, corres el riesgo de equivocarte y al cabo de un tiempo puede que tengas que comenzar de nuevo desde cero. Y habrás perdido innecesariamente un montón de tiempo.

Malin asintió y se sonrojó más todavía.

—Ingrid Bergman no te habría enviado conmigo si no pensara que tienes capacidad y potencial para este trabajo. No suele equivocarse con las personas. Por otro lado, puedo decirte que, si no pensara que eres una persona capaz, me habría negado a trabajar contigo. ¿De

acuerdo?

Malin asintió.

—Entonces, lo dejamos así. Vamos al baño —dijo Viking, y se marchó.

El baño también era todo blanco, menos la toalla que colgaba al lado del lavabo y la toalla de baño. Las dos eran rojas, amarillas y con rayas azules. Viking abrió el armario del baño, que no contenía nada extraordinario, solo lo normal: enseres para afeitarse, colonia, desodorante, pasta y un cepillo de dientes.

—¿Qué opinas del contenido? —preguntó Viking a Malin, señalando el armario.

—Son los objetos normales. El after shave y el desodorante son de Karl Lagerfeld, nada que encuentres en un supermercado de barrio, pero tampoco son muy caros. Parece normal…, quiero decir…

—Tranquila, entiendo lo que quieres decir. Yo pensaba más en lo que falta: cremas, aspirinas, unas tijeras para las uñas, tiritas. Cosas que sueles tener a mano en el baño. A veces, lo que falta es tan importante como lo que ya está.

Malin asintió para señalar que lo había entendido. El dormitorio, al contrario de lo que se podía esperar, era verde. Había dos camas juntas formando una cama doble, una mesita de noche con una lámpara para leer, una silla y cuatro armarios. Viking se acercó a la cama y arrancó el cobertor y las sábanas.

—Parece que solo se utilizaba una de las dos camas —constató Viking, y abrió el cajón de la mesita de noche. Había un bolígrafo y un cuaderno de espiral con el texto «HR Soft Wine 79» en la portada—. ¿Sabes qué significa? —preguntó Viking a Malin.

—No, pero, a bote pronto, pienso que tiene que ver con alcohol. El nombre de algún vino quizá.

—Seguramente tienes razón. A veces, la explicación más obvia es la correcta.

Viking abrió uno de los armarios. La sorpresa fue enorme: ropa de mujer. Malin miró entre las prendas que colgaban.

—No es barata, se trata de ropa exclusiva. —En el suelo había dos pares de zapatos de mujer y una pequeña caja con sujetadores de encaje y bragas a juego—. ¿La hermana? —cuestionó Malin, y miró a Viking—. O una amante con una muy buena situación económica, ya que puede dejar aquí estas ropas tan caras. Incluso tiene su propio armario.

—Pero ningún cepillo de dientes o balda en el cuarto de baño —señaló Viking.

El siguiente armario contenía trajes y pantalones. Viking registró los bolsillos, pero no encontró nada. El tercer armario contenía dos filas de camisas, todas bien planchadas y colgadas en la misma

dirección. El cuarto armario contenía cestos de rejilla con toallas, sábanas, calzoncillos y calcetines.

—Bueno —dijo Viking mientras cerraba el último armario. Después, sacó el llavero—. Aquí hay tres llaves que no sabemos para qué son. Una o dos deben ser para un trastero. Tenemos que preguntar a los vecinos sobre ello. —Viking miró su reloj de pulsera—. Caray, ya son las tres y cuarto. En un cuarto de hora tenemos la reunión en la comisaría. ¿Puedes preguntar a los vecinos si hay un trastero mientras llamo a Ingrid?

—Inspectora jefe Ingrid Bergman.

—Hola, soy Viking. Malin y yo todavía estamos en Grebbestad, pero nos iremos de aquí en un cuarto de hora.

—De acuerdo. ¿Cómo os ha ido?

Viking le contó de forma resumida el encuentro con los vecinos y lo que habían visto en el apartamento.

—Interesante. Nosotros acabamos de recibir la noticia de que se ha encontrado el coche. Veremos si la maleta está allí. Si surge algo relevante durante la reunión, te llamo.

—Vale. Por cierto, contamos con seguir trabajando en Grebbestad mañana también.

—Bien. Conducid con cuidado. Hasta pronto.

Miércoles, 19 de abril

Hora 15:35

Ingrid cerró el móvil, pensativa.

—Era Viking. No pueden llegar a la reunión a tiempo, así que podemos comenzar sin ellos. —Transmitió lo que Viking le había contado.

—¿Su hermana? —preguntó Karin—. No tiene hermanos. Lo hemos comprobado, ¿no?

—A pesar de ello, les dijo a los vecinos que era su hermana. Puede que sea una novia. Según los vecinos, tiene una llave del apartamento. Debemos intentar localizarla. Hablaré con Tingström, hay que pedir ayuda a los medios de comunicación. Podemos solicitar información sobre posibles familiares, amigos o si alguien lo ha visto últimamente. Sus vecinos lo describen como un solitario, y esa es la impresión que también tienen Viking y Malin después de haber visto su apartamento.

—Interesante —dijo Nina—. Estuve en la autopsia hoy y el forense, que, por cierto, era Hansén, encontró en su boca algo que piensa que eran restos de pintalabios. Alguna mujer debía haber en su vida, a no ser que se pintara él mismo los labios.

Ingrid asintió.

—¿Qué más reveló la autopsia?

—Según Hansén… Ahora tengo que leer del informe. —Nina hojeó sus papeles—. La víctima murió a consecuencia de una abundante hemorragia en el cerebro como resultado de al menos tres golpes fuertes contra la parte posterior de la cabeza. —Miró a los reunidos—. La parte posterior de la cabeza estaba destrozada y algunos trozos del cráneo se habían incrustado en el cerebro. Hansén piensa que se utilizó una barra de hierro o similar para golpear a la víctima. De todas maneras, encontró un elemento en la herida que tiene que analizarse y que es posible nos diga cuál fue el arma utilizada.

—¿No limpiaron la herida en el hospital? —preguntó Karin sorprendida.

—Sí, pero, según Hansén, las heridas eran de tal magnitud que posiblemente los médicos del hospital priorizaron estabilizar su estado para ver si era posible salvarle la vida. Si Lars-Ove Karlsson hubiera sobrevivido, se habría quedado en estado vegetativo para el resto de su vida.

Los demás reflexionaron sobre la información recibida.

—¡Qué tipo más frío! —exclamó Karin—. El chantre hipócrita que ha sobrevivido ha tenido más suerte de la que se piensa.

—Mmm —dijo Nina—. Creo haber encontrado un posible móvil. Según Hacienda, declaró ingresos por dos millones de coronas el año pasado. Tenía una fortuna de veintitrés millones de coronas.

Algunos silbaron impresionados. «Al fin —pensó Ingrid—, un móvil concreto». El dinero, y más esa cantidad, podía convertir a una encantadora vieja en una asesina.

—¿Cómo ganó ese importe?

—Según Hacienda, en opciones y acciones bursátiles.

Thomas se levantó tan bruscamente que la silla cayó al suelo.

—Sí, ya sé quién es. Se trata de Lars-Ove Karlsson, Lok o la Lokomotora, como se le llama popularmente. Tiene una página en Internet donde escribe sobre opciones y acciones bursátiles. ¿No habéis oído hablar sobre él? Era muy conocido hace unos años entre los inversores. ¿Lo recordáis? Cuando la mitad de los suecos iban a dejar de trabajar y a dedicarse a invertir en bolsa. Fue antes del crac. Esperad, voy a buscar mi ordenador y veréis sobre quién hablo. — Thomas desapareció de la habitación.

«Es una alegría verlo de buen humor», pensó Ingrid. A lo mejor no haría falta tener esa conversación que llevaba tiempo retrasando. No llegó a pensar más, ya que Thomas regresó con un portátil bajo el brazo y lo conectó al proyector. Todos siguieron su evolución callados y lo único que se oía eran los dedos golpear el teclado.

—Aquí. ¿Veis?

«Bienvenidos a la página de la Lokomotora de las Inversiones». Las letras bailaban sobre la pantalla. Bajo el texto había una fotografía de Lars-Ove Karlsson.

—¡Bingo! —exclamó Ingrid.

Thomas siguió tecleando y la pantalla se llenó de recomendaciones y análisis bursátiles. En una de las pestañas había una sección de comentarios. Estaba rebosante de reseñas entusiasmadas.

—¿Y si alguien que haya seguido sus recomendaciones se ha arruinado o perdido mucho dinero? —especuló Thomas.

—Vale la pena tenerlo en cuenta. Debemos leer todos los comentarios para ver si hay alguien descontento o enfadado con él. Los técnicos se encargarán de registrar su ordenador.

Thomas asintió, así que Ingrid continuó contando la visita que habían hecho al chantre en Bankeryd.

—¿Y qué era lo que había visto en Internet? —preguntó sonriendo Thomas.

—No lo especificó. Clubs y tiendas. No quiso decir más. Además, estaba aterrado por la posibilidad de que su mujer se enterara de lo

que había hecho.

—Pero si no hizo nada —dijo Thomas riendo.

—Ya, sin embargo, miró. —Ingrid hizo comillas en el aire con los dedos—. Por eso vamos a pedir a los técnicos informáticos que busquen pistas de páginas web que tengan conexión con la calle Andra Långgatan. Si dieran con algo, habríamos encontrado la relación entre él y el chantre.

Thomas asintió y alzó el dedo pulgar mientras anotaba. De una persona gruñona a otra, Ingrid se acordó de su charla con Nilsson.

—Nilsson os manda recuerdos, por cierto. El coche de Lars-Ove Karlsson se ha encontrado en la zona de Röda Sten, por lo visto totalmente destrozado, pero los técnicos se han puesto a trabajar con él. Thomas, quiero que, junto con otros policías, vayas a preguntar por la zona. La gente se fija en un Audi TT.

—¿Habías pensado en alguien en especial? Todos lo que están aquí están ocupados con otros asuntos.

—Ya vale, Thomas —rugió Ingrid—. No estoy inventándome las cosas, como comprenderás. Hablé con Tingström antes de esta reunión. Vilgot Andersson, Martin Edberg y Pontus Telander formarán parte de nuestro grupo a partir de mañana. Serás el encargado de introducirlos en el caso. Asegúrate de que tengan copia de todo.

Thomas bajó la vista asintiendo.

—¿Sí? —preguntó Ingrid.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo siento. Ningún problema.

Ingrid notó que el pulso se le aceleraba y el pecho le dolía. No podía retrasar esa charla con Thomas. Suspiró profundamente y continuó:

—Los técnicos han recibido pruebas de tejidos y huellas dactilares que compararán con las encontradas en el bate. Parece que es difícil averiguar quién es el fabricante del bate. Nilsson cree que es viejo de todas formas. —Ingrid se masajeó despacio la sien con las puntas de los dedos. Miró por la ventana y vio un cielo negro y amenazador. De repente, la habitación se iluminó con la luz de un relámpago y, al cabo de un rato, se oyó el distante sonido de un trueno.

—Bueno —dijo Nina—, hablando de poderes celestiales, he de contaros que el profeta del Juicio Final volvió a llamar al teléfono abierto al público para anunciar que el fin está cerca. ¿Y si este era el anuncio de su llegada?

—¿Tienes miedo de que venga y te coja? —preguntó burlón Thomas.

—No, creo que está más interesado en hombres que se pasan el día mirándose en el espejo, ligando con chicas y que suelen estar de mal humor. ¿Qué pensáis los demás? —Nina alzó las cejas marcando sus palabras mientras miraba a Thomas.

—¡A los demás nos importa una mierda! —zanjó Ingrid con un tono más cortante del que había pensado usar. Estaba cansándose y no quería perder el tiempo con tonterías, quería acabar la reunión para poder irse a casa—. ¿Han dado algo positivo las llamadas?

—No, lo de siempre. Gente que confiesa, gente que tiene curiosidad y gente que cree que ha visto algo.

Ingrid asintió. Como era habitual, entraban una cantidad ingente de datos en una investigación por asesinato, lo difícil era discernir cuáles podían ser importantes y cuáles no. Encontrar las pepitas de oro que impulsarían la investigación hacia delante. El desánimo la asaltó de repente. Sin darse cuenta, negó con la cabeza. Caray, las investigaciones solían significar metros y metros de papel, no era una novedad para ella. Siempre había sido así.

—Ingrid, ¿te encuentras bien? —le preguntó Nina—. Estás como ida.

—Sí, no pasa nada. Estaba pensando en el caso. Sigamos. —Ingrid notó las miradas interrogantes de los demás, pero decidió ignorarlas y seguir—: Thomas, ¿a vosotros cómo os ha ido? Tenías una cita con alguien de limpieza, ¿no?

—Sí, he hablado con un tío llamado Christer Ohlsson. Entre las cuatro y las cuatro y media de la mañana del lunes conducía una barredora. Como ya hemos oído antes, habló del tiempo desapacible que hacía y que siempre se mueve gente esquiva por esas manzanas. Contó que había visto una despedida de soltera, lo cual no es raro por esos lares, pero le sorprendió la hora y yo comparto su opinión. Por otro lado, ya hemos acabado con el puerta a puerta y no tenemos ningún testigo nuevo. Nada de la gente del taxi o de otra parte.

—De acuerdo —dijo Ingrid—, vamos a hacer lo siguiente. Thomas: llévate a Andersson, a Edberg y a Telander y averigua si hay testimonios sobre el coche. Mirad también si podéis encontrar por la zona su maleta de plástico duro azul oscuro. Mirad también los comentarios de su página web. Encargaos de que los ordenadores que están en Grebbestad lleguen aquí lo más rápido posible. Nina, tú te quedas aquí. Controla la información entrante de las llamadas, mantén el contacto con los técnicos. Llama a Hacienda y al banco de Lars-Ove, investiga su economía. A lo mejor encontramos algo. Y luego tenemos el móvil. ¿Hemos recibido ya la lista de las llamadas entrantes y salientes? ¿Quién se encargaba de ello?

—Viking y yo —contestó Nina—. La lista debe estar en su mesa. Me ocupo de ello mañana. Trataré de conseguir una lista de las llamadas recibidas y hechas desde el fijo.

Ingrid miró con agradecimiento a Nina.

—Bien, Nina. Tú y Karin os quedaréis en la comisaría. Creo que por hoy basta. Mañana iré a Grebbestad y me llevaré a los técnicos, quiero

ver el apartamento. Viking y Malin continuarán mañana en Grebbestad. —Ingrid miró el reloj—. Hora de irse a casa. Nos vemos mañana a las tres y media para intercambiar la información obtenida. —Ingrid recogió sus papeles, que ya formaban un montón considerable.

Cuando salió al pasillo, se encontró con Viking y Malin. Viking dijo en ese momento algo que Ingrid no entendió, pero que hizo reír a Malin. «Caramba —pensó Ingrid cuando vio los ojos brillantes de Malin—, será una decepción para ella cuando se dé cuenta de su orientación sexual».

—Hola. Acabamos de terminar. Venid a mi oficina y os daré la versión corta de lo hablado.

—¡La Lokomotora de las Inversiones, caray! —comentó Viking cuando oyó las últimas noticias—. Su nombre me sonaba, pero la verdad es que no lo relacioné. Yo he visitado muchas veces su página web. Era muy bueno en sus análisis. Seguramente, mucho se han hecho ricos siguiendo sus consejos.

—Alguno habrá fracasado también —replicó Ingrid.

—¿Crees que puede ser un móvil? ¿Alguien que haya perdido dinero y quiera vengarse?

—¿Por qué no?

—¿Y cuál es la relación del músico religioso con todo esto?

—No lo sé. Quizá el agresor se equivocó de persona. Era una mañana con neblina y llovía a cántaros. Tenemos que preguntar qué ropa llevaba puesta, los dos fueron atacados por la espalda. —Ingrid notó que la energía volvía. Estaban llegando a un punto importante en la investigación. También era consciente de que podía ser una pista falsa, pero valía la pena tenerla en cuenta—. El chantre tal vez estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado.

Viking asintió pensativo.

—Malin y yo seguiremos en Grebbestad mañana. ¿Piensas venir?

—Sí, pero iré con mi coche. Necesito las llaves del apartamento.

Viking sacó su llavero, extrajo dos llaves y se las dio.

—Nosotros iremos sobre las siete de la mañana. Habíamos planeado mirar el trastero y el garaje, así que necesitaremos las llaves para entrar.

—Yo había pensado ir más temprano y dedicar la mañana a revisar el apartamento antes de que lleguen los técnicos. Llamadme al móvil cuando estéis cerca de Grebbestad y os abriré.

Cuando Viking y Malin se hubieron ido, Ingrid miró el reloj. Las seis y media. Cómo pasaba el tiempo. Levantó el teléfono y marcó el número directo de Tingström, que respondió enseguida.

—Hola, soy Ingrid. Me alegro de que todavía estés. Necesitamos convocar una nueva rueda de prensa para pedir ayudar al público para

localizar una mujer que creemos que puede ayudarnos en la investigación.

—Mira, me pillas saliendo. Mi mujer y yo nos vamos a la ópera, y ya llego tarde. Escribe un informe y envíame un correo electrónico. Lo miraré más tarde y te llamaré mañana.

—De acuerdo. Sobre las seis me voy a Grebbestad. Puedes localizarme en el móvil.

Tingström rio.

—No suelo llamar antes de las siete. Tengo que irme. Adiós.

Ingrid recogió todos los papeles de la investigación y los guardó en su cartera. Tenía la sensación de que no controlaba toda la información que se estaba generando. Necesitaba unas horas de tranquilidad para dejar que su cerebro repasara todos los detalles. Paseando lentamente en diagonal por Heden, se sorprendió al comprobar que su dolor de cabeza desaparecía a cada paso que daba. El bochorno había desaparecido y el aire era fresco, como era habitual después de un chaparrón repentino. Ahora lucía el sol y el cielo era de un azul casi intenso. Se paró en el restaurante de sushi que había en la esquina de la calle Berzeliigatan y la calle Södra Vägen, y compró comida para llevar.

Una vez en casa, dejó la cartera sobre la mesa del comedor y se dirigió al cuarto del baño, donde se dio una larga ducha caliente. Después, se puso ropa cómoda y se sentó en la mesa del comedor con el sushi y un vaso de agua. Antes de comenzar a comer, sacó los papeles de la cartera y los ordenó en distintos montones sobre la mesa. La mesa podía albergar doce comensales, situación que nunca se había dado. El máximo habían sido tres: Ewa, Helene y ella misma. La había comprado con la idea de ser más sociable. Invitaría gente a comer a casa y tendría agradables y largas comidas.

Ingrid suspiró y sintió cómo el pesimismo se apoderaba de ella. Cogió el primer montón de papeles y empezó a leerlos para alejar los pensamientos. Comenzó a leer atentamente mientras de vez en cuando comía sushi. Después de una hora y media, se levantó de la mesa para estirarse un poco y preparar café. Después de una hora y media más, ya se había leído todo el material de la investigación. Todo junto daba una impresión caótica. Mucha información que apuntaba en distintas direcciones sin que hubiera una clara relación entre ellas. Claro que, en un estadio tan primitivo de la investigación, no era extraño que lo hiciera. Estaban obligados a trabajar con toda la información hasta que tuvieran claro qué era lo que podrían descartar y qué era relevante. A veces, se sabía desde el principio lo que era importante y lo que no. De todas formas, era primordial no dejarse ningún cabo suelto. Un asesinato solía resolverse con el trabajo rutinario y aburrido, controlar y volver a controlar, interrogatorios y volver a

interrogar. Todo podía resumirse en un tenaz y rutinario machaque y desgaste. Ingrid opinaba que lo más difícil era esperar, ya fuera un resultado del laboratorio o un interrogatorio que un colega tenía que llevar a cabo para seguir con la investigación. En todas las pesquisas, era importante mantener el ritmo. El tiempo siempre era un factor limitante que nunca estaba de su lado.

Le vino a la cabeza lo que el fiscal Per Schildt le había dicho sobre el poder cuando se vieron unos días atrás. Poder y maltrato solían ir de la mano. Personalmente, pensaba que poder y crimen estaban relacionados. La necesidad humana de reivindicarse de forma física, síquica o económica e incluso religiosamente. Pensó en Marta Cronström, que había insinuado que el chantre religioso y Lars-Ove Karlsson habían sido agredidos como castigo por su desobediencia. ¿De quién era el poder? ¿De las personas o de Dios? Al día siguiente intentaría pasar a visitarla de nuevo, a ver si podía averiguar algo más. Ingrid estaba segura de que la anciana había visto algo que no contaba, aunque no sabía si sería relevante para el caso. En cuanto al chantre, estaba convencida de que le habían sonsacado la verdad. Una lástima de persona: tener miedo sobre qué opinaría su mujer y su parroquia de él. ¡Qué vida! Pero tenían que volver a hablar con él para saber qué páginas web había visitado. Si se demostraba que Lars-Ove Karlsson había visitado páginas que podían relacionarse con las actividades de la calle Andra Långgatan, se verían obligados a coger el ordenador del chantre para ver si había alguna relación entre ellos. Esperaba que la mujer que estaba en la vida de Lars-Ove se diera a conocer. Necesitaban hablar con alguien que lo conociera de verdad para saber cómo era su vida, quiénes eran sus amigos, si tenía enemigos y si había recibido amenazas alguna vez. A pesar de que era un conocido analítico bursátil, su vida tenía un perfil difuso. ¿No lo echaba de menos nadie? Su teoría inicial de que había sido víctima de homofobia se había enfriado. El chantre estaba casado y Lars-Ove tenía una amiga, porque la ropa cara que colgaba en el armario no era de su hermana, ¿verdad? ¿Por qué tendría una mujer tanta ropa en un armario si solo visitaba a su hermano una vez al mes? Y, según el registro del padrón, no tenía hermanos. Lo único que sabían con seguridad era que la mujer lo visitaba y que tenía sus propias llaves. El haberles dicho a los vecinos que era su hermana debió ser una manera de calmar su curiosidad. Ingrid tenía ganas de ver el apartamento con sus propios ojos. Pensaba que viendo el hogar de la víctima se hacía mejor idea de cómo había sido. El timbre del teléfono la sacó de forma abrupta de sus pensamientos.

—Hola, Ingrid, soy Ewa. Solo quería decirte que he reservado el sábado a las diez en Albatross. ¿No habrás olvidado que habíamos quedado en que nos invitarías a Helene y a mí a comer?

—Claro que no me he olvidado —dijo Ingrid mientras cruzaba los dedos a la espalda.

—Claro que no —la imitó Ewa—. Te conozco. Reconoce que te habías olvidado de nosotras.

—Vale, vale. Me había olvidado. Estoy en medio de una investigación complicada, y se está llevando toda mi energía y concentración.

—Bueno, dedícate a ella hasta el sábado a las diez; entonces tendrás que concentrarte en otra cosa, porque de lo contrario te daré un palizón. He comprado un driver que golpea casi solo unos doscientos cuarenta metros. Avisada quedas.

Jueves, 20 de abril

Hora 07:37

Ingrid quitó la cinta de la policía de la puerta de Lars-Ove Karlsson, sacó las llaves que Viking le había dado y abrió las dos cerraduras. No había mirilla en la puerta. Le pareció extraño, pues la víctima parecía haber sido una persona muy prudente. Quizá era una de las tantas contradicciones que aparentaban ser su principal característica. Ingrid entendió qué había querido decir Viking con ello cuando entró en la sala de estar. Daba una impresión fría y estéril.

Toda la habitación parecía sacada de una revista para hombres triunfadores, solo la alfombra de nudos de azul intenso y el cuadro de colores chillones rompían la decoración blanca. Entró en la cocina y tuvo la misma sensación de hospital que Viking había descrito. Abrió todos los armarios y cajones, y se sorprendió del colorido de la vajilla. ¿Por qué ocultaba los colores? Estaba claro que le gustaban los tonos intensos. Era como si hubiera decidido decorar para desorientar al posible visitante de la casa. Según los vecinos, no recibía visitas, a excepción de la mujer que lo visitaba una vez al mes. Entró en el dormitorio y levantó el cobertor y las sábanas, tal como Viking ya había hecho el día anterior. Llegó a la misma conclusión: parecía que solo se había utilizado una de las camas. Miró en el cajón de la mesita de noche y leyó en la portada del cuaderno de espiral «HR Soft Wine 79».

Viking no lo había mencionado en la reunión, aunque tal vez no había tenido tiempo. Le sorprendería mucho si se le hubiese pasado por alto. Era muy extraño que tuviese solo un cuaderno y un bolígrafo en la mesita de noche. Personalmente, ella era muy ordenada y no tenía nada innecesario en su casa, pero en la mesita de noche había de todo un poco, que acababa allí cuando se vaciaba los bolsillos por la noche. En su mesita había fichas para el golf, monedas, cuatro o cinco bolígrafos, pendientes y alguna que otra cosa que tenía tendencia a acabar allí. Daba la impresión de que había limpiado su apartamento antes de irse a Gotemburgo, como si supiera que iba a ser asesinado. Abrió los armarios sin tocar nada. Se veía que la ropa que colgaba en las perchas era cara, de marca. Abajo estaban los zapatos y también parecían caros. El armario con la ropa de mujer estaba un tercio lleno y desprendía un leve olor a perfume que le pareció reconocer, pero

que no pudo identificar. Ingrid siguió y entró en el estudio con los tres ordenadores y la estantería con libros de análisis bursátil. Cuando entró en el cuarto de baño, tuvo la misma sensación de clínica que había tenido en la cocina. Le sorprendió el contraste del azulejo blanco y las alegres toallas. De repente, se agachó y miró debajo de la bañera.

Al fondo, en una de las esquinas contra la pared, había una botella de plástico. Ingrid fue a la cocina a buscar una fregona de uno de los armarios y la utilizó para sacar la botella de debajo de la bañera. Contenía una sustancia para quitar pelos. Ingrid rio para sus adentros. Ese hombre debía haber padecido alguna manía extrema de limpiar. ¿No soportaba ni sus propios pelos? Sacudió la cabeza. Dejó con cuidado la botella en el borde de la bañera y fue a la cocina para guardar la fregona en su sitio.

Cuando vio la máquina de expreso en la cocina, tuvo ganas de tomar un café, pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido del timbre. Miró el reloj, debían ser Viking y Malin.

—Hola, traemos café si quieres —dijo Viking con una sonrisa, mostrando el termo mientras Ingrid les abría la puerta.

—Me parece una buena idea. Sentémonos en la cocina y hablemos un poco. Quiero que repasemos todo lo que sabemos de la víctima. No puedo hacerme una idea de cómo era, parece como si hubiera quitado todos los objetos personales de la casa. Por cierto, he encontrado una botella con líquido para quitar los pelos debajo de la bañera.

Viking puso un mantel de plástico sobre la mesa de la cocina, colocó tres tazas y vertió café humeante en ellas. Ingrid sopló sobre su café antes de probarlo con cuidado.

—Quiero que repasemos todo lo que sabemos de Lars-Ove Karlsson. De momento, dejemos al chantre.

—Vale —dijo Viking—. Comienza tú.

—Tenía cincuenta y seis años. Era soltero y no tenía familia.

—¿Y la supuesta hermana? —preguntó Viking.

—Hablemos primero de lo que sabemos de él con seguridad. Sabemos que recibía visitas de una mujer, que él dijo a los vecinos que era su hermana. Lo visitaba una o dos veces al mes. Según los vecinos, tiene la llave del apartamento. También tiene un armario con ropa cara. La última vez que se lo vio con vida fue el domingo por la tarde, cuando dejó su casa con una maleta de color azul oscuro.

»A las cinco menos diez de la madrugada del lunes llegó el aviso de que yacía en la calle Andra Långgatan, víctima de una agresión. Tenía consigo las llaves, la cartera y el móvil. El martes por la mañana murió. Existe una laguna grande sobre qué hizo entre el domingo por la tarde y el lunes por la mañana. Tenemos que intentar averiguar qué pasó y, sobre todo, qué hizo en la calle Andra Långgatan.

»Más tarde, descubrimos que era un gurú de las finanzas con página web propia y que era conocido como la Lokomotora de las Inversiones. Lo que me sorprende es que fuera tan discreto, pero que en la página web tuviera una fotografía suya. Vivió quince años en el edificio y, a pesar de que los vecinos curiosos intentaron de todo, nadie ha estado dentro de su apartamento ni saben nada de él, aparte de que tenía una hermana. Necesitamos encontrar a alguien que lo conociera.

—Tenía el carné de socio de la piscina y la bolera de Strömstad —intervino Malin—. Nadie juega a los bolos solo. Eso nos indica que no se pasaba el día encerrado en casa con sus ordenadores o limpiando. Algún empleado debe haberlo visto.

—Estoy de acuerdo. Según los vecinos, hay trasteros en las buhardillas y en el sótano. No hay garaje y su coche solía estar aparcado en la parte de atrás del edificio.

Ingrid se levantó para ver mejor la parte trasera del edificio por la ventana. Contó ocho aparcamientos.

—Yo puedo encargarme del trastero de arriba y vosotros, del sótano. ¿Cuántas llaves tienes?

—Tres que no sé de dónde son.

—Una para el trastero de arriba, otra para el sótano y la tercera para…

—¡El buzón, claro! —exclamó Viking, saltando de su silla.

—De acuerdo —dijo Ingrid—. Entonces, nos falta registrar el buzón. Vamos a hacer lo siguiente: yo me quedo a registrar los trasteros y el buzón, mientras que vosotros vais a Strömstad a ver si averiguáis algo.

Viking y Malin asintieron. Se levantaron, y Viking le dio las llaves a Ingrid. En cuanto estuvo sola, Ingrid dio una segunda vuelta por el apartamento.

Cuando entró en el dormitorio, abrió el armario con la ropa de mujer e intentó recordar qué perfume era, pero no fue capaz. «Ya me acordaré —pensó—, tarde o temprano me vendrá a la cabeza». A menudo le pasaba durante una investigación que tenía el presentimiento de que sabía la respuesta. A veces tardaba un poco en dar con ella, pero era raro que no le llegara la solución.

De camino al buzón que estaba en la entrada, sonó su teléfono. Se trataba de Nilsson y sus técnicos, que estaban en la entrada. Les abrió la puerta y los acompañó hasta el piso de la víctima.

—Quiero que registréis la casa a fondo. Traeos todo el equipo técnico a Gotemburgo para que podamos registrarla. En el cuarto de baño hay una botella con líquido para quitar pelos. Quiero que la miréis y toméis huellas dactilares, etcétera. Hay también un trastero en las buhardillas y otro en el sótano que quiero que también

registréis cuando hayáis terminado aquí. Aparte de eso, proceded como hacéis habitualmente. Estaré en el edificio durante un tiempo; si tenéis alguna pregunta, podéis llamarme al móvil.

Ingrid bajó al buzón. Solo contenía publicidad. Era extraño que no hubiera recibido ninguna carta en cuatro días. Luego bajó al sótano. A la derecha había las puertas numeradas de cuatro trasteros. Ingrid miró el llavero y encontró una llave pequeña que parecía ser de un candado.

«Número cuatro, esa debe ser la puerta correcta», pensó mientras probaba la llave. Efectivamente, abrió la puerta y encendió la luz. Todo el trastero estaba lleno de cajas de cartón apiladas desde el suelo hasta el techo. Cada una de ellas tenía una etiqueta. Leyó en la caja más cercana: «Declaraciones 1990-1999». En la siguiente ponía: «Declaraciones 2000-».

Siguió leyendo las etiquetas: «Recetas», «Economía de empresa», «Análisis estadístico», «Ciencias económicas», «Dibujo», «Filosofía», «Ropa», «Literatura escolar básica». «Una persona con muchas facetas», pensó Ingrid. Allí había mucho que buscar, pero ya lo harían Malin y Viking. Apagó la luz y cerró con cuidado. Con toda seguridad, sería interesante ver el trastero de la buhardilla. Ingrid subió las escaleras lenta y pensativa mientras miraba las bellas pinturas que decoraban las paredes. De repente, un hombre estaba delante de ella bloqueándole el paso.

—¿Quién es usted? —preguntó con autoridad mientras se cruzaba de brazos.

Ingrid miró con sorpresa a la persona de edad que estaba a tres escalones de ella.

—Inspectora jefe Ingrid Bergman —contestó en el mismo tono—. ¿Y quién es usted?

—Ah, perdone. Mi nombre es Karl-Erik Hedén. —Extendió su mano derecha para saludarla—. Policía jubilado desde hace doce años. Vivo en el edificio —dijo señalando la puerta del apartamento que había detrás de él.

Ingrid extendió su mano para devolverle el saludo.

—La verdad es que tengo algunas preguntas que quisiera hacerle. ¿Cree que podríamos…? —Con un leve movimiento de cabeza, señaló hacia la puerta.

—Claro, por supuesto. ¿Bergman, era el nombre?

Ingrid asintió y lo siguió. El apartamento estaba lleno de muebles oscuros de roble, pero en las paredes de color amarillo claro colgaban cuadros con motivos de la naturaleza que aligeraban notablemente el ambiente. Todas las ventanas estaban repletas de plantas exuberantes y las cortinas tenían colores cálidos. El apartamento daba una impresión agradable y familiar. Karl-Erik se percató de la mirada de

admiración de Ingrid.

—Todo es modernista. Mi mujer, que por desgracia murió hace tres años, trabajaba en un museo, y le gustaba mucho el arte y la arquitectura. Vivíamos en Gotemburgo hasta hace doce años cuando, con motivo de mi jubilación, nos mudamos aquí y Margareta dejó su trabajo. Decorar la casa de la manera más auténtica posible se convirtió en su afición. Amaba esta casa antigua con sus bellas pinturas y encanto arquitectónico.

Ingrid entendía qué quería decir. El edificio era verdaderamente bello y muy diferente de las casas modernas. Ya no se tenía presupuesto para construir así.

—Se nota el buen gusto —dijo Ingrid sonriéndole. Karl-Erik le devolvió la sonrisa. Parecía una persona de trato fácil. Irradiaba la misma confianza y hablaba con la misma voz tranquila que Tingström —. ¿Dónde trabajaba en Gotemburgo?

—Fui comisario en Delitos Económicos los últimos once años antes de la jubilación.

—¿Lo echa de menos?

—Sí, cada día si tengo que ser sincero. Echo de menos la sensación de intensidad que te llenaba cada vez que se llegaba a un punto de inflexión en una investigación. Cuando se lograba resolver un caso que parecía de imposible solución. Mirar con detenimiento cada detalle desde todos los puntos de vista. Se trataba de ser lo suficientemente testarudo para que al final apareciera un patrón y poder encarcelar al culpable. ¿Tiene a veces esa sensación?

—Sí —contestó Ingrid con sinceridad—. Es como si se tuviera una energía interior que necesita salir con urgencia. ¿Cree que todos los crímenes tienen que ver con el poder?

Karl-Erik miró al techo, pensativo, antes de contestar:

—Sí, lo creo. Todo, desde la violencia contra las mujeres hasta los asesinatos por honor y los tirones de bolsos, todo ello trata de poder. El poder sobre las demás personas. Ya sea que se quiera dinero o decidir sobre la vida de otra persona. De todas formas, creo que no era esto lo que quería hablar conmigo.

—No, en realidad, no. Aun así, ha sido interesante oír su opinión. Como se le informó ayer, su vecino Lars-Ove Karlsson fue víctima de un crimen, a consecuencia del cual murió. Intentamos averiguar cómo fueron sus últimas horas y, según mis compañeros con los que habló, usted vio el domingo por la tarde cómo Lars-Ove abandonaba la casa con una maleta azul oscuro.

—Es correcto. Debían ser las tres menos algún minuto. Lo sé porque Helga Nilsson me había invitado a tomar café con ella. Siempre tomamos el café juntos los domingos a las tres. Sé que miré el reloj antes de ir. Es como un acuerdo un poco tonto de que tengo que

tocar el timbre a las tres en punto. La cuestión es que, cuando abrí la puerta de mi apartamento, Lars-Ove Karlsson estaba bajando las escaleras.

—¿Qué ropa llevaba puesta?

—Pantalones oscuros, con una chaqueta oscura que le llegaba a la cintura y una camisa de color azul claro.

—Tiene una buena memoria.

—Puede ser. De todas formas, casi siempre iba vestido así. A veces, llevaba un traje oscuro con una camisa blanca y una discreta corbata. Si hubiera ido vestido de otra manera, lo recordaría.

Ingrid asintió y siguió preguntando:

—¿Podría describir la maleta?

—Una maleta de viaje de plástico duro de color azul oscuro. Tipo Samsonite o una marca por el estilo. Aproximadamente, cincuenta por sesenta centímetros. —Con las manos indicó el tamaño de la maleta.

—¿Vio alguna cosa más? ¿Parecía alterado? ¿Le dijo algo?

—No, nada especial. He estado pensando en ello desde que hablé con sus compañeros. Me dijo «Hola» y yo le contesté «Hola». Eso fue todo.

—También dijo algo sobre su hermana.

—Sí, era más una leve sensación. Pero, como les dije, siempre que me la encontraba se despertaba mi vieja intuición policial. Nunca fue desagradable, era muy hermosa, no sé qué era lo que me perturbaba de ella.

—¿Solía llevarse la maleta cuando se iba?

—Casi nunca lo veía, pero sí, alguna vez lo he visto con la maleta.

—Además de su hermana, ¿recibía alguna otra visita?

—Creo que solo en alguna ocasión. Salía muchas noches y a veces estaba varios días de viaje.

—¿Salía muchas noches? ¿Puede explicármelo con más detalle?

Se trataba de una información nueva y Karl-Erik Hedén contestó a la pregunta de Ingrid como si le hubiera leído la mente.

—Las mujeres de este edificio son unas cotillas. Querían que yo, al haber sido policía, intentara averiguar algo sobre Lars-Ove. Les parecía un hombre misterioso y nunca conseguían invitarlo a tomar café o alguna otra cosa para así poder sonsacarle información. Yo me di cuenta de que salía algunas horas entre semana. Siempre por las noches. Supongo que durante el día debía trabajar con sus ordenadores. Luego siempre iba y venía de sus trasteros. De los dos.

—Trabajaba con sus ordenadores. ¿Se lo contó él?

—No, pero es archiconocido como la Lokomotora de las Inversiones. Debía seguir la bolsa durante el día para poder trabajar. Claro que yo de eso no sé nada, simplemente es lo que me imagino.

—Mmm. Puede que tenga razón. —Ingrid se levantó para irse—.

Llámeme sin ningún problema si se le ocurre algo que piense que es importante para la investigación.

—Así lo haré —contestó Karl-Erik mientras la acompañaba a la puerta.

De camino al trastero que se encontraba en la buhardilla, Ingrid pasó por el apartamento y entró a ver los técnicos. Trabajaban concentrados y en silencio, así que salió sigilosamente para no molestarlos. Arriba contó hasta nueve trasteros. Al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que correspondían a los vecinos de las dos puertas del edificio. Así que Lars-Ove podía salir por la otra puerta sin que sus vecinos lo vieran. El único que era más difícil de evitar era Karl-Erik Hedén.

Ingrid se había percatado de que tenía una mirilla en su puerta. Ingrid sonrió cuando entendió cómo podía Karl-Erik saber cosas de Lars-Ove. El viejo policía debía pensar que era vergonzoso reconocer que espiaba a su vecino por la mirilla, pero por otro lado no quería ocultar lo que había visto a la policía. Ingrid sacó el llavero y probó la llave que no había usado hasta entonces con las cerraduras de los trasteros. En el tercer intentó, la llave entró y giró. Tanteó con la mano buscando el interruptor de la luz, lo localizó y la encendió. El trastero estaba vacío. No había nada. Condenadamente vacío. Ingrid estaba confusa: esperaba que estuviera como el anterior, lleno de cosas. «Bueno —pensó—, esto ha sido rápido». Todavía confusa, miró el reloj y vio que era la hora de almorzar. Decidió ir al restaurante del cual Lars-Ove Karlsson tenía una tarjeta de visita.

El restaurante Hamnkrogen estaba situado cerca del puerto. No había mucha gente y pidió sopa de guisantes con panceta y crepes. Se sentó y miró el puerto disfrutando del ambiente tranquilo. Un lugar como ese era ideal para vivir, para dejar Gotemburgo tal como Karl-Erik Hedén y su mujer habían hecho. Durante el almuerzo se fijó en que allí trabajaban como mínimo cuatro personas. Cuando pagó, se identificó y preguntó si podía hablar con todos los empleados.

—¿Han visto a esta persona? —preguntó mientras mostraba una fotografía de Lars-Ove Karlsson.

Nadie lo conocía.

—Ni idea —dijo una de las camareras—. Nunca lo he visto. ¿Por qué quiere saberlo?

—Ha sido víctima de un crimen y en su cartera hemos encontrado la tarjeta de visita de este restaurante.

—Es verdad. Llamó alguien de la policía de Gotemburgo. Creo que fue ayer u otro día —comentó la otra camarera.

—¿Están seguros de que no saben quién es?

—La verdad es que me suena de algo, pero yo trabajo en la cocina y tengo muy poco contacto con los clientes —dijo el cocinero.

—¿Puede ser que lo hayan visto en algún otro lado?

—No, no lo sé. Seguramente, lo he confundido con otro.

—Si recuerda por qué le suena su cara, quiero que me llame.

Antes de irse, Ingrid les pidió que le escribieran sus nombres, domicilios y números de teléfono. Les dio su tarjeta de visita.

—Y también vale por los demás: si se les ocurre algo, llámenme.

Tenía que irse si quería llegar a tiempo a la reunión en Gotemburgo a las tres y media. La hora y media que duraba el trayecto en coche sería suficiente para reflexionar sobre lo que había averiguado. Mierda, se había olvidado de Tingström. ¿Por qué no lo había llamado? Marcó su número en el móvil. Contestó a la primera señal.

—Hola, soy Ingrid. —Se dio cuenta de que su voz sonaba irritada —. ¿Por qué no me has llamado? La rueda de prensa es importante para que la investigación avance.

—Tranquila, Ingrid. Enviamos una nota de prensa a las nueve esta mañana. Hemos revelado el nombre de la víctima, la hora y el lugar del suceso. Hemos pedido ayuda a posibles testigos y también la colaboración de las personas que conocieran a la víctima.

—Pero —Ingrid notó cómo la presión en el pecho se atenuaba y preguntó resignada— ¿por qué no me has llamado como habíamos quedado?

—Hemos tenido mucho que hacer con dos atracos bancarios esta mañana. Tuve que redactar una nota en vez de convocar la rueda de prensa que querías. Tenía otros asuntos que atender. ¿No has escuchado la radio en toda la mañana? —Ahora era Tingström el que sonaba irritado.

—Lo siento. Sé que tienes otros casos además del mío, pero es que todo esto es muy irritante. No vamos a ningún sitio. No hay forma de hacernos una idea sobre su vida, este hombre es tan escurridizo como una anguila. Es casi inexistente. No tiene amigos, no tiene lugar o compañeros de trabajo. Ni los vecinos, que son más curiosos de lo normal, saben nada. Y eso que algunos han vivido quince años en la misma escalera que él. Es para preguntarse si ha llegado a existir de verdad. —Ingrid suspiró profundamente, como si de pura frustración se hubiera olvidado de respirar.

—Llegará, lo sabes. Lleváis solo unos días. Cuando menos os lo esperéis, tropezaréis con algo y la niebla se aclarará. Siempre hay una fachada, tan solo se trata de ver cuán espesa es.

—Sí, tienes razón como siempre. Necesitaba oír estas palabras. Por cierto, ¿conoces a un antiguo inspector de nombre Karl-Erik Hedén?

—Ya lo creo. ¿Dónde lo has visto?

—Es vecino de la víctima.

—Caramba. Supongo que es un buen testigo.

—Sí. De momento, el mejor.

—Es una buena persona. Puedes fiarte de él. Fue mi jefe durante unos años.

—Vaya. Haremos un repaso de la información obtenida a las tres y media. ¿Podrás venir?

—No, tengo mucho que hacer. Envíame un informe. El fiscal ha llamado para saber cómo iba tu caso. Le he dicho que de momento no hay sospechosos y que no tenemos mucho con lo que trabajar.

—Sí, es un resumen corto y conciso del caso —constató Ingrid seca, y rio.

—Algo es algo —contestó Tingström—. Debo dejarte, que tengo gente en la puerta que quiere hablar conmigo.

En cuanto colgó, el teléfono sonó de nuevo. Era su peluquero, había vuelto a olvidarse de su cita por segunda vez consecutiva. El peluquero estaba enfadado, pero consiguió convencerlo para que le diera una hora especial el sábado. A las ocho de la mañana, una hora antes de su horario de apertura normal. «Con razón tengo tan pocos amigos —pensó—, la gente se cansa de quedar conmigo y que luego los deje plantados». Solo Ewa y Helene habían aguantado al largo de los años. Menos mal que ellas, a base de insistir, la obligaban a hacer cosas distintas; de lo contrario, con toda seguridad se mataría a trabajar.

A veces, la había asaltado el pensamiento de que viviría mejor en un hotel. Durante algunos periodos solo estaba en casa para dormir, solía comer comida precocinada y la colada se la hacían otros. Una empresa de limpieza iba una vez a la semana y otra se encargaba de cortar el césped en verano y de espalar la nieve en invierno. El coche era de leasing porque era más sencillo en caso de que surgiesen problemas. Se dejaba una gran parte de su sueldo en contratar servicios para librarse de los trabajos domésticos, para así con método y perseverancia poder matarse a trabajar sin que los quehaceres cotidianos la molestaran.

Por suerte, tenía el golf. Jugaba desde hacía veinte años y todavía no se había cansado. Era en parte gracias a este deporte que mantenía el contacto con Ewa y Helene. Las tres eran aficionadas a él. Aficionadas era una palabra equivocada. Estaban más bien obsesionadas, o atrapadas en las redes del golf, como solían decir. Helene y Ewa eran solteras y tenían un amplio círculo de amistades. De vez en cuando, surgía un hombre que valía la pena durante un tiempo. Ingrid pensaba que se habían vuelto demasiado cómodas para tener una relación seria. Personalmente, no cambiaría nada en su vida por un hombre. Era cierto que a veces deseaba tener una persona adulta a su lado con la que compartir su día a día, pero no estaba dispuesta a que el precio a pagar por ello fuera su independencia. Por

otro lado, trabajaba tanto que no le sobraba tiempo para conocer a nadie. Lo último que deseaba era estar con una persona de su misma profesión. Había visto demasiado veces cómo acababan ese tipo de relaciones. Las parejas hablaban entre ellas de los gajes del oficio hasta el aburrimiento y después llegaba el divorcio como por encargo.

Jueves, 20 de abril

Hora 15:27

—Podemos comenzar la reunión antes. No tenemos que esperar hasta que sean las… —Ingrid miró el reloj: casi las tres y media— ya que todos estamos aquí. —Se dio cuenta de lo tontas que sonaban sus palabras.

—Tienes razón. Ganamos tres minutos —dijo Thomas riendo.

El resto de los reunidos se animaron a reír. Ingrid se obligó a reír con ellos.

—Sí, y ahora con las bromas hemos perdido dos —contestó, provocando más risas. Notó cómo los hombros se le relajaban y el cuerpo también—. Bueno, Thomas, son las tres y media en punto. Puedes comenzar.

Thomas sonrió y saludó militarmente con la mano. Ingrid ya no lo entendía. Podía estar de mal humor y, un segundo después, era el Thomas bromista y alegre de siempre.

—Tenemos varios testigos que han visto el Audi TT de la víctima aparcado en el museo de arte Röda Sten desde el lunes por la mañana. Estaba aparcado a doscientos metros de la central térmica de Pannhuset, más o menos en el tercer arco del puente contando desde el río. Algunos trabajadores de la central lo han visto. La distancia entre Pannhuset y el coche ha hecho que nadie haya reparado en los desperfectos del vehículo. A unos metros de los cimientos del puente hacia tierra hay una pequeña arboleda. Allí hay una caravana.

»Según el viejo que vive en ella, Evald Johansson, el coche apareció allí sobre las tres de la madrugada del domingo. Había salido a mear y, mientras estaba afuera llegó un coche a toda velocidad con las ventanillas bajadas y la música a todo volumen. El vehículo dio una serie de vueltas, derrapando en torno a uno de los arcos del puente. De él salieron al cabo de un rato cuatro jóvenes gritando.

»Evald Johansson nos contó que, en todos los años que lleva viviendo allí, nunca había oído un escándalo similar. Los muchachos se fueron dando voces. Según el viejo, estaba demasiado oscuro como para poder verlos, pero, por sus voces y por cómo hablaban y se movían, piensa que eran jóvenes.

Todos sabían quién era Evald Johansson. Llevaba viviendo en la caravana al lado de Röda Sten cerca de quince años. De vez en

cuando, los servicios sociales intentaban alojarlo en otro lugar y, de vez en cuando, el periódico Göteborgs-Posten escribía sobre él en el suplemento dominical. Tenía problemas con el alcohol, pero nunca se comportaba de manera desordenada o molesta. Evald solo quería estar tranquilo en su caravana.

—Chicos chulos —constató Ingrid—. Con ese comportamiento, pronto los tendremos aquí. Con toda seguridad, no es la primera vez que roban un coche para divertirse y no tener que caminar.

La policía tenía un buen control de los delincuentes juveniles. La gran mayoría se conformaban con coches viejos y fáciles de robar para divertirse con ellos y conducirlos hasta destrozarlos. Robar un Audi TT eran palabras mayores e implicaba un mayor prestigio.

—Sigamos la pista del robo del coche. Creo que podemos averiguar quiénes son con celeridad si el Departamento de Vehículos nos ayuda. Lo importante es que el coche ya estaba en Röda Sten a las tres el domingo por la noche. Lars-Ove fue encontrado a las cinco de la mañana. Podemos deducir, con cierta reserva, que los chicos lo robaron en el sitio en el que Lars-Ove lo aparcó. Los técnicos están trabajando en ello en estos momentos. La maleta de color azul oscuro que buscamos no está, pero no sabemos si todavía estaba en el coche cuando los muchachos lo dejaron.

—Entra dentro de lo posible que alguien haya robado la maleta cuando el coche estaba en Röda Sten. ¿Pudo haberlo hecho Evald Johansson?

—No, imposible. Está aterrado ante la posibilidad de que lo encierren y, mientras tanto, quedarse sin la caravana. Por ello es tan colaborador y cuenta todo lo que ha visto. No se sabe, eso sí, si cuenta todo lo que ha visto por no comprometerse demasiado.

—Mirad a ver si podéis sacarle algo más. Alguna descripción de los jóvenes, cualquier cosa.

—De acuerdo. Después, hemos mirado la lista de comentarios de la página web de la víctima. Todos son positivos y de felicitación. Es posible que los censurara, yo lo haría. No dejaría comentarios de personas que han perdido dinero o que se sintieran estafadas.

—No, claro. Quiero que reviséis los comentarios a diario por si entra alguno que no sea tan positivo. Los técnicos traerán sus ordenadores aquí esta tarde. Insistid para que impriman todo el material disponible en los discos duros para que podáis revisarlo. Si es posible, quiero que empecéis mañana. —Ingrid se pasó la mano por la barbilla—. Nina y Karin, por lo que he oído, habéis tenido una mañana movidita.

Nina rio.

—Sí, es lo mínimo que se puede decir. Desde que se hizo pública la nota de prensa a las nueve de la mañana, los teléfonos no han dejado

de sonar. La radio local la ha leído y los periódicos de la tarde deben haber sacado ya su edición. —Nina miró su reloj—. Y, cuando salga en la prensa de la mañana, contamos con que el número de llamadas aumente. Solo nos ha dado tiempo de comenzar a ordenar las observaciones que nos han llegado, pero puedo anunciaros que el profeta ha vuelto a llamar.

—Parece que es un tipo insistente. Es el tercer día seguido que llama. ¿Alguno de vosotros ha oído hablar de él antes?

Todos los reunidos negaron con la cabeza.

—Un nuevo lunático que ha descubierto nuestro número de teléfono y se ve en la obligación de informarnos de ello, me imagino —dijo Karin.

—Posiblemente. —Ingrid suspiró. Había una serie de personas que solían llamar en cuanto se había cometido un asesinato en Gotemburgo y se confesaban culpables de toda clase de hechos. Comenzaban como el profeta del Juicio Final, llamando desde una cabina de teléfono; después de un tiempo, ya no se molestaban en buscar una cabina, sino que lo hacían desde casa. Normalmente, se alegraban y se sentían realizados cuando la policía tocaba a su puerta. Todos los telefonistas de la policía tenían sus nombres y números de teléfono y sabían cómo tenían que tratar a ese tipo de personas. Algunos hacía varios años que llamaban.

—He hablado con Hacienda —siguió Karin—. Los últimos diez años Lars-Ove Karlsson ha vivido de sus negocios con las acciones y las opciones de venta. Como el tiempo de prescripción de un delito de fraude a Hacienda es de diez años, no se investigan declaraciones más antiguas. También hablé con su banco. Ha manejado sus negocios de forma ejemplar. Como ya sabemos, era rico, y el edificio entero donde vivía era de su propiedad.

—«Cuando Nuestro Señor viene con la muerte, llega el Diablo con los herederos», solía decir mi abuela —intervino Viking—. En teoría, ahora deberían comparecer los parientes.

—Sí. Si realmente hay una hermana, es el momento de que aparezca; si no antes, cuando filtremos la cantidad que tiene en el banco —dijo Karin.

—Una buena idea. Lo haremos. —Ingrid sonrió—. Es una buena opción. Es fascinante el hecho de que fuera el dueño del edificio entero, estoy segura de que ninguno de los vecinos lo sabe. ¿Qué pensáis vosotros, Viking y Malin, que los habéis conocido?

—No lo creo —respondió Viking—. ¿Tú qué piensas, Malin?

Ingrid notó el tono amable en la pregunta de Viking. Tenía que haberse dado cuenta de que Malin sentía interés por él. Si jugaba con sus sentimientos para decirle después que era homosexual, no podrían trabajar juntos, la confianza se habría roto. No parecía propio de

Viking actuar así.

—Opino como tú. Tampoco sabían que nadaba en la piscina de Strömstad dos veces a la semana, los martes y jueves. Los empleados reconocieron su fotografía. Su recuerdo de él es que era muy educado y amable, y que nadaba solo. Llegaba solo, nadaba solo y se iba solo. Siempre martes y jueves. Incluso lo comentaron entre ellos cuando vieron que el martes no acudió.

—Lars-Ove Karlsson también tenía un carné para la bolera de Strömstad en la cartera, pero allí nadie lo ha reconocido. Lo más raro es que el carné es para jugar en diez ocasiones y se habían empleado ocho. Los empleados confirmaron que el carné era auténtico. Por mucho que le hemos dado vueltas, Malin y yo no encontramos ninguna explicación.

Ingrid se levantó y escribió «HR Soft Wine 79» sobre la pizarra.

—Aquí hay otra cosa a la cual tenemos que encontrar una buena explicación. Este era el texto que había escrito en un cuaderno que estaba en la mesita de noche. Lo único que había aparte de un bolígrafo —explicó Ingrid a los reunidos.

Durante un rato todos permanecieron en silencio reflexionando sobre lo escrito en la pizarra.

—Debe ser importante —dijo Malin—, ya que es el único apunte escrito a mano en el apartamento. Por lo menos, cuando fuimos Viking y yo, no encontramos nada más escrito. Hemos mirado en la red, pero no hemos encontrado ninguna explicación satisfactoria.

Todos la miraron. Ingrid asintió.

—Probablemente encontraremos una explicación plausible. ¿Os dio tiempo a hacer algo más?

—Sí y no. Fuimos a la peluquería de la cual Karlsson tenía una tarjeta en la cartera. Enseñamos su fotografía y lo reconocieron, pero el que solía cortarle el pelo, el dueño, estaba de vacaciones en las islas Canarias. Vuelve a casa el miércoles de la semana que viene.

—De acuerdo. Yo estuve en Grebbestad y revisé el apartamento antes de que vinieran los técnicos. Estaba amueblado de forma sobria y daba la impresión de ser una fachada. Todo estaba muy limpio, literalmente. Solo tenía lo necesario, ninguna planta, fotografía ni postal en la nevera. Todo lo que había en el apartamento estaba en perfecto estado. Los zapatos estaban limpios, pero no encontré ningún enser de limpieza. En el trastero del sótano había una treintena de cajas de cartón etiquetadas con su contenido. Según las etiquetas, las cajas contenían desde recetas hasta ropa que ya no usaba.

»Pensaba pedir a Viking y a Malin que mañana pasasen a mirarlas. El trastero de la buhardilla estaba clínicamente limpio. —Ingrid abrió los brazos en señal de derrota—. Debo reconocer que este hombre está creando un caos en mi cerebro. Tengo la impresión de que es una

persona muy contradictoria. La imagen que me hago de él es una sin grises. Todo es blanco o negro. Es todo o nada.

—Y menos clara es la imagen cuando uno revisa sus llamadas entrantes y salientes —comentó Nina—. Solo ha llamado a la peluquería, a la piscina y a la bolera, las dos en Strömstad, a su banco y al restaurante Hamnkrogen en los dos últimos meses. Ninguna llamada a otras personas, a excepción del número que ya os conté que es de una tarjeta de prepago sin titular registrado. Lo interesante es que precisamente ese número ha llamado unas quince veces a Lars-Ove Karlsson.

—Aquí tenemos algo —señaló Ingrid—. Quiero que pongáis en marcha a todos los expertos necesarios para averiguar de quién es ese número. De quién o de quiénes. —Ingrid se masajeó las sienes para aumentar su concentración—. ¿Sabemos algo de los técnicos?

—No. Con un poco de suerte, tendremos noticias esta noche o mañana a primera hora —contestó Nina.

—De acuerdo. A ver, nos vemos mañana a las siete y media para hacer una puesta al día. Thomas, tú, Andersson, Edberg y Telander seguid la pista del coche y, con suerte, podréis trabajar con lo que se haya sacado de los ordenadores. Cuando Karin y Nina hayan ordenado las observaciones de los ciudadanos, las ayudaréis para ver si hay algo de interés para nosotros.

»Karin y Nina, quiero que deis prioridad al tema del número de la tarjeta de prepago. Seguís siendo responsables de las posibles pistas que entren por la línea telefónica. Si os da tiempo, me gustaría que intentarais averiguar qué significa «HR Soft Wine 79», o mejor, dejádselo a los técnicos. Contactad con foros de Internet de financiación, revistas financieras y similares para saber si conocen a Lars-Ove Karlsson y cuál es su opinión sobre él. —Ingrid se vio interrumpida por un discreto carraspeo de Nina—. Vale, vale —Ingrid alzó las manos sonriendo—, haced lo que os dé tiempo.

Ingrid sabía que el volumen de trabajo era grande. La investigación había llegado a un punto en el que había muchas posibilidades abiertas. Pronto necesitaría más personal o tendrían que decidirse a priorizar unas pistas sobre otras. Ingrid odiaba cuando las investigaciones veían su ritmo reducido por falta de personal. Si encontraran una o dos pistas importantes, quería ir a toda máquina. El tiempo era siempre importante y se corría el riesgo de que una pista dejara de ser efectiva si se retrasaban demasiado.

—¿Alguna cosa más? —Ante el silencio de los reunidos, Ingrid supuso que no—. Vale. El que quiera ya puede irse a casa. Yo voy a quedarme una hora o dos.

Se sentía estresada. Miró su reloj de pulsera. Eran casi las seis. No había tenido tiempo de hablar con Tingström sobre la nota de prensa

y necesitaba llamar al fiscal. Sabía que valía la pena mantener informado a Schildt. Podía ponerse un poco pesado si sentía que se lo excluía de la investigación. Necesitaba también hablar con Nilsson sobre los aspectos técnicos. El problema era poder hacerlo antes de que se fueran a casa. Bueno, Tingström todavía debía estar en el edificio; seguramente, el atraco de esa mañana lo retendría más tiempo de lo normal. No sabía nada de cómo había ido. «Es hora de respirar un poco —pensó—. No puedo tener tiempo para saber todo lo que pasa en la comisaría y en el mundo». Fue hasta su oficina y allí vio la cantidad de pósits que estaban pegados sobre la alfombrilla de su mesa. Levantó el auricular del teléfono y marcó el número de Nilsson. Después de cinco tonos, contestó de forma brusca:

—Sé breve.

—Hola a ti también. ¿Tienes algo para mí?

—No, todavía no.

—Vale. Nos vemos en la reunión mañana a las siete y media.

Ingrid colgó antes de que Nilsson pudiera responder. Después, marcó el número de Per Schildt. Su secretaria la informó de que el fiscal ya se había marchado y de que a las ocho del día siguiente estaría en su oficina. Ingrid había hablado con ella como mínimo trescientas veces, y la secretaria siempre la trataba como si fuera la primera vez que llamaba. Per Schildt decía que Ingrid estaba exagerando cuando se quejaba de la secretaria; a él le parecía perfecta. Según Ingrid, era como una madre para él. Le hacía café, le llevaba la ropa a la lavandería, le pedía el almuerzo y se comportaba como su guardaespaldas si alguien pretendía visitar al fiscal sin haber pedido cita antes. La siguiente persona a quien tenía que llamar era Tingström, pero podía esperar hasta el día siguiente. Paseó la mirada por los pósits. La mayoría eran de los medios de comunicación, preguntas que en realidad el Departamento de Comunicación podría responder mejor que Ingrid. De repente, sintió como si perdiera el fuelle. Era hora de irse a casa, el resto de los asuntos pendientes podían esperar hasta el día siguiente. Acababa de darse cuenta del hambre que tenía. Al salir pasó por la cafetería y compró dos plátanos. Cuando salió del edificio, se sorprendió de lo fresco y agradable que era el aire. No debía ser bueno para la salud estar sentada todo el día dentro. Pero, por otro lado, recordaba su época de policía novata, cuando tenía que patrullar hiciera el tiempo que hiciera; los dedos de las manos y de los pies estuvieron a punto de congelarse del frío que pasó. Se fue a casa, se puso ropa de deporte y corrió la pista de diez kilómetros en Skatås. Una vez en casa, se duchó y se comió cuatro rodajas de pan con jamón. A las nueve ya había apagado la luz y dormía.

Viernes, 21 de abril

Hora 04:34

Ingrid se levantó de la cama sobresaltada. Había soñado que un hombre con un bate de béisbol la perseguía por la comisaría. Daba igual lo rápido que corriese por los pasillos, subiera o bajara las escaleras, el que la perseguía cada vez estaba más cerca. Thomas y el músico religioso se reían de su intento de escapar del perseguidor. Había tratado de pedir ayuda, pero ninguna palabra salía de su boca. Sudada y, con el corazón desbocado, encendió la luz. Miró la hora y vio que era demasiado temprano para levantarse. Se acostó de nuevo y empezó a pensar en los sucesos del día anterior. ¿Quién era en realidad Lars-Ove Karlsson? Hacía todo lo posible para ser una persona anónima y pasar desapercibido. A pesar de ello, tenía una página web con su nombre y fotografía. ¿Por qué quería que lo conociesen? No coincidía para nada con la relación que tenía con sus vecinos. Estos ni siquiera sabían que era propietario del edificio en el que vivía. Era como si tuviera dos personalidades distintas.

Cuando estaba durmiéndose, el despertador, con su sonido penetrante, la despertó abruptamente. Irritada, lo acalló de un golpe. Aunque se había ido temprano a dormir, no se sentía descansada. Todavía dormida, se levantó y se fue a la ducha. Ni los chorros de agua tibia la despertaron. Se puso el albornoz y fue a buscar el periódico. El frescor de la mañana la hizo temblar. Alzó la cabeza al cielo. A pesar de la hora temprana, los rayos del sol ya calentaban. Abrió el buzón, cogió el periódico y lo abrió con curiosidad para ver qué noticia ocupaba la primera página.

LA LOKOMOTORA DE LAS INVERSIONES, ASESINADO

El pasado domingo Lars-Ove Karlsson, también conocido como la Lokomotora de las Inversiones, fue agredido de forma brutal en la calle Andra Långgatan. Lars-Ove Karlsson, que fue ingresado en el hospital de Sahlgrenska, murió a consecuencia de las lesiones el martes por la mañana. La policía no tiene pistas sobre el agresor y desea contactar con testigos que hayan visto u oído algo relacionado con la agresión. La policía también busca parientes o amistades de la víctima, en concreto, a una mujer que solía visitarlo en su apartamento en Grebbestad. La Lokomotora declaró ingresos por dos

millones de coronas el año pasado y tiene una fortuna valorada en veintitrés millones de coronas.

«Bien escrito», pensó Ingrid, y sonrió a pesar del dolor de cabeza. Ahora sí que llamaría la gente.

Viernes, 21 de abril

Hora 07:45

Todo el mundo esperaba a Nilsson. Ingrid sospechaba que la tardanza se debía a la necesidad de marcar una cierta independencia respecto al resto del grupo, pero que llegaría, probablemente casi al final de la reunión. A las ocho menos diez entró en la sala con un fajo de papeles bajo el brazo. Los reunidos lo acogieron con aplausos. Ingrid vio cómo intentaba parecer enfadado y hosco porque debía opinar que lo habían obligado ir a la reunión. A pesar de ello, una pequeña sonrisa involuntaria asomó en su cara seria. «Crece de una vez», pensó Ingrid, pero prefirió no decirlo en voz alta.

—Buenos días, Nilsson. Creo que podrías empezar.

Nilsson se paró en seco mientras enrojecía.

—Ahora mismo, tenemos mucho trabajo.

Ingrid contestó con tono comprensivo:

—Nadie lo duda.

Nilsson hojeó sus papeles y carraspeó, para luego peinarse con una mano los pelos de la cabeza. Alzó la vista al público expectante que tenía.

—Primero, el bate de béisbol. —Hizo una pausa dramática—. Los restos de tejido y la sangre coinciden con los de la víctima. Hay rastros de un segundo grupo sanguíneo. Como ya he contado antes, hay una serie de huellas dactilares. Las hemos introducido en nuestra base de datos, pero no hemos obtenido ningún resultado. Tampoco hemos podido identificar el fabricante del bate, pero esta mañana he hablado con Londres y se han ofrecido a ayudarnos. Lo enviaremos por mensajero aéreo hoy más tarde.

»Los médicos forenses se han puesto en contacto con nosotros. Han encontrado rastros de madera en las heridas de la víctima e investigarán si coinciden con el bate que tenemos. Sobre el tamaño de la persona que utilizó el bate, es difícil saber su altura. Seguramente, el primer golpe fue dado cuando la víctima estaba de pie y el resto, cuando semiyacía o yacía en el suelo. —Recorrió a los presentes con la mirada para ver si habían entendido lo que había explicado—. ¿Alguna pregunta?

Nadie tenía preguntas que hacer. Por la descripción, la mayoría podían imaginarse cómo había sido la agresión. Nilsson miró sus

papeles antes de proseguir:

—Un análisis médico ha identificado los residuos que tenía la víctima en los labios como restos de pintalabios. Hemos enviado una muestra a Linköping para que la analicen. Si habéis leído el último número de la revista Kriminalteknik, sabréis que en la actualidad puede averiguarse el fabricante del pintalabios con una muestra. Se puede llegar a saber la marca del pintalabios y de qué color es. Bueno, y el coche: ha sido una auténtica fiesta por la cantidad de huellas dactilares, latas de cerveza vacías y colillas. —Nilsson se rascó la nuca —. La semana que viene podremos ser más concretos.

Cuando dijo la última frase, miró a Ingrid como si indicara que no aceptaría ninguna presión para que aumentase el ritmo de trabajo. Ingrid le sostuvo la mirada sin pestañear. Finalmente, Nilsson carraspeó y continuó:

—El apartamento en Grebbestad. Todavía tenemos a gente trabajando allí. Creemos que acabarán esta tarde. Es posible que tengan que trabajar también mañana por la mañana. No tengo mucho que contar de allí, pero hay un detalle que nos ha sorprendido mucho. No sé si os servirá de algo, pero no hemos encontrado casi ninguna huella dactilar. Los ordenadores los tenemos en nuestras oficinas, podéis pasar a recogerlos cuando queráis. —Volvió a mirar sus papeles —. Esto es todo lo que tenía que contar. ¿Alguna pregunta? ¿No? — añadió rápido, y antes de que nadie pudiera abrir la boca, ya había salido por la puerta con la cabeza agachada.

Ingrid asintió.

—¿Algún comentario así, a bote pronto, sobre lo que nos ha contado Nilsson?

—Está gruñón hoy —dijo Thomas riendo.

—No era su humor lo que quería que comentarais. Nina, ¿se te ocurre algo?

—Bueno, podemos pensar que queda confirmado el hecho de que el bate de béisbol fue el arma homicida y que el otro grupo sanguíneo hallado es, posiblemente, el del chantre. La violencia utilizada tendría que hacer que nos planteásemos si la intención del agresor era matar a la víctima. La persona o personas agresoras tuvieron que golpear muy fuerte repetidamente con el bate para causarle esas heridas a la víctima. Vale la pena recordar que las lesiones de Lars-Ove Karlsson eran más graves que las del chantre. La pregunta es si el agresor tuvo que interrumpir su agresión o si se dio cuenta de que se había equivocado de persona.

—Bien pensado —respondió Ingrid—. Para resumir el caso, todavía no sabemos si hay una conexión entre las dos víctimas. Tenemos que concentrarnos en ello y profundizar en sus vidas. El hecho de que casi no hubiera huellas dactilares en el apartamento de la víctima coincide

con la imagen que me he hecho de ella. Debía padecer alguna manía con la limpieza. Por ello, también podemos concluir que las huellas dactilares, las colillas y las latas de cerveza que se han encontrado en su Audi son de los muchachos que lo robaron. Bueno para nosotros, malo para ellos.

—Hoy o el lunes a más tardar los tendremos —dijo Thomas sin atisbo de duda.

—Seguro. —Ingrid sonrió, sabía que tenía un noventa y nueve por ciento de razón—. ¿Sabemos todos lo que tenemos que hacer? Nos vemos a las cuatro para hacer una breve puesta al día.

Viernes, 21 de abril

Hora 09:03

Ingrid entró en la plaza Masthuggstorget y encontró un aparcamiento con facilidad. El reloj marcaba apenas las nueve, y las tiendas todavía no habían abierto. De momento, las calles estaban tranquilas. A las diez menos cuarto comenzaban a reunirse los alcohólicos en la plaza para esperar a que la licorería estatal abriera. A las diez y cuarto con toda seguridad se pelearían y armarían un buen guirigay. A mediados de mes, después del ingreso de las pensiones, había más tranquilidad. Entonces todos podían pagarse sus botellas y eran amigos; pero, a medida que el dinero desaparecía, la amistad pasaba a enemistad y las peleas eran frecuentes, por lo que había que llamar a la policía. Ingrid pensó en su época como policía a pie de calle y se alegró de que hubiera pasado. Ahora se tomaría su tiempo para pasear por la calle Andra Långgatan, en concreto, entre la plaza Masthuggstorget y la plaza Järntorget. Se tocó el bolsillo de la chaqueta para asegurarse de que había cogido una libreta y un bolígrafo. Lentamente avanzó por la calle fijándose en los edificios y en la gente que se encontraba a su paso. Comenzó por la parte derecha de la calle, apuntando el nombre de todos los comercios y los restaurantes que se encontraba. De repente, se dio cuenta de que había llegado al lugar donde el músico religioso Wilhelmsson había sido agredido. Tuvo una corazonada y dirigió su vista al edificio y a una ventana en concreto que había enfrente del lugar. Allí estaba Marta Cronström observando la calle. Cuando se dio cuenta de que Ingrid la había descubierto, se ocultó enseguida. La señora tenía que haber visto algo a la fuerza. «Vale la pena hacerle una visita y recordarle nuestra existencia y que no nos hemos olvidado de ella». Ingrid se dirigió con pasos decididos hacia el portal. Tuvo la suerte de que una mujer con un carrito de bebé salía del portal al mismo tiempo que ella quería entrar. Subió por las escaleras con rapidez hasta el segundo piso. No tuvo que llamar al timbre, la mujer ya había abierto la puerta y la esperaba.

—¿Qué quiere usted ahora? ¿No comprende que los vecinos estarán preguntándose qué hace la policía visitándome tantas veces? Entre antes de que la vean.

Ingrid pasó sin protestar. Era un comportamiento interesante. La

primera vez, cuando Viking y Nina estuvieron allí, apenas los dejó entrar y después lloró a mares. La segunda vez, cuando fue Ingrid, dijo que no había visto nada y no quería verse envuelta. Ahora, dejaba entrar a Ingrid sin que hubiera tenido que pedírselo y se comportaba con una gran seguridad. La señora indefensa y sollozante había desaparecido.

—¿Qué quiere? —La señora Cronström estaba de pie, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo y apretando los puños con fuerza. Se encontraban todavía dentro del pequeño vestíbulo. En esa ocasión, no invitó a Ingrid a sentarse en la sala de estar.

—Solo quería saber si se ha acordado de algo que no le haya contado a la policía. —Ingrid no esperó la respuesta y forzó el paso para entrar a la cocina, donde se sentó en la parte más gastada del mantel de hule—. Desde aquí se ve muy bien lo que pasa en la calle.

Marta estaba en la entrada de la cocina con los labios fruncidos. Ingrid se percató de cómo abría y cerraba los puños.

—Allí —dijo Ingrid—, una persona fue agredida brutalmente el domingo por la noche o el lunes por la mañana, como se quiera decir. Su primera llamada nos llegó a las cuatro menos ocho minutos. ¿Llamó enseguida después de ver la agresión o esperó a ver si alguna otra persona lo hacía?

—¡Fuera! —gritó Marta Cronström, señalando la puerta—. Fuera, semilla del diablo. ¿No puede dejar a una pobre anciana en paz?

—Les contó a mis compañeros que suele despertarse a las cuatro de la madrugada cada día. ¿El lunes por la mañana se levantó a la misma hora?

—No.

—Yo creo que se despertó a las cuatro, como cada día. Puso el café y luego se sentó donde estoy yo ahora mismo y miró la calle. Vio cómo un hombre era agredido. ¿Fue así?

—No he visto nada —musitó Marta entre dientes.

Ingrid no apartó la mirada de la anciana antes de levantarse y forzar su paso por segunda vez, en esa ocasión, de camino al vestíbulo. Cuando llegó a la entrada, se giró.

—Un hombre ha muerto y otro ha sido agredido con brutalidad. No hay testigos y no tenemos pistas. ¿Es consciente de que el culpable o culpables no serán detenidos?

Marta no contestó. Solo señalaba con un dedo tembloroso la salida. Se oyó un sonido en el cuarto de baño, como si a alguien se le hubiera caído algo sobre una superficie de azulejos. Ingrid vio en los ojos de Marta que se había dado cuenta de que Ingrid lo había oído. También captó el miedo.

—¿Tiene invitados? —preguntó Ingrid sin perder tiempo.

—No. Fuera de mi casa. ¡Ahora!

Ingrid le dedicó una larga mirada mientras abría la puerta, y salió del apartamento. Decidió quedarse fuera e intentar escuchar posibles ruidos del interior del piso, pero un ruido como el que hace una persona dubitativa le confirmó que la anciana la espiaba desde la mirilla. «La anciana está volviéndose más dura», pensó, y ella cada vez estaba más convencida de que ocultaba algo. Ese sonido del interior del cuarto de baño había despertado su curiosidad. Cuando salió del portal, caminó lentamente de vuelta a la plaza Masthuggstorget. Después de dar veinte pasos, se giró de repente y miró hacia la ventana de la cocina de Marta. Logró ver la silueta de una persona que se ocultaba, aunque no llegó a verle la cara, y no pudo pensar más porque se vio interrumpida por el sonido del móvil.

—Hola, Ingrid. Soy Thomas. Creo que ya tenemos a los chavales que robaron el Audi el domingo por la noche. Estamos de camino para cogerlos, en una hora estaremos con ellos en la comisaría.

—Ha sido rápido. ¿Viejos conocidos?

—Sí, hablé con un colega que se dedica a investigar el robo de coches y enseguida supo de quiénes se trataba. Por lo visto, estos cuatro chicos se han especializado en el robo de coches de lujo. Los compañeros llevan siguiéndoles la pista desde hace un tiempo, pero nunca los han pillado con las manos en la masa. Tienen un modus operandi establecido cuando roban un coche: se ponen unas máscaras de Batman y se hacen una foto con el vehículo. Este suele encontrarse después de un día y dentro de un radio de diez kilómetros. No suelen conducir los coches hasta que se rompen, sino que los venden o lo despiezan. La cosa es que suelen hacerse la foto y colgarla en Internet.

—Me entra un cansancio cuando lo oigo… ¿Qué edad tienen?

—Entre veinte y veinticuatro años.

—¿Qué? ¿He oído bien?

—Sí, estos chavales estudian Económicas, viven en casa de papá y mamá en los barrios pijos de Hovås y Askim. Normalmente, suelen cometer robos con elegancia y discreción, si pueden calificarse así, pero esta vez a alguien se le ha ido la pinza. Estaban borrachos y dejaron el coche lleno de huellas dactilares y latas de cerveza. Los compañeros estaban contentos. Al fin podrán detenerlos.

Ingrid no dejaba de sorprenderse con las cosas que le gustaban a la gente. Claro que a ella le encantaba caminar y golpear una pequeña pelota hora tras hora en un campo de golf lloviera o hiciera sol.

—Ahora estoy en la calle Andra Långgatan y he tenido una charla con Marta Cronström. Tenía visita.

—Vaya. ¿Quién era?

—No lo sé. La persona en cuestión se mantuvo encerrada en el cuarto de baño durante el tiempo que estuve allí.

—¡Ja! —dijo Thomas—. Seguramente era el portero y, cuando tu

llamaste, la anciana lo escondió para que no se lo quitaras.

—Ignoraré tu comentario —dijo Ingrid, y colgó. Rio para sus adentros. Thomas era una de las pocas personas que conocía que se atrevían a provocarla.

Cogió el cuaderno y el bolígrafo para continuar con su trabajo. Subió despacio la calle Andra Långgatan hasta la plaza Järntorget, para luego volver sobre sus pasos hacia la plaza Masthuggstorget. Apuntó los nombres de todas las tiendas y restaurantes por los que pasaba. Era probable que Thomas y los demás que se habían dedicado a preguntar puerta por puerta ya lo hubieran hecho, pero Ingrid quería hacerse una idea propia de la calle y la gente que vivía en ella. ¿Por qué estaba Lars-Ove Karlsson un sábado de abril por la noche en la calle Andra Långgatan en Gotemburgo? Tenían entendido que apenas salía de la casa, solo para ir a la piscina en Strömstad. Algo había hecho que dejase su casa, fuera para ir a Gotemburgo y pasease por la calle de noche. A lo mejor el motivo era el mismo que había dado el músico religioso. Es decir, que quería mirar. Eso si el chantre no mentía. Lo más práctico sería ir de noche a la calle y descubrir qué era lo que había que ver, a poder ser, sobre a las tres o cuatro de la madrugada, para así ver por lo menos cuánta luz había. Otro buen motivo sería ver si la ventana de Marta Cronström estaba iluminada. Decidido. El domingo por la noche iría.

Viernes, 12 de abril

Hora 10:58

Nina se sentó al ordenador con una taza llena a rebosar de café. Entró y escribió en el buscador «La Lokomotora de las Inversiones». La búsqueda daba doscientos setenta y seis resultados. Metódicamente, fue mirándolos. La mayoría eran de un foro donde lo alababan como a un dios. Había sido entrevistado por diversos diarios y le pareció que las entrevistas eran positivas. Cuando acabó, preparó un resumen del trabajo realizado. Tenía que llamar a los diarios que habían hecho las entrevistas para hablar con la gente que lo había conocido, pero también para saber si era cierto que era tan bueno con las acciones como decían.

Los periodistas solían tener buen ojo. En la página web del AVC había encontrado a un colaborador que había escrito en varias ocasiones que la Lokomotora de las Inversiones era un fraude. En la página figuraban la dirección y el teléfono de la redacción, que estaba en Gotemburgo. Nina vio que podía ir caminando hasta la redacción, ya que estaba a diez minutos a pie desde la comisaría. El sol primaveral lucía tan atrayente y, después de estar horas delante del ordenador, sería agradable un descanso. Fue fácil llegar y no tuvo ningún problema para entrar cuando se presentó en el telefonillo del portal. La redacción estaba en el segundo piso y decidió subir por las escaleras. La puerta era de vidrio y se podía ver la recepción a través de él. Tan solo tuvo tiempo de estirar la mano cuando la puerta se abrió de repente y tras ella apareció un hombre de unos treinta años.

—Bienvenida a AVC, la página web más importante de Suecia para las personas interesadas en invertir en bolsa. Mi nombre es Lucas de Winter y soy el responsable. —Con entusiasmo, extendió la mano para saludarla—. Nina Hamilton de la policía, supongo.

—Correcto —dijo Nina mientras mostraba su identificación. El hombre la miró con detenimiento. Al final, Nina preguntó—: ¿Podemos ir a un sitio más tranquilo?

—Claro que sí, perdone. Nunca había visto una identificación policial auténtica. Si hace el favor de acompañarme.

Nina asintió y lo acompañó; rodearon la recepción y entraron en una pequeña y fría sala de reuniones sin ventana. Lo único que había en la estancia era una mesa y seis sillas.

—No estoy habituado a que la policía nos visite —se disculpó Lucas de Winter sonriendo levemente sonrojado—. Siéntese.

—Gracias. Que no esté acostumbrado a nosotros lo interpreto como algo positivo. ¿Conoce a un hombre que se hacía llamar la Lokomotora de las Inversiones y que escribía en su página?

—Sí. Creo que toda persona interesada en inversión bursátil en Suecia lo conoce. Leí en el periódico que había muerto a consecuencia de una agresión que sufrió en Gotemburgo. Hemos discutido en la redacción si escribir un artículo sobre su importancia en la inversión bursátil. Para muchos ha sido un gurú.

—Pero ¿no para todos?

—No quería decir eso. Para todas las personas normales que se dedicaban a las inversiones era un valor seguro. Creo que quería compartir sus conocimientos con la gente humilde. Estoy seguro de que muchos de los chicos grandes que trabajan, por ejemplo, en la Bolsa de Estocolmo siguen sus artículos en nuestra página web, aunque nunca lo admitirían. Era un poco de pueblerino eso de un analista que se hacía llamar la Lokomotora de las Inversiones y que fuera autodidacta. Tengo que reconocer que nunca he conocido a un analista tan certero como lo es él. Eh…, era, quiero decir.

—¿Qué es lo que lo hacía tan especial?

—El arte de analizar la información en torno a las acciones y las opciones de compra de una forma correcta. En la página web explica detalladamente cómo lo hace. De forma clara y sencilla. Y a pesar de ello hay poca gente, me atrevo a decir, que pronostica la caída o subida de una acción con la certeza con la que él lo hacía. Era un fuera de serie.

—¿Nunca se equivocaba?

—Equivocarse lo que era equivocarse… A veces, podía recomendar una inversión en la que creía, pero advertía que era lo que él llamaba «de riesgo extremo». Su valor podía caer de repente. Entonces, era importante estar al tanto y dar la orden de stop loss.

—¿Stop loss?

—Si una acción baja a un cierto nivel, hay que vender enseguida porque lo único que hará será bajar. A veces, la pérdida de valor se produce de forma muy rápida y, si no se está alerta, puede perderse mucho dinero.

—¿Solía hacer ese tipo de recomendaciones?

Lucas de Winter se encogió de hombros.

—Es asunto de cada uno de sus lectores el seguir o no sus recomendaciones.

—Cuando busqué a la Lokomotora de las Inversiones en la red, obtuve muchos resultados. La mayoría eran positivos. Los pocos comentarios negativos que he encontrado los ha escrito alguien con el

seudónimo Bigbrain en su página web. Necesitamos saber quién se oculta tras ese nombre.

Lucas de Winter se removió en la silla antes de contestar.

—Garantizamos a los que usan nuestra página el anonimato total. La Lokomotora de las Inversiones decidió él mismo usar su nombre verdadero. No facilitamos información sobre la identidad de los colaboradores y sus direcciones IP. Excepto si hay sospecha de delito y la policía o el juzgado exigen saberla.

—En este momento de la investigación no sospechamos que Bigbrain haya cometido ningún delito, pero estamos investigando de forma amplia todo lo que rodeaba a la víctima. Para excluir a personas de la investigación, pero también por si pueden aportar algún dato que nos ayude a resolver el caso. Si quiere, le pido una orden al fiscal. O puede ahorrarnos al fiscal y a mí el tiempo que invertiríamos en pedirla.

Lucas de Winter asintió pensativo, después se levantó.

—Ahora le traigo impresa la identidad de Bigbrain. Deme dos minutos.

Exactamente dos minutos después, Lucas de Winter entregó a Nina un folio con el nombre del colaborador y su dirección IP. Detrás del nombre Bigbrain se escondía un tal Karl Larsson. Nina le agradeció su colaboración y volvió caminando a la comisaría. Una vez allí, llamó a los técnicos de informática para pedirles ayuda para localizar a Karl Larsson. Le prometieron que le comunicarían algún resultado en unas horas. Después, notó que su estómago protestaba y miró la hora. Eran las dos y media, lo extraño era que no hubiese protestado antes. A las cuatro era la reunión, a veces tenía la sensación de que no le daba tiempo a hacer nada. Bajando a la cafetería se encontró con Karin, que a su vez subía.

—Hola. ¿Cómo te fue?

—Bien. Necesitaría poner en claro alguna cosa contigo.

—Voy a buscar algo para comer. En cinco minutos vuelvo.

Y así era muy a menudo, el tiempo no bastaba, pensó Nina. Normalmente, tenía que comerse un bocadillo de la cafetería o una pizza para llevar. Cinco minutos más tarde, se sentaba en la silla que Karin tenía para los visitantes con un bocadillo de albóndigas en una mano y una botella de agua con gas en la otra. Karin se rio cuando vio su cara estresada.

—¿Sabes qué haremos? Te contaré hasta dónde hemos llegado y, mientras tanto, tú te comes tu bocadillo.

Nina asintió agradecida y comenzó a quitar el plástico que envolvía el bocadillo.

—He podido averiguar que el número de teléfono de la tarjeta de prepago pertenece a la compañía Telia. He conseguido que el fiscal

autorice un monitoreo del teléfono. Veremos a dónde nos lleva.

Nina hizo un gesto con el dedo pulgar indicando su aprobación. Tenía la boca llena de comida.

—Le he dado vueltas y vueltas a eso de «HR Soft Wine 79», pero no he llegado a ninguna conclusión. Esperemos que los técnicos puedan darnos alguna pista.

Nina acabó de tragar lo que le quedaba del bocadillo con un sorbo de la botella de agua con gas y después contó lo que había hecho durante el día.

—Dedicaré el tiempo antes de la reunión para ver si puedo hablar con algún periodista. Será un poco difícil un viernes por la tarde.

—Sí —coincidió Karin—. Yo voy a trabajar con las pistas que la ciudadanía nos ha dado. —Alzó un fajo de papeles—. Mejor que empecemos a trabajar. Nos vemos.

Apenas había entrado en la oficina cuando el teléfono de Nina comenzó a sonar. Era de uno de los técnicos de informática. Habían localizado el domicilio de la dirección IP y Nina se llevó una enorme sorpresa.

Viernes, 21 de abril

Hora 15:56

La mesa de la sala de reuniones estaba llena de bocadillos de queso, zumo, café y un enorme cuenco con golosinas. Ingrid había decidido que harían un repaso a fondo del caso. Podía tardar, y sabía que la gente estaba cansada y protestona un viernes por la tarde. Esperaba que los bocadillos y las golosinas los ayudaran a superar los bajones de azúcar. Aunque no sabía qué habían averiguado los compañeros, había decidido que no trabajarían durante el fin de semana. Si alguien hubiese conseguido algún dato valioso, ella lo habría sabido antes de la reunión. A medida que entrababan en la sala, la gente expresaba su alegría por el contenido de la mesa con silbidos y exclamaciones.

—No os quedéis mirando la mesa, coged —los animó Ingrid con una sonrisa—. Para los que no lo sepáis, Thomas, con la ayuda de Edberg y Telander, ha conseguido capturar a unos ladrones de coches que los compañeros perseguían desde hacía un año.

Los aplausos llenaron la sala.

—¡Salud, joder! —gritó Thomas con la boca llena de bocadillo de queso, alzando su vaso de zumo.

—No hay que hablar con la boca llena —dijo Nina en broma, señalando a Thomas con el dedo índice—. ¿No te lo ha dicho nunca tu madre?

—¡Cierra la boca o te tiro por la ventana! —contestó Thomas mirando con fijeza a Nina.

—¡Socorro, qué miedo! —respondió Nina poniendo la voz en falsete—. ¡El gran gladiador quiere aplastar a una pobre madre de dos hijos!

Ingrid disfrutó del buen ambiente de la sala. Con toda seguridad, sería una buena puesta al día. Si todos estaban de buen humor, solían salir muy bien. Sin embargo, cuando estaban cansados e irritables, eran reuniones lentas que no fluían.

—Bien, Thomas. Cuéntanos qué ha pasado hoy.

Thomas se levantó y carraspeó en voz alta sin perder la sonrisa.

—Como sabéis, los cuatro muchachos que robaron el Audi el domingo por la noche llenaron el coche de huellas dactilares antes de abandonarlo en Röda Sten. Ahora mismo están arrestados y los

interrogaremos en breve.

La sala se llenó de aplausos y silbidos cuando Thomas se sentó.

—Pienso participar —dijo Ingrid—. ¿Cómo vais con los ordenadores que recogisteis em Grebbestad?

—El lunes a las ocho de la mañana serán nuestra prioridad y les dedicaremos toda nuestra atención —contestó Thomas mientras señalaba a Andersson, Edberg y Telander.

Ingrid no pudo evitar preguntar con sorpresa:

—¿Cómo?, ¿no habéis comenzado todavía?

—No, hemos estado ocupados con los ladrones de coches.

—No puede ser que cuatro agentes se dediquen a arrestar a unos ladrones de coches. —Ingrid notó que el enfado hervía dentro de ella —. ¿No crees que los compañeros que han trabajado durante un año para atraparlos podrían haberlos arrestado? Así habría bastado con que hubierais asistido a la parte del interrogatorio dedicado al Audi. Si uno ha trabajado un año con un caso, también quiere estar presente a la hora de recoger el fruto.

»Podríais haber dedicado una gran parte del día a los ordenadores y a ayudar a Karin y Nina a ordenar la información que les llegaba de la línea de teléfono, tal y como quedamos tú y yo ayer. —Había tal silencio en la sala que podía oírse un alfiler caer al suelo. La cara de Thomas estaba enrojecida. Abrió la boca para defenderse, pero, cuando vio la mirada de Ingrid, la cerró—. Seguimos. Nina, ¿qué nos cuentas?

—Acabo de enterarme de una cosa extraña. He dedicado el día a averiguar los antecedentes de Lars-Ove Karlsson o, mejor dicho, los de la Lokomotora de las Inversiones. En la red me salieron doscientas setenta y seis referencias a la Lokomotora, y las he revisado todas. Se trataban de escritos positivos y de admiración. Todas las revistas financieras importantes lo han entrevistado y todo el mundo lo admira por uno u otro motivo. He podido hablar con tres periodistas, y todos lo definen como una persona simpática y de carácter humilde. También lo consideraban inteligente.

»Sin embargo, y aquí llegamos a lo que me extraña o me sorprende, en la web de AVC, que es la página más importante de Suecia para los interesados en inversión bursátil, hay un seudónimo, Bigbrain, que ha escrito cosas negativas sobre él a lo largo de años. La Lokomotora ha rechazado las críticas con datos que respaldaban sus recomendaciones. —Nina tomó un sorbo de zumo antes de seguir—. Hoy he visitado la oficina de AVC y, después de convencerlos, me dieron la dirección IP de la persona que se esconde detrás del seudónimo Bigbrain. Se llama Karl Larsson. —Nina miró las caras concentradas a su alrededor—. La dirección IP está asociada a un ordenador en la calle Slingervägen 22 A, en Grebbestad. El nombre del propietario es Lars-Ove Karlsson.

Se hizo un silencio en la sala. Todos intentaban comprender qué implicaba lo que Nina había descubierto. Ingrid fue la primera en romper el silencio.

—¿Tienes alguna teoría de por qué se cuestionaba a sí mismo con un seudónimo?

Nina sacudió la cabeza.

—La verdad es que no. Acabo de enterarme de esta información.

—¿Puedo decir algo sin que se me mande callar? —preguntó Thomas con una sonrisa, e Ingrid no pudo evitar sonreír también.

—Puedes intentarlo, pero no te prometo nada.

Los reunidos rieron y enseguida la tensión que había existido momentos antes se disipó.

—Creo que la fama de la Lokomotora de las Inversiones estaba apagándose. No porque diera recomendaciones equivocadas, sino porque la gente había empezado a cansarse de él como fenómeno. Hace unos años, cuando la fiebre de invertir en bolsa estaba en su punto álgido, tenía entre treinta y veinte mil visitas diarias. Sí, habéis oído correctamente: por día. Y tenía ingresos económicos por publicidad relacionados con esas visitas. Con la crisis económica, el interés por invertir en bolsa disminuyó.

»Yo creo… —Thomas hizo una pausa retórica antes de seguir—: Mi opinión es que creó ese seudónimo para aumentar el interés por él y así incrementar las visitas a su página web. Supongo que la Lokomotora siempre ganaba las discusiones con Bigbrain en AVC.

Nina asintió impresionada.

—Sí, eso pensé yo. Sin embargo, tenía una fortuna valorada en veintitrés millones y declaró dos millones de ganancias el año pasado. ¿Por qué arriesgarse con un truco tan bajo? De descubrirse, estaría en juego toda su reputación.

—Dinero —dijo Ingrid—. Debía tener muchos gastos. ¿Quién se encargaba de mirar sus asuntos bancarios y sus tarjetas de crédito?

—Nosotros tenemos la tarjeta de crédito —respondió Viking, señalándose a él y a Malin—. Hemos pedido un resumen de sus gastos los últimos seis meses. Nos dijeron que, como muy tarde, lo tendríamos el lunes. Hoy no nos ha llegado, así que hay que esperar al lunes.

—Y yo he pedido un extracto de su cuenta bancaria, pero no he tenido tiempo de mirarlo —añadió Nina.

—El lunes —dijo Ingrid, y tanto Viking como Nina asintieron con la cabeza. Tuvo un mal presentimiento. Parecía que en ese caso iban con retraso a todas partes. Además, no sabía con exactitud en qué tenían que dedicar sus energías. Se tuvo que recordar que así era siempre. No sabía si su impaciencia tenía que ver con la edad. ¿No decían que la paciencia llegaba con los años? En su caso no lo notaba,

claro que podía ser pesimismo lo que sentía últimamente que roía su paciencia—. ¿Qué?

—El número de la tarjeta de prepago —volvió a decir Karin.

—¿Sí? —No recordaba si Karin le había hecho una pregunta.

—Es un número de Telia. He pedido un monitoreo del teléfono.

—Bien, ¿te han contestado?

—No lo sé, me avisarán en cuanto el número se use. Hemos quedado en que hablarían conmigo el lunes.

—Parece que el lunes será el gran día en el que tendremos respuestas a todas nuestras preguntas —constató Ingrid—. Nilsson me ha dicho que os comunique que esperan respuesta del Centro Nacional Forense de Linköping. De momento, debemos seguir con lo que tenemos. ¿Cómo os fue en Grebbestad?

—Hemos registrado todas las cajas del sótano y no hemos encontrado nada raro. Teníamos un portátil e hicimos un inventario del contenido de las cajas. No nos ha dado tiempo de enviároslo. —Viking rio—. El lunes os lo envío.

—Entonces, Malin y tú vais a repasar las declaraciones pasadas, los extractos del banco y la tarjeta el lunes. Quiero que elaboréis un informe detallado sobre su economía. Bueno, diez minutos de descanso y seguimos.

Ingrid aprovechó para ir a la oficina de Tingström para ver si todavía estaba. Tuvo suerte. La puerta estaba abierta, y no estaba hablando por teléfono.

—Hola. —Tingström alzó la cabeza de lo que estaba escribiendo para mirar a Ingrid—. ¿Tienes cinco minutos?

—Claro. Siéntate. ¿Cómo os va? ¿Os ha ayudado la nota de prensa?

—No, y me extraña. Pensábamos que el anuncio de la fortuna de la víctima haría aparecer a familiares o amigos suyos, pero nada. Parece que no tenía amigos o, al menos, amigos que quieran hablar con nosotros. La mujer que buscamos tampoco ha dado señales de vida. Este caso no sigue las reglas habituales. Y acabamos de enterarnos de que se criticaba a sí mismo a través de un seudónimo en una página web.

—Esa mujer que buscáis, ¿no podría ser una escort o una prostituta? Tal vez por eso no se presenta. También es probable que tarde unos días en contactar con vosotros. No es nada raro que la gente tenga miedo de hablar con la policía y se lo piense antes de dar el paso.

—Es posible que así sea —dijo Ingrid mientras se masajeaba las sienes—. Tendría que contactar con los compañeros de la Brigada de Prostitución a ver si pueden ayudarnos. Puede ser que lo que nos dijo el chantre de Bankeryd de que él había ido a la calle Andra Långgatan a mirar no sea cierto. Tal vez fue a ver una prostituta.

—Buena idea —comentó Tingström.

—Gracias —dijo Ingrid—. Bueno, voy a seguir con nuestra reunión. Que pases un buen fin de semana.

Cuando todos estaban de vuelta de la pausa, Ingrid se puso delante de la pizarra blanca.

—Sabemos que Lars-Ove Karlsson fue visto el domingo dieciséis de abril sobre las quince horas en el edificio donde vivía. Hasta que el personal sanitario lo atiende el lunes por la mañana, tenemos un lapso de catorce horas de las que no sabemos nada. Alguien tiene que haberlo visto. Creo que debemos volver a pedir ayuda a la ciudadanía.

»Había pensado que podríamos convocar una rueda de prensa el domingo al mediodía. —Ingrid bebió un sorbo de agua—. Thomas, vas a tener que volver a hablar con las compañías de taxi. Intenta averiguar si alguien suele hacer viajes con el taxímetro apagado. —Incluso la gente que trabajaba en negro se movía en distritos. No valía la pena ignorar esa realidad—. He pensado que ahora podríamos especular un poco sobre las teorías que tenemos acerca del asesinato de Lars-Ove Karlsson y la agresión al chantre Wilhelmsson.

»Vamos a considerarlos de entrada como dos actos criminales separados para después ver si encontramos coincidencias. Yo escribiré los distintos denominadores en la pizarra. —Ingrid cogió un rotulador y le quitó el tapón—. Viking, escríbelos tú también y los distribuyes entre todos nosotros el lunes. Estaría bien que pudiéramos conservar a Andersson, Edberg y Telander. De todas maneras, trabajaremos como si así fuera. Bien, ¿quién quiere ser el primero?

—Dinero —dijo Nina—. Quien herede de él será rico. Siempre es un motivo fuerte. No me extrañaría que apareciera un familiar o alguien que se sienta con derecho a heredar.

Ingrid escribió «DINERO» en la pizarra.

—¿Más?

Ingrid miró instigadora a los presentes alrededor de la mesa.

—Consejos equivocados —continuó Nina—. Alguien que se siente engañado porque ha perdido mucho dinero y decide vengarse. Además, el hecho de que se encontrara con la cartera, las llaves y el móvil parece dar fuerza a este móvil.

—Es un buen motivo, sin embargo, lo único negativo que hemos encontrado sobre la víctima lo ha escrito ella misma. Será interesante ver qué encontramos en sus ordenadores. Si suponemos que Lars-Ove Karlsson fue atacado por una persona que no estaba satisfecha o se sentía engañada, esta persona habría contactado con él con anterioridad para exigir una reparación. ¿Qué pensáis?

—La ocasión hace al ladrón, suelen decir —contestó Nina—. La fotografía de Lars-Ove Karlsson está en su página web. Tal vez el agresor lo reconoció y aprovechó la ocasión para atacarlo.

—Entonces, ¿por qué fue atacado el músico religioso? —preguntó Malin—. Estamos casi seguros de que se trata del mismo agresor.

—El agresor puede haberse equivocado de persona. El chantre no sufrió las mismas heridas. También puede ser al revés, que el chantre fuera el objetivo. No sabemos quién fue el primero en ser agredido, solo sabemos quién fue el primero en ser recogido por la ambulancia. En realidad, no sabemos nada del pasado del músico religioso. A lo mejor es allí donde está la solución —señaló Ingrid.

—Estoy mareándome —dijo Thomas.

—Yo también —contestó Ingrid riendo—. Debemos tener todo en cuenta antes de decidirnos qué priorizamos y qué pista seguimos. De momento, mejor que nos centremos en Lars-Ove Karlsson como hemos dicho al principio. El problema, o no sé cómo llamarlo realmente, es que el chantre aparece todo el tiempo, llamando la atención.

—¿Tenían algún parecido físico? —preguntó Malin.

—¿Qué dice el forense? —Ingrid se dirigió a Nina, que había estado presente en la autopsia.

Ella miró entre sus papeles.

—Un momento… Aquí, Lars-Ove Karlsson medía uno setenta y ocho, pesaba sesenta y nueve kilos.

Ingrid señaló a la fotografía ampliada del pasaporte.

—En esta fotografía de hace dos años tiene el pelo canoso y corto. La de la página web muestra a un hombre más joven, pero es muy parecida a la del pasaporte. Hedén, el vecino que lo vio el domingo por la tarde, declaró que vestía unos pantalones oscuros, una camisa azul claro y una chaqueta oscura. Tendríamos que hablar con el hospital o los forenses para saber dónde está la ropa. Karin, tú conoces al chantre y tuviste un buen contacto con él. Llámalo y pregúntale por su atuendo el domingo por la noche. También te encargarás de preguntar por la ropa de Lars-Ove Karlsson. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—El músico religioso —dijo mientras miraba la foto ampliada de él que había puesto en la pizarra—. Yo diría que debe pesar unos noventa kilos y medir uno ochenta. Tiene treinta y cuatro años, veintidós menos que Lars-Ove Karlsson. Es cierto que tienen el mismo corte de pelo, pero en su caso el cabello es rubio. Bueno, no sé, ¿vosotros qué creéis? ¿Hacemos una ronda de opiniones?

—Lo dudo —comenzó Nina.

—Estoy de acuerdo con Nina —dijo Karin.

Todos estaban de acuerdo con Nina, menos Thomas, que opinaba que sí era posible confundirlos.

—Todos los testimonios coinciden en decir que era una noche que llovía a cántaros y con visibilidad reducida. No creo que debamos descartar una posible confusión.

—Tienes razón, Thomas —dijo Ingrid—. De momento, lo dejamos abierto. ¿Algo más?

—Un atraco que salió mal o un loco —comentó Karin.

—Un loco es lo último que queremos. —Ingrid pensó en lo difíciles que eran de atrapar las personas con esos perfiles. Se trataba más de suerte que de habilidad—. ¿Un atraco frustrado? En tal caso, al criminal le salieron mal dos atracos en una noche. Los dos tenían sus carteras, sus móviles y sus llaves cuando fueron atendidos en el lugar de los hechos. ¿Alguien opina lo contrario?

—He comentado antes —dijo Malin— que puede ser que les hayan robado algo que nosotros no sabemos.

—Cierto. Es posible que haya una conexión entre las dos víctimas que no hayamos encontrado. Creo que es el momento de que busquemos si existe algún denominador común entre estos dos hombres. Yo iré a Bankeryd a hablar con el chantre otra vez —dijo Ingrid.

—Me parece que no tenemos que descartar la posibilidad de que sea un loco —señaló Karin—. Me he encargado de las llamadas de la ciudadanía y el que se llama a sí mismo el Profeta del Juicio Final me desconcierta.

—¿Por qué? —preguntó Ingrid.

—Según los telefonistas, es nuevo, no se trata de uno de los habituales, y este hombre ha llamado cada día esta semana.

—Sigue con las instrucciones que dimos: nos interesa todo lo que tenga conexión con la religión. ¿Continúa llamando desde una cabina?

—Sí.

—¿Qué dice exactamente?

—Que es un profeta del Juicio Final, designado por Dios, y que el fin está cerca. Todos los pecadores serán castigados con dureza y los pecadores sin remisión, con la muerte. Es hora de separar el grano de la paja y cosas por el estilo.

—¿Eso es lo que se llama «hablar en lenguas»? Porque no entiendo nada.

Los reunidos rieron de buena gana el comentario de Thomas.

—¿Me darás una transcripción exacta de sus palabras?

Karin le contestó con el pulgar hacia arriba.

—En cuanto acabemos la reunión, te la envío.

Ingrid pensaba preguntar a su amiga Helene qué interpretación daba al mensaje. Helene trabajaba como diaconisa y conocía la Biblia mejor que ella.

—¿Alguna teoría más?

—Delito de odio y homofobia —dijo Thomas—. Todavía creo que puede ser el motivo.

—¿Por qué crees que es así? —preguntó Viking.

«Un tema sensible», pensó Ingrid, cruzando su mirada con la de Nina. Las dos pensaban lo mismo: en la vida de Lars-Ove Karlsson no habían encontrado ninguna prueba de su heterosexualidad, claro que tampoco de cualquier otra opción sexual.

—¿Puedes desarrollar tu idea? —le pidió Ingrid.

—Tenía sentido de la estética, ropa buena y cara, zapatos bonitos y cuidados, ordenado y con fama de ser una persona amable y simpática.

Nina empezó a reírse.

—Lo opuesto a ti por completo, ¿por eso piensas que era gay?

—No, estoy hablando en serio. Era rico y conocido, debería tener una legión de mujeres detrás de él. ¿Y de cuántas hemos oído hablar? De una a la que llama su hermana.

—No todo el mundo es como tú. Bromas aparte, tendríamos que tomárnoslo en serio y hablar con los compañeros sobre posibles homófobos conocidos que operen en la ciudad.

—Buena idea —dijo Ingrid—. Se encargará de ello el grupo de Thomas.

Thomas la miró airado e Ingrid vio cómo abría la boca para hablar, pero apartó la mirada. Ya tendría oportunidad de decir lo que quisiera después de la reunión. Definitivamente, tenían que hablar.

—¿Más teorías?

Ante el silencio del grupo, Ingrid continuó:

—¿Qué otras similitudes, aparte de las físicas, existen entre las dos víctimas? Las dos se encontraban a unos ciento cincuenta kilómetros de su lugar de residencia. Por lo que sabemos, ninguno de ellos tenía un motivo claro por el que estar en la calle Andra Långgatan un domingo por la noche o la madrugada de un lunes. Nos falta información porque no sabemos por qué fueron allí. Los dos fueron atacados por detrás por quien parece ser el mismo atacante. Los dos fueron agredidos y, por lo que sabemos, no fueron atracados. En resumen, sabemos muy poco. —Ingrid sacudió la cabeza—. Una posible conexión entre ellos sería que el chantre ha declarado que le gustaba navegar por la red y que fue a Andra Långgatan para mirar. Sabemos también que Lars-Ove Karlsson utilizaba mucho la red. ¿También él había encontrado algo que le interesaba en Andra Långgatan? ¿O alguno de vosotros ve alguna otra conexión?

Los reunidos no la veían. Ingrid se dio cuenta de que estaban cansados y decidió acabar la reunión.

—Por mi parte, creo que hay una conexión entre estas dos personas. Se trata de encontrarla. Estoy segura de que resolveremos el caso siendo perseverantes y concienzudos. Ahora, vámonos a casa a descansar. Nos vemos el lunes a las tres y media si no ocurre ningún imprevisto. ¿Todo el mundo sabe qué tiene que hacer?

Todos contestaron que sí al unísono. Ingrid no pudo evitar reírse.

—Buen fin de semana a todos. Thomas, ¿puedes quedarte un momento?

—Claro —contestó un poco sorprendido—. ¿No tenemos que interrogar a los ladrones de coches?

—Sí, es verdad. —Ingrid miró el reloj. Eran las ocho y cuarto—. Elige al más vulnerable del grupo y llévalo a la sala de interrogatorios número tres. De aquí a un cuarto de hora vuelvo.

Viernes, 21 de abril

Hora 20:32

Antes de entrar en la sala de interrogatorios, donde Thomas la esperaba junto a un joven llamado Carl-Hugo Stolpe, Ingrid se colocó detrás del espejo para observar al arrestado durante un rato. Abrió el micrófono, pero el silencio era total. Thomas le daba la espalda e Ingrid pensó que debía estar mirando fijamente al joven, que a su vez miraba la mesa con los brazos colgando a los lados. Sus cabellos largos y rubios casi le tapaban la cara. La ropa, que debía ser cara y elegante, estaba sucia y arrugada. «Irá bien —pensó Ingrid—, Thomas con toda probabilidad habrá intimidado al chico y las horas de arresto habrán hecho lo suyo». Abrió la puerta y entró sin llamar. Carl-Hugo Stolpe le dedicó una mirada suplicante, pero Ingrid se mantuvo inexpresiva y se puso al lado de Thomas cruzada de brazos.

—Me llamo Ingrid Bergman y soy inspectora jefe. Mi colega, el inspector Thomas Alfredsson, y yo estamos investigando un asesinato.

Carl-Hugo Stolpe hizo un movimiento brusco cuando oyó la palabra asesinato.

—No sé nada sobre un asesinato. Tan solo he tomado prestado un coche.

Ingrid lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada hasta que el joven la bajó.

—La noche del dieciséis al diecisiete de abril el dueño del Audi que robasteis fue agredido. El dieciocho del mismo mes murió en el hospital a consecuencia de las lesiones sufridas. No llegó a recuperar la consciencia. Además de ser arrestados tú y tus tres amigos por robo de coches, sois sospechosos de agresión y de asesinato. El vehículo que robasteis está lleno de vuestras huellas, tanto por dentro como por fuera. Hay un testigo que os vio dejar el coche cuando lo abandonasteis en Röda Sten.

—Puedo deciros todos los coches que hemos tomado prestados. —De repente, un mar de lágrimas corría por sus mejillas—. Lo contaré todo. Tenéis que creerme, nunca hemos dañado a una persona, nunca. Solo era un juego.

Ingrid suavizó el tono.

—Quiero que me cuentes todo lo que recuerdas de esa noche.

—Pero si ya se lo he contado a él. —Señaló a Thomas—. Se ha

pasado el día interrogándome.

—Sí, pero quiero que me lo cuentes a mí.

Ingrid se sentó. Carl-Hugo asintió, y se secó las lágrimas y los mocos con la manga.

—Niclas, William, Pontus y yo fuimos a una fiesta de estudiantes en Económicas. Era la Asociación Pichas Vivas la que la organizaba.

—¿Qué tipo de asociación es?

—Es una asociación para hombres, las mujeres no pueden ser socias.

—Ajá. ¿Y qué actividades desarrolla?

—Eeeh… Bueno, no se hacen muchas. Consiste más en no ir afeitado y oler a sudor. Nos reunimos una vez al mes y entonces hay que ir vestido con una cota de malla sucia.

—Bueno, ¿y qué hacéis en esas reuniones?

Ingrid notaba cómo la risa le bullía por dentro y tuvo que sofocarla cuando pugnó por salir de su garganta. El muchacho enrojeció y miró la mesa.

—Vemos películas porno y bebemos cerveza.

—¿Pasó algo fuera de lo habitual en esas reuniones o como las llaméis?

—Sí, la junta había organizado una competición de chupitos, en la que Niclas, William, Pontus y yo participamos. Cuando quisimos volver a casa, los conductores de los autobuses no querían llevarnos. Fuimos a la plaza Skanstorget a ver si podíamos coger un taxi. Cuando llegamos, vimos el Audi. Nunca habíamos podido tomar prestado un coche de esa categoría, así que era una oportunidad de oro. Solemos ser más profesionales. Por lo general, planeamos con cuidado los préstamos y nunca hemos tomado drogas o alcohol. No somos ladrones. Nos mola subirlo a las redes y desafía… mostrarlo.

—¿Qué hora era cuando llegasteis a la plaza Skanstorget?

—Sobre la una, creo. Tuvimos que dejar el local que habíamos alquilado a las doce y media. Después, intentamos subir a varios autobuses. Yo creo que finalmente llegamos a la plaza sobre la una.

—¿Visteis a otras personas cuando llegasteis?

Carl-Hugo Stolpe reflexionó un momento.

—No estábamos serenos del todo. Creo que vimos a un grupo de viejas que salían del restaurante que hay allí. Me parece que es un restaurante italiano. No recuerdo a nadie más. Teníamos prisa cuando vimos el Audi y nos decidimos a tomarlo prestado.

—Esas viejas, como las llamas, ¿hacia dónde se dirigieron y cuántas eran?

—Eran unas cinco o seis. Iban horribles, parecían una pandilla de putas. O quizá fuera una despedida de soltera ahora que lo pienso. Les gritamos y atravesaron corriendo la plaza en dirección a la calle

Husargatan como si tuvieran miedo de que las violáramos.

Carl-Hugo se rio de buena gana ante el recuerdo, pero se calló cuando vio que tanto Ingrid como Thomas no veían motivo para reírse.

—Sigue —lo instó Ingrid.

—Tomamos prestado el Audi y condujimos a Röda Sten. Dejamos el coche en cuanto nos dimos cuenta de que no teníamos ni máscaras ni cámara.

—Tenemos un testigo que dice que aparcasteis el vehículo sobre las tres en Röda Sten, así que no creo que fuerais directamente al lugar con el coche.

—Lo siento, pero no me acuerdo de mucho. ¿Podéis darme algo para beber?

Ingrid se levantó.

—Lo dejamos por hoy, pero no creas que hemos terminado ni contigo ni tus amigos. —Ingrid se giró hacia Thomas—. Nos vemos en mi oficina más tarde.

—De acuerdo.

Ingrid abandonó la sala. Una vez en su oficina, se puso a buscar en la base de datos del caso. Carl-Hugo había hablado de una despedida de soltera y a Ingrid le sonaba haber leído algo al respecto en los informes.

—Despedida de soltera, despedida de soltera, despedida de soltera —murmuraba mientras buscaba.

Cuando un sitio o un nombre aparecía varias veces en el proceso de una investigación, nunca solía ser casualidad. ¿Por qué nadie de la despedida había llamado? La policía había anunciado en la radio y en los periódicos que buscaban testigos de esa noche. Debían ser cinco o seis personas. Comprendía que podía haber gente que hubiera estado en Andra Långgatan sin ningún motivo aparente y que no quisieran comunicarse con la policía; sin embargo, un grupo de chicas que habían cenado en uno de los restaurantes de la zona no tenían nada que esconder. Miró el reloj que tenía colgado en la pared. Eran las diez menos cinco. Ingrid suspiró para sí misma mientras notaba el estómago vacío. Solo había comido medio bocata en la reunión. Le costaba hablar y comer. No era la primera vez que la concentración superaba al hambre, que luego se hacía sentir. Sin embargo, había bebido una mezcla que le había provocado náuseas: dos tazas de café y un vaso de zumo.

Diez minutos más tarde, llegó Thomas y se sentó en una de las sillas. Ingrid no había averiguado todavía dónde estaba la referencia a la despedida de soltera en la base de datos. Ingrid y Thomas se miraron durante un rato antes de estallar en carcajadas. Faltaba poco para las diez y media de un viernes por la noche y los dos estaban

hechos un cisco. Cansados, arrugados y con una expresión distraída en la cara. Ingrid no tenía ganas de pelearse con él. Era de los pocos que la conocían bien y que conseguían que se relajara. Probablemente, por eso estaba tan irritada con él. Notó cómo el cansancio hacía que no se sintiera con fuerzas para ponerse a discutir con él.

—Lo fuerte es que chicos como él y sus amigos tendrán trabajos altamente cualificados en ayuntamientos y empresas. No me extraña que se tomen tantas decisiones equivocadas.

Ingrid rio.

—Ese muchacho, Carl-Hugo, no volverá a jugar con coches de ahora en adelante. Me choca que pensara que solo tomaba prestados los coches. ¿Te diste cuenta de que no cambió ni una sola vez de parecer? Los tomaba prestados. Como si él y sus amigos fueran miembros de otra categoría de personas con derecho a actuar por encima de la ley. Pero se van a enterar en el juicio de que la ley también es aplicable a ellos.

—Puedo decirte que ha estado mucho más comedido que cuando lo interrogamos esta mañana. ¿Viste cómo palideció cuando le dijiste que él y sus amigos eran sospechosos de agresión y asesinato?

—Sí. De todas formas, es casi seguro que no tienen nada que ver con el ataque. ¿Qué me dices de las mujeres que salían del restaurante italiano en la plaza Skanstorget?

—Sí, él las ha descrito como algo entre viejas, putas y una despedida de soltera. A lo mejor es difícil aclararse cuando uno va bebido hasta las orejas después de una competición de chupitos y está vestido con una cota de malla. Bromas aparte, ¿en qué piensas?

—Eso de la despedida me suena. Estoy buscando dónde se menciona, pero no lo encuentro. Me suena mucho.

—Ahora me viene a la cabeza —dijo Thomas entusiasmado—. Yo interrogué al barrendero que trabajó la mañana del lunes y él mencionó que había visto una despedida de soltera. Espera un momento, voy a mi oficina, miro los documentos y vuelvo.

Thomas desapareció a grandes zancadas para volver después sonriente.

—Aquí lo tenemos. Christer Ohlsson. Hablé con él el miércoles. Me contó que estaba trabajando con el camión de la limpieza en la zona entre las cuatro y las cuatro y media. También me dijo que el tiempo era gris y neblinoso. Opinaba que siempre se llenaba de gente esquiva esas horas. —Thomas se inclinó para leer—. Aquí está. Ohlsson se fijó en la despedida porque le pareció que estaban allí a una hora extraña.

Thomas miró a Ingrid. Ingrid miró el reloj que estaba detrás de Thomas. Era viernes y la noche era joven.

—Llámalo y pregúntale sobre la despedida. Pídele que te lo cuente todo. Cómo eran, cuántas eran, dónde las vio exactamente y a qué

hora.

Thomas asintió serio y sacó su móvil. Ohlsson no respondió ni al móvil ni al fijo de su casa.

—Mierda —dijo Ingrid, y se levantó—. Llámalo de nuevo y déjale un mensaje. Dile que lo buscamos y que queremos hablar con él urgentemente.

Durante la llamada de Thomas, Ingrid pensó si de verdad era tan importante la despedida que había aparecido en un plano secundario de la investigación. A lo mejor se estaba agarrando a un clavo ardiendo porque no tenía nada más. Todo era tan difuso. Cuanto más intentaban hacerse una idea de la víctima, más desenfocado se volvía su entorno. A la investigación le faltaba coherencia. Nunca le había pasado que en una calle tan transitada como esa no hubieran conseguido ni un solo testigo. ¿Por qué nadie había visto u oído algo?

—Listo —dijo Thomas, y se guardó el móvil en el bolsillo—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Esperamos a que nos llame o vamos a su casa?

Ingrid miró a Thomas. ¿Por qué no se comportaba siempre así, normal, como estaba haciendo ahora? En ese momento no podía enfrentarse a él y preguntarle qué diablos estaba pasando. Era viernes por la noche, y el reloj estaba a punto de dar las once y media. Seguramente tenía otras cosas mejores que hacer que participar en el interrogatorio de una persona a la que él ya había interrogado antes. Debía estar cansado y hambriento como lo estaba ella y aun así no le importaba acompañarla en la persecución de una pista más débil que una torre de saliva en vez de irse a casa a descansar.

—No pasa nada —dijo Thomas cuando vio la cara de Ingrid—. Cancelé mi cita durante el descanso de la reunión. Puedo trabajar toda la noche.

—En tal caso, nos vamos ahora mismo —dijo Ingrid, y se levantó de la silla.

Viernes, 21 de abril

Hora 23:47

Ingrid y Thomas tocaron el timbre de la casa de Christer Ohlsson sin ningún resultado. Thomas se inclinó y metió los dedos en la ranura del buzón.

—Christer Ohlsson, soy el inspector Thomas Alfredsson, de la policía. Necesitamos hablar con usted.

Ingrid y Thomas esperaron en silencio un rato. No se oía ningún ruido en el interior del apartamento. Thomas se encogió de hombros e Ingrid suspiró sonoramente.

—Mierda. Nada, podemos irnos a casa.

Cuando empezaban a bajar las escaleras, se abrió la puerta y apareció un hombre adormilado, rechoncho y con el pelo enmarañado. Iba en calzoncillos y se frotaba frenético los ojos y la cara para intentar despertarse del todo.

—Mi nombre es Ingrid Bergman y soy inspectora jefe —dijo Ingrid rápido, y le estrechó la mano tras volver a subir las escaleras.

—Inspector Thomas Alfredsson. Nos vimos el miércoles.

Christer Ohlsson asintió sorprendido mientras estrechaba las manos de los policías.

—Quisiéramos entrar y hablar con usted.

El hombre les franqueó el paso y les indicó que entraran a la cocina. La casa había sido construida en los años sesenta y la cocina conservaba su aspecto original. Se sentaron al lado de la ventana. Todo estaba limpio y ordenado. En la ventana había flores y sobre la mesa, un mantel de lino planchado. Christer Ohlsson bostezó con la boca bien abierta un par de veces, luego se dio cuenta de que estaba en calzoncillos.

—Eeestooo… Un momento, que voy a vestirme. Ahora vuelvo.

Cuando regresó, se sentó en la única silla libre que había.

—¿Y bien? —preguntó, y volvió a bostezar.

—Perdone que lo molestemos tan tarde. Hemos intentado localizarlo en el móvil y en el fijo. Como no ha sido posible, hemos decidido venir. Necesitamos hacerle unas preguntas.

Christer Ohlsson asintió con la cabeza.

—He desconectado los teléfonos porque necesito dormir tranquilo. Comienzo a trabajar a las tres. —Miró el reloj—. Dentro de dos horas

tengo que irme al trabajo. —Christer intentó contener un bostezo—. ¿De qué se trata?

—Mire —continuó Thomas—, cuando hablamos el miércoles, me dijo que estaba en la zona de Andra Långgatan el lunes entre las cuatro y las cuatro y media.

Christer asintió.

—Me contó que el tiempo era gris neblinoso y que llovía a cántaros. Las únicas personas que le habían llamado la atención eran las de una despedida de soltera. ¿Puede contarme más sobre esa despedida que vio?

—Bueno, despedida lo que era despedida no estoy del todo seguro de que lo fuera. Vi unas cinco seis viejas que iban bien vestidas. No como si fueran lumis, pero casi. Como sabéis, las calles de la zona tienen adoquines y no debía ser fácil caminar con tacones altos. Quizá por eso pensé que sería una despedida, porque parecía que iban borrachas y se tambaleaban. ¿Entienden lo que quiero decir? —Se rascó la nuca—. La verdad es que llevo dándole vueltas al tema desde el miércoles y estoy casi seguro de que no era una despedida, sino un grupo de viejas.

Christer miró a Thomas a los ojos como pidiéndole perdón. Thomas asintió. Christer se miró las manos, que había entrelazado sobre sus rodillas.

—Pero ¿fue en Andra Långgatan donde las vio? ¿Podría decirnos dónde y a qué hora? —preguntó Ingrid.

—Venía de la plaza Järntorget y al cabo de un rato las vi. Estaban a unos treinta metros de mí. Después fui detrás de ellas unos cien metros antes de girar en la calle Värmlandsgatan. Luego no las vi más.

—Cinco o seis. ¿Podría decirnos con exactitud cuántas eran?

—No, lo siento. No me acuerdo.

—No pasa nada. ¿Qué edad cree que tenían?

Christer pensó un rato, después se levantó. Fue al fregadero, abrió el grifo del agua fría y puso la cabeza bajo el chorro unos segundos; luego la quitó y cerró el grifo. Le costó un poco encontrar la toalla con la que se secó la cara y el pelo. Después, se sentó de nuevo.

—Perdonen. Tenía que despertarme.

—No pasa nada —dijo Ingrid—. ¿Qué edad cree que tenían?

—No lo sé. Solo las vi por detrás. Entre treinta y cincuenta, creo.

—¿Cómo iban vestidas?

—Todas parecían recién salidas de la peluquería, tenían un peinado como esponjoso. Creo que llevaban falda y zapatos con tacones altos. La visibilidad no era buena, como les dije.

—Sí, lo sabemos. De todas maneras, valoramos positivamente que se haya fijado en tantos detalles. ¿Podría darnos una hora más precisa de cuándo las vio?

—No, no puedo. Es lo que les dije antes: entre las cuatro y las cuatro y media.

Thomas e Ingrid se miraron.

—Gracias por la ayuda —dijo Ingrid, y le dio la mano—. Nos vamos, así podrá seguir durmiendo. Sentimos haberlo despertado, pero necesitábamos hablar con usted.

Sábado, 22 de abril

Hora 07:03

Ingrid estaba sentada comiendo una rebanada de pan seco con queso con la ayuda de largos sorbos de café. Llevaba una semana sin ir a la compra, había pensado hacerlo el día anterior, pero como trabajó hasta tarde, cuando salió del trabajo, ya habían cerrado todas las tiendas. Había prometido invitar a Helene y a Ewa a cenar, pero tendría que ser como siempre: comerían fuera y ella pagaría. Ingrid había llegado poco después de las dos de la mañana y vio dos notas grandes que había puesto en la nevera: «Peluquería a las 8 el sábado. No olvidar». Sí, más le valía no olvidarse, Oliver no parecía contento cuando habló con ella después de no haberse presentado a las dos citas anteriores. «Albatross a las 9 con Ewa y Helene». Había sentido retorcijones de estrés y cansancio en el estómago cuando pensó en el poco tiempo que tendría para dormir. Se había tirado en la cama. El despertador sonó a las seis como cada mañana, se le había olvidado retrasarlo una hora. Estaba tan cansada que no pudo conciliar el sueño de nuevo e intentó consolarse pensando que probablemente se habría despertado a esa hora de todas formas. Cuando se hubo vestido y desayunado, fue al sótano a buscar su bolsa de golf. De camino al coche, vio que el cielo era azul con alguna nube. No soplaba el viento, sería un buen día para jugar al golf. A las ocho menos dos minutos, aparcó el coche y entró en la peluquería.

—No te cuidas —le dijo Oliver mientras tiraba de sus cabellos—. Este pelo está casi muerto. ¿Qué porquería comes? Uno no puede estar trabajando y trabajando. A veces, se tiene que tomar un día libre, descansar y dormir hasta las tantas.

—¿Y tú sí lo haces?

Oliver se enfadó y no le dirigió la palabra hasta que llegó el momento de pagar. Para Ingrid, que estaba cansada y no tenía ganas de hablar, fue un alivio que Oliver callara.

A las nueve y media aparcó en Albatross. No le daría tiempo de dar un solo golpe de entreno antes del teetime. Entró, se registró en la recepción y pagó. Ewa y Helene ya la esperaban en el primer tee.

Ya que Ingrid tenía el hándicap más bajo, tenía el honor y le correspondía a ella comenzar. Sacó su spoon y consiguió golpear la bola veinticinco metros y cuarenta y cinco grados de forma oblicua

hacia la izquierda. Fue el único honor que pudo realizar. Después de haber jugado al golf veinte años, lo encontraba frustrante. El parón obligado por el invierno, el hecho que no había tenido ocasión de hacer golpes de entreno, el cansancio y el dormir poco no ayudaban a jugar bien. Ewa y Helene la aburrieron durante todo el recorrido. Cuando acabaron, almorzaron en el restaurante del club. Ewa y Helene le preguntaron qué tenía pensado ofrecerles para cenar. Ilusas.

—Será una sorpresa —contestó Ingrid.

—Apuesto diez coronas a que la sorpresa será en la calle Götabergsgatan —replicó Ewa riendo.

—De acuerdo —dijo Helene—. Yo apuesto diez por la calle Arkivgatan.

Ingrid protestó con un profundo suspiro.

—Ja, ja. Sois bienvenidas a casa a las siete. Ahora pienso irme a dormir.

De camino a casa, llamó a su restaurante favorito en Götabergsgatan. Era uno de los restaurantes más buenos de Gotemburgo y, además, conocía al dueño desde hacía unos años.

—Hola, soy Ingrid Bergman.

—¡Caramba, hola, Ingrid! ¿Te has cansado de mi restaurante y de mí? Hace tiempo que no te veo por aquí.

—¡No, qué va! —contestó Ingrid riendo—. El trabajo me ha mantenido alejada de tu restaurante, pero hoy pensaba reservar una mesa.

—Ingrid, Ingrid —dijo una voz en falsete al otro lado de la línea—. Tenemos lleno. Llamar a estas horas para reservar un sábado por la noche…

Ingrid ignoró su respuesta.

—Pensaba ir con Helene y Ewa.

—Si es así, podemos prepararos una mesa en la bodega. ¿A qué hora habías pensado venir?

—A las siete y media.

—Nos vemos a las siete y media.

Ingrid rio para sí misma. Siempre les tocaba la bodega. En realidad, solía estar cerrada con una puerta de rejas para que los clientes pudieran admirar la nave que estaba a unos escalones bajo el restaurante. Desde la primera vez que le había pedido un lugar discreto, le había reservado ese sitio. El dueño le había dicho en broma que sus vinos no podrían estar mejor custodiados que con una inspectora de la policía comiendo allí. Y que Ewa fuera diaconisa y Helene quiropráctica le hacía sentirse todavía más seguro. Con Dios de su lado y una persona que estaba formada para romper los huesos de otra, la cosa no podría ir mejor.

Cuando Ingrid llegó a casa, se tiró en la cama y durmió tres horas.

Luego se duchó y se arregló para la cena. A las siete llegaron Helene y Ewa. En cuanto Helene entró por la puerta, se puso a olfatear de forma exagerada.

—No siento el aroma producto de tus talentos culinarios. —Abrió los ojos—. ¿Y tú, Ewa?

Ewa también se puso a olfatear y fue a la cocina.

—No veo ni una sola olla al fuego —se quejó, y se giró hacia Ingrid, que iba detrás de ella—. ¿Nos moriremos de hambre esta noche? ¿Piensas que estamos gordas?

—No, al contrario —contestó Ingrid—. Por eso he pensado que podemos visitar a mi amigo que tiene un restaurante en la calle Götabergsgatan dentro de unos veinte minutos.

—Hala. Me debes diez coronas, Helene.

—La verdad es que no sé por qué quedo con vosotras después de tantos años —dijo riendo Ingrid—. Cualquier persona estaría contenta de librarse de comer algo que yo haya cocinado.

—Lo estamos —contestaron al unísono Helene y Ewa.

Ingrid pensó en lo liberador que era reírse con ellas. No se había dado cuenta hasta ese momento de la tensión que sentía, y con ellas podía relajarse. No había duda, la mejor medicina era esa: una buena comida, un buen vino y reírse mucho con sus amigas. Ahora les tocaba disfrutar de la noche.

—¿Vamos?

Pasearon con parsimonia hacia el restaurante. Se sentía la primavera en el aire. Pasaron por la plaza Götaplatsen, donde vieron a los paseantes que, contentos por la llegada de la primavera, poblaban la ancha Avenida. Después torcieron por la calle Geijersgatan y luego hacia la derecha entrando por Götabergsgatan. Cuando llegaron al restaurante, el dueño las esperaba en la puerta.

—Bienvenidas, mis queridas damas y protectoras de mi bodega. Desprendeos de los abrigos y os mostraré un menú especial que he preparado para vosotras.

Ingrid, Ewa y Helene rieron disfrutando de su atención. No era habitual que un hombre se atreviera a decir galanterías a unas mujeres independientes. Ingrid sabía que solía tener una mirada casi peligrosa cuando estaba concentrada en el trabajo. Helene le contó que, cuando se hizo diaconisa, los hombres comenzaron a tratarla como si fuera una virgen que no toleraba bromas o cumplidos. En realidad, de las tres, la que realmente encarnaba los ideales femeninos era Ewa. Solía tener mucho éxito entre los hombres, hasta que abría la boca y los aterrados galanes descubrían que tenía un vocabulario que empalidecía al más duro de todos ellos. Ser una quiropráctica femenina y tener un buen físico hacía que muchos hombres se pensaran que su oficio era otro.

El dueño del restaurante las acompañó hasta la bodega, donde había una mesa para tres, y les deseó que pasaran una buena velada. Acto seguido, apareció una camarera con una copa de caipiriña para cada una y les leyó el menú. Cuando se fue, brindaron por la primera ronda de golf del año.

—¿Qué caso estás investigando que casi te hace olvidar que habías quedado con tus amigas para jugar al golf? —le preguntó Ewa después del brindis.

—No había…

—Sí que te habías olvidado de que habías quedado para jugar al golf y cenar después, pero estás perdonada. Cuando te llamé el jueves, no tenías ni la más remota idea de que habíamos quedado este sábado. Cuéntanos qué es lo que está robándote tanto tiempo —la interrumpió Ewa.

Ingrid les contó cómo había sido la semana.

—Es como si este caso tuviera una cara A y una cara B. Solo podemos ver la cara A y es en la cara B donde están todas las explicaciones. —Ingrid pensó en el Profeta del Juicio Final y buscó el correo de Karin donde explicaba qué había dicho—. Escuchad esto: «El día del Juicio Final está próximo. Todos los pecadores serán castigados y los pecadores más graves, con la muerte. Es la hora de separar el grano de la paja». —Ingrid levantó la mirada del móvil—. Esta es una de las pequeñas pistas que tiene este caso. Se trata de un hombre que contacta con nosotros cada día desde una cabina de teléfonos y que se llama a sí mismo el Profeta del Juicio Final. No es uno de los locos habituales que suelen llamarnos. Puede ser que sea una pista, aunque casi estoy segura al noventa y nueve por ciento de que no nos llevará a ningún lugar.

Ewa y Helene se rieron.

—Parece una persona que busca contacto si os llama cada día. Si tiene razón, muchas de nosotras estamos perdidas. —Ewa le dio un golpe amistoso en el costado a Ingrid.

—En serio, chicas. ¿Qué os parece el discurso de este hombre sobre el Juicio Final y el castigo?

—Supongo que por mi trabajo como diaconisa soy la que tendría que comentar esto. ¿Tú no sueles encontrarte con tipos así, Ewa?

—No, y lo agradezco. Me basta con los que llaman a mi trabajo para saber si hago masajes de los buenos.

—Que yo sepa —dijo Helene—, siempre ha habido profetas del Juicio Final. Da la casualidad de que leí hace poco un artículo sobre el tema escrito por un teólogo que había investigado sobre el asunto. Se ve que ya en el Viejo Testamento se habla de estos hombres, porque siempre son hombres. No recuerdo cómo se llama el autor del artículo, pero trataba sobre profetas del Juicio Final en los últimos doscientos

años. Normalmente, eran estafadores en busca de dinero o personas que querían llamar la atención, o las dos cosas a la vez.

—¿Personas inofensivas, quieres decir?

—Era un investigador americano y el artículo trataba sobre profetas del Juicio Final en Estados Unidos. Supongo que las variantes suecas pueden ser diferentes.

—¿Qué quieres decir?

—Según el articulista, hubo algunos profetas que hicieron de todo para probar sus profecías. Escribió sobre tres profetas que eran unos verdaderos sicópatas. Ya sabes, de los que no toleraban que no se los escuchara o que se rieran de ellos. Estos se consideraban enviados de Dios y habían asesinado a mujeres que juzgaban como pecadoras o que vivían en pecado. Por algún motivo inexplicable, suelen ser mujeres, según estos hombres, las que representan el pecado.

Ingrid intentó asimilar lo que Helene le había dicho. Podía haber una posibilidad de que su profeta estuviera involucrado en los hechos.

—Mis queridas damas, estáis muy serias —dijo el dueño del restaurante mientras aparecía con una bandeja con el café y el licor. En silencio, vertió el café en las tazas y sirvió coñac en cuatro copas—. Un brindis, un brindis por lo mejor que hay: ¡MUJERES Y VINO!

Domingo, 23 de abril

Hora 10:14

Eran las diez y cuarto. Ingrid no podía creer lo que veían sus ojos. Saltó de la cama y corrió medio dormida a la cocina para mirar el reloj que colgaba de la pared. No podía ser. Ella se despertaba siempre a las seis fuera el día que fuera. Se había divertido mucho la noche anterior. Hacía tiempo que no se reía tanto ni bebía tanto vino. Ahora tenía prisa, había quedado con el secretario de prensa para verse una hora antes de la rueda de prensa, que era a las doce.

A pesar de la resaca y del cansancio de dos noches sin dormir bien, estaba de buen humor. El día anterior no se había sentido decaída en ningún momento. «Tienes que trabajar menos y divertirte más con las amigas», le dijo su inspectora interior, que estaba habituada a sacar conclusiones. Un segundo después, se dio cuenta de que estaba a punto de irse al trabajo un domingo y sonrió. «¡Vamos para allá!».

Se encontró con Anders Högström, que era el secretario de prensa, en la recepción. Normalmente, eran él y Tingström los que se encargaban de las ruedas de prensa. Ingrid solía ser una figura decorativa. Ese día, Tingström no estaría presente. No había nada controvertido en la información que tenían que dar, y por ello Ingrid opinaba que no había necesidad de que estuviera presente. Cosa que Tingström agradeció, ya que, por lo visto, uno de sus nietos cumplía años. Ingrid y Anders Högström se sentaron en la mesa colocada sobre una tarima en la sala de prensa. Ingrid contó de forma concisa las últimas novedades de la investigación. También repasó lo que pensaba contar en la rueda de prensa. A las doce menos cuarto, llegó el primer periodista. Ingrid aprovechó el momento para ir al servicio, arreglarse el pelo y pintarse los labios. A las doce en punto, Ingrid dio la bienvenida a los cuatro periodistas presentes. Se alegró de que ninguno de ellos filmara, ya que no se sentía muy presentable. Tenía la cara pálida e hinchada. El rímel y el pintalabios no podían neutralizar los estragos del día anterior. Seguramente la combinación de buen tiempo y domingo había hecho que vinieran tan pocos periodistas. Antes de comenzar la rueda de prensa, bebió un poco de agua.

—La policía sigue buscando testigos que puedan haber visto algo la noche del domingo dieciséis al lunes diecisiete de abril en la calle

Andra Långgatan, en donde se atacó y se agredió gravemente a dos personas. Buscamos en concreto a un grupo de mujeres que fueron vistas cerca del lugar de los hechos. No son sospechosas de ningún crimen, pero estamos interesados en poder hablar con ellas. Creemos que pueden facilitarnos información importante para resolver el caso.

»También seguimos buscando parientes o amigos cercanos de la persona que murió a consecuencia de las lesiones el martes por la mañana en el hospital de Sahlgrenska. Su nombre era Lars-Ove Karlsson, también conocido como la Lokomotora de las Inversiones, y tenía el domicilio en Grebbestad. Repito que estamos muy interesados en poder hablar con posibles testigos del suceso ocurrido en las fechas mencionadas.

Ingrid calló un momento y miró a los periodistas.

—Si alguien quiere preguntar algo.

La primera pregunta llegó con rapidez. Se trataba de un periodista de la prensa vespertina.

—¿Tienen algún sospechoso o sospechosos?

—No. Siguiente.

—¿Piensan que se trata de un mismo agresor en las dos ocasiones?

—No lo sabemos. Hay pistas que indican que así puede ser.

—¿Quién es la otra persona agredida? ¿Tiene relación con la Lokomotora de las Inversiones?

—Por respeto a la integridad de esa persona, no podemos revelar su nombre Ha pedido permanecer en el anonimato y hasta el momento no hemos encontrado nada que los relacione.

—¿Fueron atracados?

—No. No que sepamos.

—¿Se utilizo un arma en los ataques?

—Sí.

—¿Qué tipo de arma?

—No puedo revelarlo por aspectos técnicos de la investigación.

—¿Saben por qué fueron agredidos?

—Estamos trabajando con varias teorías.

—¿Cuáles?

—No podemos desvelarlas en este momento.

Ingrid tenía la sensación de que la rueda de prensa era como una especie de juego de palabras entre ella y los periodistas. Se necesitaban. Los periodistas intentaban obtener respuestas a sus preguntas, mientras que Ingrid intentaban dar mucha o poca información para que así su mensaje llegase a la ciudadanía. El mensaje era muy simple: necesitamos ayuda, todos los que hayáis visto u oído algo esa noche dirigíos a nosotros.

—¿Alguna pregunta más?

—En la anterior rueda de prensa buscaban a una mujer que

conocía a la Lokomotora de las Inversiones. ¿La han localizado? ¿Ha contactado con ustedes?

—La mujer que buscamos no ha contactado con nosotros y seguimos interesados en poder hablar con ella.

—¿Es a su hermana a quien buscan?

Ajá, habían hablado con sus vecinos en Grebbestad.

—No puedo comentar nada. Siguiente.

—¿Es sospechosa?

—No, no es sospechosa. Solo queremos hablar con ella.

—¿Tienen sospechas de que el agresor o agresores pueda volver a actuar?

Ingrid sintió que la recorría un escalofrío. No se les había ocurrido planteárselo. «Mierda», pensó, a veces necesitarían tener a un periodista dentro del grupo. Uno que fuera especialista en mirar las cosas desde todos los ángulos posibles. ¿Cómo podían haberse olvidado hacerse una pregunta tan obvia?

—¿Sospechan que el agresor…? —volvió a preguntar la periodista.

—No —respondió Ingrid en un tono un poco más seco del que había pensado.

La periodista notó el tono y no dejó pasar la ocasión.

—¿Por qué? ¿Por qué están tan seguros de que no volverá a suceder?

—No estamos seguros —contestó Ingrid, mirándola a los ojos—. No hay ningún motivo para pensar que el agresor o agresores vuelvan a actuar. Última pregunta.

Varias manos se elevaron. Ingrid señaló a una periodista que no había hecho ninguna pregunta. No la conocía. Era una persona de unos sesenta años con un poco de sobrepeso que parecía un poco ida, pero Ingrid se dio cuenta de que se había equivocado cuando escuchó la pregunta.

—Acaba de decir que las personas no fueron atracadas cuando las agredieron. ¿El móvil podría ser sexual o religioso?

Ingrid estuvo a punto de preguntarle por qué hacía esa pregunta en concreto, pero no quería llamar la atención sobre los posibles motivos. Además, era la última pregunta.

—No. Gracias por venir a la rueda de prensa. Convocaremos otra en cuanto haya novedades.

Ingrid se levantó y abandonó la sala. El corazón le latía muy rápido y la adrenalina le recorría el cuerpo. ¿Existía el riesgo de que hubiera nuevas agresiones? ¿Había una motivación religiosa o sexual en los ataques? Pensó en el Profeta y en lo que Helene le había comentado sobre la investigación llevada a cabo en Estados Unidos sobre ese tipo de personas. Pensó en Johan Wilhelmsson, que era un músico religioso en una parroquia de Bankeryd y que había ido a la calle Andra

Långgatan de Gotemburgo a mirar. Lo único que había para mirar allí, hablando claro, eran tiendas de material pornográfico y de antigüedades. Podría decirse que Johan Wilhelmsson tenía una conexión sexual y religiosa, pero ¿la tenía Lars-Ove Karlsson? No había encontrado nada religioso en su vida, por no decir todo lo contrario, y no tenían ni idea de cuál era su condición sexual. Solo habían encontrado unos restos de pintalabios en la autopsia y poca cosa más. Intentó ver el caso desde otro ángulo. ¿Y si la víctima era el chantre y Lars-Ove Karlsson fue agredido por error? Tras darle vueltas al caso, se dio cuenta de que podía colocar la información de tal forma que podría justificar cualquier motivo. Después le vino a la memoria Marta Cronström y su declaración de que los desobedientes habían de ser castigados. Ingrid pensó en los numerosos objetos religiosos que había en su casa. Si la anciana hubiera sido más joven, Ingrid habría sospechado de ella seguramente.

Ahora se encontraba en el centro del caso porque era la única testigo de la que disponían. Ingrid había visto lo que le costaba andar y sentarse, era imposible que bajara las escaleras y después agrediera de forma tan violenta a los dos hombres. Cuando llegó a su oficina, Ingrid cogió su cuaderno y arrancó tres páginas de él. En la primera escribió «¿POSIBILIDAD DE MÁS AGRESIONES?, en la siguiente escribió «¿MÓVIL SEXUAL?» y en la última «¿MÓVIL RELIGIOSO?». Cogió las tres hojas y fue a la sala de reuniones, donde las colgó en la pizarra blanca con unos imanes. Se separó unos metros para mirar las tres hojas. Después de cinco minutos, decidió dejar de estudiarlas. Estaba demasiado cansada para pensar. «Skatås —pensó—, necesito ir a Skatås y correr en la pista de ocho kilómetros».

Domingo, 23 de abril

Hora 19:58

El ejercicio le había sentado bien y se había llevado consigo lo que le quedaba de la resaca del día anterior. Ingrid estaba recostada en el sofá. Después de correr, se había duchado con agua fría, se había puesto el albornoz y una toalla alrededor de la cabeza. Luego se había sentado en el sofá con una taza de té. «Bien hecho, Ingrid —se dijo a sí misma—, estás cuidándote, sigue así». Se sentía relajada, con los músculos cansados; estaría sentada un rato así antes de vestirse. Pero poco a poco fue adormilándose y terminó durmiendo tres horas. Se despertó descansada y espabilada. Eran las ocho, se fue a la cocina y sacó comida precocinada del congelador. Tenía la intención de ir a Andra Långgatan a medianoche, así que le sobraba tiempo. Pensó en llamar a Tingström para preguntarle si pensaba que el agresor o agresores repetirían sus ataques. Ella no creía que fuera a ser así, de hecho, no habían encontrado ningún indicio que respaldase esa posibilidad. Después decidió que ya le consultaría antes o durante la próxima reunión del grupo.

A las once y media llamó a la centralita de la comisaría para pedir un coche que la llevara a Andra Långgatan.

—Ningún problema. Ahora todo está muy tranquilo. ¿A qué hora habías pensado?

—Sobre las doce.

—Tendrás un coche allí a las doce. Si surge alguna urgencia, te avisaría. Oye, ¿cuál es la dirección?

—Lyckans väg, la segunda casa a la izquierda.

—De acuerdo. Por cierto, ¿uno es feliz viviendo en una calle llamada la calle de la Felicidad?

—Por supuesto.

Si supiera por qué se llamaba así la calle y quién había vivido en ella… El verano pasado había ido a una visita guiada y le habían explicado que el nombre de la calle de la Felicidad era una abreviatura de la Felicidad del Verdugo, ya que este había vivido allí. «Bueno —se dijo Ingrid—, ahora vive una inspectora jefe que también tiene tratos con la muerte».

Poco antes de las doce, llegó un coche de policía con dos policías jóvenes que no conocía, pero que por la forma de moverse y de hablar

sabían quién era ella. Se notaba el respeto que sentían por ella, y como Ingrid estaba de buen humor, decidió disfrutar del hecho de que la admirasen.

Les pidió que la dejaran en la plaza Masthuggstorget y que la recogieran dos horas después en la plaza Järntorget. Si surgiese algo que les impidiera recogerla, les pidió que la avisaran en el móvil. Cuando la dejaron en la plaza, pensó que hacía tan solo dos días que había estado allí, solo que en esa ocasión era de día. Cogió un bolígrafo y el cuaderno en donde había tomado apuntes la vez que se paseó por la calle de día. Ahora escribió los establecimientos abiertos de noche. Había una serie de pequeños restaurantes a lo largo de la calle. Cuando miraba a los clientes a través de las ventanas, le parecían como muñecos vivientes. Le fascinaba la cantidad de gente que cenaba allí un domingo por la noche. ¿No trabajaban el lunes por la mañana? Aunque, la verdad sea dicha, los horarios laborables habían cambiado y pocas eran las personas que trabajaban de siete a cuatro. Ella trabajaba en teoría solo de día, pero no eran pocas las veces que también trabajaba noches y fines de semana. Era cuestión de no quedarse descolgada. Por eso era importante tener savia nueva, como Malin, dentro del grupo de investigación. Tenía que hablar con Viking para saber qué tal era el trabajar con ella, aunque de no haber ido bien seguro que él ya le habría dicho algo.

Por lo general, solía trabajar con Nina y, aunque tenían personalidades totalmente diferentes, se compenetraban muy bien. Quizá fuera por eso. Thomas y Karin también solían trabajar juntos. La forma tranquila, metódica y perspicaz de proceder de Karin se complementaba con la de Thomas, que era más espontánea, abierta y ansiosa. En este caso, a todos se les habían asignado nuevos roles y los habían agrupado de forma diferente. No era bueno que la gente se acostumbrara a una sola forma de pensar.

Paseaba lentamente por la calle mirando de vez en cuando el reloj para asegurarse de que llegaría a tiempo a Järntorget. Pasó junto a un par de tiendas de material pornográfico que anunciaban con letreros luminosos que tenían abierto de lunes a domingo hasta las cuatro de la mañana. También pasó por delante de un par de locales custodiados por guardianes fornidos y que publicitaban bailes en topless. Supuso que Thomas ya habría hablado con los vigilantes, pero decidió que les preguntaría de todas formas; si había sucedido algo en la calle, con toda seguridad se habrían fijado.

—Inspectora jefe Bergman. —Ingrid enseñó su identificación al guarda, que la miró, miró a Ingrid y luego asintió—. ¿Suele trabajar aquí?

—A veces. Normalmente, trabajo en diversos restaurantes en la Avenida. Aquí pagan igual de bien, pero es más tranquilo.

—¿Qué quiere decir con más tranquilo?

—En el restaurante puede haber problemas por la noche, en especial con la gente a la que no se deja entrar por ir borracha o montar líos. Se enfadan y se pelean. Los que vienen aquí suelen estar sobrios —dijo el guarda mientras señalaba la entrada al club—. Alguno tal vez se haya tomado una copa o dos para infundirse valor. Nunca ha habido peleas. Tal vez tengan miedo de que avisemos a la policía y quedar anotados en algún registro de la Brigada Antivicio —explicó entre risas.

Ingrid asintió con la cabeza. Sabía exactamente a qué se refería.

—¿Trabajó aquí el domingo por la noche?

—Sí. Ya he hablado de ello con dos policías. Supongo que pregunta por aquellos dos que fueron agredidos y uno murió.

—Sí. ¿Había más o menos el mismo tipo de gente en la calle que hoy?

El guarda rio y miró a ambos lados de la calle.

—Puedo asegurarle que siempre hay un montón de gente extraña en esta calle. El domingo no fue una excepción. La única diferencia es que hizo mal tiempo y yo estuve detrás de la puerta. Por eso no vi nada de lo que pasó.

—De acuerdo. Gracias.

Ingrid continuó caminando por la calle. Todavía le quedaba tiempo. Las luces de los restaurantes y de las casas iluminaban más que las farolas de la calle. Ahora estaba acercándose a la casa de Marta Cronström desde el lado opuesto para así poder ver su ventana.

La luz estaba apagada en la cocina, pero en la sala de estar lucía una lámpara que daba una luz amarillenta. Ingrid se colocó debajo de la ventana y miró hacia ambos lados de la calle. Vio que la luz de la lámpara de Marta se reflejaba en la ventana de enfrente. De repente, la luz se vio eclipsada por una sombra que cruzó por delante. Ingrid pasó rápidamente a la calle y miró. No se veía nada, aparte de la luz en el apartamento de Marta. Tal vez se había equivocado y no había nadie en la casa, pensó Ingrid, y siguió caminando. A las dos menos diez la recogieron en la plaza Järntorget los mismos policías que la habían recogido en su casa. Ingrid no sabía si había sacado algo en claro de su paseo nocturno. Tal vez había salido demasiado temprano.

Lunes, 24 de abril

Hora 05:20

Ingrid miraba la zona acordonada. El frío de la madrugada la hacía temblar. Había cuatro grados. Sobre las cinco, el sonido cortante del timbre del teléfono la había despertado. En un acto reflejo, se incorporó, cogió el teléfono y contestó. Era la centralita. Un hombre había sido encontrado muerto en la calle Värmlandsgatan a la altura de la iglesia de Oskar Fredrik. La calle era una travesía de Andra Långgatan.

«Mierda, mierda, mierda», pensó.

—Llamad a Nina Hamilton, Karin Falk, Thomas Alfredsson y Viking Johansson. Y enviad un coche a recogerme enseguida.

Ingrid no había descansado, se había acostado a las tres menos cuarto y había tenido la esperanza de poder dormir como mínimo tres horas. Ahora tendría que conformarse con dos y le daba la sensación de que sería un día muy largo. Cuatro minutos después de haber recibido la llamada, había un coche del policía aparcado delante del portal para llevarla al lugar de los hechos, el tiempo justo para vestirse. A las cinco y dieciséis minutos llegó al lugar, donde ya había estacionados una ambulancia y dos coches de la policía con las luces y la sirena rotando en silencio.

Fue directa a hablar con el mando responsable de la operación y este le contó que habían recibido la llamada a las cuatro y media. Una pareja de jóvenes había visto la agresión y habían llamado al 112. Ahora estaba dentro de la ambulancia esperando que los llevaran a la comisaría a prestar declaración. El chico se había quitado la chaqueta y había cubierto al hombre agredido con ella. Cuando llegó la ambulancia, vieron que el joven temblaba de frío y de la impresión de lo que había visto, y lo subieron a él y a su acompañante al vehículo, donde los taparon con unas mantas.

—La pareja nos ha dado una buena descripción del agresor y ahora tenemos a gente buscándolo. También he pedido perros, deben estar al llegar.

Ingrid decidió que hablaría ella en persona con los testigos. De camino a la ambulancia, oyó la voz de Nilsson. Cuando se giró, vio que los forenses habían llegado con su vehículo y que Nilsson iba hacia ella.

—¿Qué piensas? ¿El mismo agresor?

Ingrid se encogió de hombros.

—No lo sé. Ahora iba a hablar con la pareja que ha sido testigo de la agresión.

Nilsson asintió y se fue a hablar con el mando responsable. Ingrid continuó hacia la ambulancia. Cuando llegó, miró por la ventanilla del conductor antes de abrir la puerta.

—Hola. Soy Ingrid Bergman, inspectora jefe. ¿Puedo entrar y hablar con ustedes?

La pareja la miró sorprendida y asintió. Entró y se acomodó en el asiento antes de cerrar.

—Lo hemos visto —dijo la chica en voz baja, y comenzó a llorar—. Vimos cómo lo golpeaba una y otra vez. Le gritamos que parase, pero no lo hizo. Parecía que no quería parar jamás.

Empezó a llorar y a gemir de tal manera que ya no se la entendía. Ingrid sacó su libreta y un bolígrafo para apuntar.

—¿Podría describir al agresor?

—Iba vestido con ropas oscuras, todo de negro, y en la cabeza llevaba una gorra negra también.

Ingrid se dirigió al chico, ya que ya era imposible entender qué decía la chica.

—¿Vieron su cara?

—Sí —dijo el chico, y tragó con fuerza—. Tenía una mirada enloquecida. Como le ha dicho Lina, parecía que no quería parar. Lo golpeaba con una barra de hierro. Le gritamos que parara, pero era como si no nos oyera o no le importaba lo que le dijéramos. No hacía más que golpear y dar patadas a la persona que yacía en el suelo. Y luego, de repente, se giró y nos miró a mí y a Lina. Fue como si acabase de darse cuenta de que estábamos viendo lo que hacía y se fue corriendo calle abajo. Entonces nos acercamos a la persona que estaba en el suelo. Yo llamé al 112 mientras le ponía mi chaqueta encima para que no tuviera frío. —La voz del chico se quebró—. Pero ya no hacía falta porque estaba muerto.

—¿Fueron capaces de ver el color de sus ojos, la cara o el pelo del agresor?

—Era pálido —respondió la chica—, enfermizamente pálido. Tenía los ojos negros. Nunca olvidaré esos ojos o su terrible cara.

—¿Color de cabello?

Los dos negaron con la cabeza.

—¿Pueden decir algo más sobre su aspecto? ¿Su altura, si era delgado o corpulento?

Ingrid era consciente de que forzaba un poco a los testigos, que estaban todavía bajo la impresión de lo que habían visto, pero era vital ganar tiempo y quería tener una descripción del agresor lo antes

posible.

—Era de estatura media, creo que más bien delgado que corpulento. No estoy seguro.

—Está bien —dijo Ingrid. Notaba cómo el impacto empezaba a invadirlos—. Tengo que irme, gracias por la información. Fue muy valiente por su parte gritarle que parara. Ahora me voy, pero de aquí a un rato vendrá otro policía que se encargará de ustedes. Los llevaran a la comisaría de Skånegatan para tomarles declaración con tranquilidad. ¿De acuerdo?

Los dos jóvenes asintieron cogiéndose de la mano con fuerza. Al lado de la ambulancia estaban Thomas y Karin esperándola.

—Hola. La pareja de dentro de la ambulancia ha sido testigo de la agresión. Vieron la agresión y al agresor. Karin, tú te encargarás de ellos y los llevarás a comisaría. Ya han dejado su testimonio aquí y yo los he interrogado. Dales de desayunar y vuelve a repasar con ellos los hechos. —Después se dirigió a Thomas—. Buscamos a un hombre vestido de negro con una gorra negra. Es pálido, con ojos oscuros. Huyó calle abajo. Es de altura media, más bien delgado que corpulento. Ha agredido a esta persona —señaló el cuerpo— hasta la muerte con una barra de hierro. Quiero que te quedes aquí y me informes de las novedades que vayan surgiendo.

Thomas asintió. Ingrid notaba cómo la adrenalina le recorría el cuerpo y que su cerebro estaba revolucionado. Inspiró profundamente unas cuantas veces. Se fue a la zona acordonada para ver desde qué ventanas se podía haber presenciado la agresión. Le sonó el móvil, era Tingström.

—¿Qué opinas? —preguntó igual que Nilsson—. ¿Crees que es el mismo agresor?

—No lo sé. Me temo que sí. ¿Nos hemos equivocado al no haber recomendado prudencia a los ciudadanos? Parece que tenemos a un loco suelto en nuestras calles.

Tingström calló un momento antes de responder:

—No. Nosotros no podíamos prever una situación así. Además, tampoco podíamos haber advertido sin causas aparentes y causar el pánico entre nuestros ciudadanos. Ya sabes que a los medios de comunicación les encanta exagerar este tipo de situaciones. No te sientas culpable, no podías haber previsto este ataque. Llámame en cuanto sepas el nombre de la víctima.

—De acuerdo.

Ingrid pensó que a veces parecía que Tingström tenía poderes telepáticos, ya que ella había puesto en cuestión su propia competencia policial. Hasta que el periodista en la rueda de prensa no lo planteó, no se le había ocurrido la posibilidad de una nueva agresión. Ingrid entró en la zona acordonada y se acercó a Nilsson. La

víctima estaba en posición fetal, como si hubiera intentado empequeñecerse todo lo posible. Ingrid rodeó el cuerpo. Si no fuera por las manchas de sangre, se podía pensar que la víctima estaba durmiendo. Cuando Nilsson se percató de que Ingrid estaba junto a él, la saludó con un ligero movimiento de cabeza y sacó una libreta.

—La víctima no ha sido atracada. Tiene su cartera, su móvil y las llaves. Se llamaba Torgny Andersson. Si me acompañas, te enseñaré sus pertenencias.

Ingrid acompañó a Nilsson al vehículo de los forenses. Entró y se sentó. Nilsson le dio un par de guantes y, a continuación, la cartera de la víctima, que estaba dentro de una bolsa que utilizaban para guardar las pruebas. Ingrid la sacó y la puso sobre un pequeño banco que tenía delante. Lo más interesante era su carné de conducir, de donde podían sacar información de importancia.

—Torgny Andersson —leyó en voz alta—. ¿Puedes buscar su número de DNI en el registro?

—Un momento, que tengo que encender el ordenador —contestó Nilsson.

Mientras esperaba, Ingrid continuó mirando el contenido de la cartera. En principio, no había nada extraordinario: dinero, tarjeta de crédito, una tarjeta para la gasolinera y viejos tickets de compra.

—Ya estoy. Dame su número de DNI.

Ingrid se lo dijo y Nilsson lo tecleó en el ordenador.

—Torgny Andersson. Edad: treinta y tres años. Soltero. Empadronado en la calle Flöjelvägen, en Stenungsund. En la misma dirección está empadronado un tal Mikael Andersson.

—¿Me lo imprimes, por favor? —Llamó inmediatamente a Tingström—. Hola, soy Ingrid. No le han robado la cartera. Según el carné de conducir, la víctima se llama Torgny Andersson. Tiene treinta y tres años, soltero y vive en Stenungsund. En la misma dirección está empadronado un Mikael Andersson. Iré a Stenungsund para confirmar la identidad de la víctima. Cuando esté confirmada, te llamo.

—De acuerdo, Ingrid. Los medios de comunicación no paran de llamar. En cuanto confirmes la identidad, tenemos que dar una rueda de prensa. ¿Alguna cosa más?

—Que yo sepa no. A pesar de que la reacción fue rápida, creo que el agresor nos lleva unos veinte minutos de ventaja, que es lo que hemos tardado en tener una descripción. Puede estar muy lejos.

—Eso si no vive por los alrededores. En tal caso, no debe haber tardado nada en desaparecer.

—Cierto. Bueno, te llamo más tarde.

Saliendo del vehículo, vio a Nina y a Viking, que hablaban con algunos de los forenses. Estaban mirando cómo subían el cadáver en la ambulancia. Ingrid fue hacia ellos.

—Buenos días. ¿Os han informado?

—No del todo —contestó Nina.

—Bueno, vamos a ver. Nina, consigue un coche para mí y para ti. Nos vamos a Stenungsund. Te contaré por el camino por qué. Viking, ve a la comisaría e intenta averiguar todo lo posible sobre la víctima. —Ingrid le pasó el papel que le había impreso Nilsson—. Posiblemente, es el nombre de la víctima. Nina y yo vamos a intentar confirmarlo. Controla si hay algún loco en libertad o si han soltado a alguno recientemente. Intenta estar localizable y llámame en cuanto surja algo.

Siete minutos después, Ingrid y Nina estaban sentadas en la parte trasera de un coche de la policía que iba a ciento setenta en dirección a Stenungsund.

Lunes, 24 de abril

Hora 07:03

La calle Flöjelvägen se encontraba en una urbanización encantadora construida en los años veinte. Las casas de madera estaban pintadas de colores suaves, y tenían terrazas acristaladas y otros añadidos surgidos de los manitas que habitaban la zona. Los jardines eran grandes y se veían bien cuidados. Una vez llegaron a la casa, Ingrid y Nina se apresuraron a llamar. Después de un rato, la puerta se abrió de par en par dejando ver a un hombre semidesnudo, con los cabellos revueltos y de unos cuarenta años visiblemente enfadado.

—¿Quién llama a la puerta a estas horas? ¡Vais a despertar a todo el jodido barrio!

—¿Es usted Mikael Andersson?

—¿Qué queréis de él?

—Somos la policía de Gotemburgo. Me llamo Ingrid Bergman y soy inspectora jefe. Esta es mi colega Nina Hamilton, inspectora. Le pedimos perdón por la hora, pero necesitamos contactar con Mikael Andersson. —Ingrid intentó suavizar su voz para no sonar ni irritada ni estresada.

—Soy yo —dijo al cabo de unos instantes—. Discúlpenme. ¿Le ha pasado algo a Torgny?

—¿Podemos entrar?

—Claro. Perdonen, me he puesto nervioso. La policía nunca ha venido a estas horas a casa.

Los dejó pasar y fueron a la cocina. Con un gesto, les indicó que se sentaran.

—Creo que es mejor que usted también se siente —le dijo Ingrid tranquila.

—Claro, sí, perdonen… Es que no… estoy acostumbrado a…

—No pasa nada. Siéntese.

Cuando Mikael se sentó, Ingrid comenzó a preguntar:

—¿Qué relación tiene con Torgny Andersson?

—Somos hermanos. Es mi hermano pequeño.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Ayer por la tarde, sobre las cuatro y media.

—¿Dónde?

—Aquí, en casa.

—¿Qué planes tenía para ayer por la noche?

—Iba a Gotemburgo a ver a unos amigos. Suelen quedar los domingos por la noche para jugar al póker.

—¿A qué hora suele volver después de esas partidas de póker?

—Depende. A veces juega hasta la mañana y otras se queda a dormir.

—¿Ha vuelto?

—No, no ha vuelto. A veces pasa. No soy su madre, soy su hermano. ¿Qué ha sucedido?

—Esta madrugada ha sido agredida una persona en la calle Värmlandsgatan, en Gotemburgo. Las lesiones han sido tan graves que murió casi al instante. En un bolsillo encontramos la cartera de su hermano. Sospechamos que él es el fallecido.

Ingrid calló y dejó que el hermano de la víctima procesara la información que le había dado. Por su mirada errante, entendió que intentaba comprender lo que acababa de contarle. Después, fijó la mirada en Ingrid.

—Pero ¿quién querría matarlo? Es la persona más buena que existe, tiene muchos amigos, le cae bien a todo el mundo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y la voz le falló—. Torgny le cae bien a todo el mundo, ¿entienden lo que quiero decir?

Ingrid asintió intentando consolarlo. Nunca había formas sencillas de comunicar una muerte ni tampoco había formas fáciles de recibirla.

—Nos gustaría que nos acompañara a Gotemburgo para ayudarnos a identificar el cadáver.

Ingrid vio cómo la esperanza iluminaba sus ojos.

—Voy a coger mi chaqueta y a llamar al taller para avisar de que llegaré tarde.

—Lo esperaremos afuera mientras tanto.

Ingrid y Nina fueron al coche donde las esperaban sus compañeros.

—Dentro de unos momentos, iremos a la morgue del hospital de Sahlgrenska. —Después Ingrid le dijo a Nina—: De camino, pienso seguir interrogándolo y quiero que tomes notas.

Las dos se giraron automáticamente cuando oyeron cerrarse la puerta de la casa.

—Aquí viene. Lo sentaremos entre nosotras dos.

Cuando habían abandonado Stenungsund y cogían la autopista hacia Gotemburgo, Ingrid decidió continuar con el interrogatorio:

—¿Dónde trabaja Torgny?

—Lleva la cafetería de la piscina de Strömstad.

Ingrid y Nina se miraron. Lars-Ove Karlsson solía ir a la piscina los martes y jueves a nadar. Después, tomaba un café en la cafetería. Había una conexión entre las dos víctimas. Tenía la sensación de que

podía ser una pista decisiva.

—¿Qué días suele trabajar? ¿Qué horario tiene?

—La mayor parte son tardes y noches, menos los domingos y los lunes. Bueno, cuando uno lleva su propio negocio, se ve obligado a trabajar muchas horas.

—¿Usted también trabaja por su cuenta?

—Sí, tengo un taller de coches. Se llamar El taller de Mikael. Reconozco que no es de lo más original, pero por lo menos el mensaje es claro.

—¿Qué aficiones tiene Torgny?

—Siempre le ha gustado hacer deporte. Suele jugar al tenis un par de veces a la semana y pertenece a un club de pesca deportiva. Tiene un viejo Mustang del 68, pasa horas arreglándolo. Se junta con un grupo de aficionados a los Mustang que hacen salidas en primavera y en verano. El resto de las estaciones las pasan haciendo arreglos al coche e intercambiando piezas entre ellos. Y, bueno, luego tiene al grupo con el que juega al póker los domingos.

—¿Puede contarme algo más sobre esas partidas de póker? ¿Quiénes son, dónde suelen quedar?

Mikael se miró sus uñas manchadas de aceite.

—La verdad es que no puedo. Una vez le pregunté si podía ir y me dijo que no había sitio para nadie más. Me sorprendió, no suele ser así, siempre ha hecho posible para que todo el mundo participara. Desde el colegio es así. No le di importancia, pero claro, ahora que lo pienso, fue una reacción extraña.

—O sea, ¿no sabe nada de esa gente con la que suele jugar al póker en Gotemburgo?

—No. Nada, la verdad.

—¿Desde cuándo juega al póker?

Ingrid tenía que esforzarse por no hablar como si el hermano de Mikael estuviera muerto. Sabía que, mientras que el hermano pensara que había una posibilidad de que estuviera vivo, sería más fácil que respondiera a sus preguntas. A veces pasaba que los parientes se hundían después de una identificación y durante un buen tiempo era difícil conseguir algún dato útil de ellos.

—Empezó creo que en marzo. Habrá ido a jugar unas cuatro o cinco veces.

—¿Las partidas son siempre los domingos?

—Sí, Torgny solo tiene libres los domingos y los lunes, así que sí, siempre son los domingos.

El coche paró. Mikael miró hacia fuera.

—El hospital de Sahlgrenska… ¿Por qué?

—La persona que pensamos que puede ser su hermano está en la morgue de este hospital.

Mikael asintió. Ingrid comprendió que se esperaba otra cosa. Nina entró antes para comunicar que venían para proceder a la identificación del cadáver. Cuando Mikael vio al muerto sobre una camilla detrás de un vidrio, gritó de la impresión. Después, empezó a llorar y a moquear.

—Es él. Es él —repetía una y otra vez como si fuera un mantra—. Es Torgny.

Ingrid indicó a Nina que consolara a Mikael mientras ella salía al pasillo para llamar a Tingström.

—Confirmado: la víctima es Torgny Andersson, de Stenungsund, como sospechábamos. Nos lo ha confirmado su hermano. Ahora vamos para allá con él. Puedes convocar una reunión a las —miró su reloj— ¿diez?

Lunes, 24 de abril

Hora 09:57

Cuando Ingrid entró en la sala de reuniones con una taza de café en la mano, ya se encontraban todos allí. Viking estaba delante de la pizarra. Acababa de colocar una ampliación de la foto del pasaporte de la última víctima. Ahora estaba apuntando los datos personales de Torgny Andersson debajo de su fotografía.

—Buenos días. —Ingrid miró las caras conocidas y recibió algunos buenos días, mientras que otros asintieron con la cabeza—. Sobre las cuatro y media pasadas de esta madrugada, fue agredido con una barra de hierro hasta la muerte Torgny Andersson, de treinta y tres años, residente en Stenungsund. Tenemos a dos testigos de la agresión, que, además, vieron la cara del autor de los hechos.

Karin indicó con la mano que quería hablar.

—Se trata de una pareja de jóvenes de dieciocho y diecinueve años. Vieron al asesino de cerca. Tenemos una buena descripción del agresor y de la parte de la agresión que ellos presenciaron.

Ingrid asintió. Thomas aprovechó para hablar:

—Hemos encontrado testigos que viven en la zona que han oído y visto el ataque. Lamentablemente, no hay unanimidad de hacia dónde huyó el agresor. En lo que todos los testigos que hemos podido encontrar coinciden es en que huyó bajando por la calle Värmlandsgatan. No hemos podido establecer a dónde fue después. En cuanto acabe la reunión, volveré. Tenemos a diez compañeros buscando testigos y dos patrullas caninas en la zona.

—Gracias.

Ingrid continuó informando sobre la visita al hermano de Torgny Andersson y lo que este les había contado.

—Llevaba la cafetería de la piscina de Strömstad, por lo que tenemos una conexión entre los dos, ya que la otra víctima iba allí dos veces a la semana. Según el hermano, Torgny había ido a Gotemburgo a jugar al póker. Desde marzo más o menos solía ir los domingos por la noche. El hermano no sabe con quién ni a dónde iba a jugar. Tendremos que ver si averiguamos algo a través de su móvil. Viking, encárgate tú. Tenemos al hermano aquí, y Nina continuará con el interrogatorio sobre la vida de Torgny en cuanto acabemos la reunión. —Ingrid se detuvo y tomó unos sorbos de café para concentrarse—.

No sabemos si es el mismo agresor que el domingo anterior, pero todo apunta a ello. Tampoco robaron la cartera, el teléfono y las llaves a Torgny Andersson.

Unos golpes fuertes interrumpieron la reunión, la puerta se abrió y tras ella apareció Tingström.

—Han encontrado una barra de hierro en el cruce de la calle Tredje Långgatan con Nordhemsgatan. Los técnicos están de camino para hacer un análisis rápido en busca de huellas dactilares. Estoy inundado de llamadas de periodistas. Les he dicho que daremos una rueda de prensa a las tres. ¿Podemos facilitar el nombre de la víctima antes?

—Sí. Y dales también la descripción del asesino.

—¿Puedes estar presente en la rueda de prensa?

—Así como están las cosas, lo dudo. ¿Representa un problema para ti?

Tingström le dedicó una sonrisa llena de ironía.

—Para nada, pero es a ti a quien quieren ver.

Ingrid no pudo evitar corresponder la sonrisa.

—Nos vemos en tu oficina veinte minutos antes de la rueda de prensa. Así puedo darte la información que tengamos y decidir qué decimos a la prensa y qué nos callamos.

—De acuerdo.

Tingström cerró la puerta. «Sí —pensó Ingrid—, ahora esto se mueve», y el hecho que hubieran encontrado la barra de hierro le dio un subidón de adrenalina. El tiempo era importante en una investigación de asesinato y en ese caso habían podido arrancar casi enseguida, tan solo unos minutos después de que se produjera.

—Viking, ¿qué has podido averiguar?

—La víctima era un ciudadano ejemplar, no he encontrado nada en nuestros registros. Tenía carné de conducir para vehículos pesados y moto. Es, bueno, era propietario a medias con su hermano Mikael de una casa en Stenungsund. Según Hacienda, su empresa no ha tenido ningún problema fiscal y, según la última declaración, ni él ni la empresa tenían préstamos. Hemos pedido las llamadas entrantes y salientes de su móvil de los últimos cuatro meses.

—Bien. Tú, Malin y Nina, intentad averiguar lo que se os pueda ocurrir en torno a Torgny Andersson. La máxima prioridad es averiguar quiénes son sus amigos de la partida de póker en Gotemburgo. —Ingrid se dio un ligero golpe en la frente. Acababa de acordarse—. Coche. Sabemos que tiene un Mustang, pero ¿tiene algún otro coche? Nina, recuerda preguntarle al hermano cómo se fue Torgny a Gotemburgo. ¿Miraste el registro de la DGT, Viking?

—Sí. Tiene registrados un Mustang del 68 y un Volvo V70 de color azul oscuro de este año.

—Bien. ¿Alguna cosa más?

—¿Qué son esas notas de la pizarra? —preguntó Karin, y las señaló.

Ingrid miró las hojas que había fijado la tarde pasada. Tenía la sensación de que habían pasado siglos desde entonces. «¿POSIBILIDAD DE MÁS AGRESIONES? ¿MÓVIL SEXUAL? ¿MÓVIL RELIGIOSO?».

—Pensamientos de ayer por la tarde. Después de la rueda de prensa, escribí estas notas porque creí que podríamos reflexionar sobre ello en nuestra próxima reunión. Una periodista me preguntó si pensábamos que podría haber riesgo de que hubiera una nueva agresión. Mi respuesta fue que no teníamos ningún indicio que lo indicara. Después de la rueda de prensa, creí que era una posibilidad que tendríamos que hablar en el grupo, pero ahora ya no hace falta. Tuvimos la respuesta esta madrugada.

»Suponiendo que haya sido el mismo agresor, claro. —Ingrid inspiró con fuerza y se masajeó las sienes, comenzaba a notar la falta de sueño—. Otro miembro de la prensa me preguntó si podía existir un móvil religioso o sexual. Esa pregunta me hizo pensar en los aspectos religiosos que hay en este caso. El sábado estuve con una diaconisa y le hablé sobre nuestro Profeta del Juicio Final que nos llama cada día. Le pregunté si tenía algún comentario al respecto.

»Ella me contó que había leído un informe sobre la temática según el cual los llamados profetas del Juicio Final han demostrado ser al final estafadores ávidos de dinero o de atención, o las dos cosas. Unos cuantos, hablamos de Estados Unidos, eran sicópatas. Se veían a sí mismos enviados por Dios para acabar con los pecadores del mundo. Según el informe, los autoproclamados profetas del Juicio Final eran hombres y sus víctimas solían ser mujeres que consideraban que vivían en pecado o eran pecadoras.

»Estos profetas podían llegar lejos para demostrar sus, digamos, profecías incluso hasta el asesinato. —Ingrid calló un momento antes de seguir para dejar que sus compañeros asimilaran la información—. No creo que tengamos a un sicópata, pero sí pienso que deberíamos redoblar los esfuerzos para identificar a este profeta que no deja de llamarnos, para así poder al menos descartarlo de la investigación. Karin, ya que te encargas de las distintas informaciones que recibimos de la ciudadanía, quiero que te ocupes tú.

—Y la conexión sexual, ¿cuál sería? —preguntó Karin.

—Sinceramente, no lo sé. La pregunta de la periodista fue la que me hizo escribirlo también. En el caso de Lars-Ove Karlsson, existe una mujer que no hemos conseguido identificar, y él tenía restos de pintalabios que se encontraron en la autopsia. En el caso del músico religioso, hay una frustración sexual reprimida. Nos dijo que conoció a su mujer a los catorce años y que nunca había estado con ninguna otra

mujer ni había visto desnuda a ninguna más. Sé que se trata de dos pistas muy débiles, pero de momento tampoco es que hayamos encontrado nada consistente. ¿Algún pensamiento así de pronto?

—En el caso de Lars-Ove Karlsson creo que está claro que nunca es lo que nos esperábamos cuando averiguamos alguna cosa sobre él —comentó Viking.

—Cierto. Y muchas veces no hemos averiguado nada. Me parece que debemos identificar al Profeta, aunque solo sea para decirle que no nos llame cada día malgastando nuestro tiempo y energía.

Como nadie dijo nada más, Ingrid dio por concluida la reunión.

—¿Alguna cosa más? —Todos negaron con la cabeza y empezaron a recoger sus papeles—. Bien. Tenemos que trabajar con las nuevas líneas abiertas, además de seguir con lo que cada uno debía hacer hoy. Ahora son las once y media. Nos vemos a las cuatro.

Ingrid se quedó mirando las fotografías de las víctimas en la pizarra mientras la sala iba vaciándose. El estómago le sonaba, se sentía un poco mareada. Si quería sobrellevar el día, tenía que comer y beber como tocaba. Tingström se asomó por el quicio de la puerta.

—¿Todavía estás aquí? Nuestro querido fiscal Per Schildt te busca. Quiere que lo informes. —Ingrid puso los ojos en blanco y suspiró sonoramente, de tal forma que su flequillo rubio se movió. Tingström se rio de buena gana—. ¿Quieres que me ocupe de él?

—Estaría muy bien. Dile que tenemos testigos de la agresión y una buena descripción del asesino. Hay una leve relación entre las víctimas: ninguna de ellas fue atracada, las dos fueron maltratadas hasta la muerte y la última víctima tenía una cafetería en la piscina a la que solía ir Lars-Ove Karlsson. Tenemos una reunión a las cuatro a la que es bienvenido.

—Eso le diré. ¿Pedimos una pizza? No creo que pueda dejar la comisaría hasta esta noche.

—Buena idea —contestó Ingrid mientras pensaba que Tingström estaba otra vez apoyándola cuando lo necesitaba—. Pide una Cannibale para mí, por favor. Voy a llamar a nuestro amigo el músico religioso de Bankeryd. En realidad, había pensado ir allí, pero puedo hablar con él por teléfono. ¿Comemos en tu oficina?

—Me encargo de las pizzas. Nos vemos dentro de media hora.

Ingrid fue a su oficina. El escritorio seguía lleno de notitas de color amarillo. Hizo un montón con los pósits y decidió que no se encargaría de ellos hasta después de la pizza. Buscó el número del músico religioso y marcó. El chantre contestó al tercer tono. Ingrid pensó que sonaba recuperado.

—Johan Wilhelmsson.

—Soy Ingrid Bergman. ¿Sabe quién soy?

—Sí —contestó bajando un poco la voz.

—Hoy por la mañana temprano han agredido a una persona cerca de donde usted fue agredido. —Ingrid hablaba lento para que el chantre pudiera asimilar lo que estaba contándole—. Donde también fue agredido Lars-Ove Karlsson. ¿Sigue afirmando que no sabe quién es?

—La primera vez que oí su nombre, fue cuando la policía me preguntó por él.

—No me lo creo. Creo que tiene miedo. Creo que pasó o vio algo la noche del dieciséis al diecisiete de abril que no cuenta. ¿Me equivoco? —Ingrid oía al chantre respirar al otro lado de la línea. «Duda», pensó victoriosa. «Sabe algo, pero no se atreve a decirlo»—. ¿Y bien? ¿No es así? —Ante el silencio, Ingrid decidió continuar—: La persona fue agredida hasta provocarle la muerte. Se llamaba Torgny Andersson y vivía en Stenungsund. ¿Lo conoce o sabe quién es?

Le pareció oír un leve sollozo antes de que respondiera en voz baja:

—No.

—Creo que no me dice la verdad. Tiene que contar lo que sabe para que podamos frenarlo. ¿No piensa que ha tenido suerte de estar vivo? Debe decirme qué pasa. Comprenda que es cuestión de tiempo que averigüemos qué sucede, porque tarde o temprano lo descubriremos. Piense que puede salvar vidas.

Los sollozos fueron aumentando de volumen hasta convertirse en un llanto violento. Ingrid no dijo nada, sabía que ahora solo era cuestión de esperar. Y ella tenía todo el tiempo del mundo.

—No puedo hablar ahora —consiguió decir—. Mi esposa está en casa y no quiero que…, que…, que tenga que escucharlo.

«Ya está», pensó Ingrid. Miró el reloj.

—Dentro de una hora y media o dos irá un coche de policía civil a recogerlo y podremos hablar aquí tranquilamente.

—De acuerdo. ¿De aquí a una hora y media, dos horas?

—Sí.

Ingrid colgó. Se sorprendió de que se hubiera rendido con tanta facilidad. Era evidente que tenía miedo y que este debía haberle roído los nervios durante la última semana. El último asesinato quizá había sido lo que lo había decidido a hablar con ellos. Miró el reloj, había pasado media hora justa. Era el momento de comer pizza. Parecía que ese día estaba siendo favorable, esperaba que continuara así. Ahora llamaría para pedir que un coche recogiera al chantre Wilhelmsson y después iría a la oficina y se comería la pizza Cannibale.

Lunes, 24 de abril

Hora 13:14

Ingrid y Tingström estaban comiendo sus pizzas en silencio cuando fueron interrumpidos por el sonido del móvil de Ingrid.

—Buenas tardes. Soy Karl-Erik Hedén, de la calle Slingervägen 22 A, en Grebbestad. ¿Molesto?

—No. Estoy con un antiguo compañero suyo, Albert Tingström.

—¿Se comporta?

—Sí —dijo Ingrid, y miró a Tingström con diversión—. Me ha encargado una pizza y nos la estamos comiendo en su oficina. ¿Por qué me llama?

—Mire —contestó un poco dubitativo—, como le conté la última vez que nos vimos, soy un policía jubilado. Y, aunque de ello hace doce años, todavía pienso como un poli. Ayer subí a la buhardilla para coger una cosa de mi trastero. Cuando estaba allí arriba, vino otro vecino de la otra escalera, es decir del 22 B. Al bajar, pensé que probablemente Lars-Ove debía utilizar la otra salida de la buhardilla cuando quería irse y pasar desapercibido. Así que fui otra vez a la buhardilla y bajé por la escalera del 22 B. Allí también hay cuatro apartamentos, pero no suelo ver a los vecinos, ya que, mientras que nuestro portal está en medio de la fachada, el suyo está en la esquina del edificio. —Karl-Erik carraspeó—. Bueno, en realidad, hay una pareja de hermanas viejas casamenteras que…, eh…, intento evitar.

—Entiendo. No debe ser fácil ser hombre en ese edificio. —Ingrid rio. No sabía a dónde quería ir a parar con tanta explicación que parecía innecesaria. Decidió dejar que lo contara a su ritmo. Vio la cara de extrañeza de Tingström y escribió el nombre de quien la había llamado en un cuaderno para que al menos supiera con quién hablaba.

—Decidí hablar con ellas para ver si se habían percatado de si Lars-Ove había utilizado esa salida. Me contaron que solía saludar a una mujer que vivía en la escalera que se llamaba Helena Rosén. En varias ocasiones lo vieron entrar en su casa.

Ingrid notó cómo su cuerpo se ponía alerta. ¿Podía ser la mujer que buscaban? La que tenía una llave del apartamento de Lars-Ove y que guardaba ropa cara en su casa.

—¿Ha coincidido usted con Helena Rosén en alguna ocasión?

—No, no que yo recuerde. Vivimos en escaleras distintas.

—¿Dijeron estas… —Ingrid no se veía capaz de decir «mujeres viejas casamenteras» y buscó otra palabra— señoras con las que habló cuánto tiempo hace que Helena Rosén vive allí?

—Según ellas, hace años que vive en su apartamento, aunque sospechan que vive en otro sitio también o que viaja mucho, ya que la suelen ver u oír muy poco.

Una vez más, un dato que añadía confusión a su vida. Como habían constatado en la reunión Nina y Viking, la información que iban descubriendo sobre él confundía más que aclaraba.

—¿Contaron algo más que fuera de importancia para nosotros?

—No pregunté mucho más. Tan solo quería confirmar mi sospecha de que Lars-Ove utilizaba la buhardilla para salir por el otro portal.

—Me pregunto por qué le importaba tanto que sus vecinos no supieran el horario de sus idas y venidas.

—No lo sé. Tal vez pensara que eran demasiado curiosos y que no lo dejaban en paz.

—Puede ser. —Ingrid miró el reloj. Le daría tiempo ir a Grebbestad y volver a tiempo para la reunión si se daba prisa—. Gracias por llamar.

Cuando colgó, le contó a Tingström lo que Karl-Erik Hedén había descubierto.

—Siempre ha tenido buen olfato. Si lo conozco bien, debe habérselo pensado una o dos veces antes de llamarte.

Ingrid se levantó.

—Lo siento, pero no iré a la rueda de prensa. Me voy a Grebbestad, quiero localizar a esa mujer. Tengo la corazonada de que es importante para nuestra investigación y que tiene información que puede ser de gran utilidad para nosotros.

Diez minutos más tarde volvía a estar en un coche de la policía yendo a ciento setenta kilómetros por hora. De camino a Grebbestad, llamó a Nilsson.

—Hemos podido aclarar algunas cosas —le contó a Ingrid—. «HR Soft Wine 79» no tiene nada que ver con el vino, resulta que es el nombre de un color de pintalabios de Helena Rubinstein. Y es el mismo pintalabios que encontramos en los labios de Lars-Ove Karlsson.

—Llama a Nina y pídele que avise a todos los del grupo.

Había sido una buena decisión ir a Grebbestad. El nombre que se había encontrado en la mesita de noche era el mismo que el del pintalabios del que se habían hallado restos en los labios de la víctima. Eso significaba que la mujer a la que iba a visitar lo había visto antes de que fuera asesinado. La posibilidad de que otra mujer tuviera el mismo color y marca era mínima. Ingrid no creía en la casualidad cuando se trataba de investigar un asesinato.

Lunes, 24 de abril

Hora 14:37

Cuando llegó a Grebbestad, Ingrid utilizó las llaves de Lars-Ove Karlsson para abrir el portal. Subió los peldaños de la escalera de dos en dos y se paró ante la puerta donde se podía leer el nombre Helena Rosén. Tocó el timbre dos veces, pero nadie abrió. Cuando llamó una tercera vez, se abrió la puerta de los vecinos del mismo rellano y se asomaron dos mujeres ancianas con los cabellos con permanente, una con un vestido de color verde claro y la otra con uno lila. A Ingrid le recordaron a unos personajes de un cuento infantil.

—No está en casa —dijo la mujer de verde.

—No la hemos visto ni oído ruido en el piso en una semana y media —remató la mujer de lila.

Ingrid sacó su placa de identificación y se dirigió hacia ellas.

—Me llamo Ingrid Bergman. Soy inspectora jefe y busco a Helena Rosén. —Las dos mujeres miraron a Ingrid con la seriedad que corresponde al hecho de que la policía buscara a su vecina—. Me gustaría entrar y hablar con ustedes más tarde.

—Pase. No hay ningún problema —contestó la mujer de lila.

Ingrid vio cómo les brillaban los ojos de curiosidad. Esperó un momento hasta que las mujeres entraron en su piso y cerraron la puerta tras de sí. Tenía mucha curiosidad de saber qué podían contarle. Estaba segura de que no se perdían nada de lo que pasaba en la escalera. Realmente, el vecindario de Lars-Ove Karlsson era muy cotilla. Ingrid sacó el llavero otra vez y probó la llave que correspondía al apartamento de la víctima. Con un discreto clic, la puerta de Helena Rosén se abrió. Con cuidado, se adentró en el piso y cerró intentando no hacer ruido. De todas formas, estaba segura de que las ancianas del otro piso la habían visto entrar. Se quitó los zapatos y miró a su alrededor. Sobre el estante de la entrada había dos bonitos sombreros de mujer y debajo, un abrigo de la marca Burberry. En el suelo había dos pares de zapatos de tacón y unas botas de cuero. Miró los zapatos, eran un cuarenta y dos, de la marca Manolo Blahnik. «Marcas caras, como la ropa que había en casa de Lars-Ove Karlsson», pensó. El vestíbulo estaba empapelado con un papel blanco con dibujos que representaban medallones. En la pared colgaban cuatro cuadros pequeños de marcos dorados con una rosa pintada. El marco

del espejo ovalado del vestíbulo también era dorado y sobre la limpia mesita de debajo había un cuenco con hierbas secas que desprendían un aroma a lavanda. La sala de estar tenía el mismo papel en las paredes. Los dos sofás estaban vestidos con una tela de cretona floreada que hacía juego con las cortinas y los cojines rosas. De las paredes colgaban cuadros con motivos florales. Un mantel de puntilla cubría la mesita auxiliar y en un florero de color crema había unas rosas de tela. No había un espacio vacío, toda la habitación estaba llena de mesitas, cómodas y pedestales. «Dios mío —pensó Ingrid—, esto es lo que deben llamar una decoración femenina». La sala de estar parecía sacada de una revista para publicitar un estilo de campo inglés pintoresco. Ingrid estaba segura de que la mayoría de los objetos se habían comprado en una tienda de Laura Ashley. Continuó y entró en un dormitorio que estaba decorado igual que la sala de estar y el vestíbulo. Abrió los armarios. Todos estaban llenos de ropa exclusiva, desde los vestidos hasta las bragas. Sobre la mesita de noche había un libro: Lord John y un asunto privado, de Diana Gabaldon. De repente, se dio cuenta de que el olor de la habitación le resultaba familiar. Se trataba del mismo aroma que había notado cuando abrió los armarios en la casa de Lars-Ove Karlsson.

Volvió al pasillo y abrió la puerta que tenía un corazón dibujado; era el baño. Incluso el cuarto de baño tenía el mismo papel floreado, con un portarrollos de papel higiénico con puntillas tejidas. Sobre el lavabo había un cuenco de porcelana blanco con jabones en forma de rosas de distintos colores. Las toallas eran de color blanco, con bordados de motivos florales. El armario del baño era de madera oscura y antigua. Ingrid lo abrió con cuidado. Dentro, en cada estante, estaban ordenados los botes y frascos de forma que las etiquetas eran legibles. Ingrid miró hasta que encontró lo que buscaba: Helena Rubinstein Soft Wine 79. «Estamos acercándonos a un punto de inflexión en el caso», pensó. Fue entonces cuando se fijó en que en la bañera había el mismo producto quitapelos que en el apartamento de Lars-Ove Karlsson. Eso parecía confirmar una sospecha que estaba creciendo dentro de ella. Fue a la sala de estar y abrió todos los cajones de las cómodas y armarios. Al final, encontró unos álbumes de fotos. Se sentó y empezó a hojearlos. Comenzó con el álbum marcado con las fechas 1990-1995. Todas las fotografías mostraban a Lars-Ove Karlsson vestido de mujer.

Ingrid siguió hojeando los álbumes con creciente fascinación: a medida que pasaban los años Lars-Ove Karlsson evolucionaba más en su papel de mujer. En los álbumes más antiguos, las fotos eran más alegres y él parecía una prostituta muy pintada, con camisas escotadas, faldas cortas y muchas joyas. En las imágenes más recientes, parecía una mujer sofisticada y era muy difícil darse cuenta

de que era un hombre. Tanto el cuerpo como la cara habían cambiado. Si Ingrid se hubiera encontrado con ella en la calle, nunca habría sospechado que era un hombre. No era de extrañar que los vecinos se creyeran su explicación de que era una hermana quien lo visitaba. Cogió el móvil y marcó el número de Nina.

—Lars-Ove era travesti.

—¡Caray! Eso explica muchas cosas, ¿no es así? La ropa de mujer y los restos de pintalabios que hallaron en la autopsia.

—Tiene otro apartamento en el mismo edificio, pero en el otro portal. Está lleno de ropa de mujer y maquillaje. Está completamente decorado al estilo adorable de Laura Ashley con rosas, puntillas y objetos de porcelana en cada rincón de la casa.

—Así que el otro apartamento representa su lado masculino. El perfecto, discreto y próspero especulador de bolsa.

—Se podría describir así —contestó Ingrid—. En dos minutos salimos con el coche. Iremos con la sirena y las luces puestas, así que en una hora estaré en la comisaría.

De camino a la comisaría, Ingrid pensó en lo que significaba lo que había descubierto. El hecho de que Lars-Ove Karlsson fuera travesti, que tuviera un apartamento decorado según su lado femenino. ¿Qué significaba para el caso? ¿También eran travestis el músico religioso y Torgny Andersson? ¿Era ese el denominador común entre las tres víctimas? Ninguno de ellos iba vestido de mujer cuando fueron agredidos. No tenía sentido. Claro que ella no sabía mucho del mundo de los travestis. Cogió el móvil y llamó a Karin.

—Hola, Karin. ¿Cómo va?

—Bien. Nina acaba de contarme que has encontrado otro apartamento que pertenecía a Lars-Ove Karlsson y que era travesti.

—Sí. La verdad es que no sé mucho sobre el asunto. ¿Dónde te encuentras?

—En mi oficina.

—Bien. Busca información sobre travestismo.

—Un momento.

Ingrid miró por la ventanilla del coche y vio cómo pasaban por delante de unas vacas que pastaban.

—Ya lo tengo. Te leo lo que pone: «El travestismo no tiene nada que ver con la opción sexual de la persona. Es un deseo de vestirse y sentirse como se sienten las personas del sexo opuesto. Muchos travestis viven una vida doble. Es igual de normal entre hombres que entre mujeres». —Nina calló un momento mientras leía el texto—. «Los travestis viven una vida clandestina tan bien tramada que muchas veces los compañeros de trabajo o la pareja no suelen saberlo. El miedo a ser descubierto es grande. En los últimos años, Internet ha sido un sitio de encuentro y ha ayudado a muchos travestis a atreverse

a mostrarse cómo son». —Karin se calló otra vez—. Bueno, eso es más o menos lo que he encontrado.

—Los hechos empiezan a tener una explicación. Me parece que nuestro amigo el músico religioso podría encajar en la descripción. ¿No crees? —preguntó Ingrid.

—Sí. Es hora de hacerle una visita de nuevo o citarlo en la comisaría.

—Está de camino. Lo llamé a la hora del almuerzo y estaba dispuesto a hablar con nosotros con la condición de que su mujer no lo oyera. Así que un coche irá a recogerlo y estará esta tarde con nosotros.

Lunes, 24 de abril

Hora 16:14

Era un grupo de gente cansada el que se reunió con Ingrid. Algunos, incluida ella misma, no habían parado desde las cinco y media de la mañana. Llevaban casi diez horas de trabajo continuado. Ahora les quedaba una reunión espesa y, probablemente, trabajar hasta tarde.

—Podemos comenzar con la muerte violenta en la calle Värmlandsgatan. ¿Nilsson?

Nilsson le dedicó a Ingrid, por una vez, una mirada de agradecimiento antes de comenzar. Como era habitual en él, antes de empezar hojeó sus papeles, carraspeó y pasó su mano izquierda por sus escasos y largos cabellos.

—La barra de hierro que encontramos tiene las mismas huellas dactilares que hallamos en el bate de béisbol de la anterior agresión. También hemos encontrado pelos y restos de tejidos, pero aún no hemos finalizado los análisis. —Se giró hacia Ingrid—. No los hemos acabado porque no nos han facilitado las muestras que hemos pedido.

—Envía a alguien a buscarlas.

Nilsson le dedicó una mirada airada para después carraspear y seguir:

—En el registro del apartamento de Grebbestad solo encontramos unas huellas pertenecientes a la misma persona, la víctima. Lo único destacable es que no había tantas como las que se puede esperar de un apartamento.

—Sí, pero tampoco he visto a nadie que tenga tantos productos de limpieza como la víctima. Todo el piso relucía como si acabaran de hacerle una limpieza a fondo —comentó Malin. Cuando vio que los policías los miraban a ella y a Nilsson, se sonrojó sin querer. Nadie se atrevía a interrumpir a Nilsson cuando hablaba.

—Eso es lo que nos sorprendió. También controlamos las huellas de los dos trasteros y tampoco encontramos otras que no fueran del propietario. En la botella que había debajo la bañera, lo mismo. HR Soft Wine 79, de la marca Helena Rubinstein, es el pintalabios cuyos restos encontramos en los labios de la víctima durante la autopsia.

Ingrid tosió con discreción y levantó ligeramente la mano derecha.

—El mismo pintalabios o la misma marca que había en el otro

apartamento.

Vio la cara de sorpresa de muchos de los reunidos, pero las preguntas ya se contestarían más adelante. Indicó a Nilsson que siguiera.

—Hemos registrado el reproductor de DVD del apartamento. En la memoria hay unas cincuenta películas antiguas, más tarde o mañana os daremos la lista de títulos. Sobre el bate, solo sabemos que ha llegado a Londres, ya que nos han confirmado su recepción. En cuanto a la escena del crimen de esta mañana, ya hemos acabado.

—Quiero que enviéis un equipo al otro piso de Lars-Ove Karlsson y que lo registréis a fondo. Estoy segura de que la ropa y todo lo que hay en ese apartamento pertenece a la víctima.

Ingrid, de repente, pensó que tal vez se había precipitado. ¿Y si no fuera su apartamento? Estaba claro que quien habitara la casa y Lars-Ove Karlsson se conocían, ya que tenían las llaves de uno y otro apartamento. Tenía la esperanza, y a la vez deseaba que no fuera así, de que encontraran las huellas de otra persona.

—Me he arrepentido —lo dijo tan alto que sobresaltó a los demás —. Quiero que vayáis enseguida a Slingervägen 22 B. —Nilsson le dedicó una mirada de enfado otra vez. Ingrid añadió un poco más bajo —: Puede que sea el asesino el que vive allí. No podemos descartarlo.

El silencio se vio interrumpido por los golpes leves en la puerta y un policía uniformado asomó después.

—Hola. Hemos recogido a un tal Johan Wilhelmsson en Bankeryd, teníamos que traerlo aquí.

—Has llegado al sitio correcto. Que espere en una sala donde haya televisión y revistas. Si os pide algo de comer o de beber, dádselo. Decidle que iré dentro de una hora a verlo.

Ingrid se había olvidado del chantre, pero este tendría que esperar a que acabara la reunión. El policía uniformado asintió y cerró la puerta. Entonces Nilsson se levantó tan bruscamente que su silla se cayó y anunció que abandonaba la reunión porque no le quedaba más tiempo para permanecer en ella. Ingrid no hizo caso de su rabieta. Todo el mundo estaba cansado, no solo Nilsson y sus compañeros. El día había sido largo y no paraba de llegar información. Ahora se trataba de mantener la cabeza fría y ordenar los datos de forma correcta, ya que era fácil cometer un error.

—Thomas, ¿cómo os ha ido a vosotros?

Antes de que Thomas pudiera responder, Nilsson cerró la puerta de un portazo.

—Bien, hemos podido hablar con muchos testigos que vieron la agresión mortal de Torgny Andersson. Casi todos describen al agresor como una persona vestida de negro, de estatura media, rostro pálido y ojos oscuros. Nadie lo ha reconocido. Tenemos varios testigos que lo

vieron huir por la calle Värmlandsgatan, pero después nada. La barra de hierro se encontró en el cruce de las calles Tredje Långgatan y Nordhemsgatan.

»No hay testigos que hayan visto quién la llevó o cómo acabó allí. No tengo ninguna explicación por el momento. Parece como si el agresor se hubiera desvanecido cuando huyó por Värmlandsgatan. Puede haber varias explicaciones: que tuviera un coche, que viva en las inmediaciones o se metiera en un portal y cambiara de aspecto. Es evidente que puede haber otras explicaciones, pero por el momento son las que me parecen más razonables.

—Estoy de acuerdo. ¿Alguna cosa más?

—Hubo un gran revuelo cuando la ambulancia y la policía llegaron al lugar de los hechos —explicó Karin—, toda la atención se volvió hacia ellos. Es un poco como en el asesinato del presidente Palme: todo el mundo vio al asesino huir del lugar, pero luego es como si se hubiera desvanecido. Unas calles más allá, no llama la atención un peatón paseando temprano por la mañana. Ya sabemos de antes que por esas calles se mueven toda clase de personajes. A lo mejor no tenemos que sacar ninguna conclusión de cómo desapareció.

Los demás compartían la opinión de Karin. Thomas se encogió de hombros.

—No sé. Todos los testigos tienen claro cómo era. Su aspecto llamaba la atención. Me parece difícil que una persona así pueda desaparecer sin dejar rastro.

—Si suponemos que es el mismo agresor que la semana pasada, y las huellas dactilares parecen corroborarlo, no tenemos ni un solo testigo de las dos agresiones anteriores, a pesar de su llamativo aspecto.

—A no ser que Marta Cronström lo hubiera visto —añadió Viking.

—Creo que no hay ninguna opinión errónea en este caso —zanjó Ingrid—. Thomas, quiero que sigas buscando testigos. Alguien tiene que haber visto hacia dónde se dirigió. Dedícale un tiempo extra a la gente que habita en el cruce de las calles Tredje Långgatan y Nordhemsgatan. No te olvides de las tiendas. No creo que hubiera ninguna abierta, pero por si acaso. Debió oírse algo cuando se deshizo de la barra de hierro, por ejemplo.

—Le daremos un repaso más después de la reunión.

—Bien. ¿Cómo ha ido con los ordenadores?

Thomas miró a Ingrid con cansancio. Sabía que estaba retrasándose con ello.

—Hablé con los informáticos antes del fin de semana y me prometieron que lo priorizarían. Todavía no he podido llamarlos.

Ingrid no se sentía con humor para escuchar excusas.

—De acuerdo. Vamos a hacer un descanso de cinco minutos para

tomar un café mientras Thomas acaba lo que tiene pendiente.

Se levantó con brusquedad y fue hacia las ventanas. Abrió un par para que entrara un poco de aire fresco y vio que hacía un día espléndido. No se había fijado en eso, a pesar de que había salido un par de veces al exterior. Miró por la ventana y vio a algunos paseantes disfrutando del sol de primavera. Tenía que controlarse un poco para aguantar y no perderse nada importante. Karin le ofreció una taza de café.

—Toma.

—Han encontrado el coche de Torgny Andersson. —Ingrid y Karin se giraron cuando oyeron la voz excitada de Nina—. Un Volvo V70 de color azul oscuro. Estaba aparcado en la plaza Skanstorget. Según el ticket de la ORA, aparcó a las 17:45 y pagó hasta las 9:15 de la mañana.

—Su hermano, Mikael Andersson, declaró que la última vez que lo vio fue a las cuatro y media en la casa de Stenungsund. Entonces le dijo que se iba a jugar su partida nocturna de póker a Gotemburgo —comentó Ingrid—. Eso significa que debió ir directo desde Flöjelvägen, en Stenungsund, hasta Skanstorget. Que dejase pagado el estacionamiento hasta las nueve y cuarto indica que contaba con pasar la noche en la ciudad. El hermano nos contó que solía volver al día siguiente de la partida. Vamos a reunir al equipo, esto es importante.

—De acuerdo.

Al cabo de un rato, estaban todos reunidos de nuevo. Nina e Ingrid informaron de lo que habían escuchado sobre el coche de la víctima y comentaron lo que Mikael Andersson les había contado sobre las noches de póker de su hermano.

—Puede que fuera agredido de camino al coche —dijo Viking—. ¿Alguno de los testigos vio hacia dónde se dirigía?

—La pareja que vio la agresión de cerca venía de la calle Prinsgatan, pero la agresión ya había comenzado cuando se encontraron con ella. No saben si Torgny Andersson fue perseguido antes de la agresión ni de dónde venía o si Torgny Andersson y el agresor iban juntos y hubo una disputa.

—¿Y los otros testigos?

—La mayoría viven en las inmediaciones y se despertaron al oír a un hombre y a una mujer gritar histéricos «Para, para». Sin embargo, ninguno de los testigos vio la agresión desde el principio. Lo que sí vieron fue que el agresor empleaba una barra de hierro larga.

—En eso coinciden con la pareja.

—He estado con el hermano de Torgny Andersson —dijo Nina—. Aparte de lo que ya sabemos, me ha dicho que Torgny nunca ha tenido problemas para ligar con chicas, pero que no tenía novia. Durante el otoño fue a un curso de informática y aprendió un nuevo

programa de contabilidad, y desde este año se encargaba de la contabilidad de su negocio y de la de su hermano. Esto, y las partidas de póker en Gotemburgo desde marzo, es lo único nuevo que hay en la vida de Torgny en los últimos seis meses, según su hermano. Ah, sí. Ganó un premio en una exposición de Mustangs en febrero. Pensaba hablar con más gente que lo conociera para confirmar la versión que nos ha dado el hermano. Esta tarde o a más tardar mañana tendré la lista de las llamadas entrantes y salientes de su móvil.

—Bien —dijo Ingrid.

—¿Sigo o hay alguien que quiera comentar algo? —Ante la pregunta de Nina, todos negaron.

El ambiente en la sala estaba cargado. Los miembros del grupo tenían la concentración al máximo y solo se oían los bolígrafos rasgar las hojas de las libretas.

—He buscado los llamados clubs de la zona y hay unos cuantos. —Nina repartió un papel para cada uno de los reunidos—. Podéis ver la lista de los que he localizado. No he podido comprobarlos todos, pero como podéis ver hay variedad, desde clubs de striptease y de homosexuales hasta sado-maso. No he encontrado ninguno de travestis, pero ello no significa que no lo haya. Hablaré con los de la Brigada Antivicio, a ver si pueden informarme mejor. No he podido hablar con la Brigada de Prostitución, pero podríamos darles unas fotografías del chantre, Lars-Ove Karlsson y Torgny Andersson a ver si los identifican.

—Me parece una buena idea. Malin y Viking pueden ayudarte. Ahora quiero saber qué han encontrado los técnicos informáticos.

—No hacía falta contraseña para entrar ni había nada encriptado. Ha sido como leer un libro abierto, y todo el contenido estaba ordenado en carpetas etiquetadas. La mayoría son de sus negocios bursátiles y hay centenares de archivos con los consejos que escribía en su página web. Tiene muchos programas de análisis bursátiles, algunos de ellos los ha hecho él. Hay una larga lista de correos que nadie ha podido revisar todavía.

Miró a Ingrid con reproche, pero ella decidió ignorarlo y se giró hacia Karin.

—Encárgate de mantener el contacto con los informáticos y comprueba el contenido de los ordenadores.

—Un momento —dijo Thomas—. Los técnicos hablaron de una lista de cookies. Muchas de ellas hablaban de travestismo.

—Averigua si hay una conexión entre ellas y la calle Andra Långgatan. Quiero que pidamos el ordenador de Torgny Andersson y veamos qué hay en él. Mirad qué encontráis sobre travestismo en Gotemburgo y alrededores. También los comentarios negativos. ¿Qué más tenemos?

—Malin y yo hemos repasado la economía de Lars-Ove Karlsson. Ha ganado mucho dinero en acciones y opciones en los últimos años, según las declaraciones de Hacienda. Hemos revisado diez años atrás. Los últimos tres no le han ido tan bien y ha tenido muchos gastos. Ha gastado enormes cantidades, sobre todo cuando viajaba al extranjero, en hoteles de lujo, coches de alquiler buenos, restaurantes y tiendas de ropa. Ha viajado a Londres, París y Cannes. Pero ahora viene lo verdaderamente interesante: tiene una cuenta de restaurante del domingo pasado de más de diez mil coronas. El restaurante se llama La Pequeña Italia y está en Skanstorget. En cuanto acabe la reunión iremos allí para hablar con los empleados y ver si pueden detallarnos el gasto.

—No puede haber comido por diez mil él solo. No se trata de un restaurante de tres estrellas Michelin. Tiene que haber comido en compañía. ¿Por qué no han contactado con nosotros? Hemos pedido testigos en la radio y en la prensa. —Ingrid siguió—: Sabemos que fue visto por un vecino a las tres de la tarde el domingo. Su Audi estaba aparcado en la plaza Skanstorget antes de ser robado, pero, lamentablemente, no tenemos ningún ticket de la ORA, así que no sabemos cuándo aparcó y hasta cuándo pensaba tener el coche allí.

»No creo que sea una casualidad que tanto él como Torgny Andersson aparcaran en la misma plaza un domingo por la tarde y que los dos fueran agredidos hasta causarles la muerte sin ser víctimas de un atraco. Tenemos que encontrar una conexión entre ellos. El hecho de que Lars-Ove Karlsson visitara la cafetería de Torgny Andersson tampoco puede ser una casualidad. Creo que el contenido de sus ordenadores puede ser de interés.

—También tengo muchas observaciones de la línea telefónica que tengo que revisar —dijo Karin.

—Déjaselas a Thomas. Él, Vilgot Andersson, Martin Edberg y Pontus Telander pueden repasarlas. —Ingrid notó que todos estaban cansados y que eso dificultaba la concentración—. Por cierto, ¿el Profeta del Juicio Final sigue llamando?

—Por lo visto, sí. He pedido que localicen desde dónde llama.

—Bien. ¿Alguna cosa más antes de acabar la reunión? —Ante las negativas del grupo, Ingrid se levantó—. Entonces, quedamos aquí mañana a las ocho para decidir hacia dónde encaminamos la investigación.

Ingrid cerró las ventanas que había abierto. El sol todavía brillaba y sintió ganas de correr en la pista de Skatås. Se imaginó corriendo los diez kilómetros y dándose después una ducha larga para luego meterse en la cama y taparse hasta la nariz. Miró la hora: las seis menos cinco. Ahora debía ver al chantre. Tenía la sensación de que sería un interrogatorio en toda regla. Le habría gustado que Karin

participara, había sabido tratarlo de forma correcta en su casa en Bankeryd. Ingrid no se veía en esos momentos con la paciencia necesaria. Decidió pasar por la cafetería antes.

Era como en el golf: cuando sentía que perdía fuerzas y la concentración decaía, lo mejor era meterse un chute de hidratos de carbono. Fue a su oficina a dejar los papeles. El número de pósits había crecido. «Mañana —pensó—, mañana me ocupo de ellos». Si hubiera sido algo muy importante, seguramente ya le habría llegado por otra vía. Cuando llegó a la cafetería, Karin ya estaba allí. Ingrid se compró un bocadillo de albóndigas, un bollo grande de chocolate y un zumo, y se sentó al lado de Karin. Comieron un rato en silencio, como si estuvieran cogiendo fuerzas para poder hablar.

—¿Vas a ver al chantre? —preguntó Karin al fin.

—Sí —respondió Ingrid poniendo los ojos en blanco.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí —contestó Ingrid con una sonrisa—. Parece que ha cogido mucha confianza contigo, así que estaría bien que vinieras.

—Yo hablo y tú te quedas en un segundo plano. —Karin rio.

—Trabajo en equipo, ya sabes —dijo Ingrid mientras sentía cómo le volvían las fuerzas y las ganas de trabajar.

Lunes, 24 de abril

Hora 18:32

El alivio que Ingrid vio en los ojos del músico religioso cuando ella y Karin fueron a buscarlo a la habitación donde estaba viendo la televisión mientras tomaba café cambió cuando lo llevaron a la sala de interrogatorios. Empalideció y, con cara de preocupación, miró las paredes desnudas de la estancia. Lo único que había eran tres sillas y una mesa. La silla en la que le habían pedido que se sentase estaba a un lado de la mesa y al otro estaban las otras dos. Karin colocó la suya de tal manera que quedó enfrente de él, mientras que Ingrid se sentó un poco de lado. Aparte de un espejo enorme frente al chantre, no había nada en las paredes.

El gran vendaje que el chantre había tenido en torno a la cabeza había sido sustituido por otro más pequeño. Ingrid notó que respiraba con dificultad después del breve paseo hasta la sala de interrogatorios y se acordó de sus costillas rotas. También se dio cuenta de que el chantre percibía el silencio existente como algo desagradable y que, conforme pasaban los minutos, se ponía más y más nervioso.

—Creo que hay algo que quiere contarnos —comenzó Karin.

El chantre asintió un par de veces y bajó la mirada.

—Lo mejor es que empecemos por lo que sucedió el domingo pasado, es decir, el dieciséis de abril. —El chantre asintió sin alzar la vista—. ¿Cuál fue el verdadero motivo de su viaje a Gotemburgo?

El chantre suspiró profundamente y miró a Karin.

—Iba a asistir a un curso.

—¿Qué clase de curso?

—¿Podrían mantener la confidencialidad? Toda mi vida puede irse al garete si alguien se entera. —El chantre miró suplicante a Karin.

—No podemos prometerle nada. Se trata de una investigación por homicidio y dos personas han sido asesinadas. En este momento lo importante es atrapar al asesino e impedir futuras agresiones. Hasta el momento, hemos mantenido su identidad en secreto y no hemos dado su nombre a la prensa, pero todo depende de lo que nos cuente hoy. Para nosotros lo importante es atrapar al asesino, pero intentaremos respetar su privacidad.

El chantre volvió a asentir y bajó la mirada a la mesa. Ella esperó tranquila mientras los segundos corrían. Al final, volvió a suspirar

profundamente.

—Se trata de un curso que encontré en la red. Me gusta vestirme con ropa de mujer. Es una sensación maravillosa sentirse una mujer, ser bella y suave, no tener que ser el cabeza de familia responsable y proveedor. —Ahora miraba tanto a Karin como a Ingrid, que vieron el dolor en sus ojos—. Vivo en una localidad pequeña donde todo el mundo se conoce. Además, soy el chantre de nuestra parroquia.

»Hace dos años, uno de los miembros de la parroquia fue expulsado de esta cuando se descubrió que era homosexual. Pueden imaginarse lo que me pasaría si se descubriera. —Miró a Karin como buscando entendimiento y ella asintió ligeramente—. Nuestra parroquia tiene una maravillosa unidad y suele apoyar a sus miembros cuando estos se encuentran en dificultades; como cuando uno de los miembros masculinos, que es padre de familia con cuatro hijos, quedó en el paro o cuando una miembro tuvo cáncer de mama.

»Si se enterasen de lo que hice en Gotemburgo, tendría que abandonar la parroquia y Bankeryd. Mi esposa, María, no entendería mi deseo y mi necesidad de, a veces, ser mujer. Ella y los niños serían apartados porque nadie se creería que ella no sabía nada. —Las palabras ahora simplemente empezaron a brotar—. Me gustaría ayudar a la policía. He pedido a Nuestro Señor Jesús consejo y sé en el fondo de mi corazón cristiano que tengo que ayudar. «Yo soy el camino, la verdad y la vida», dice Jesús. Por ello les pido: piensen en mi mujer y en mis hijos, son inocentes. No tienen por qué verse envueltos en esto.

Karin miró fijamente a los ojos al chantre y volvió a asentir. Ingrid se dio cuenta de que tenían la misma conexión que cuando lo interrogaron en Bankeryd. «Una parroquia agradable», pensó. Uno puede ser de los elegidos mientras así lo decida la misericordia de la parroquia. Con amigos así, ¿quién necesitaba enemigos?

—¿Qué clase de curso? —preguntó Karin para encauzar de nuevo la conversación hacia los acontecimientos del domingo pasado.

—Uno para travestis.

Miró a Karin para ver su reacción, pero ella no movió ni una ceja. Ingrid no se atrevía ni a respirar por no interrumpir la conexión entre ellos dos.

—El objetivo del curso era aprender a vestirse, maquillarse y moverse, entre otras cosas. Fue maravilloso vestirme de mujer con otros como yo y que me ayudaran a sentirme más femenino. Practicamos para movernos como mujeres y luego fuimos a comer a un restaurante italiano. Allí no se dieron cuenta. —La última frase la dijo con un deje de orgullo.

—¿Cómo se llama la página web donde encontró el curso?

—No me acuerdo. —El chantre frunció el ceño.

«No me creo nada —pensó Ingrid—, con seguridad se sabe la dirección de memoria y sería capaz de recitarla del revés si fuera necesario».

—¿Cuándo encontró ese curso?

—Creo que en enero, pero no me apunté hasta marzo.

—¿Cómo se apuntó?

—Había un número de teléfono al que podías llamar.

—¿Qué número?

—No me acuerdo, pero creo que debo tenerlo apuntado en algún lugar en casa.

«Ahora está mintiéndonos otra vez —pensó Ingrid—. No sé si lo hace porque quiere avisar a alguien, el muy necio».

—¿Dónde iba a impartirse el curso y cuándo comenzaría?

—En el centro cívico.

—¿En el centro cívico? ¿Cuál?

—El que hay en Olof Palme, en la plaza Järntorget.

—Ajá. ¿Y cuándo comenzaba el curso?

—No lo sé. Creo que podías ir los domingos por la noche que tuvieras disponibilidad, pero no estoy seguro.

—¿Cómo se llama la persona o personas que imparten el curso?

—No sé su nombre verdadero, pero se hace llamar Angelina.

—¿Puede describirlo?

—No sé cómo es cuando es un hombre. Estaba vestida como Angelina cuando llegué.

—¿Podría decirme su altura y su aspecto físico?

—Sí, más o menos uno setenta de alto. Su aspecto físico era… con curvas.

Ingrid hizo un esfuerzo por no echarse a reír y vio que Karin también se aguantaba la risa. No creía que el chantre se percatase, para él simplemente parecía que torcían un poco el gesto.

—Quiero decir si cree que Angelina era corpulenta, flaca o de complexión normal.

El chantre asintió con seriedad ante la aclaración de Karin.

—Se podía ver en las mejillas y en el cuello que era de complexión delgada.

—¿Qué color de piel tenía Angelina?

—Normal.

—¿Normal?

—Sí, como el que tenemos tú o yo.

—Ah, de acuerdo. ¿Y el pelo?

—Era rubia, pero llevaba peluca.

Karin asintió.

—¿Y las facciones de su cara?

—Era muy guapa, nada que destacara en especial, aparte de que

era muy difícil ver que era un hombre.

—¿Podría ser una mujer?

—No. Se notaba en la voz que era un hombre.

—¿Cuándo empezó el curso?

—El nueve de abril.

—¿En el centro cívico?

—Sí.

—Cuénteme cómo fue ese domingo.

—Nos vimos a las diez en el centro cívico. Me dieron una descripción para llegar y consejo de dónde aparcar. Dentro del vestíbulo tenías que ir recto a la derecha, donde había una pequeña sala de conferencias con una mesa grande y unas diez sillas.

—¿Cuántos eran?

—Siete con Angelina.

—Continúe.

—Angelina se presentó y luego los demás nos presentamos con nuestros nombres de mujer. Yo me llamo Kerstin.

—¿Y después?

—Después de presentarnos, Angelina habló sobre la importancia de aceptarse a sí mismo y las necesidades de uno, de vivir a fondo el papel de ser mujeres. El curso venía a ser un lugar donde podíamos ser nosotros mismos cuando lo necesitáramos. Después, sacó maquillaje, nos dio consejos sobre cómo utilizarlo y nos maquillamos. Todo el tiempo Angelina nos ayudaba. Fue una sensación fantástica estar entre iguales y no tener que andar a escondidas y tener miedo de ser descubierto. Angelina nos hizo sentirnos seguros y normales.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Hasta las tres de la mañana más o menos.

—¿Estuvieron en el centro cívico todo el tiempo?

—Sí.

—¿Qué hizo cuando acabó la sesión?

—Me fui a casa.

—Necesitaríamos contactar con otros asistentes al curso. ¿Tiene nombres y números de teléfono?

—No, solo conozco sus nombres de mujer. Era uno de los puntos del curso. El anonimato hacía que fuera seguro, al menos para mí, y creo que así era para el resto de los asistentes.

—¿Fue por primera vez el nueve de abril?

El chantre asintió.

—¿En qué otras ocasiones fue al curso?

—Solo el dieciséis de abril.

—¿Por qué no fue más veces?

El chantre le dedicó a Karin una mirada atormentada.

—Porque fui víctima de una agresión.

—¿No fue al curso ayer?

—No. Y hay varios testigos que me vieron en una reunión de la parroquia anoche.

—¿Puede contarme qué pasó la noche del dieciséis?

—El curso iba a comenzar a las ocho y aparqué en uno de los aparcamientos grandes de la calle Första Långgatan. Como había llegado temprano, estuve en el coche hasta las ocho menos cinco.

—¿Por qué se quedó en el coche?

—Porque pensé que parecería raro que una persona que caminara plaza arriba, plaza abajo, con una maleta. No quería llamar la atención.

—¿Maleta?

—Sí, teníamos que llevar ropa para cambiarnos. La idea era ir a un restaurante.

—¿Cuántos eran en el curso ese día?

—Seis con Angelina.

—¿Eran las mismas personas que la primera vez?

—No. Uno era nuevo y faltaban dos de la sesión anterior.

—Cuénteme qué pasó en el curso.

—Todo el mundo llegó a las ocho con una maleta. Angelina traía maquillaje, ropa y zapatos que podíamos comprar si queríamos. A las diez ya estábamos listos y fuimos a un restaurante cerca de allí que se llama La Pequeña Italia.

—¿En la plaza Skanstorget?

—Sí, puede ser. Bebimos y comimos. Nos lo pasamos bien y no creo que nadie del personal sospechase que éramos hombres.

—¿Cuándo dejaron el restaurante?

—Sobre la una.

Karin se acordó de lo que habían contado los jóvenes que robaron el Audi sobre un grupo de mujeres.

—¿Pasó algo cuando salieron del restaurante?

—Sí, un grupo de jóvenes nos gritaron obscenidades. Al principio no les hicimos caso, pero, cuando se acercaron a nosotros, nos sentimos amenazados y echamos a correr.

«Sí —pensó Ingrid—, coincide con el testimonio de los ladrones».

—¿Y después?

—Después estábamos tan emocionados por el éxito en el restaurante que decidimos caminar por las calles y disfrutar del hecho de ir vestidos como mujeres sin llamar la atención ni ser descubiertos.

—¿Tiene idea de cuánto tiempo se pasearon por la zona?

—A las cuatro volvimos al centro cívico. Nos quitamos el maquillaje y nos cambiamos, creo que tardamos unos veinte minutos. Yo salí con otro del curso y fuimos hacia Första Långgatan, donde tenía aparcado el coche. Nos paramos un momento hablando en una

esquina cuando apareció un hombre vestido de negro. Murmuró o dijo algo que no entendí, después sacó un garrote de madera que llevaba escondido a la espalda e intentó agredirnos con él. Tanto mi acompañante como yo corrimos para salvarnos. De repente, todo se tornó negro y no me acuerdo de nada más hasta que me desperté en el hospital.

—¿Podría describir con más detalle al agresor?

—Solo recuerdo sus ojos negros, que brillaban no sé si de odio o de rabia. —Se encogió de hombros—. Todo sucedió muy deprisa.

—El otro del curso, ¿corría delante o detrás de usted?

—Delante, pero no se salvó, ¿no es así?

El chantre bajó la mirada a sus manos entrelazadas. Karin vio cómo unas gruesas lágrimas las mojaban.

—Creo que vamos a hacer un pequeño descanso. —Karin se volvió hacia Ingrid—. ¿Puedes traer las fotografías?

Ingrid se levantó enseguida y salió del cuarto como respuesta a la pregunta de Karin. A paso rápido, fue a la sala de reuniones y cogió las fotografías ampliadas de Lars-Ove Karlsson y Torgny Andersson. Era un momento importante. Las piezas del rompecabezas que era el caso y que parecían no tener un sitio estaban ahora siendo colocadas de forma correcta. El cronograma de los hechos empezaba a completarse y las lagunas eran menores. Ahora solo se trataba de mantener el ritmo para atrapar al asesino. Cuando Ingrid volvió, tanto Karin como el chantre estaban sentados con una lata de Coca-Cola en la mano. El chantre no paraba de sorber y sonarse la nariz. Ingrid colocó las fotografías bocabajo delante de Karin. Karin le dio la vuelta a la fotografía de Lars-Ove Karlsson.

—¿Estuvo este hombre el nueve de abril?

Vieron que dudaba antes de contestar.

—Sí —dijo en voz baja al fin—, se hacía llamar Helena.

—¿Qué más sabe de este hombre?

—Fue el que me acompañó de camino al coche y que después… — La voz se le rompió y no entendieron lo que dijo.

—¿Por qué no ha contado esto antes?

—No me atrevía. —El chantre volvió a sonarse. Su nariz estaba hinchada y roja— Primero, cuando desperté en el hospital, no recordaba nada. No mentí cuando les dije que no sabía quién era ni lo reconocí cuando me mostraron la fotografía. Durante la semana, leyendo los periódicos, recuperé la memoria. Cuando me di cuenta de lo que había sucedido y lo cerca que había estado de morir, me entró pánico y no supe qué hacer. Cuando ella me llamó —señaló a Ingrid —, sentí alivio, alguien decidía lo correcto por mí. Por favor, piensen en mi mujer y en mis hijos.

Comenzó a llorar de forma incontenible, jadeaba por la falta de

aire.

—Una fotografía más y luego lo llevamos a casa. ¿De acuerdo?

El chantre asintió.

Karin le mostró la fotografía de Torgny Andersson. El chantre miró la foto un rato largo y al final negó con la cabeza.

—Lo siento. No lo reconozco.

—¿Seguro?

—Sí.

Karin se volvió hacia Ingrid.

—¿Quieres preguntarle algo?

Ingrid negó con la cabeza.

—Voy a llamar a un coche para que lo lleve a casa. Pero tiene que darme el número de teléfono y el nombre de la página web. ¿Entendido?

El chantre le dedicó una mirada cansada y agitada a Ingrid.

—Lo prometo.

Lunes, 24 de abril

Hora 20:34

Un cuarto de hora más tarde, Karin e Ingrid se sentaron en la oficina de Ingrid con una taza de café cada una y se lo bebieron en silencio.

—¡Buah! —exclamó Karin—. Creo que el café de la máquina nunca me ha sabido tan mal como hoy.

—Sí —dijo Ingrid, y le entró un poco de risa de puro cansancio—. Lástima que seamos tan dependientes de él.

Karin se contagió de la risa de Ingrid y comenzó a reír. En ese momento entraron por la puerta Viking y Malin. Viking esbozó una sonrisa tímida.

—¿Qué ha pasado?

—Es el café —contestó Karin mientras alzaba su taza y comenzaba a reír descontroladamente.

Viking miró a Ingrid, que empezó a reír alzando su taza también.

—Bueno, creo que será mejor que traigamos café para nosotros —dijo Viking, provocando más risas de Karin e Ingrid.

Viking negó con la cabeza, y él y Malin se fueron a la máquina.

—No sabía que supiera reír —comentó Malin en voz baja.

—Sí. Ingrid tiene un buen sentido del humor y siempre está dispuesta a echarse unas risas, pero, como el resto de los inspectores de la sección, tiene a su espalda medio año de mucho trabajo y horas extras. Como inspectora jefe, ha sido más pesado para ella y creo que, al ser mujer, más difícil.

—Ajá —dijo Malin pensativa.

—Ven. Volvamos y contemos lo que hemos averiguado.

—Sentaos —dijo Ingrid cuando volvieron—. Os pido disculpas. Estamos un poco cansadas y acabamos de realizar un interrogatorio al chantre y nos ha…, ha contado cosas curiosas. Bueno, ya os lo explicaré. ¿Qué habéis averiguado?

—Hemos ido al restaurante La Pequeña Italia. Lo lleva una familia que se llama Giovanni. Son también los propietarios. Recuerdan bien a las damas que los visitaron el pasado domingo. —Viking sacó su libreta y buscó entre las hojas donde tenía apuntada la información—. Las damas llegaron a las diez y cuarto, diez y media. Estuvieron hasta la una, que es cuando cierran el restaurante. El grupo estaba

compuesto por seis bellas damas. Una de ellas parecía ser la líder y se llamaba Angelica o Angelina.

—El chantre y Lars-Ove Karlsson formaban parte del grupo —dijo Ingrid—. Según el chantre, llegaron a las diez y cuarto y se fueron a la una.

Viking esbozó una amplia sonrisa.

—Al fin empiezan a encajar las piezas en su sitio.

—Sí —contestó Ingrid—, creo que así es. El chantre dijo que en el restaurante se creyeron que eran mujeres de verdad. ¿Qué te dijeron ellos al respecto?

—Dicen que hacía años que no se divertían como esa noche. Primero entró una mujer hermosísima, seguida de cinco mujeres vestidas con pelucas y zapatos de tacón alto. Todas estaban bien maquilladas y nerviosas. A medida que bebían vino, fueron soltándose y el mismo dueño, Mario Giovanni, flirteó y bromeó con ellas. La cuenta se pagó con una MasterCard a nombre de Lars-Ove Karlsson y ascendía a diez mil trecientas cincuenta coronas. Nos dieron una copia de los pedidos de la mesa, así que sabemos qué comieron y bebieron.

—¿Había otros clientes en el restaurante?

—Una pareja de unos sesenta años que se fue aproximadamente cuando llegaron las damas. Después llegaron unas jóvenes sobre las once a comer pasta; se quedaron una hora en el restaurante. Según la familia, que está compuesta por el padre Mario, su esposa María y la nuera Verónica, ningún cliente se molestó y rieron de buena gana las bromas.

—Probablemente, ninguno de los clientes es nuestro asesino —comentó Ingrid—. ¿Se ven los clientes desde fuera del restaurante? Debe pasar bastante gente por la plaza Skanstorget.

—No, tienes que entrar para verlos.

—El chantre nos ha contado que fueron atacados verbalmente por una pandilla de jóvenes borrachos ya fuera del restaurante.

—¿Los ladrones del coche? —preguntó Viking.

—Es probable —respondió Ingrid—. Coincide en el tiempo con lo que nos habían contado.

—Alguien o algunos debieron verlos por la zona y decidieron atacarlos —dijo Karin.

—Según el chantre, solo fue una persona la que los agredió. O, por lo menos, solo vio a uno. ¿Por qué esperó a que estuvieran vestidos de nuevo como hombres si la razón de la agresión fue que eran travestis? —preguntó Ingrid.

—Quizá porque es más fácil atacar a una o dos personas que a seis —respondió Karin.

—Sí, pero ¿cómo pudo el agresor reconocerlos sin la ropa y el maquillaje?

La pregunta flotó un rato en el aire.

—Eso quiere decir que alguien los siguió toda o parte de la noche —Ingrid rompió el silencio— esperando el momento oportuno. El chantre ha contado que él y Lars-Ove Karlsson se habían parado a hablar en una esquina cuando apareció el agresor. Primero dijo algo y luego sacó el arma, que había escondido a su espalda, e intentó agredirlos. Según lo que nos ha contado el chantre, no podemos saber si los había seguido o si apareció de repente.

—¿Conocía el chantre a Torgny Andersson? —preguntó Viking.

—No, no lo creo. Cuando le enseñamos la foto, nos dijo que no sabía quién era. Por su lenguaje corporal, creo que dijo la verdad —respondió Ingrid.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Viking.

—Vamos a registrar la casa de Torgny Andersson y la cafetería que llevaba en Strömstad. Tenemos que buscar indicios de que él y el chantre o Lars-Ove Karlsson se conocían. También debemos buscar algo que nos indique que también era travesti. Lo que sabemos hasta ahora apunta en esa dirección, pero necesitamos confirmarlo. Hablaré con Nilsson para que envíe un equipo mañana. Hay que contactar con el resto de los asistentes del curso. Si el chantre nos facilita la página web, creo que será posible hacerlo.

—¿El curso sobre travestismo? —preguntó Viking.

—Perdona —dijo Ingrid, frotándose las sienes, y contó lo que el chantre les había dicho durante el interrogatorio—. Los compañeros que lo han llevado a casa salieron de aquí a las ocho y media, por lo que debería estar en su casa sobre las diez. —Ingrid miró el reloj—. Ahora son las nueve y media. Dentro de media hora supongo que nos contactará y sabremos el nombre de la página web.

—Así que, además de Angelina, el chantre y Lars-Ove Karlsson, había otras tres personas, ¿y ninguna de ellas era Torgny Andersson?

—Sí, pero no sabemos si están en peligro o no. De todas formas, necesitamos contactar con ellos y en especial con el profesor del curso, Angelina. Podéis iros a casa. Yo esperaré la llamada del chantre, a ver qué podemos sacar en claro. Nos vemos mañana a las ocho.

—De acuerdo.

—Un momento —llamó Ingrid mientras estaban saliendo por la puerta—. ¿Puedes quedarte cinco minutos, Viking?

—Claro —contestó Viking sorprendido, que cerró la puerta y se sentó en la silla enfrente de Ingrid.

—Este caso está siendo muy intenso —comenzó Ingrid, y Viking asintió—. ¿Cómo le va a Malin? —Ingrid vio lo sorprendido que estaba por la pregunta y percibió un ligero sonrojó en el cuello de Viking.

—Bien. Pilla las cosas con facilidad, es buena en ver conexiones y

en enfocarse en lo importante. Parece también buena en leer la gente.

—Sí, esa es mi impresión, pero quería saber la tuya.

Viking asintió y se levantó.

—¿Mañana a las ocho?

—Sí —respondió Ingrid, y levantó la mano a modo de despedida.

Ingrid siguió a Viking con la mirada mientras salía de la oficina. Luego se fijó en los pósits que tenía en la mesa. Una gran parte de ellos eran de Per Schildt. «Tingström podría encargarse de mantenerlo informado», pensó mientras miraba el resto de las notas. La mayoría eran peticiones de emisoras de radio, cadenas de televisión y periódicos. Después de pensárselo un rato, las lanzó todas a la papelera.

Cuando acabó, se reclinó en la silla y cerró los ojos. Tenía la sensación de que no aguantaba el ritmo de la investigación. Necesitaba concentrarse en su trabajo. No paraba de entrar información que tenía que procesar. Necesitaba un momento para leer todo el material con tranquilidad y dejar que su mente trabajara con la información a su ritmo. O quizá lo indicado era hacer una tormenta de ideas y torcer los datos hasta el absurdo. No avanzó más en sus pensamientos porque sonó el teléfono. La voz del chantre sonaba muy cansada.

—Ya estoy en casa. —Hablaba casi susurrando, probablemente para que su mujer no lo oyera.

—De acuerdo. Deme la dirección de la página web.

El chantre se la dio. Ingrid la tecleó en el ordenador, pero no funcionaba. Le pidió que volviera a dársela, pero esa vez tampoco funcionó.

—No es correcta —dijo ella.

—Le prometo —Ingrid oyó la desesperación y el pánico en su voz — que esta es la dirección que he usado.

—Deme el número de móvil que había en la página web.

Alguien se había asustado al darse cuenta de que podía haber una relación con las agresiones y los asesinatos. Si era la tal Angelina, la que llevaba el curso, la había eliminado de la red. El chantre le dijo el número de móvil. Ingrid le hizo repetirlo un par de veces para asegurarse de que lo apuntaba bien.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a pedir a los policías que lo han llevado a casa que se traigan su ordenador a Gotemburgo. Tenemos que registrarlo para hallar la información que nos facilite identificar la página web.

—Es el ordenador de María. No pueden llevárselo.

—Creo que mis compañeros podrán explicarle a su mujer por qué necesitamos su ordenador y no habrá ningún problema. Estoy segura de que querrá que atrapemos al asesino. Pero, si quiere, le explica

usted por qué queremos el ordenador; me parece que será más sencillo. ¿Qué opina?

—Creo que será mejor. Lo tendré preparado para cuando lleguen.

—Bien. Gracias por su cooperación y buenas noches.

Cuando colgó, llamó a la centralita para que dijeran a los compañeros que dieran media vuelta y volvieran a Bankeryd a recoger el ordenador. Después miró con su ordenador el número de móvil que le había dado el chantre. No tenía muchas esperanzas de encontrar algo, pero nunca se sabía, incluso la persona más calculadora podía cometer los más clamorosos y banales errores. Resultó ser una tarjeta de Telia de prepago sin titular registrado. «Otro número de Telia de prepago», pensó mientras sacaba la lista de las llamadas del móvil de Lars-Ove Karlsson. Había una gran cantidad de llamadas entrantes y salientes a un número de móvil. ¿Podría ser ese? En efecto, no tardó mucho tiempo darse cuenta de que tenía razón. Los ojos se le llenaron de chiribitas, llevaba en danza desde las cinco de la mañana y la noche anterior solo había dormido tres horas. La falta de sueño hacía que le doliera todo el cuerpo y todo lo que había pasado durante el día estresaba su cansada mente. Era consciente de que no pensaba bien en ese estado. Lo mejor que podía hacer era irse a casa a dormir para tener la cabeza despejada al día siguiente, lo cual sería necesario.

Martes, 25 de abril

Hora 04:26

Cuando Ingrid abrió los ojos, la habitación estaba a oscuras. Se giró a un lado y se estiró para coger el reloj que estaba en la mesita de noche. Las cuatro y media. ¿Por qué se despertaba a esas horas? En realidad, sabía el porqué: siempre reaccionaba así cuando una investigación entraba en una fase intensa. Su mente iba acelerada y se despertaba de madrugada. Mejor se levantaba, sabía que de nada le servía estar acostada en la cama porque ya no se dormiría. Ingrid fue a mirar por la ventana. Todavía estaba oscuro, pero comenzaba a clarear. Pensó que debía ser a esa hora en la que el chantre y Lars-Ove Karlsson fueron perseguidos y golpeados. Los posibles testigos no podían haber visto bien el aspecto del agresor. El termómetro marcaba cuatro grados. «No hay noches tropicales en este país», pensó. Decidió vestirse para salir a correr y aprovechar el tiempo antes de ir al trabajo.

Lunes, 25 de abril

Hora 07:22

Llena de energía después de correr y de un desayuno potente, Ingrid dirigió sus pasos a la oficina de Tingström. Cuando llegó a la puerta, que como siempre estaba abierta, vio a Tingström leyendo el contenido de una carpeta. Llamó un par de veces en el quicio de la puerta con los nudillos. Tingström sonrió cordialmente.

—Hola, Ingrid. Qué bien que estás aquí. Coge un poco de café y siéntate.

—Acabo de beber. —Ingrid se sentó una de las sillas para las visitas.

—Nuestro querido fiscal Schildt está detrás de mí por tu caso.

—No sé qué le pasa. Tengo la mesa llena de notas diciendo que lo llame.

—Lo he mantenido informado, tal como quedamos. No sé por qué anda persiguiéndote. Le he dicho que, si quiere información, se dirija a mí.

Ingrid movió la cabeza.

—De todas maneras, tengo información nueva para ti.

Le contó las últimas novedades que habían aparecido el día anterior. Justo antes de las ocho Ingrid acabó de poner al día a Tingström. Decidieron que él continuaría informando al fiscal y que hablaría con los medios de comunicación para decir que la policía buscaba contactar con una persona llamada Angelina que podría tener información relevante sobre los asesinatos. Cuando Ingrid entró en la sala de reuniones, miró el reloj y vio que eran las ocho en punto. Cerró la puerta y se colocó delante de la pizarra.

—Buenos días a todos —saludó con una gran sonrisa.

Les habló sobre el interrogatorio del chantre, el curso de travestismo en el centro cívico y la visita de Viking y Malin a La Pequeña Italia. También les habló sobre la página web desaparecida y el número de móvil, que resultaba ser el mismo al que Lars-Ove Karlsson había llamado y del que había recibido llamadas repetidas veces. Cuando acabó, el silencio era tan espeso que podía cortarse. Thomas lo rompió con su risa.

—Esto es una absurda locura. Un curso de travestismo. No creo que sea la oferta habitual del centro cívico.

—No —contestó Ingrid, que no pudo evitar sonreír. La risa de Thomas era realmente contagiosa—. Lo que me llama la atención es que la descripción que hace de la persona que lo agredió coincide con la que han dado los testigos del hombre que atacó y asesinó a Torgny Andersson. Creo que podemos concluir que se trata de una persona que actúa sola. La pregunta es: ¿qué relación tiene con los agredidos? Voy a intentar llevarme a algunos forenses para que registren la casa de Torgny Andersson en busca de algo que podamos relacionar con el chantre o con Lars-Ove Karlsson. ¿Dónde está Nilsson, por cierto?

Nadie lo sabía.

—Bueno, ya aparecerá. Viking y Malin, iréis al centro cívico para averiguar en qué sala se celebró el curso, quién la alquiló, etc. Los demás nos dedicaremos a los asuntos que acordamos ayer. Nos vemos de nuevo aquí a las tres y media.

Ingrid recogió sus papeles y se fue a su oficina. Respiró hondo un par de veces antes de llamar a Nilsson.

—¿Sí? —contestó él con un bufido—. Aquí Nilsson.

—Buenos días a ti también. Aquí Ingrid Bergman.

—Buenos días —murmuró Nilsson.

«¿Qué les pasa a los hombres últimamente? —pensó—. Están gruñones y de mal humor».

—¿Cómo fue ayer en Grebbestad?

—Había muchas huellas dactilares y todas pertenecían a Lars-Ove Karlsson. También hemos tomado el ADN del pintalabios y otros enseres. ¿Recuerdas que en el dormitorio había una librería? Resulta que puede moverse a un lado.

—¿Qué había detrás?

—Un vestidor enorme.

—¿Y?

—Allí había una mesa con todo lo que faltaba en el otro apartamento y que la gente suele tener en su casa: facturas, una agenda, tickets de compra y cosas por el estilo. Nos lo hemos traído todo aquí. Solo tenéis que venir a recogerlo.

—¿Algún álbum de fotos?

—No, lo siento.

—Una lástima. Enviaré a alguien a recogerlo.

—De acuerdo.

—Por cierto, necesitaría llevarme a alguno de los tuyos durante unas horas por la mañana a la casa de Torgny Andersson. ¿Te va bien?

—Andamos cortos de personal, Ingrid.

—Sí, lo sé. Todo el mundo anda corto de personal. El problema es que ninguno de nosotros tiene vuestra formación. No te lo pediría si no fuera absolutamente necesario.

—Vale, vale. Mira, te enviaré a Fredrik Boberg dentro de media

hora. ¿Te parece bien?

—Sí. Gracias.

Fredrik Boberg era uno de los buenos del equipo de Nilsson. Valía como dos técnicos. Ingrid miró el reloj, eran las nueve y media. Llamó a Viking y le pidió que, cuando terminaran en el centro cívico, él y Malin fueran a recoger el material de Nilsson y lo repasaran. Después, llamó a la policía de Strömstad para explicarles que necesitaba su ayuda, preferiblemente durante el día, con la cafetería de la piscina. Conocía bien a los compañeros desde que los había ayudado en un caso de asesinato el año anterior. Un caso que no habrían resuelto sin su ayuda. Ahora les tocaba saldar su deuda. No hizo falta recordárselo, le prometieron que enviarían enseguida gente a la cafetería. Solo había una cosa que aclarar antes de ir a la casa de Torgny Andersson. Llamó a los forenses y supo que la autopsia se realizaría a las diez de la mañana siguiente. Un ruido le hizo dirigir la vista hacia la puerta. Allí estaban Hultberg y Svahn, los policías de intercambio de Grebbestad. Detrás de ellos vio aparecer a Fredrik Boberg con su metro noventa y cinco de altura.

—Hola. —Ingrid sonrió un poco estresada—. Pasad. Estoy a punto de irme con Fredrik Boberg a ver una cosa.

Se giraron. Fredrik Boberg extendió la mano para saludarlos. Hultberg y Svahn lo saludaron sorprendidos y luego se quedaron quietos, de pie.

—¿Y bien? ¿Venís por algo en concreto o…?

—Eh —contestó Hultberg—. Acabamos mañana y habíamos pensado en despedirnos. También queríamos saber cómo va la investigación del asesinato de Lars-Ove Karlsson; como estuvimos al principio y el jueves ya estaremos en Grebbestad, nos hace ilusión saber un poco cómo está yendo el caso.

Ingrid asintió. En realidad, no tenía tiempo para satisfacer la curiosidad de los policías, pero tampoco quería echar por tierra la buena relación que había surgido entre ellos desde que Malin y ella almorzaron con ellos. Miró el reloj.

—¿Podéis volver sobre las tres, nos tomamos un café juntos y os cuento cómo va la investigación?

Hultberg y Svahn se miraron y asintieron.

—Me parece bien —contestó Hultberg sonriendo.

—Pues hasta más tarde. —Ingrid le devolvió la sonrisa.

De camino al coche, Boberg le preguntó si eran los famosos Hultberg y Svahn de Grebbestad.

—Sí —respondió Ingrid.

—Pobres.

—¿Por qué?

—Han sido objeto de chanzas desde el primer día que llegaron

aquí.

—Hay que cuidar de los amigos pequeños, nunca se sabe si con el paso del tiempo pueden volverse grandes y poderosos.

Fredrik Boberg miró a Ingrid para ver si bromeaba, pero, por la expresión de su cara, entendió que hablaba en serio. Boberg se ofreció para conducir y, al cabo de un rato, preguntó qué iban a hacer. Nilsson no le había explicado nada.

—Un hombre llamado Torgny Andersson fue víctima de una agresión que le causó la muerte el lunes por la mañana. Sospechamos que era travesti y que ese es el móvil de su asesinato. Ahora vamos a su casa en Stenungsund. Debemos buscar ropa de mujer, enseres femeninos como maquillaje, joyas y otras cosas por el estilo.

—Entiendo.

—Creemos que se ha relacionado con otros travestis y tenemos que intentar encontrar nombres, teléfonos y correos electrónicos para poder contactar con ellos. Puede que su hermano esté en casa. No sabe que sospechamos que su hermano era travesti y, mientras estemos allí, te rogaría que fueras discreto.

Martes, 25 de abril

Hora 11:02

Mikael Andersson estaba sentado en la entrada de la casa. No llevaba chaqueta y tenía frío. Había estado esperando toda la mañana a la policía de Gotemburgo, desde que le dijeron que irían por la mañana para mirar las pertenencias de Torgny. Las pertenencias, sonaba tan frío. Torgny solía decir «mis cosas». Solía. Mikael sintió que le dolía el pecho y las lágrimas volvieron a aparecer. Se cubrió la cabeza con las manos y la puso entre sus rodillas. Era tan injusto todo. Su hermano, que era tan bueno y amable, que caía bien a todo el mundo. Mikael pensaba en el misterioso grupo de póker. Se arrepentía de no haber insistido en ir o, por lo menos, haber sido lo suficientemente pesado y ahora sabría a ciencia cierta qué hacían. Pero era demasiado tarde. Se sobresaltó cuando notó que alguien lo golpeaba con suavidad en un hombro. No había oído a nadie acercarse.

—Hola —dijo Ingrid.

—Hola.

Mikael se levantó y se secó las lágrimas y los mocos con la manga derecha de la camisa.

—Siento mucho lo que le ha sucedido a su hermano y lamento mucho tener que molestarle, pero es de vital importancia que registremos sus pertenencias. Quizá encontremos algo que podamos relacionar con el asesino.

Mikael miró a Ingrid. Al cabo de unos segundos comprendió el significado de sus palabras.

—¿Quiere decir que Torgny a lo mejor conocía a su asesino?

—Tanto como eso no creo, pero tenemos sospechas de que en algún momento por algún motivo ha estado en contacto con él. Por eso queremos registrar sus pertenencias, por si encontramos alguna pista.

—Pero ¡Torgny no tenía enemigos! —Mikael gritó las palabras—. Le caía bien a todo el mundo. ¿No les ha quedado claro? Llevo diciéndoselo desde ayer.

—Vamos. Entremos.

Ingrid habló con voz tranquila y puso la mano sobre su hombro. Todo el cuerpo de Mikael pareció hundirse ante el contacto. La

impresión, la tensión y la falta de sueño hacían que no se reconociera a sí mismo. Era como si se hubiera quedado atrapado en una burbuja infernal sin salida. Cuando entraron en la casa, Ingrid preguntó:

—¿Hay alguien a quien podamos llamar para que esté con usted?

Mikael estaba sentado en la mesa de la cocina tapándose la cara con las manos y con los codos apoyados en la mesa. Al cabo de un rato, contestó:

—No. Estoy bien.

Fredrik Boberg se levantó de la mesa y preparó una taza de té a la que añadió unas gotas de un whisky que encontró en la alacena. Le ofreció la humeante taza a Mikael.

—Me llamo Fredrik Boberg. Bébase esto, seguro que después se sentirá mejor.

Ingrid y Boberg esperaron a que Mikael se bebiera el té. Cuando notó el sabor del whisky, se sorprendió. Después miró a Boberg y esbozó una tímida sonrisa.

—Gracias. —Cuando se bebió el té, se levantó—. Si me acompañan, les mostraré la habitación de Torgny.

Subieron la escalera que llevaba al segundo piso de la casa. Arriba había dos dormitorios que ocupaban cada uno un ala del piso. Entre ellos había un pequeño pasillo y un cuarto de baño. En una de las puertas había un letrero donde ponía «Mikael» escrito con letras infantiles, en el otro ponía «Torgny».

—Torgny hizo estos letreros cuando aprendió a escribir. A mamá le encantaban y se han quedado aquí. Me sentí tan orgulloso cuando vi que había hecho uno para mí. Así era Torgny, siempre pensando en los demás. Cuando nuestros padres murieron y heredamos la casa, dejamos los letreros puestos. Eran como un recuerdo de mamá. Pueden entrar en la habitación, yo tengo que ir al taller.

—Mejor coja un taxi, el té estaba cargado —dijo Boberg.

Mikael asintió y después, sin mediar palabra, bajó las escaleras. Al cabo de unos segundos, oyeron cómo la puerta de la calle se abría y se cerraba. Como si hubiera sido una señal, abrieron la puerta del dormitorio de Torgny y entraron. La habitación era grande y recordaba a un cuarto de adolescente. En una de las paredes colgaba un banderín del equipo de hockey Frölunda Indians y pósteres de coches deportivos. También había una fotografía ampliada de un radiante Torgny con un Mustang GT390. Había una cama, dos cómodas y una mesa. Había también un sofá de dos plazas con una mesita y un televisor delante. En una de las paredes largas había un armario. Ingrid lo abrió y vio que el armario seguía toda la largura de la pared. Dentro del armario, a la derecha, había una mesita llena a rebosar de material de pesca; a la izquierda había raquetas de tenis, un palo de hockey, pelotas de fútbol, cajas con revistas de coches y

algunas bolsas de deporte.

—Empezaré por aquí.

—De acuerdo. ¿Tienes guantes?

—No te preocupes —respondió Ingrid desde el interior del armario.

Se había fijado en las bolsas de deporte que había al fondo. Debían ser diez o doce en total. Las sacó y empezó a registrarlas. Tardó en mirarlas todas, ya que había muchos bolsillos interiores y cremalleras en cada una de ellas. La impresión que Ingrid había tenido de Torgny Andersson cuando entraron en el dormitorio era que había sido una persona metódica. Todo parecía muy limpio y ordenado. En algunas de las maletas encontró algún calcetín sucio y calzoncillos usados. En una de las primeras que registró encontró una toalla, enseres para afeitarse, jabón, champú, unas camisetas, dos pares de calcetines, unas zapatillas y un tubo con tres pelotas de tenis. La mayoría de las bolsas estaban vacías, algunas tal vez habían sido un regalo publicitario, pues parecían que ni siquiera se habían utilizado. Las tres últimas del montón pesaban más y abrió la primera.

—¡Bingo! —exclamó Ingrid—. Ven, Fredrik.

Con cuidado, sacó ropa interior de todos los colores posibles y con encajes, medias de nailon y ligas. En el fondo de la bolsa había un negligé o bata de noche de color azul claro con volantes blancos. En uno de los bolsillos laterales encontró un pequeño álbum de fotos. Lo abrió. Todas las fotografías eran de Torgny maquillado y vestido de mujer. Cogió el móvil y llamó a Tingström para decirle que habían encontrado la conexión entre las víctimas: todos eran travestis. La bolsa siguiente contenía tres pelucas y dos maletines llenos de maquillaje. La tercera bolsa tenía vestidos, tops, faldas y cinturones. En tres de los bolsillos exteriores había pequeños estuches con joyas. Antes de volver a meterlo todo en las bolsas, registraron juntos los bolsillos interiores y exteriores.

Ingrid quería encontrar nombres, teléfonos o cualquier indicio que pudiera llevarlos a hablar con otras personas que supieran de su vida secreta, pero no hallaron nada. Ingrid volvió a guardar las bolsas en el armario y decidió continuar mirando dentro de él. Registró cada rincón, caja y cajón, pero tan solo encontró toda clase de útiles de pesca. Parecía que se hacía él mismo las moscas. En la mesa había un diario de pesca. Ingrid lo hojeó fascinada. Había apuntado cada ocasión que había salido de pesca, dónde había estado, qué tipo de mosca había utilizado, el tamaño y el peso del pescado.

—Yo ya he acabado. —Escuchó a Boberg desde fuera—. No he encontrado nada de lo que buscamos.

Ingrid miró su reloj. Eran las doce y media.

—Hemos encontrado parte de lo que buscábamos. Con un poco de suerte, encontraremos teléfonos y direcciones en su móvil o en su

ordenador. Nos volvemos a Gotemburgo.

Martes, 25 de abril

Hora 13:37

Ingrid dejó la bolsa con la comida tailandesa sobre la mesa. Después cerró la puerta, se quitó la chaqueta y la colgó. Necesitaba estar sola un rato antes de la reunión de la tarde. En parte, para poder estructurar el caso en su cabeza para luego poder pasarlo al papel y, en parte, para poder decidir hacia dónde debía dirigir la investigación. Abrió la bolsa y comió un poco para calmar el hambre antes de coger un cuaderno del cajón de la mesa. Pasó las páginas hasta llegar a una en blanco. Pensó un rato jugueteando con el lápiz para después escribir Lars-Ove Karlsson, Johan Wilhelmsson y Torgny Andersson en la parte superior de la hoja. Bajo cada nombre escribió la fecha de la agresión, edad, aficiones, oficio, lugar de residencia y estado civil. No supo continuar, así que cogió otra hoja y escribió «Perpetrador». Subrayó la palabra varias veces, pensativa; después, escribió todo lo que sabía del agresor.

Altura media
Constitución física normal
Ropa negra, gorra oscura
Pálido (¿enfermo?). ¿Idioma? Nadie lo ha oído hablar
Ojos negros (mirada enloquecida)
Deja huellas dactilares (¿por qué?)
Arma: bate/palo de madera y barra de hierro
Enfurecido —odia a los travestis—, ¿por qué?

¿Cómo elige a sus víctimas? ¿Las vigila, las persigue y espera el momento ideal para agredirlas?

¿Por qué en Gotemburgo cuando las víctimas son de Grebbestad, Bankeryd y de Stenungsund?

Cuando no se le ocurrieron más puntos, leyó y pensó en lo que había escrito. El agresor aparecía como un loco calculador. Calculador porque se tomaba su tiempo para perseguir a sus víctimas y esperaba el momento ideal para atacarlas. Loco porque no dudaba en golpear a sus víctimas con rabia incluso cuando, según testimonios y la autopsia, yacían inconscientes. Parecía que no le importaba mostrar su cara y

dejar sus huellas en las armas usadas para las agresiones. Ingrid suspiró contrariada: ¿tendría que esperar a que hubiera otra víctima para obtener suficientes indicios como para atrapar al asesino? Dejaba muchas pistas después de una agresión y parecía que no le importaba lo más mínimo. Le sorprendía que, con un aspecto tan llamativo, fuera capaz de desaparecer sin dejar rastro. Y que no hubiera ni un solo testigo de sus dos ataques en la calle Andra Långgatan, una calle que tenía gente a todas horas. Podría o debería significar que vivía en el área, en tal caso, ¿por qué las pesquisas de Thomas y sus compañeros no habían dado ningún resultado? ¿Cambiaba su aspecto o nunca salía?

Las preguntas asaltaban su mente e Ingrid sentía que necesitaba tiempo para pensar en toda la información acumulada, encontrar y crear nuevos ángulos desde donde encaminar la investigación.

«Un loco —pensó—, es difícil de atrapar porque son muy imprevisibles y solemos cogerlos por pura casualidad». Pensó en lo que Helene le había contado el sábado por la noche sobre los profetas del Juicio Final y que solían ser sicópatas que eran capaces de llegar lejos para mostrar la veracidad de sus profecías. Algunos se habían visto como el arma de Dios y habían matado a personas que, según su opinión, vivían en pecado o habían pecado. ¿Cómo estaba el tema del Profeta del Juicio Final que los llamaba? «Tengo que preguntarle a Karin si todavía llama y si dice las mismas cosas», pensó. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el móvil. Se trataba de los compañeros de Strömstad, que le comunicaban que habían registrado la cafetería de Torgny. No habían encontrado ropa de mujer, joyas o nada parecido. Tampoco habían encontrado una agenda, solo una lista de teléfonos de proveedores de golosinas, prensa, bollería y cosas por el estilo.

Ingrid les agradeció el trabajo y les pidió que le enviaran por fax la lista de proveedores. Pensaba controlar todos los números de teléfono ahora que sabía que había una relación entre las tres víctimas y que el agresor había sido el mismo. Era el momento de ir atando cabos para avanzar. Un pensamiento apareció en la mente de Ingrid. ¿Y si el perpetrador pensaba que ya había logrado su objetivo? La página web con el curso para travestis de Angelina había desaparecido. Los asistentes del curso debieron darse cuenta antes que la policía de la relación que existía entre las víctimas. Ninguno de ellos debía atreverse a volver al centro cívico.

En realidad, tendría que alegrarse de que las agresiones finalizasen, pero no le hacía gracia tener a un asesino suelto en las calles que podría volver a matar al cabo de unos años. Ese asesino no tenía miedo a ser visto o dejar huellas, para él parecía más importante cumplir su cometido de agredir o matar a la víctima elegida.

Le pareció oír un ligero toque en la puerta. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que todo desaparecía a su alrededor. Miró hacia la ventana y vio que el sol lucía. Cuando se levantó para abrirla, los golpes se repitieron, esa vez más fuertes.

—Adelante.

Se trataba de Hultberg y Svahn. Miró el reloj, eran las tres menos diez. Los policías llevaban un termo con café y una bolsa de papel con pastas.

—Hemos pensado que estaría bien un poco de café.

—Me parece una buena idea —dijo Ingrid sonriendo—. Un momento, que hago un poco de sitio en la mesa para que podamos poner las tazas.

Ingrid amontonó los papeles, dejando el que acababa de escribir arriba del todo. Vio por el rabillo del ojo cómo Hultberg los estudiaba.

—Perpetrador —leyó desde el otro lado de la mesa. Ingrid puso la hoja bocabajo y miró a Hultberg—. Leo igual de bien normal que bocabajo. Aprendí a hacerlo cuando los niños eran pequeños. Me ha servido más de una vez en este trabajo a lo largo de los años.

Ingrid asintió. Svahn colocó tres tazas, vertió café y abrió con cuidado la bolsa con las pastas.

—¿Leche, azúcar?

Ingrid indicó con un movimiento de café que no quería ninguna de las dos cosas.

—¿Cómo va con el asesino de Lars-Ove Karlsson? —preguntó Hultberg—. ¿Lo tenéis?

Ingrid dio un mordisco grande a su pasta para ganar tiempo antes de responder. Se trataba de poder contar lo suficiente sin revelar nada importante. Tampoco quería darles poca información porque se ofenderían. Y eso era innecesario ahora que había puesto tanto de su parte para que hubiera una buena relación entre ellos. Además, Boberg le había contado que habían sido objeto de mofa de toda la comisaría desde que llegaron. Se habían tomado la molestia de ir con café y pastas. Probablemente, Malin y ella habían sido las únicas que se habían portado bien durante su tiempo en Gotemburgo. Bebió un sorbo del café, que, para su sorpresa, sabía bien.

—¡Qué bueno! Este café no es de la cafetería.

—He utilizado granos de café que he importado del Brasil y lo he hecho hace cinco minutos con mi percolador —contestó sonriente Svahn.

Ingrid no pudo evitar reír.

—Eso lo explica todo.

Hultberg se inclinó sobre la mesa y miró a Ingrid a los ojos.

—¿Fue agredido porque se vestía con ropa de mujer? —Dejó que la pregunta flotara en el aire. Se sentó—. Ese tipo de inclinaciones suelen

despertar lo peor en algunas personas. ¿Por eso los otros dos también fueron agredidos?

Ingrid no sabía qué decir, solo acertó a preguntar:

—¿Vestidos de mujer?

—Sí, en la policía de Grebbestad los conocemos.

—¿A quiénes?

—Hay un grupo de hombres que quedan y se visten de mujer. No sé qué hacen en esas reuniones, lo que sí sé es que hay gente que se molesta. Ha pasado más de una vez que les han dado una buena bofetada. Pero hace tiempo que no los veo, así que parece que ahora quedan en Gotemburgo. ¿Por eso fueron agredidos?

«La madre que… —pensó Ingrid—, ¿por qué no les hemos preguntado antes? Han trabajado en Grebbestad y después de tantos años deben conocer la localidad, la gente y los que destacan como la palma de su mano». Les habrían ahorrado mucho trabajo y tal vez hubieran salvado la vida de Torgny Andersson.

—Sabemos que era travesti, pero no sabemos con quién se relacionaba. Nos ha costado mucho encontrar a alguien que lo conociera de verdad. —Cogió su cuaderno y un lápiz—. ¿Podéis decirme con quién del ambiente se relacionaba? —Hultberg y Svahn se miraron. «Si ahora se enfadan, lo entenderé», pensó Ingrid—. Me gustaría que vinierais a la reunión que tenemos a las tres y media.

—De acuerdo. ¿Qué piensas tú, Svahn?

Svahn asintió y Hultberg continuó:

—Las personas con las que se veía, al menos hace un año o así, eran Carl Dolk, que tiene el restaurante Hamnkrogen; Charlie Smith, que lleva la peluquería Saxen; y luego uno, del que ahora no recuerdo el nombre, que dicen que lleva la cafetería de la piscina de Strömstad.

Ingrid apuntaba febrilmente. No se lo podía creer. Esa información había estado todo el tiempo en la comisaría, pero ni a ella ni a sus compañeros, los profesionales de la gran ciudad, se les había ocurrido preguntar a Hultberg o a Svahn qué podían saber.

—¿Alguna persona más?

Hultberg se rascó la nuca.

—Creo que no. ¿Qué me dices, Svahn?

—Has mencionado a todos.

—La otra persona que fue agredida y que murió por las lesiones causadas era Torgny Andersson, el que llevaba la cafetería de la piscina de Strömstad. Creemos que el hecho de que fueran travestis ha sido el motivo por el cual fueron agredidos y asesinados.

—Sí. Parece que está penado ser distinto en este mundo.

Ingrid sentía cómo su admiración hacia Hultberg crecía por momentos. A pesar de estar en la sesentena, no parecía estar tan de vuelta de todo y endurecido como muchos de sus compañeros. Parecía

que todavía mantenía un trato humano. No era habitual.

—Tenemos que acabar. Dentro de cinco minutos empieza la reunión. Es en la sala que está al fondo, a la izquierda del pasillo. Nos vemos allí, tengo que ir al lavabo antes.

Martes, 25 de abril

Hora 15:29

Cuando Ingrid llegó a la sala de reuniones, vio que Hultberg y Svahn la esperaban afuera.

—Hola de nuevo —dijo ella sonriendo—. Entrad.

Ingrid atravesó la sala con Hultberg y Svahn detrás. No las veía, pero presentía las miradas de sorpresa de los demás. Cuando llegó a la pizarra, alzó la mirada y vio que todos habían llegado a tiempo.

—Tenemos una larga e intensa reunión por delante. Hoy tenemos con nosotros a dos compañeros de la policía de Grebbestad. Para los que no los conozcáis, son Sven Hultberg y Karl-Erik Svahn. Acabo de recibir información muy importante de ellos que ahora compartiré con vosotros.

Ingrid paseó su mirada cargada de seriedad por la sala. Todos la observaban con atención menos Thomas, que con una sonrisa irónica en la cara se cruzó de brazos y se recostó un poco en la silla. Ingrid notó cómo la actitud insolente de Thomas la irritaba.

—Hultberg y Svahn, después de trabajar muchos años en Grebbestad, tienen un buen conocimiento de sus habitantes. El dueño del restaurante Hamnkrogen y el peluquero de la peluquería Saxen pertenecían junto con Lars-Ove a un grupo de travestis. Acordaos de que sus tarjetas de visita estaban en su cartera. También había una tarjeta de la piscina donde está la cafetería de Torgny Andersson, que también pertenecía al grupo. Según Hultberg y Svahn, no había más miembros en el grupo.

Por el silencio que se hizo tras sus últimas palabras, Ingrid entendió lo que todos pensaban en esos momentos. Esa información había estado en la comisaría todo el tiempo, pero nadie se había molestado en preguntar a los compañeros de Grebbestad.

—Bueno —se atrevió a hablar Hultberg—, no es que lo sepa toda la población. Son discretos, lo que pasa es que hace unos años Lars-Ove Karlsson, o la Lokomotora de las Inversiones, como lo llamábamos en Grebbestad, fue víctima de un chantaje. Al principio, pagó grandes sumas por el silencio del chantajista, pero al final no pudo más y acudió a nosotros. Estaba desesperado, su reputación como asesor bursátil podía ser destruida. Además, temía que si se revelaba que era travesti, no fuera considerado como de confianza en el mundo de la

bolsa. Fue así como compartió su secreto con nosotros y nos reveló con quién se relacionaba. Los otros tres no eran víctimas de chantaje, pero tenían miedo de qué pasaría con sus negocios en caso de que se supiera. Los tres tenían una posición económica holgada y eran víctimas potenciales de chantaje.

—¿Cuándo pasó? —preguntó Ingrid.

—Hace poco más de dos años.

—¿Atrapasteis al chantajista?

—Sí, en menos de una semana. —Hultberg paseó su mirada orgulloso e hizo una pausa teatral—. Resultó ser un vecino de Lars-Ove. Vivía en la misma calle.

—¿Quién? —Viking no pudo evitar interrumpirlo.

—Creo que se llamaba Benjaminsson, pero murió en un accidente de tráfico el año pasado, así que él no puede ser el agresor.

—¿Podéis contarnos algo más? Como sabéis, hemos tenido dificultades para encontrar a alguien que lo conociera o a parientes suyos —dijo Ingrid.

—Sí, como persona, yo lo recuerdo simpático y muy humilde. Aunque era muy conocido, mantenía un perfil bajo. Personalmente, creo que se trataba de una persona muy inteligente, o eso me pareció a mí.

—Totalmente de acuerdo —corroboró Svahn.

—En cuanto a parientes, creo que no tenía ninguno. Y amigos, yo hubiera hablado con Carl Dolk y Charlie Smith, pero supongo que ya lo habréis hecho.

—No. Hemos hablado con los empleados del restaurante Hamnkrogen, pero no con Carl Dolk, y también hemos ido a la peluquería, pero Charlie Smith está de vacaciones en las islas Canarias hasta mañana.

—Entiendo. —Hultberg asintió—. Debería ser prioritario localizarlos lo antes posible. Pueden ser las próximas víctimas. Eran cuatro y dos de ellos están muertos. También sería interesante saber qué hacían en Gotemburgo a esas horas.

Ingrid sintió admiración hacia Hultberg y se maldijo por no haber contado con ellos desde el principio. No solía prejuzgar a las personas. Por suerte, había intentado ser amable con ellos y los había invitado a almorzar. Con toda seguridad, gracias a eso estaban colaborando en esos momentos con ellos. Pensó en lo que le había dicho a Fredrik Boberg cuando iban hacia Stenungsund: «Hay que cuidar de los amigos pequeños, nunca se sabe si con el paso del tiempo pueden volverse grandes y poderosos».

—Sabemos qué hacían en Gotemburgo —dijo Ingrid—. Ellos y otros que no hemos identificado habían encontrado en la red un curso para travestis masculinos. El curso tenía lugar los domingos por la

noche en el centro cívico en la plaza Järntorget y lo llevaba un hombre que se llamaba Angelina. Sospechamos que el perpetrador esperó su momento para agredirlos. Atacó a tres, dos de ellos mortalmente. La persona que se salvó se llama Johan Wilhelmsson y vive en Bankeryd. Hemos hablado con Wilhelmsson y este nos ha dado una descripción del agresor. Según él, no conoce al resto de los asistentes al curso. Quizá el restaurador y el peluquero de Grebbestad los conozcan.

—¿Quieres que nos encarguemos nosotros de ello? No creo que nos echen de menos en la recepción —dijo en tono agrio Hultberg.

—Yo tampoco lo creo —respondió Ingrid sonriendo—. Tan solo dejadle un mensaje a Tingström para decirle que a partir de ahora formáis parte de mi grupo de investigación.

—Llamaremos en cuanto sepamos algo —dijo Hultberg mientras desaparecía por la puerta con Svahn.

—Así me gusta, esa es la actitud —contestó Ingrid.

Cuando cerraron la puerta, Thomas abrió la boca.

—¿Y vas a enviarlos sin un mapa? ¿Estás segura de que llegarán a Grebbestad?

Thomas se rio de su propia broma. Ingrid notó cómo la rabia le latía en el pecho. Miró airada a Thomas, pero después decidió que lo mejor era ignorarlo. Ya le daría lo suyo y un poco más después de la reunión.

—Continuamos. Viking y Malin, ¿cómo os fue en el centro cívico?

—Hemos hablado entre otros con Lena Larsson, que se encarga del alquiler de los locales. Nos contó que el local se había alquilado para la Ópera, el contacto se llama Bengt Ohlsson. Impartirían un curso de vestuario y maquillaje teatral de ocho a once y media de la noche. Como el curso se da tan tarde y el conserje acaba su turno a las diez los domingos, les dio una llave. Es una medida normal y siempre ha funcionado.

»Llamamos a la Ópera y hablamos con Bengt Ohlsson. No tenía ni idea de que el local se había alquilado en nombre de la Ópera y con él como contacto. Nos contó que todas las actividades de la Ópera se hacían en su sede. Hablamos con las personas que trabajan en el centro cívico y nadie recuerda nada extraño sobre el local alquilado. El centro tiene doce salas de conferencias y cinco salas de reuniones. Se hacen todo tipo de cursos y actividades por parte de empresas, asociaciones y entidades municipales.

»Que la Ópera alquilara una sala no le pareció extraño a nadie. Nos han dado una lista de otras personas que han alquilado espacios el domingo por la noche, pero no hemos podido hablar aún con ellos.

—¿Durante qué periodo se alquiló? —preguntó Ingrid.

—Del diecinueve de marzo al cuatro de junio de este año —

respondió Viking.

—Necesitamos un calendario para calcular cuántas sesiones son —dijo Ingrid.

Karin mostró uno.

—Un momento que lo miro… Son doce. Desde el diecinueve de marzo hasta el veintitrés de abril, que fue anteayer, han sido seis sesiones. Si recuerdo bien, el chantre asistió el nueve y el dieciséis de abril.

—Torgny Andersson asistió cinco o seis veces desde marzo según su hermano —añadió Nina.

—Del diecinueve de marzo hasta el veintitrés de abril, que fue cuando lo asesinaron, son seis sesiones. O sea, que estuvo desde el principio —concluyó Karin.

—Gracias, Karin y Nina. ¿Alguna cosa más del centro cívico, Viking?

—No eso es todo. Deberíamos poner el local bajo vigilancia por si alguien acude este domingo.

—Alguien del centro cívico debe haber hablado con Angelina —comentó Karin.

—Sí, pero según Lena Larsson, la responsable de los alquileres, no es extraño que la persona que alquila el local recoja el contrato en la recepción y después lo envíe firmado por correo. Una vez que el contrato está firmado y si el alquiler se paga por adelantado, puede recogerse una llave a cambio de una fianza de quinientas coronas.

—Vaya control más bueno —dijo Thomas con ironía.

—Sí, a nosotros también nos sorprendió —contestó Viking—, pero la responsable nos dijo que así llevaban haciéndolo años y nunca habían tenido problemas.

—¿Tenía el número de la cuenta corriente desde donde se pagó el alquiler? —preguntó Ingrid.

—Se pagaron quince mil coronas con la fianza de la llave incluida. La cantidad se abonó en la cuenta corriente que el centro cívico tiene en el banco Handelsbanken. No se hizo una transferencia, sino que se ingresó en la oficina. No creo que valga la pena preguntar a los empleados si recuerdan el ingreso. El banco tiene ochocientos clientes al día. La probabilidad de que se acuerden de un ingreso hecho hace dos meses y medio es mínima —constató Viking.

Ingrid suspiró.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Ingrid—. De todas formas, creo que mejor esperamos un día o dos antes de preguntar a los empleados de la oficina bancaria. —Miro al resto para ver si estaban de acuerdo con ella. Después prosiguió—: He estado esta mañana en Stenungsund con Fredrik Boberg, en la casa de Torgny Andersson. Hemos encontrado tres bolsas de deporte llenas de ropa y enseres de mujer en

su armario, y también un álbum con fotografías de Torgny vestido de mujer. Creo que podemos trabajar con la teoría de que fueron atacados por ser travestis y por el mismo agresor. Quiero que pongamos en común todos los datos que hemos obtenido. Quizá haya una conexión, aunque sea indirecta, con el asesino. Eso si no es un loco solitario. ¿Y cómo os ha ido a vosotros, Thomas? ¿Habéis localizado a más testigos?

Thomas asintió mientras tecleaba en su ordenador. Al cabo de un rato, en la pantalla se vio un plano de los barrios de Masthugget y Haga. Había toda una serie de cruces y puntos de distintos colores.

—Aquí tenéis señalado dónde fueron encontradas las víctimas. —Thomas señaló tres cruces negras con un lápiz—. Aquí esperaba el agresor a Lars-Ove y al chantre el diecisiete de abril. Este es el recorrido de la persecución. El punto rojo muestra dónde fueron encontrados. Es una incógnita para mí como es que todavía no hemos encontrado ningún testigo de los ataques, a pesar de las veces que hemos pedido testimonios de los hechos en la prensa. En cambio, de la agresión de Torgny Andersson tenemos varios testigos. Son los puntos verdes.

»A veces tengo dudas de si se trata de la misma persona. Todavía no he podido localizarlo más allá de la calle Värmlandsgatan. Después, es como si se lo hubiera tragado la tierra. Hemos hablado sobre su aspecto y, de hecho, desde que revelamos sus rasgos físicos, el teléfono no ha parado de sonar, pero… —Thomas se encogió de hombros y mostró una nueva imagen en la que se veía un mapa de Gotemburgo y sus municipios limítrofes—. Todos estos puntos que veis en Gotemburgo: Lerum, Partille, Mölndal y Härryda son observaciones de gente que cree que lo ha visto en distintas fechas y horas. —El mapa tenía unos cincuenta puntos—. No hemos podido descubrir ningún patrón o cosa similar. ¿Vosotros?

Ingrid, Karin, Nina, Viking y los demás estuvieron de acuerdo con él después de estudiar el mapa un rato en silencio.

—¿Puedes poner la primera imagen otra vez? —pidió Ingrid.

Thomas la cambió y miró expectante a Ingrid.

—Esta imagen muestra dos zonas concretas. La primera, en la calle Andra Långgatan, en el sitio donde ocurrieron los dos primeros ataques. La segunda, en torno a la iglesia de Oscar Fredrik y la calle Värmlandsgatan. Los sucesos y los testimonios están concentrados en dos puntos no muy lejanos el uno del otro. La calle Värmlandsgatan atraviesa todas las calles de los hechos.

—Apostaría mi sueldo a que vive en la zona —exclamó Karin.

—Pero, entonces, ¿por qué nadie lo reconoce? No me malinterpretes, Karin, estoy completamente de acuerdo contigo, mi instinto y mi experiencia policial me dicen que vive por la zona. Pero

no puede ser invisible, no con ese aspecto.

—También puede ser un travesti —dijo Malin.

Los ojos de todos se volvieron hacia ella.

—¿Y si se vistiera de otra forma en su vida cotidiana y por eso nadie lo reconoce?

«Otra manera de verlo», pensó Ingrid.

—La verdad es que nunca he tenido un caso así en toda mi vida profesional. Nada parece ser inicialmente lo que es en realidad. Por ejemplo, nuestro agresor, que en los dos primeros ataques es invisible y en el tercer ataque no le importa nada ser visto. Un experto en perfiles criminales se volvería histérico. Nina, ¿qué puedes contarnos?

—Karin y yo hemos trabajado juntas. Hemos contactado con la Brigada Antivicio y les hemos facilitado fotos de las víctimas. No las conocen, pero trabajarán con las fotografías. Lo interesante es que nos dieron las direcciones de dos clubs de travestis en Gotemburgo. Uno está en el polígono industrial de Arendal y otro en el polígono industrial de Sisjön, pero no los hemos visitado. Hemos buscado por la red asociaciones de travestis, en realidad, todo lo relacionado con esta palabra.

»Tenemos una lista de nombres de personas con las que pensamos contactar para saber si han sido amenazadas o si conocen a Angelina. Los informáticos nos han ayudado con los ordenadores. Hemos pedido que priorizaran analizar los comentarios y la página web de Lars-Ove Karlsson. De momento, no han encontrado ningún correo electrónico ni comentario amenazador. Solo han analizado hasta cuatro meses atrás. Creo que tenemos que considerar la posibilidad de que haya podido ser víctima de chantaje otra vez. Podría ser esto lo que una a las víctimas con el agresor.

—Bien pensado —dijo Ingrid—. Las personas que fueron agredidas tienen todas las razones del mundo para esconder su identidad. Ni siquiera las personas más allegadas sabían nada. Y además tenían una buena economía.

—En efecto —corroboró Nina—. He empezado a hablar con personas del entorno de Torgny Andersson, amigos y socios de las distintas asociaciones de las que era miembro. Todos lo describen como un buen chico que siempre ayudaba en lo que fuera. Nadie habla de su afición de vestirse de mujer, y de haberlo sabido creo que nos lo hubieran dicho. Ni su hermano, que vivía con él, lo sabía.

—¿Qué sabemos de los otros ordenadores? —preguntó Ingrid.

—No hemos tenido tiempo de leer todo lo que los informáticos han averiguado. Son un montón de páginas.

—De acuerdo. Prioricémoslo, a ver si encontramos alguna amenaza. El perpetrador conoce a este grupo de hombres que se reunían con frecuencia, encontró la página web de Angelina o de

alguna manera supo que iba a impartirse un curso en el centro cívico y averiguó cuándo. La tal Angelina debe ser muy buena, ya que ha eliminado todo rastro suyo que pudiera revelar su identidad. Thomas, tú, Andersson, Edberg y Telander os dedicareis a revisar el material que los informáticos han conseguido de los ordenadores.

Nina levantó un lápiz en el aire.

—Tenemos también el móvil de Torgny Andersson y hemos recibido la lista de llamadas y mensajes.

—Thomas, para vosotros. Tendréis que comparar las llamadas con la lista que tenemos de Lars-Ove Karlsson.

Thomas miró con ira a Ingrid. Abrió la boca para decir algo, pero, cuando su mirada se cruzó con la de Ingrid, la cerró de nuevo. El hecho no pasó desapercibido entre los reunidos.

—Mañana iré a la autopsia de Torgny Andersson y después intentaré hablar con su prometida. Vamos a ver qué encuentran Hultberg y Svahn en Grebbestad, yo me encargaré de ellos. Karin y Nina, iréis a los clubs de travestis. Viking, mira los resultados que Karin y Nina han conseguido buscando información sobre clubs de travestis y cosas relacionadas. ¿Queda alguna cosa más?

—Las triangulaciones —apuntó Karin—. El número de móvil que salía en la página web de Angelina no ha dado señales de vida. No descarto que la tal Angelina haya tirado la tarjeta SIM. Él o ella cerró la página web bien rápido, incluso antes del asesinato de Torgny Andersson. Después, me pediste que localizara la llamada del Profeta del Juicio Final que no para de llamar. Las llamadas vienen de un teléfono con tarjeta de prepago y ha sido registrado en las inmediaciones de las antenas de Frölunda, Masthugget, Nordstan, etc. Siempre desde distintos sitios, pero supongo que pronto se cansará de dar vueltas por la ciudad.

—¿Qué dice? —preguntó Ingrid—. ¿Siempre son las mismas cosas?

Karin miró el montón de papeles. Ingrid se percató de lo cansada y estresada que parecía. Solo llevaban una semana con el caso, pero era como si les hubiera chupado toda la energía.

—A ver, tengo una lista de los compañeros que han hablado con él.

En vez de leer en voz alta, le pasó tres folios a Ingrid. Ingrid los miró por encima y pensó que los leería más tarde.

—Bueno —dijo Ingrid, y se levantó—, eso es todo por hoy. —Miró el reloj, casi eran las cinco y media—. Ya continuaremos mañana descansados y con más energía.

El ruido de las patas de las sillas arrastradas en el suelo tapó el murmullo de agradecimiento por la finalización de la reunión.

Martes, 25 de abril

Hora 19:09

Ingrid se sentía como un trapo sucio cuando entró por la puerta de su casa. Solo tenía ganas de arrojarse al sofá con un poco de comida precocinada y una copa de vino tinto. Pero no iba a poder ser, sabía que necesitaba hacer ejercicio para mantenerse en forma física y síquica. El poco ejercicio que había practicado durante la semana y jugar golf con las amigas le habían hecho bien: ya no se sentía tan apática. Se quitó la ropa, se puso el chándal, agarró un plátano y cogió la bicicleta para ir hasta Skatås para correr en la pista de cinco kilómetros. Ya era suficiente por hoy. Cuando hubo pedaleado la última cuesta arriba, sintió cómo la sangre corría por su cuerpo y que el buen humor se apoderaba de ella. Aparcó la bicicleta e hizo el recorrido de la pista a buen ritmo.

Cuando llegó a casa, se duchó. Se sentía como nueva y espabilada. Mientras había corrido había tenido la corazonada de que resolvería ese caso tan diferente y extraño. Se preparó unas rebanadas de pan y una taza de té. Después, cogió los tres folios que Karin le había dado sobre las llamadas del profeta. No podía olvidarlo desde que el sábado pasado había hablado de él a Ewa y Helene. Desde entonces, no había dejado de pensar en el artículo sobre los profetas que le había comentado Helene. Las llamadas a la policía ya habían comenzado el diecisiete de abril, el mismo día de la agresión a Lars-Ove Karlsson y Johan Wilhelmsson; después, había llamado cada día. El resumen de las llamadas era fácil de leer. Se trataba de dos columnas. En una, a la izquierda de la página, podían leerse el día y la hora, mientras que en la segunda se leía lo que textualmente había dicho el profeta en cada una de las ocasiones. Reconoció las primeras declaraciones, y luego se fueron haciendo más largas y de un carácter más religioso. Como si fueran enigmas. El día anterior había llamado dos veces y ese, tres. Lo que lo diferenciaba de los otros días era que solo había dicho: «Leed el Quinto Libro de Moisés, capítulo veintidós, versículo quinto. Os he iluminado». Después, había colgado. Por lo visto nadie, se había molestado en comprobar el contenido, así que decidió llamar a Helene. Ingrid se sirvió más té y se acomodó en el sofá antes de llamar. Helene contestó a la segunda señal.

—Pero mira quién llama. ¿Ya te has lamido las heridas y se te ha

pasado la resaca? —contestó Helene burlona.

—Ya, ya, solo porque he tenido un momento de debilidad en mis veinte años de jugadora de golf no hace falta que te pongas así. Y no bebí tanto, que algunas nos fuimos a trabajar al día siguiente.

—En serio, Ingrid, creo que te sentirías mejor trabajando menos y jugando más al golf.

Ingrid gruñó. No había llamado para que la regañaran, y menos Helene.

—¿Quieres jugar este fin de semana?

—Perfecto. El sábado me va bien. ¿Quieres que reserve en Delsjön?

—De acuerdo. ¿Llamarás a Ewa?

—Claro. ¿Cómo te va con el caso, por cierto? ¿Y aquel hombre que llamaba y que decía que era hora de separar el grano de la paja y que el día del juicio estaba próximo o algo así?

—La verdad es que necesito tu ayuda. No puedo quitármelo de la cabeza. Ayer y hoy ha llamado, ha dejado una referencia de la Biblia y ha colgado.

—¿De la Biblia?

—Espera. Ha dicho esto: «Leed el Quinto Libro de Moisés, capítulo veintidós, versículo quinto. Os he iluminado».

—¿Y dice eso cada vez que llama? ¿Habéis controlado la cita?

—No, esperaba que tú me ayudases con ello.

—Vale. Espera un momento, que busco mi Biblia.

Ingrid oyó un pitido leve en su dormitorio. Sobre la mesita de noche estaba su móvil de trabajo. Cuando llegó a casa, lo dejó allí y no se lo llevó cuando se fue a correr. Vio en la pantalla un mensaje «Tienes ocho llamadas perdidas». Antes de que pudiera ver quién había llamado, Helene volvió al teléfono.

—¿Hola? ¿Estás ahí?

—Sí.

—Escucha con atención: «No vestirá la mujer ropa de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer, porque abominación es a Jehová, tu Dios, cualquiera que hace esto».

El significado de lo que acababa de leerle Helene la golpeó con toda su fuerza.

—¿Puedes volver a leérmelo? Pero un poco más lento esta vez, para que así me dé tiempo de apuntarlo.

Helene leyó la cita dos veces más porque Ingrid quería asegurarse de haberla escrito bien.

—Helene, ¿te das cuenta de lo que significa? Debe ser el asesino el que nos llama. Este hombre ha llamado desde la primera agresión, nadie más puede haber sabido con tanta anterioridad que los agredidos eran travestis. Ha llamado cada día, pero no nos lo hemos tomado en serio porque nos parecía un loco más de los que quieren

llamar la atención. ¿Sabes que tenemos una lista de personas que llaman para confesarse los autores de los distintos crímenes que suceden en la ciudad?

—Tranquilízate, Ingrid. No te eches la culpa, después de todo, has sido tú la que lo ha descubierto.

—Estoy cabreada conmigo misma. Es la segunda vez hoy que me doy cuenta de que he sido descuidada con mi trabajo.

Le contó sobre Hultberg y Svahn, los policías de Grebbestad que habían sido tratados como pueblerinos. Resultó que tenían un conocimiento sobre el asesinado que ellos habían tardado una semana en reunir. Si los hubiera incluido en la investigación desde el primer momento, Torgny Andersson probablemente estaría vivo.

—No fue tu decisión, Ingrid. Fue Tingström quien decidió que ellos no formarían parte de tu equipo. Deja de sentir pena por ti misma. Continúa con lo que tienes y trata de atrapar a ese loco en vez de autocompadecerte.

Ingrid gimió.

—Tienes razón. Estos últimos días me he sentido tan cansada y apática. Es como si hubiera perdido las ganas y la motivación. Cuando pasan estas cosas dos veces en un día, es como si no me reconociera a mí misma. No me atrevo a fiarme de mi intuición.

—No hay nada malo en tu instinto, pero trabajas demasiado y eso a la larga no funciona. Ewa y yo apenas te hemos visto estos últimos seis meses. Solamente trabajas y trabajas. Dios creó un día para descansar, pero la gente parece que lo ignora. Antes, el día de descanso era sagrado. Las personas iban a la iglesia y después se lo tomaban con calma en familia. Así es como cargas las pilas. El sábado jugaremos al golf y después iremos a mi casa a preparar un menú de tres platos de recetas elaboradas, y te quedarás a dormir. El domingo daremos un largo paseo y me acompañarás a la iglesia. Y después, iremos a tomar café con el resto de la congregación. ¿Entendido?

Ingrid notó cómo las lágrimas pugnaban por abrirse paso. Helene debía ser un ángel enviado directamente por Dios para vivir entre los humanos. No podía imaginarse a nadie más adecuada para ser diaconisa. Una vez más, agradeció tener a Helene y a Ewa en su vida, que estaban con ella en las duras y en las maduras.

—¿Y bien? —preguntó Helene.

Ingrid se controló antes de contestar.

—Suena como un fin de semana que hace tiempo que no experimento. Me apunto.

—Bien. ¿Y ahora qué harás para atrapar al asesino?

Ingrid no pudo evitar reír.

—Eres maravillosa, Helene. No dejas que una se revuelque en la autocompasión más tiempo del necesario.

—Así me gusta. Venga, ¿cuál será la estrategia que utilizará la famosa policía Ingrid Bergman?

—¿Podrías conseguirme el artículo sobre los profetas del Juicio Final, aquellos que no dudaban en hacer lo que fuera para demostrar sus profecías y que se consideraban un arma enviada por la voluntad de Dios?

—Voy al trabajo a buscarlo. Te lo enviaré por correo electrónico.

—Gracias. Me voy a la comisaría.

—Bien.

Ingrid colgó y llamó al comisario de guardia para explicarle que tenían que poner a alguien para que vigilara posibles llamadas de un hombre que llamaba desde cabinas y hablaba sobre temas religiosos. Debían tratar de alargar la conversación y hacerle hablar más, ya que podría ser el asesino. Ella misma iría a hablar con los que trabajaban con la línea directa, pero quería avisar antes por si llamara mientras estaba de camino. Se cambió de ropa y cinco minutos después estaba en el coche en dirección a la comisaría. De camino, habló con Tingström para informarlo de las últimas novedades.

—Quiero hablar con un experto en elaborar perfiles criminales.

Después llamó a Helene.

—¿Crees que podrías venir con el artículo a mi trabajo? Me sería de gran ayuda que pudieras leer todo lo que este Profeta del Juicio Final nos ha dicho. A lo mejor averiguas algo que se nos haya pasado por alto, una pista sobre quien es o algo así, no sé. Ninguno de nosotros tiene tus conocimientos teológicos.

—Estaré allí lo más rápido posible.

Ingrid aparcó el coche en el garaje de la comisaría y subió las escaleras a toda prisa. La adrenalina corría por su cuerpo y se sentía llena de energía. Cuando un caso llegaba a ese punto de inflexión, era como si todos se llenaran de energía. No podían bajar el ritmo, solo aumentarlo. El cansancio se había desvanecido y la apatía se había ido de vacaciones a Depresionistán. Ingrid se sintió viva, sintió que de verdad amaba su trabajo. En ese momento no entendía cómo podía haber dudado hacía unas horas de si era la persona indicada para su trabajo. Era inspectora jefe, y muy buena.

Ingrid fue directa al comisario de guardia y preguntó si habían recibido alguna llamada relacionada con su caso. Después le pidió que llamara a Karin Falk, Nina Hamilton, Viking Johansson y Thomas Alfredsson. Sería suficiente con ellos. Luego fue a la centralita donde los compañeros estaban trabajando con las llamadas de los ciudadanos. Eran dos y, por el momento, la noche estaba siendo tranquila, pero las cosas podían cambiar en un segundo. Les contó lo importante que era que intentaran hacer hablar al Profeta del Juicio Final para conseguir una pista sobre quién era, qué relación tenía con

las víctimas y otros datos importantes. También monitorizarían la llamada e intentarían localizar desde dónde se hacía, así que era importante que lo mantuvieran al teléfono el mayor tiempo posible para poder enviar un coche de policía al lugar de la llamada. Después, subió a su piso a toda prisa y tomó un café de la máquina que había cerca de la sala de reuniones donde había quedado con los demás. La puerta ya estaba abierta y la luz, encendida. Cuando entró, vio a Tingström y a Per Schildt delante de la pizarra. Los saludó, pero no le explicaron qué hacía el fiscal en la sala. Era posible que Tingström le hubiera pedido que fuera.

—Ya es nuestro. Solo es cuestión de tiempo —dijo Ingrid.

—¿Estás segura? —preguntó prudente Schildt.

—Sí. Se comporta de una forma que parece que quiere que lo atrapemos. Deja sus huellas dactilares y no oculta su rostro. Por otro lado, parece que ha llamado a la línea directa abierta desde el día de las primeras agresiones. Los últimos días ha llamado hasta dos y tres veces al día. Quiere que lo atrapemos, que su mensaje se difunda; eso significa que no tolera a los travestis, y se apoya en la Biblia, citándola para justificar sus agresiones y asesinatos. No creo que pare ahora que ha comenzado y parece que le ha cogido el gusto. Lo único que sabemos con seguridad es que actúa los domingos por la noche, no sabemos por qué, pero puede ser que haya visto la página web de Angelina y se haya decidido por atacar a los que van al curso en el centro cívico.

—Hola, ¿por qué no contestas al móvil?

Detrás de ella estaban Karin y Thomas. Ingrid sacó su móvil del bolsillo. En la pantalla ponía «15 llamadas perdidas».

—Perdón. No era mi intención. Sentaos y os cuento las últimas novedades.

Ingrid explicó brevemente la conversación con Helene, habló sobre el artículo, la referencia a la Biblia por parte del Profeta del Juicio Final y lo que decía. Thomas silbó impresionado.

—Las brumas se despejan.

Ingrid miró el reloj.

—Esperemos veinte minutos más. Después, comenzamos. Informad a los demás a medida que aparezcan. Con suerte, Helene ya estará aquí. Solo tengo que ver quién me ha llamado.

Pensó que tal vez habían sido Hultberg y Svahn con información importante. Cuando entró en su oficina, cerró la puerta. Una era de Per Schildt, que quería saber cómo iba la investigación. Una de Tingström, anunciando que llegaba a la comisaría. Dos de Helene, que estaba en la recepción y no la dejaban subir. Ingrid sacó la cabeza por la puerta y llamó a Thomas para pedirle que fuera a buscar a Helene. Una de Mikael Andersson, el hermano del asesinado, Torgny

Andersson, que quería saber si habían encontrado algo en el cuarto de su hermano. «Si tú supieras», pensó. Decidió que lo llamaría a la mañana siguiente. Cinco eran de Thomas preguntando si había pasado alguna cosa, ya que lo habían llamado para que fuera a la comisaría sin ninguna explicación. «Bueno, ahora ya lo sabes», pensó, y siguió revisando el teléfono. Nina le explicaba que no podía ir a la reunión porque estaba sola con los niños, aunque iría a la mañana siguiente, pero que le gustaría saber qué pasaba. El resto de las llamadas eran de Hultberg, que pedía que lo llamara. Svahn y él habían hablado con Carl Dolk y Charlie Smith. Ingrid llamó a Hultberg, que contestó a la primera señal.

—Hola, soy Ingrid Bergman. Por distintos motivos, no he podido escuchar tus mensajes.

Una mentira piadosa. No quería que pensara que había pasado de él. Si había llamado tantas veces, debía ser importante.

—Hola. ¿Has escuchado que Svahn y yo hemos hablado con Carl Dolk y Charlie Smith?

—¿También con Charlie Smith? ¿No volvía mañana de las Canarias?

—Llegó ayer. Carl Dolk lo llamó y le contó lo que había pasado.

—Vaya. ¿Por qué no ha hablado con nosotros? Deben haberle dicho en la peluquería que lo buscábamos.

—Por lo visto, ha llamado varias veces, pero nadie le ha devuelto las llamadas.

En ese momento Ingrid vio una de las notitas que tenía en la mesa en la que ponía «Llama a Charlie Smith sobre el curso». La nota tenía fecha del día anterior. Sintió una punzada en el estómago, parecía que siempre iba un paso por detrás.

—¿Dónde estáis?

—En la recepción. Nos han dejado un ordenador para que podamos transcribir nuestros interrogatorios.

—Me gustaría que subierais al cuarto piso. Tenemos una reunión y creemos que hemos identificado al asesino.

—Ahora vamos.

Ingrid fue a la máquina para cargar la taza de más café. Se sentía contenta y llena de expectación. Ahora estaban detrás del asesino y no soltarían la pista hasta atraparlo. Cuando volvió a la sala de reuniones, Viking había llegado. Junto a él estaba Malin. Ingrid no había pedido que la llamaran, así que supuso que Viking la había avisado.

—Gracias por venir con tan poca antelación. Como os habrán informado, creo que hemos identificado al asesino. El tipo realmente se ha esforzado para dejarnos pistas. ¿Dónde está Helene? Thomas tenía que…

No acabó la frase porque por la puerta entraron Helene, Hultberg y Svahn.

—Bueno, ya estamos todos. Podemos comenzar. Había pensado que para empezar repasemos qué tenemos y las últimas novedades. Después, hablaremos sobre qué haremos mañana. Todo apunta a que será un día largo. —Ingrid se giró hacia Helene—. Ella es Helene, trabaja como diaconisa en Gotemburgo.

Ingrid le presentó al resto del equipo y después resumió de forma breve las llamadas que el llamado Profeta del Juicio Final había hecho. Luego pidió a Helene que las comentara.

—He intentado interpretar lo que ha dicho. Se trata de citas sacadas de la Biblia sin ningún orden y que mezcla para favorecer su discurso. Por ejemplo, que el día del Juicio Final se separará el grano de la paja. Habla de sí mismo como si cumpliera una misión encomendada por el Señor. Traigo conmigo un artículo escrito por un teólogo que ha investigado sobre los profetas del Juicio Final. ¿Os hago un resumen?

—Sí —dijo Ingrid—. Puede darnos una idea de la persona a la que nos enfrentamos.

—Según el teólogo, ha habido profetas del Juicio Final en todas las épocas. La mayoría de ellos eran timadores que buscaban dinero o atención. También había algunos que podríamos calificar de personajes inofensivos. También ha habido profetas que se han encargado de que sus profecías se cumplieran mediante el asesinato o la agresión de personas que consideraban que vivían en pecado o que eran pecadoras. Cuando la gente no hacía caso de sus profecías, se encargaban ellos de cumplirlas. Se autonombraban los enviados de Dios para castigar a los pecadores y, en concreto, a las mujeres. No sé si se trata de una persona así en este caso, pero está bien tenerlo en cuenta.

—Gracias, Helene. Como cita la Biblia, y concretamente un pasaje donde se dice que los hombres no pueden llevar ropa de mujer, podemos pensar que se trata de un fanático religioso con problemas mentales. El riesgo está en que no se limite solo a los travestis, sino que comience a atacar también a homosexuales y prostitutas, por ejemplo, ya que para alguien así también son pecadores.

—Creo que puede ser la persona que buscamos —dijo Karin—. Que sepamos, lo que tienen en común las tres víctimas es el curso de travestismo. Dos de ellos se conocían y el tercero, el chantre, no tenía ninguna relación con ellos según este. Tenemos un montón de material: nombres, direcciones, números de teléfono de distintas asociaciones para comprobar e intentar encontrar alguna relación… Creo que es una línea de investigación que no debemos dejar. Podríamos encontrar alguna relación o descubrir la identidad del

Profeta.

Todos los demás asintieron. Estaban de acuerdo con la reflexión de Karin.

—Hemos interrogado a dos testigos importantes esta tarde. ¿Podéis contarnos cómo ha ido? —Ingrid cabeceó hacia Hultberg y Svahn.

Hultberg carraspeó, miró un momento sus papeles y luego se quitó las gafas para dejarlas encima de ellos.

—Carl Dolk es restaurador y tiene el restaurante Hamnkrogen, en Grebbestad. Desde hace muchos años es amigo de Charlie Smith, que tiene la peluquería Saxen en la misma localidad y, a la vez, también es amigo del asesinado Lars-Ove Karlsson. Lo que tienen en común es que son travestis. Han sido muy discretos, pero hace unos años fueron víctimas de un chantaje. Capturamos al chantajista, que por cierto está muerto. Después de este incidente, se volvieron más cautos. Había un cuarto miembro en este pequeño club: Torgny Andersson, de Stenungsund. Svahn y yo fuimos esta tarde a casa de Carl Dolk, y está asustado. Está aterrado ante la posibilidad de que el próximo sea él o Charlie Smith. También tiene miedo de que su condición de travesti se haga pública y dañe su negocio.

—¿Por qué piensa que puede ser él o Charlie la próxima víctima? ¿Tiene alguna sospecha?

—No. Dice que no tiene ni idea de quién o quiénes están detrás de los ataques. Después del incidente con el chantajista, han sido extremadamente cuidadosos. Cuando han tenido ganas de vestirse de mujer, han viajado al extranjero, a excepción de este curso en el centro cívico. Contó que en el curso fueron cautos y no dijeron su nombre verdadero ni que se conocían. Le preguntamos si sabía el nombre de alguno de los asistentes, pero no lo sabía. Le enseñamos una foto de Wilhelmsson y le pareció que lo había visto en alguna de las sesiones.

—¿Angelina? ¿Qué pudo deciros de ella? —preguntó Ingrid.

—La describió como muy bella y que tan solo su voz delataba que era un hombre. Les había hecho sentirse cómodos y seguros en el curso. También nos dijo que su página web había desaparecido y que no contestaba al móvil.

—¿Tenéis el número? —volvió a preguntar Ingrid.

—¡Por favor! —respondió Hultberg un poco ofendido, después se lo dijo.

Ingrid alzó las manos como disculpándose.

—Perdona, no hago más que interrumpirte.

—Es el mismo número de móvil que ha aparecido otras veces —dijo Karin.

Hultberg asintió.

—Dolk ha intentado contactar con Angelina, pero parece que se la

ha tragado la tierra. Y no me extrañaría que estuviera escondida. Sus alumnos han sido asesinados uno detrás de otro.

—Me gustaría hablar con Angelina. Debe tener los números de teléfono u otros medios de contacto de todos los hombres que han participado en el curso. Necesitamos hablar con ellos y advertirlos.

—Tendremos gente dentro y fuera del centro cívico el domingo —dijo Tingström.

—Sí, y tenemos que capturar al Profeta del Juicio Final la próxima vez que llame. Estoy segura de que lo hará otra vez. Es su forma de actuar. Karin, serás responsable de que la próxima vez que llame se haga todo lo posible para sonsacarle información y capturarlo. Nina irá a los clubs de travestis sola. Si quieres, puedes llevarte contigo a alguno de los compañeros que trabajan con Thomas.

Ingrid se levantó para abrir la ventana. En ese momento fue consciente de que siempre lo hacía cuando necesitaba un poco de tiempo para pensar, como Nilsson, que siempre carraspeaba y se pasaba la mano por sus escasos cabellos. Hultberg carraspeó.

—¿Puedo seguir?

Notó que había un poco de irritación reprimida en la pregunta y se vio en la necesidad de explicar cómo funcionaban las reuniones.

—Tenemos la tendencia de interrumpirnos y de cambiar de tema en nuestras reuniones. Sobre todo, cuando tenemos la sensación de haber avanzado sustancialmente en el caso. No es una cuestión de falta de respeto, sino porque opino que es importante que la gente diga lo que se le ocurra en ese momento en vez de callarse. Soy consciente de que puede parecer caótico y desestructurado, pero cuando se ha trabajado de esta manera un tiempo como hemos hecho nosotros, muchas veces surgen ideas poco convencionales que, a su vez, nos han llevado a solucionar casos difíciles. No tengáis miedo de interrumpir o coger la palabra, nadie va a enfadarse.

Hultberg y Svahn miraron a Ingrid como si fuera de otro planeta.

—Ajá —comentó Svahn.

—Continúo, entonces —dijo Hultberg al notar que todos lo miraban expectantes—. Lo que he contado es el resumen de la entrevista con Carl Dolk. Fue él quien nos dijo que Charlie Smith había interrumpido sus vacaciones y había vuelto. Charlie Smith estaba en su casa y, como Carl Dolk, tenía miedo. Era el único de los dos que pensaba que alguien iba a por ellos después de las agresiones a Lars-Ove Karlsson y Torgny Andersson. No supo decirnos por qué pensaba así, pero nos explicó lo que significaba vivir con un secreto en una localidad pequeña. Tenía la teoría de que el asesino podía ser uno de los asistentes al curso, pero no sospechaba de nadie en concreto. Tanto Svahn como yo podríamos decir que Smith estaba tan aterrado que rozaba la paranoia. Hablando en plata: está cagado de miedo.

—Puede que su teoría de que uno de los asistentes es el asesino no sea tan descabellada. Con más razón, necesitamos contactar con los asistentes y Angelina.

—Tendremos que convocar una rueda de prensa y requerir con discreción que estas personas nos contacten. Yo me encargaré de ello —dijo Tingström—. La prensa está detrás de nosotros como perros sabuesos. Han conectado los asesinatos con las agresiones, pero todavía no han averiguado qué relación tienen las víctimas entre ellas. ¿Hay alguien aquí que tenga una idea de cómo vamos a localizar a esta gente?

—¿No se puede encontrar una dirección IP o algo parecido que nos lleve a la página web de Angelina? En alguno de los ordenadores tiene que haber alguna cookie o rastro que nos lleve a ella —comentó Karin —. A Nina la ayudaron. Debería poder hacerse.

—Claro que se puede —afirmó Tingström.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Ingrid, y paseó la mirada entre los asistentes. Cuando vio lo pálido que estaba Per Schildt, se sobresaltó—. ¿Cómo estás, Per? ¿Te encuentras bien?

Todas las miradas se concentraron en Per.

—No. Me… eh… encuentro bien. Solo es el maldito café que tenéis aquí, sabe a rayos, parece veneno. —Los demás rieron su comentario acertado—. Oye, Tingström ¿no es hora de invertir en una nueva máquina de café antes de que tus empleados mueran por intoxicación?

—¿Y eso me lo dices tú? ¿En serio crees que el café que tenéis vosotros es mejor?

—No, pero sería más agradable venir hasta aquí.

Ingrid carraspeó.

—Bien, los demás queremos irnos a casa. Si no hay nada más, ya os aclarareis vosotros dos sobre el tema del café. Mañana es el último día de Hultberg y Svahn. A las tres nos reuniremos y también tendremos una tarta para despedirlos. Ya sabéis cada uno lo que tenéis que hacer, y quiero que estéis en contacto conmigo durante la mañana. Necesitamos ayuda para hablar con la ex de Torgny Andersson, pero también quiero que habléis con Carl Dolk y Charlie Smith otra vez y que les saquéis todo lo que podáis sobre los amigos y conocidos de Lars-Ove Karlsson, sus costumbres, aficiones, etc. ¿Puedo contar con vosotros?

La pregunta iba dirigida a Hultberg y Svahn. Los dos asintieron. Ingrid suponía que estaban contentos de saber que se les despediría con una tarta. Tingström no lo sabía todavía, pero la pagaría él. Dos minutos más tarde, la sala estaba vacía, a excepción de Ingrid y Helene.

—Así es mi trabajo casi siempre. Como puedes suponer, es difícil acabar a las cinco o desconectar los pensamientos después de la

jornada laboral. ¿Qué te pareció la reunión?

Helene rio.

—Estas reuniones hacen que las terapias de grupo de la película Alguien voló sobre el nido del cuco sean muy serias. ¿Es siempre así…, cómo decirlo…, tan informal? Todo el mundo habla a la vez, se cambia de tema, se bromea, se interrumpen unos a otros. Me he agotado solo escuchándoos.

Ahora fue Ingrid la que rio.

—Al principio de un caso o en casos nuevos, trabajamos de forma más estructurada y cada uno habla cuando le toca y se respetan los turnos, pero, cuando hemos llegado tan lejos, es una verdadera tormenta de ideas y todo fluye de alguna forma. La gente suelta ideas de lo más peregrinas y de repente encontramos un móvil nuevo u otra perspectiva desde donde valorar el caso. Creo que esa es la razón por la que mis compañeros y yo tenemos el mayor número de casos resueltos.

—Se ve que les caes bien. Se nota en sus miradas y en el lenguaje corporal. Son capaces de trabajar al máximo por ti. ¿Viste la mirada de los policías de Grebbestad cuando se enteraron de que iba a haber una tarta de despedida? Casi lloran de felicidad.

Ingrid abrazó a Helene.

—Gracias por existir. Gracias por toda la ayuda que me has prestado y gracias por venir hoy.

Miércoles, 26 de abril

Hora 05:48

Aunque Ingrid no se había acostado hasta después de las doce, se despertó justo antes de que el reloj diera las cinco. Sus primeros pensamientos fueron directamente al Profeta del Juicio Final. ¿Por qué la gente era tan intolerante y qué era lo que había pasado para que tuviera un odio tan feroz hacia los hombres que se vestían de mujer?

Porque verdaderamente era un odio feroz. Había atacado y agredido de forma brutal a un hombre con una barra de hierro y no había dejado de golpearlo, a pesar de que yacía inconsciente en el suelo y la gente le gritaba que parase. No era una persona sana, eso estaba claro. Por ello quería trabajar con un perfilador criminal. Después, quería localizar el ordenador de Angelina y a la propia Angelina. Fue a la oficina de Tingström para ver si había llegado, pero eran las seis menos diez. No solía aparecer antes de las siete. Se decidió a bajar para hablar con los que trabajaban con la línea directa, a las siete había cambio de turno y no sabía si Karin llegaría a tiempo para informar al nuevo turno.

De camino se encontró con Karin, que le dijo que, en caso de que el profeta llamara, la llamada se conectaría a un altavoz de la sala de reuniones. Fredrik Boberg estaba trabajando con los aspectos técnicos para hacerlo realidad. Karin pensaba esperar la llamada y durante la espera miraría la información acumulada sobre el caso. Alguien tendría que estar en su lugar durante el almuerzo y debían conseguir una sustitución para la tarde y la noche. Ingrid subió con Karin al cuarto piso.

Solía pasar que las personas que llamaban a la policía o que amenazaban a otras desde una tarjeta de prepago después de un tiempo llamaban desde un teléfono fácil de rastrear. La gente tenía tendencia a sobrevalorarse y confiarse. Eso era lo que Ingrid esperaba que pasase con el Profeta. De hecho, estaba bajando la guardia, y llamaba ya dos o tres veces al día. Quería que su mensaje no pasara desapercibido.

—Debe haber estudiado teología o ser religioso.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Ingrid, que estaba sumida en sus propios pensamientos.

Karin miró a Ingrid.

—Creo que debe ser religioso, cristiano, creyente o como quieras llamarlo porque usa frases y citas de la Biblia. Incluso se refiere a capítulos y versículos específicos. Quizá un fanático religioso.

—¿Por qué aparece aquí y ahora? Quizá tendríamos que buscar a nivel nacional. Puede que haya estado en otras poblaciones suecas. Que no hayamos oído nada sobre él no significa nada. Estas cosas suelen silenciarse para evitar que salgan imitadores.

—Me parece que ya es tarde —anunció Tingström desde la entrada —. Supongo que no habéis leído la prensa todavía. Escriben sobre el asesinato en Masthugget y afirman de que se trata de un hombre vestido de negro que mata a travestis los domingos. La prensa casi ha colapsado la centralita, y tenemos a varios periodistas y a la televisión local esperando en la recepción. Pensaba anunciar una rueda de prensa a las diez. ¿Puedes ir, Ingrid?

—Lo siento, tengo que ir a la autopsia de Torgny Andersson y andamos tan cortos de gente que no puedo pedirle a otro que vaya.

—De acuerdo. Preguntaba por si acaso. La daré con el jefe de prensa. ¿Qué les decimos?

—Di que sospechamos que el autor de las agresiones es la misma persona, que tenemos buenas pistas y que es cuestión de tiempo que lo atrapemos. Niega que tenga que ver con travestismo e indícales que buscamos a una mujer llamada Angelina. No es sospechosa de nada, pero pensamos que tiene información que puede ser importante para nosotros.

—¿De verdad vamos a decir que tenemos buenas pistas y que pronto lo capturaremos? —preguntó Karin.

—Sí, eso puede que le haga ser más prudente, pero por otro lado negamos que sus actos tengan que ver con travestismo. Eso deberá irritarlo. Ha intentado que comprendiéramos sus motivaciones con llamadas anónimas. Desconoce que sabemos qué pone en el Quinto Libro de Moisés, quizá eso lo obligué a ser más claro y podamos hablar con él.

—De acuerdo —dijo Tingström—. Parece razonable.

—No te olvides de las tartas.

—¿Tartas? —Tingström la miró con gesto interrogante—. ¿Qué tartas?

—A las tres tenemos la despedida de los compañeros de Grebbestad con café y tarta. Es su último día y creo que el departamento puede invitarlos a tarta para acabar de una forma buena el proyecto de intercambio. ¿No te parece?

Tingström se pasó la mano por la barbilla y asintió mientras salía de la sala.

—De acuerdo.

Ingrid se dirigió a Karin.

—Me voy a la autopsia de Torgny Andersson. Si pasa algo, llámame al móvil.

En cuanto dijo móvil, este sonó.

—Hola, soy Nina. He ido al club travesti de Sisjön y, cuando les pregunté si los habían amenazado alguna vez, rompieron a reír. Por lo visto, les sucede a diario y las amenazas son de todo tipo. Me dejaron escuchar el contestador y estaba lleno con los mensajes más enfermos y perversos que puedas imaginarte. También sucede lo mismo en el área de comentarios de su página web. Podrían eliminarlos, pero no lo hacen porque piensan que la necesidad es grande. Por lo visto, es la única manera que muchos travestis tienen para contactar con iguales.

—¿Les preguntaste si han recibido algún tipo de amenaza de carácter religioso?

—Sí, son frecuentes las que afirman que Dios creó a los hombres y a las mujeres, y que todos los homosexuales, bisexuales y demás no son más que aberraciones que no tienen derecho a la existencia. Como lo oyes. He hablado con personas que saben de lo que hablan, pues han sufrido tanto violencia física como sicológica.

—Delitos de odio puros y duros. Pero, por lo que sé, no nos llegan muchas denuncias.

—Exacto. Cuando les pregunté, se rieron y me dijeron que la policía solía ser la que más prejuicios tenía. La humillación de un travesti que había sido violado o atacado era peor que el mismo crimen. Por lo visto, las pocas denuncias que se interponen rara vez acaban en un juzgado y menos, en una condena.

—Vale. ¿Ahora vas al otro club en Arendal?

—Sí. A ver qué me dicen. Hasta pronto.

Ingrid fijó el móvil en el cinturón, pensativa. Como policía, había mundos que desconocía. De camino a la autopsia reflexionó sobre lo intolerantes que solían ser las personas con los que son diferentes. Sus abuelos siempre se habían referido a los inmigrantes como negritos y ladrones. En el fondo comprendía que se trataba de ignorancia y miedo, pero ¿por qué se era tan rápido a la hora de juzgar? Se tendría que tratar a la gente por su forma de ser, no por el color de su piel o su orientación sexual. Aparcó y fue a la recepción para saber dónde iba a practicarse la autopsia y quién iba a realizarla. La recepcionista miró su placa.

—Ya está hecha. Tuvieron que cambiarlas de orden por enfermedad. La hizo Hansén.

—¿Y a nadie se le ocurrió avisar a la policía?

—No ponía en ningún sitio que tuviéramos que hacerlo.

No valía la pena pelearse con la recepcionista. El daño estaba hecho.

—¿Podrías llamar a Hansén y decirle que quiero hablar con él?

La mujer llamó y explicó quién lo buscaba.

—Puedes ir a verlo ahora. Está en su oficina. Me ha dicho que ya te sabes el camino.

La puerta estaba abierta. Ingrid entró sin llamar.

—Hola. Por lo visto, me he perdido la autopsia.

—Perdona. Tenemos a una persona nueva en la recepción y todavía no se sabe nuestras rutinas no escritas. Solo hace lo que se le dice y a veces tampoco está mal tener personas así. —Hansén sonrió, se levantó y le tendió la mano—. Siéntate y te contaré cómo ha ido.

Ingrid sacó una libreta y un bolígrafo antes de sentarse delante de Hansén.

—A ver…, sí… El hombre, o sea, Torgny Andersson, tenía buena salud. Murió de un golpe fuerte en el cráneo que inmediatamente le ocasionó una fuerte hemorragia interna. Falleció en el sitio. Después, recibió diversos golpes en la cabeza y en el abdomen. Se trataría de golpes de gran violencia y algunas partes del cráneo estaban aplastadas. Hemos encontrados restos de óxido y de hierro. La barra de hierro que encontramos coincide con las lesiones de la víctima. ¿Es el mismo agresor que el de la semana pasada?

—Sospechamos que sí. ¿Hay algo que lo indique según tú?

—Sí, la forma de usar el arma. Primero un golpe seco en la nuca, que en principio es mortal, y después el patrón de los golpes de la víctima una vez que yace en el suelo. La diferencia entre esta víctima y la anterior es que esta ha recibido más golpes. Un detalle que puedo añadir es que los dos tenían el cuerpo depilado.

Hansén interrogó a Ingrid con la mirada, pero ella se la sostuvo sin decir nada. ¿Esa información estaba en el informe de la autopsia de Lars-Ove Karlsson y ellos no la habían visto?

—En el periódico de hoy dicen que es un hombre que mata travestis —dijo tentativamente Hansén.

—Sale cada cosa en los periódicos hoy en día. —Ingrid se levantó —. Gracias por la información. Tengo que irme.

—Te enviaré el informe completo en cuanto lo tenga listo —le respondió Hansén, levantándose también.

Miércoles, 26 de abril

Hora 10:04

Karin estaba sentada leyendo el informe sobre las aficiones de Torgny Andersson cuando el timbre de un teléfono la interrumpió. En una milésima de segundo comprendió que era el personal de la línea directa, que le había pasado una llamada. Suspiró y miró a Fredrik Boberg, que asintió sentado delante de su equipo.

—Línea directa de la policía, Karin Falk.

—Tenéis que leer el Quinto Libro de Moisés, vigésimo segundo capítulo, quinto versículo, y entenderéis quiénes son desafectos a Nuestro Señor. La verdad es mi testimonio.

Karin sintió que un escalofrío la recorría cuando oyó la voz del hombre. El frío que desprendía le puso la piel de gallina.

—¿Cómo se llama? ¿Puede darme su nombre y número de teléfono?

—Soy el profeta del Señor y su humilde siervo. Tienes que leer el Quinto Libro de Moisés. La verdad es mi testimonio.

—¿Podemos comenzar por el nombre?

—Mi nombre es insignificante, pues solo soy el profeta del Señor. Muestra humildad ante las palabras del Señor. Leed el Quinto Libro de Moisés y seréis iluminados.

—¿Qué es lo que quiere decir? ¿Puede explicármelo?

Karin improvisaba y hablaba a medida que las palabras le surgían. Se había puesto más nerviosa de lo habitual; a pesar de haber asistido a un curso para tratar ese tipo de llamadas, se sentía como si no hubiera aprendido nada. Después miró a Fredrik Boberg, que le sonrió dándole ánimos.

—Pero es una abominación… Tenemos que ayudarnos para separar el grano de la paja. El día del Juicio Final ha llegado para los que no se arrepienten ante Dios, Nuestro Señor.

—¿Quiénes son una abominación y quiénes tienen que arrepentirse ante Dios?

—Lo pone en el Quinto Libro de Moisés.

—¿No puede contarme qué es lo que quiere que lea en el Quinto Libro de Moisés y quiénes son los que tienen que arrepentirse ante Dios? No sé lo que pone en la Biblia.

Se hizo un silencio. «Ahora colgará», pensó Karin. Decidió

intentarlo de nuevo:

—Cuénteme qué es lo que quiere que entendamos.

De repente, se oyó un clic y luego la señal monótona de la línea.

—Mierda —dijo Karin, y miró a Boberg—. Ha colgado.

Se sentía sudorosa. La breve llamada la había afectado.

—Ha ido bien, Karin. Has logrado mantenerlo el tiempo suficiente. Espera un poco.

Karin se levantó y empezó a repasar lo que le había dicho. Estaba segura de que volvería a llamar y para entonces necesitarían que los ayudara un sicólogo o un perfilador.

—¡La plaza Frölunda! —exclamó Boberg—. Podemos posicionarlo entre tres antenas en la plaza Frölunda. Avisa a las patrullas de la zona.

Un cuarto de hora más tarde, Ingrid, Karin y Boberg escuchaban la grabación de la llamada.

—Volverá a llamar —afirmó Ingrid—. Quiere dejar bien claras sus intenciones.

—Yo también lo creo —dijo Karin—. ¿Tengo que seguir hablando yo con él o mejor otra persona?

—No, quiero que continúes tú. Si no le hubieras gustado, se habría enfadado. Pero ahora es importante saber qué ocurre en Frölunda. Han pasado diez minutos desde el aviso y no entiendo por qué nadie nos ha llamado.

Marcó el número del mando de guardia en la centralita. Esa podía ser una oportunidad de cazar al asesino, no tenían tiempo para errores policiales. Era muy importante que la información y la cadena de mando fluyeran entre las unidades sin fallos internos y retrasos.

—Per Fredriksson. Mando de guardia de la centralita.

—Soy Ingrid Bergman de nuevo. ¿Qué pasa en la plaza Frölunda? Hace diez minutos que pedimos ayuda. ¿Por qué no se nos ha informado?

—Tenemos a cinco patrullas en la plaza. En este momento están registrando el centro comercial y los alrededores. Como sabes, el aparcamiento es enorme, además de que hay muchas paradas de autobús y viviendas en la zona.

—Vale, vale.

La puerta se abrió con cuidado y apareció Tingström, seguido de Per Schildt y el jefe de prensa, Anders Högström.

—Ha llamado hace poco —informó Ingrid—. Ahora mismo hay un gran despliegue policial. Acabo de hablar con la centralita, pero de momento no hay ninguna novedad.

—Ajá —dijo Tingström mientras se dejaba caer en una de las sillas —. Venimos de la rueda de prensa. Alguien ha filtrado que las víctimas son travestis. No es ningún secreto que hemos buscado

testigos en Masthugget y Haga. Varias de las personas que vieron la agresión mortal de Torgny Andersson han hablado con la prensa.

Ingrid pensó en Mikael, el hermano de Torgny Andersson. No era la mejor manera de enterarse de que a su hermano le gustaba vestirse de mujer.

—Tendremos que conformarnos con haber podido mantenerlo en secreto hasta ahora. Era inevitable que la prensa se enterara tarde o temprano. Lo positivo es que hará que otros travestis sean prudentes. No creo que ninguno de los que van al curso del centro cívico aparezcan el domingo. ¿Cómo reaccionó la prensa cuando dijisteis que buscamos a Angelina?

—Como es lógico, hicieron un montón de preguntas. ¿Qué papel jugaba Angelina en la investigación? ¿Por qué la buscábamos? Lo planteamos como que tiene información vital para el caso, pero que no es sospechosa.

—En realidad, no tengo muchas esperanzas de que Angelina se ponga en contacto con nosotros —dijo Ingrid—, pero nunca se sabe.

Tingström asintió.

—Volviendo a la rueda de prensa, creo que vamos a tener que dar una cada día. Este caso realmente ha crecido y muchas preguntas giraban en torno a la posibilidad de que fuera un asesino en serie.

—No es una pregunta del todo irrazonable. No sabemos por qué el asesino se ha centrado en los travestis. El riesgo está, como ya hablamos, en que ahora ataque a otros grupos como los homosexuales o las prostitutas. Dice que es el enviado de Dios. Esperemos cazarlo antes de que ataque de nuevo. Voy a llamar a Thomas.

Podía haber llamado desde su móvil, pero necesitaba estar sola un momento, así que fue a su oficina y cerró la puerta.

—Hola, Thomas, soy Ingrid. ¿Cómo os va?

—Hemos encontrado algunos correos sospechosos que se han enviado a la página web de Lars-Ove Karlsson. Los había eliminado, pero todavía estaban en la papelera. Alguno de ellos tiene alguna mención religiosa, pero no podemos decidir si son importantes o no. Tendremos que decidirlo en la reunión.

—Vale. ¿Alguna cosa más?

—Los tres ordenadores tienen cookies que demuestran que han estado en la página web de Angelina. Hemos comparado los números del móvil de Lars-Ove Karlsson con los de Torgny Andersson. Los dos han llamado y recibido llamadas del número de la página web de Angelina. Después hemos visto que Torgny Andersson tenía llamadas entrantes y salientes tanto de Carl Dolk como de Charlie Smith, que confirman lo que ya sabíamos.

—Vale. ¿Y ahora qué estáis haciendo?

—Habíamos pensado en hacer un descanso para luego seguir

trabajando con la información obtenida de los ordenadores de las víctimas. Tenemos mucho trabajo, nos vemos en la reunión.

—¿Puedes traerme una lista de los correos que piensas que tienen un sentido religioso antes de irte a almorzar?

—Sí, Edberg te la llevará.

Con tanto hablar de almuerzo, Ingrid notó cómo su estómago protestaba. Eran las doce y media. Ahora que estaba todo tranquilo, era un buen momento para almorzar. Sentía que en cualquier momento la situación podía volverse frenética y entonces se podía olvidar de comer. Fue a preguntarles a Karin Falk y a Fredrik Boberg si querían una pizza.

Veinte minutos después, estaban sentados cada uno delante de una pizza, hablando sobre la lista que Edberg le había llevado. Ninguno de ellos opinaba que los correos tuvieran alguna mención religiosa de relevancia. Ingrid cogió la lista de las llamadas del Profeta del Juicio Final y las leyó lentamente, y se dio cuenta de que empleaba un lenguaje arcaico. Fue a buscar un reproductor y unos auriculares para escuchar la llamada grabada. El idioma que usaba no era moderno y tenía una gramática diferente a la actual. Así de concisa y enrevesada había hablado su bisabuela. Aunque la Biblia estaba llena de términos arcaicos, y ese hombre no hacía más que citar la Biblia en sus llamadas. Volvió a escuchar la cinta y descubrió otra cosa más. Parecía que hablaba el sueco con un ligero acento, pero podía ser solo una impresión, ya que hablaba de una forma arcaica. Se quitó los auriculares pensativa.

—Quiero que escuchéis esto. A ver si Tingström puede venir a escucharlo también.

Fue a la oficina de Tingström, donde la puerta estaba abierta como de costumbre. Estaba tomando café con el fiscal Per Schildt. A Ingrid le sorprendió que estuviera todavía en la comisaría.

—Estoy escuchando la grabación del profeta y me gustaría que la escucharas si tienes tiempo. Hay un detalle que me desconcierta. Me gustaría saber tu opinión, pero si estáis con algo importante no pasa nada.

—Bueno, estábamos tomando un café después de comer, así que…

Tingström miró a Schildt, que le dedicó una amplia sonrisa a Ingrid.

—Yo también podría ayudarte. No me esperan hasta más tarde en la Fiscalía. Había pensado estar en la reunión de las tres.

Ingrid alzó en pulgar en señal de aprobación y los tres se dirigieron a la sala de reuniones. Ingrid puso en marcha la grabación. Luego explicó lo que creía que había descubierto.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Tingström—. Se trata de sueco antiguo. Si lo habla o lo lee directamente de la Biblia o si es por otro

motivo, no lo sé. ¿Crees que podría ser originario de alguna comunidad aislada de los Estados Unidos o Rusia?

—No creo nada. Solo quiero saber vuestra opinión. ¿Soy yo o me parece oír un acento?

Escucharon la grabación una vez más.

—Podría ser que lo que pensamos que es sueco antiguo en realidad sea un acento o un dialecto sueco. La diferencia es fina —dijo Karin—. ¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta?

—Ha sido porque hemos escuchado las palabras y su significado, no cómo han sido pronunciadas.

—Llamé a la Dirección General Adjunta antes del almuerzo y les pedí que verificaran si ha habido casos parecidos a este. Hoy o mañana nos llamarán. Creo que tendríamos que hablar con la Interpol —propuso Karin.

—Ahora mismo —dijo Tingström—. Nos vemos en la reunión.

Ingrid asintió agradecida a Tingström antes de levantarse.

—Nos vemos dentro de diez minutos.

La mañana intensa y la concentración con la que había escuchado la grabación habían hecho que se sintiese embotada. Un rápido paseo alrededor de la comisaría le daría el suficiente oxígeno al cerebro para que estuviera alerta en la reunión.

Miércoles, 26 de abril

Hora 15:07

Cuando Ingrid entró en la sala de reuniones, se hizo el silencio. En la mesa había tazas de café y dos tartas de nata que nadie había tocado.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—Pasa que has llegado tarde. Siete minutos —le contestó Thomas —. Somos nosotros los que tenemos que preguntarte si ha ocurrido algo.

Ingrid no contestó y se sentó en una silla. Tingström carraspeó y se puso de pie.

—Bien. Ahora que ya estamos todos aquí, quisiera dirigirme a Sven Hultberg y a Karl-Erik Svahn para agradecerles el tiempo que han estado con nosotros. La colaboración tuvo un principio un poco… desgraciado, pero hemos visto, gracias a Ingrid Bergman, que habéis sido un recurso indispensable para la investigación. Y esperemos que en el futuro haya una buena colaboración entre compañeros. Gracias.

Tingström se sentó. A Ingrid le pareció un parlamento muy forzado.

—Bueno, comamos la tarta y bebamos el café durante la reunión.

Ingrid informó sobre la llamada del Profeta del Juicio Final y el despliegue en Frölunda, que había resultado infructuoso. Habló de la autopsia y que se había contactado con la Dirección General Adjunta e Interpol. También relató la rueda de prensa de Tingström y que ahora se hablaba del asesino de travestis. Los medios de comunicación habían empezado a preguntar a la policía si había un asesino en serie suelto.

—Ahora me gustaría saber qué habéis hecho hoy. —Se volvió hacia Hultberg y Svahn—. ¿Queréis comenzar vosotros?

—Quisiera empezar dando las gracias por la celebración y decir que el final de este proyecto de intercambio ha sido mejor que el comienzo —comenzó Hultberg—. Las semanas han pasado rápido. Svahn y yo hemos podido probar distintas áreas de trabajo… y ese era el objetivo. Queremos agradecer también a Ingrid Bergman y a Malin Skogsby, que han hecho mucho para que nos sintiéramos en casa.

Se hizo un silencio embarazoso en la sala.

—Bueno, y ahora al trabajo. Svahn y yo hemos hablado con Carl

Dolk y Charlie Smith otra vez. Nos dijeron que Lars-Ove Karlsson era un lobo solitario y que no sabían de ningún pariente suyo u otros amigos, a pesar de conocerse desde hacía años. Era muy generoso cuando viajaban. Invitaba sin importarle el precio. Solo quería lo mejor en ropas, hoteles y restaurantes. Sus aficiones, que ellos supieran, eran las acciones y diversos valores bursátiles, su página web y vestirse de mujer. Nada nuevo.

»También visitamos a la ex de Torgny Andersson. La relación acabó hace un año, pero antes habían estado juntos siete años, cuatro de los cuales como prometidos. Dijo que se cansó de la relación porque Torgny solo tenía tiempo para el trabajo y sus aficiones. Le preguntamos si tenía alguna apetencia sexual en especial. Se ofendió por la pregunta y nos contestó literalmente que —ahora Hultberg hizo una breve pausa y una pequeña sonrisa se asomó en su rostro— «follaba como cualquier otro hombre, desnudo y en la postura del misionero».

Se oyeron algunas risas.

—Nos dijo que sabía a qué nos referíamos, ya que había leído los periódicos por la mañana y nos aseguró que no era más que un invento y una difamación eso de que Torgny fuese mariquita. Se ve que era muy bueno en ocultar su secreto.

—Estoy de acuerdo con vosotros. Buen trabajo —dijo Ingrid—. Tingström, ¿cuándo tendremos a nuestro experto en perfiles criminales?

—Va lento. Como muy pronto, a finales de la semana que viene.

—Bueno, como siempre. Hay que pedir ayuda tres semanas antes de necesitarla. —Ingrid no pudo evitar mostrar su frustración—. Bueno, qué le vamos a hacer. Nina, ¿qué puedes contarnos?

—He visitado los dos, que sepamos, clubs de travestis de la ciudad. Uno está en Sisjön y el otro, en Arendal. Y puedo decir a los que no se lo crean que ha sido una experiencia interesante. Los dos clubs reciben amenazas por teléfono y carta. Los insultos son diarios y se ríen de la posible ayuda que puedan recibir de la policía. Dicen que no vale la pena denunciar amenazas o agresiones porque la policía tiene la misma actitud con ellos. Les pregunté por amenazas de origen religioso y, por lo visto, también es el pan de cada día, y no me supieron decir si habían aumentado o disminuido últimamente. Por ello opinan que no vale la pena dar las cartas amenazantes o denunciar las llamadas a la policía.

—Se ve que tenemos que hacer un poco de autocrítica sobre cómo tratamos los delitos de odio —comentó secamente Tingström.

Nina se encogió de hombros.

—Hice lo que pude y no se los puede obligar a colaborar.

—No te preocupes, Nina. Viking, ¿cómo te ha ido?

—He revisado la lista sobre páginas web y cosas por el estilo relacionadas con el travestismo. Al llamar, me he encontrado con la misma actitud que Nina. Las amenazas de agresión son su pan de cada día. Me dijeron que no habían recibido amenazas de origen religioso que destacaran. Muchos conocían la página web de Angelina. Mañana voy a entrevistar a dos hombres, de los cuales uno lo ha conocido, la ha conocido o como se diga. La otra persona ha hablado con ella por teléfono; tenía que ir al curso, pero al final no pudo porque se rompió una pierna.

—Puedo ir contigo —se ofreció Nina, y Viking asintió agradecido.

—Hemos mirado los documentos de los ordenadores. No lo hemos revisado todo, pero hemos acabado con el del chantre. Solo lo ha tenido cuatro meses y ha sido su mujer la que lo ha utilizado más, para planificar la semana y cosas por el estilo. Hemos encontrado rastros de búsquedas relacionadas con el travestismo, unas siete ocho, pero ninguna relacionada con la página web de Lars-Ove Karlsson. No hay mucha cosa. Parece que hay una cantidad interminable de páginas relacionadas con travestismo y deben ser importantes para los que están en casa y necesitan hablar con personas que compartan su secreto.

—Totalmente de acuerdo —dijo Ingrid—. ¿Y tú, Malin?

—He ido metiendo datos en la base y, de momento, no ha salido ninguna coincidencia que no conociéramos.

—Parece que el trabajo fluye bien. Karin y Fredrik Boberg, os agradecería que os quedarais hasta las siete y luego podemos dejar la línea directa para el turno de noche. De momento, solo ha llamado de once a cuatro. ¿Podéis?

—Ningún problema —respondió Karin.

—Igual aquí —dijo Fredrik Boberg.

—¿Alguna cosa que falte por hablar? De lo contrario, lo dejamos hasta mañana.

Nadie dijo nada. La gente estaba cansada y tenía ganas de irse a casa.

—Entonces, nos vemos mañana a las tres para una puesta al día. Gracias por hoy.

Ingrid miró el reloj. Eran las cuatro y media, tenía tiempo de ir al Albatross y dar algunos golpes antes de que oscureciese. No pensaba jugar tan mal como la última vez. Era la hora de la revancha y, además, no había nada que sentara mejor al cerebro que dar unos cuantos golpes de golf.

Jueves, 27 de abril

Hora 07:56

La tarde anterior Ingrid estuvo cuatro horas jugando al golf, tan solo había hecho una pequeña pausa para tomar café. Ahora estaba marcando el teléfono de Ewa. Tenía el cuerpo dolorido. El acto de teclear las cifras le producía dolor en el brazo y la nuca. Había tardado una eternidad en levantarse de la cama y ducharse.

—El Quiropráctico de Ewa.

—Hola, Ewa. Soy Ingrid y es urgente, con letras grandes y en rojo. ¿Tienes alguna hora libre?

—Hola. ¿Cómo estás? Y sí, gracias. Estoy bien.

—Perdona, pero me duele tanto.

—Tan solo bromeo. ¿Qué has hecho?

—Estuve jugando un poco al golf ayer por la tarde y ahora me duelen tanto la espalda y la nuca que apenas puedo moverme.

—¡Qué bien! Helene me llamó y me dijo que íbamos a jugar en Delsjön este fin de semana.

—No hace gracia, Ewa. Tengo mucho dolor —siseó Ingrid antes de arrepentirse, y se disculpó.

—Ven enseguida y te hago un hueco entre pacientes.

Una hora y media después, Ingrid entró en la comisaría con lo que parecía un cuerpo nuevo, aunque con unos cuantos cardenales. Se sentó en la mesa y encendió el ordenador. Antes de que pudiera revisar su correo, le sonó el móvil. Era Nilsson.

—Tengo noticias para ti —dijo Nilsson en un tono alegre poco característico en él—. Londres me llamó sobre el bate de béisbol. Resulta que es un bate de críquet.

—Ajá. —Ingrid no entendía qué tenía de sensacional.

—En Londres estaban emocionados. Se trata de un bate de unos cien años de antigüedad y en muy buenas condiciones. ¿Sabes algo sobre el críquet?

—Me temo que no.

—En resumen, puede decirse que es un antiguo deporte de caballeros y que, traducido, vendría a ser una especie de béisbol infantil complicado. Un partido puede llegar a durar tres o más días. Lo importante es jugar, no ganar. En el principio, era un juego inglés, pero se extendió por las colonias de India, Australia, el Caribe y

Sudáfrica. Cuando Fredrik Boberg nos contó esta mañana que vuestro sospechoso tenía un acento extranjero y me llamaron de Londres, enseguida pensé que podía haber una conexión.

—¿Quieres decir que nuestro sospechoso puede haber vivido en Inglaterra o en alguna de sus colonias? —preguntó Ingrid.

—Sí, o que sus padres o abuelos fuesen de allí.

Ingrid no estaba segura de que Nilsson tuviera razón.

—Escucha, los ingleses están obsesionados con las estadísticas en torno al críquet. Todos los partidos que se han jugado en first-class están anotados. Hay registros de los últimos ciento treinta años. Todo el que haya jugado está apuntado allí.

Ahora entendía Ingrid qué era lo que Nilsson estaba explicándole.

—¿Pediste copia de las estadísticas?

Nilsson se rio.

—Ya lo creo. Están escaneándolas, las enviarán lo más pronto posible. Como comprenderás, ciento treinta años son muchas estadísticas y no creo que estén en una base de datos. He quedado con ellos en que priorizaremos las listas nominales.

—Menos mal que te tenemos a ti. Gracias.

—Espera un momento, que aún no he acabado. Los chicos están buscando tu dirección IP y creen que en veinticuatro horas la tendrás.

—Otra buena noticia.

—Te llamo cuando se produzcan novedades.

Lo de las estadísticas de los últimos ciento treinta años le parecía un poco rebuscado, pero no podían dejar ningún cabo suelto. Se fue a la sala de reuniones para preguntar a Karin y Fredrik Boberg si el Profeta del Juicio Final había llamado. No lo había hecho.

—Nada —contestó Karin con un deje de decepción en la voz—. ¿Crees que lo asusté con mis preguntas cuando llamó ayer?

Ingrid frunció el ceño inconscientemente mientras reflexionaba sobre la pregunta de Karin.

—No, pero creo que contestaste de una manera que no se esperaba. Ojalá tuviéramos un perfilador que nos diera consejos sobre cómo tratar a una persona así.

—¿No puede ayudarnos alguna otra persona?

—¿En quién piensas?

—En la diaconisa que estuvo aquí, Helene. Me pareció una persona con conocimiento de las personas y de lo teológico. Es su terreno.

Ingrid se sorprendió por la propuesta, pero luego pensó que tenía razón.

—Tienes razón. Podemos intentarlo. Voy a llamarla. —Marcó el número—. Hola, Helene. Soy Ingrid. ¿Qué haces?

—Estoy planeando un acto de beneficencia para este verano. ¿Y tú?

—Estoy en el trabajo. ¿Puedes ayudarnos otra vez?

—¿Se trata del mismo caso?

—Sí, se trata del Profeta del Juicio Final. Me gustaría que escucharas la conversación que hemos tenido con él, a ver si puedes ayudarnos.

—No sé si seré de mucha ayuda, pero puedo intentarlo.

—Vale. ¿Cuándo puedes venir?

Helene se rio.

—Ahora mismo. Recojo y estoy allí en unos veinte minutos.

—Gracias. Te esperaré en la recepción. —Ingrid se volvió hacia los demás—. Ahora viene. Voy un momento a la cafetería a por un poco de café y unos bocadillos mientras tanto.

De camino a la cafetería, le sonó el móvil.

—Hola, soy Viking. Hemos estado con uno de los dos hombres de los que te hablé ayer. El que ha estado con la escurridiza Angelina.

—Cuenta.

—Dice que solo ha estado con Angelina una vez. La describe como una persona de altura normal, más delgada que corpulenta, muy maquillada, pero profesional y con ropa elegante y moderna. Según él, Angelina parece y se mueve como una mujer, solo la voz la delata. Es demasiado profunda y masculina. Hay un detalle que nos ha parecido importante a mí y a Nina. Según nuestro testigo, Angelina tenía un anillo de jurista en el dedo corazón de la mano derecha. Un anillo como los que llevan los ingenieros y los topógrafos.

—¿Por qué estaba seguro de que era un anillo de jurista?

—Porque su padre lleva uno igual.

—Interesante. ¿Algo más?

—Nada. Por la descripción que ha hecho de Angelina, debe ser la persona que buscamos, ya que coincide con la que hizo de ella el chantre.

—Vaya. Bueno, nos vemos en la reunión.

Ingrid guardó el móvil. Compró unos bocadillos, cogió unas tazas y un termo con café. Luego se dirigió a la recepción, donde Helene estaba esperándola.

—¿Te han degradado? —preguntó Helene en broma mientras se acercaba a ella—. Pareces un ama de casa cuando avanzas así de esta manera con una bandeja con café.

—Muy graciosa. Si no te portas bien, te quedas sin café y sin bocadillo. Sígueme.

Karin y Fredrik recibieron con alegría el café y los bocadillos después de saludar a Helene. Ingrid les contó la llamada de Viking y el asunto del anillo.

—Bueno, no desdice de la descripción que tenéis de Angelina. Va bien vestida y maquillada. No sé por qué, pero tengo la idea preconcebida de que los juristas ganan más dinero que nosotros, los

meros mortales.

Ingrid sintió cómo un calor la inundaba. Había hecho bien en invitar a Helene.

—Podemos suponer que Angelina está bien situada y que, probablemente, tiene estudios jurídicos. Debe ser buena en informática, porque ha sido capaz de crear una página web y ha utilizado un teléfono con una tarjeta de prepago para no poder ser localizada.

—Parece que cuida todos los detalles. ¿Podría ser una persona perfeccionista? —dijo Karin.

Ingrid asintió. Ese tipo de tormentas de ideas le gustaban. Poco a poco iban desenredando la madeja hasta llegar al meollo de la cuestión con cada pregunta o suposición que hacían.

—¿Cómo hablaba? —preguntó Helene—. ¿Hablaba algún dialecto, vocalizaba mucho o hablaba, como se suele decir, fino?

Los demás se miraron interrogantes.

—No lo sabemos —dijo Ingrid al fin, cogiendo su móvil—. Ahora llamo a Viking y se lo pregunto.

—Viking.

—Hola, soy Ingrid. ¿Puedes hablar?

—Sí, Nina y yo estamos almorzando en la Cervecera. Estamos casi solos.

—Estábamos hablando sobre Angelina e intentando hacernos una imagen de ella basada en lo que sabemos. ¿Preguntasteis a vuestro testigo si Angelina hablaba algún dialecto o si su voz tenía alguna modulación especial?

—No, pero podemos hacerlo. Dentro de media hora vamos a ver a la otra persona que ha estado en contacto con Angelina. También intentaremos hablar con la persona de esta mañana. Te llamamos más tarde.

—De acuerdo. Saluda a Nina y buen provecho. —Ingrid miró con cansancio los bocadillos que había comprado, luego se dirigió a los demás—. Nina y Viking llamarán más tarde.

—¿No se podría interpretar como que no tiene ningún dialecto en especial? —dijo Helene. Los demás la miraron extrañados—. Solo especulaba. A lo mejor no he interpretado bien mi presencia aquí…

—Todo lo que dices está bien, Helene. Desarrolla un poco esto de que a lo mejor no tiene un dialecto especial —dijo Ingrid.

—Bueno, si alguien habla con acento del norte, del sur o con el dialecto cerrado del centro del país, te fijas. En cambio, si la persona hablara sin que se le notase ningún acento, su forma de hablar pasaría desapercibida. No sé si es posible, pero creo que entendéis lo que quiero decir. En tal caso, eso no formaría parte de la descripción de la persona.

Karin, Fredrik Boberg e Ingrid asintieron.

—Ahora te entendemos —dijo Ingrid—, pero eso hace que surja otra pregunta: ¿quién o quiénes hablan sin dialecto?

—Personas con una buena educación —afirmó Fredrik Boberg sin dudarlo—. Forma parte del estatus de muchos universitarios eliminar cualquier acento o expresión dialectal. Después tenemos a actores y logopedas. Están formados para hablar claro y sin dialecto, pero no hemos de olvidar que también pueden imitar cualquier dialecto o la forma de hablar de una persona.

—La lista es larga, pero si suponemos que Angelina es jurista, ya entra en la categoría de personas con una buena formación. Los informáticos creen que conseguirán la dirección IP de la página web hoy o, a más tardar, mañana. Será interesante si la localizamos de esta forma y ver si nuestras especulaciones sobre el tipo de persona que es son correctas. Creo que podemos dejar un momento el tema de Angelina y concentrarnos en el café y los bocadillos.

—Gracias —dijo Helene solemnemente, y cogió un bocadillo de albóndigas envuelto en plástico—. Cuando me llamaste, me dijiste que se trataba de vuestro Profeta del Juicio Final.

—Sí, llamó ayer y me gustaría que escucharas la grabación. Un momento y te la pongo.

La entonación monótona del Profeta se oyó en los altavoces. Ingrid no pudo evitar sentir escalofríos. Había algo desagradable en su voz que no acertaba a identificar exactamente. Cuando la grabación acabó, Ingrid apagó el reproductor y miró a Helene.

—¿Quieres escucharlo otra vez?

—Dentro de un rato. No ahora. —Helene parecía muy concentrada —. Suena como si fuese un cura justiciero del siglo pasado.

—Los testigos que lo han visto, y son muchos, lo han descrito como una persona entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años —dijo Karin—. Pero al escucharlo parece mayor.

—Cierto —contestó Helene—. Creo que es su forma de hablar, tan arcaico y altanero, la que hace que parezca que tiene setenta años o así. ¿Puedo escuchar la grabación otra vez? Me parece que hay algo más.

Ingrid la puso en marcha.

—Como hemos hablado de dialectos, no he podido evitar intentar escuchar el suyo. No soy muy buena en esta materia, pero parece que hay un acento un poco extranjero. Algunas de las palabras me recuerdan a un viejo marinero que nos visita de vez en cuando en la iglesia. Tiene noventa años y trabajó en el mar desde los catorce años hasta la jubilación. Ha navegado por todo el mundo con tripulaciones de todos los países imaginables. Sabe un montón de lenguas y su sueco es parecido al del Profeta. Es como cuando buscas a un familiar lejano

en Minnesota que habla el sueco que aprendió de sus padres y estos, de los suyos, que fueron los que emigraron a Estados Unidos. Una especie de sueco antiguo con acento. —Helene tomó un sorbo de café antes de continuar—: Lo siento si suena confuso. No quiero decir que sea descendiente de un sueco porque no es un acento sueco-inglés común. Es más bien una mezcla, como la del viejo marinero del que os he hablado.

Ingrid contó lo que Nilsson le había dicho esa mañana y a qué conclusión habían llegado los colegas de Londres.

—Imagínate que venga de alguna de las colonias —exclamó entusiasmada Helene—. Muchos suecos viajaron a las colonias inglesas en el siglo XIX y se quedaron, por ejemplo, en la India. Una persona así hablaría con una mezcla de acentos sueco, inglés e hindi.

—Perdonad que sea negativa —Karin interrumpió a Helene—, pero ¿no es un poco rebuscado que hubiera aparecido un descendiente de suecos de la India en Masthugget y Haga que se dedique a atacar travestis los domingos por la noche y que, además, no pare de llamarnos y de decir que es hora de separar el grano de la paja?

La pregunta de Karin quedó suspendida en el aire y todos la miraron con sorpresa. Luego, Helene se echó a reír, y su risa contagió a los demás.

—No es mi oficio —se defendió Helene mientras la risa comenzaba a calmarse, y respiró hondo—. Solo he dicho lo primero que me ha venido a la cabeza.

—Eres un recurso para nosotros. No creas otra cosa —contestó Ingrid sonriendo.

—Bueno, tengo que irme. Mi almuerzo largo ha sido muy laaaargo y creo que ya alcancé el culmen de mi carrera como sicóloga criminal hace un rato. Gracias por pararme, Karin. —Helene rio y le dedicó una amplia sonrisa—. De lo contrario, no sé dónde acabaríamos con mis deducciones.

Ingrid se levantó.

—No hace falta que me acompañes. Me sé el camino. Si no nos vemos antes, hasta el sábado.

—¡Qué persona más maravillosa! —dijo Karin cuando se fue Helene—. Irradia energía y ganas de vivir.

—Sí. —Ingrid miró la hora. Eran las dos—. Es extraño que no haya llamado todavía. Los últimos días ha llamado con más frecuencia.

—A excepción de ayer —señaló Boberg—, que solo llamó una vez. Puede que piense que ya no hace falta llamarnos para que su mensaje sea conocido. Todos los periódicos escribieron sobre las agresiones en portada y que el denominador común era el travestismo. Quizá piense que ha logrado su objetivo, es decir, que sepamos por qué los ha atacado. Hablamos de la lógica distorsionada de una persona que está

enferma mentalmente.

Ingrid se encogió de hombros.

—Es como dices: se trata de la lógica de una mente confusa y enferma la que intentamos entender. A lo mejor no hay nada que entender. A lo mejor es totalmente irracional en su forma de pensar y actuar. Creo que deberíamos hacer un poco de trabajo policial del aburrido y leernos los testimonios que tenemos de los habitantes de las zonas donde ocurrieron las agresiones a ver si encontramos algo. —Ingrid esbozó una sonrisa entusiástica hacia Karin y Fredrik Boberg —. Nos vemos a las tres.

Abandonó la sala y se dirigió hacia la oficina de Tingström. Tenía ganas de saber cómo había ido la rueda de prensa, pero cuando llegó vio que estaba ocupado en una reunión. Ingrid decidió ir a hablar con Malin. La puerta estaba abierta y Malin estaba delante de un ordenador, rodeada de montones de carpetas y papeles sueltos.

—Hola, ¿cómo te va?

Malin apartó la vista de la pantalla del ordenador y miró a Ingrid.

—Lento pero seguro, como se suele decir. El programa que hay que usar no es el más sencillo.

—¿Te gusta trabajar con nosotros?

—Me encanta y me he sentido bienvenida por todos.

—Creo que tienes madera para este trabajo. —Ingrid sonrió.

—Gracias. —Malin le devolvió la sonrisa.

—No hay de qué. Nos vemos en la reunión de las tres —dijo Ingrid, y salió de la habitación.

Faltaban diez minutos para las tres. El tiempo justo para ir al baño y coger una taza de café.

Jueves, 27 de abril

Hora 15:00

Cuando entró en la sala de reuniones tuvo una sensación de déjà vu. Se preguntó cuántas veces se había encontrado con la misma imagen: un grupo de personas sentadas a lo largo de una mesa rectangular esperándola. A veces tenía la sensación de que pasaba demasiado tiempo en la comisaría. Tenía sus pros y sus contras. Cuando trabajó inspectora, no tenía la capacidad de ver el caso con una perspectiva más amplia ni de dirigirlo hacia donde ella quería. Era cierto que el trabajo era más cambiante, pero se tenía que adaptar a la estrategia de otra persona. Ahora ella dirigía la investigación y podía decidir la dirección hacia donde llevarla, a cambio de estar todo el día en la comisaría cuando lo que le gustaría era estar en la calle.

—Menos mal que llegas a tiempo. —Thomas la recibió riendo y señalando el reloj. Eran las tres en punto.

—Entonces, valoramos las mismas cosas.

Ingrid miró a los reunidos. Se sorprendió de ver a Tingström y a Schildt, pero luego pensó que era mejor: así se ahorraba tener que informarlos de los avances.

—¿Quieres comenzar tú, Tingström?

—Hemos hecho una rueda de prensa. No porque tengamos alguna novedad que contar, sino más por tener a las damas y a los caballeros de la información contentos. Lo único que he dicho es que estamos trabajando sin parar y que pronto tendremos al asesino.

Tingström se encogió de hombros como señalando que no tenía nada más que añadir, así que Ingrid tomó la palabra:

—Como recordareis, Nilsson envió el bate a Londres a ver si podían ayudarnos. Ha resultado que no es de béisbol, sino de críquet antiguo. Por lo visto, los ingleses tienen estadísticas de todos los partidos de críquet desde ciento treinta años atrás y… —Unos fuertes golpes en la puerta interrumpieron a Ingrid. Era Nilsson—. Nilsson, ahora estaba contándoles…

—Necesito hablar contigo a solas. Es importante.

Su mirada mostraba decisión y miraba con insistencia a Ingrid. No solía ser su estilo, así que debía ser importante.

—Perdonad. Ahora vuelvo. —Cerró la puerta—. ¿Qué pasa?

Nilsson señaló la oficina de Ingrid y fue hacia allí.

—Hablemos dentro.

Ingrid lo siguió sorprendida. ¿Qué era lo que pasaba? Cuando llegaron a su oficina, cerró la puerta y pidió a Nilsson que se sentara. Ella lo hizo en su silla, al otro lado de la mesa.

—Acabamos de saber dónde se encuentra el ordenador que se usó para crear la página web de Angelina: en la Fiscalía.

Ingrid, sorprendida, frunció el ceño.

—¿Quién?

—No lo sabemos aún, pero he llamado a un chaval que trabaja en su Departamento de Informática. Es de fiar, trabajó un tiempo con nosotros. Parece ser que el ordenador está en la biblioteca de los fiscales. Solo el personal de la Fiscalía tiene acceso a él. Cuando entró en el ordenador, vio que se había usado de noche de una a dos veces por semana desde enero. La última vez que alguien lo utilizó de noche fue la madrugada del lunes entre las cinco y las cinco y cuarto.

—¡Caray! Donde menos te lo esperas…

—Justo.

—¿No pudo ver quién había entrado?

—Para usar el ordenador de la biblioteca no se necesita contraseña ni abrir sesión con un usuario. Está pensado para que los fiscales lo utilicen para buscar un libro en la biblioteca o información en la red.

—Una lástima, de haberlo, ya sabríamos quién es el asesino. Tenemos que contárselo a los demás, deben estar muertos de curiosidad.

Ingrid empezó a levantarse.

—Un momento. Per Schildt trabaja allí.

Ingrid se detuvo.

—¿Qué quieres decir? ¿No creerás que Per Schildt iba a…?

—No creo nada, pero, cuando vi que estaba en vuestra reunión, supuse que era vuestro fiscal. Creo que es mejor que no le informéis de momento. Si hay un sospechoso en la Fiscalía, no es oportuno que participe uno de sus miembros.

Ingrid se masajeó las sienes, miró al techo y pensó febrilmente cómo actuar.

—Viking y Nina han entrevistado hoy a un testigo que ha hablado con Angelina. El testigo ha asegurado que Angelina llevaba un anillo de jurista en el dedo corazón derecho.

—Eso confirma que puede ser alguien de la Fiscalía y descarta a las personas sin estudios jurídicos como los conserjes.

—Sí, pero el grupo todavía es grande, aunque si quitamos a las mujeres mengua más.

De repente, Nilsson esbozó una sonrisa.

—Hay una manera de saber quién es.

—Dime.

—Si alguien se queda a trabajar pasadas las diez de la noche o antes de las seis de la mañana, tiene que registrarse con una tarjeta personal. No entran por la entrada principal, sino por un lateral que tiene un torno en el que se pasa la tarjeta y se escribe un código numérico personal.

—¿A qué esperamos? —dijo Ingrid con las cejas levantadas, y sonrió.

—¿Has pensado en cómo podemos conseguir los registros de las entradas y salidas de forma discreta?

—Tu chaval del Departamento de Informática, ¿no puede hacerlo él?

—Se lo he preguntado, pero no tiene el permiso necesario.

—¿No crees que es mejor pedírselo a Per Schildt?

—No, porque no sabemos con seguridad si está involucrado. Tú misma lo has dicho: donde menos te lo esperas… Piensa que la gente que trabaja allí tiene mucho que perder, se ayudan entre ellos. Si uno resulta culpable, sería una mancha para toda la Fiscalía en su conjunto. Nadie tiene que sospechar que vamos tras el registro de visitas.

—¿No son los del Departamento Económico o los de Recursos Humanos quienes se encargan de este tipo de cosas? ¿No suele ser así en las entidades e instituciones?

—No lo sé, pero pienso lo mismo que tú. Mi chaval del Departamento de Informática podría averiguarlo, pero le he dicho que no haga nada, no sea que levante sospechas y el registro sea borrado.

Ingrid, alarmada, se puso de pie.

—Espero que Viking y Nina no hayan hablado de Angelina y su anillo de jurista. Tengo que volver a la reunión. Te llamo luego.

Ingrid regresó corriendo a la reunión. Cuando llegó, se detuvo, respiró profundamente y entró por la puerta. Se hizo el silencio.

—Te estábamos esperando —dijo Karin.

—Sí, gracias. Nilsson tenía problemas con la gente de Londres. Le han puesto de los nervios. —Todos parecieron creerse su explicación —. Propongo que demos la reunión por finalizada y hagamos una mañana por la mañana. A lo mejor ha llamado el Profeta, y tenemos las estadísticas de Londres por mirar. Tengo que hacer unas llamadas a Inglaterra, a ver si arreglo las cosas. —Sorprendidos, fueron levantándose de uno en uno—. Por cierto, Nina, Karin, Thomas y Viking, quiero que me entreguéis personalmente la previsión de vuestras vacaciones de este año dentro de veinte minutos.

Después se escapó en dirección a su oficina. Entró y cerró la puerta con cuidado. Detrás de ella oyó como Thomas gritaba que ya la había entregado. El corazón le latía desbocado, esperaba que nadie hubiera adivinado su treta. Juntó todo el material que tenía del caso en la

mesa y lo metió dentro de un maletín con la intención de llevárselo a casa. Después escribió un SMS: «Sé lo más discreto posible. La calle Lyckans väg, la segunda casa por la derecha, cuanto antes. IB». Se lo envió a Nilsson, Nina, Karin, Thomas y Viking con dos minutos de espacio entre cada destinatario para no despertar sospechas. Después, se fue a casa.

Jueves, 27 de abril

Hora 16:13

Veinticinco minutos más tarde, estaban todos en casa de Ingrid. No habían estado nunca allí y miraban a su alrededor con curiosidad disimulada.

—Nos encontramos en una situación muy delicada. ¿Sabe alguien que estáis aquí? —Todos negaron con un movimiento de cabeza—. ¿Seguro? ¿Ningún compañero, ni Malin ni Tingström? Porque, si es así, tenéis que decírmelo. Pensadlo bien.

—¿Qué pasa? —preguntó Viking.

—Como ya sabéis Nina y tú, un testigo vio que Angelina tenía un anillo de jurista en su dedo corazón derecho. Resulta que el ordenador utilizado por Angelina ha sido localizado en la biblioteca de la Fiscalía. Solo los empleados pueden acceder a él y no se necesita una contraseña. Si eliminamos el personal femenino y el personal que no tiene estudios jurídicos, nos queda un grupo de hombres que podrían haber utilizado el ordenador. Uno de ellos es nuestro fiscal, Per Schildt.

—¡¿En serio estás diciendo que Per Schildt sería Angelina?! —exclamó Nina.

—Al principio no lo creí, hasta que Nilsson me hizo cambiar de opinión. Este gremio es muy cuidadoso con su reputación y posición. Se protegen entre ellos, y si se demuestra que Angelina es uno de ellos, tendrá un efecto negativo para toda la Fiscalía. Nilsson tiene un contacto allí que no entra en el grupo de sospechosos. ¿Puedes continuar tú, Nilsson?

Nilsson contó lo que ya le había dicho a Ingrid con anterioridad y expuso la problemática ante la que se encontraban.

—Tenemos que idear alguna forma de conseguir el registro de las entradas y salidas del edificio —concluyó Ingrid—. Mientras tanto, podemos reunirnos aquí. Thomas, ¿cómo os ha ido?

—Estamos acabando, pero no hemos encontrado nada destacable. Hemos leído los documentos de cada uno para controlar que no nos hayamos olvidado nada. Le hemos dado cada nombre y teléfono que ha surgido a Malin.

—Hablé con Malin personalmente diez minutos antes de la reunión y me dijo que no había encontrado ninguna relación —dijo Ingrid.

—Tenemos los discos duros, tal vez podríamos mirar si hay alguna cosa borrada, pero no podremos comenzar hasta después del fin de semana —informó Nilsson.

—Karin, ¿qué tienes tú?

—Ninguna llamada del Profeta, de la Dirección General Adjunta o de Interpol. Tendría que volver, Fredrik Boberg está solo esperando las llamadas.

—De acuerdo. Iremos informándote. Nina y Viking, ¿tenéis algo más que añadir?

—No —respondieron al unísono.

—Nilsson, diles lo que me contaste sobre el críquet esta mañana y luego yo les hablaré de una conversación sobre el Profeta que tuvimos Karin, Fredrik Boberg, una diaconisa y yo.

Nilsson les puso al día de lo que los compañeros de Londres le habían dicho. Después, Ingrid informó sobre el Profeta.

—No sé a dónde nos lleva todo esto. Tengo la sensación de que hay demasiados cabos sueltos. Pero volvamos a la Fiscalía, ¿a alguien se le ha ocurrido algo? Debemos ser lo más discretos posible, de lo contrario, tendremos que pedir ayuda a un fiscal jefe y quien sabe si entraremos como un elefante en una cacharrería.

—El fiscal jefe de la Segunda Sala es mujer —apuntó Nilsson.

—En tal caso, sería ella. De todas formas, prefiero esperar a mañana y ver si se nos ocurre alguna manera sin pasar por los jefes.

—No creo que el Profeta del Juicio Final se conforme con haber matado a dos —dijo Karin.

—Yo tampoco lo creo. Por eso nos agarramos a un clavo ardiendo, como las estadísticas de críquet. Espero que lleguemos a atrapar al asesino antes de que se decida por otra víctima. Si pensamos que se mueve como por su casa en Masthugget y Haga, será cuestión de aumentar la vigilancia, en especial los domingos por la noche. No sé mucho sobre asesinos en serie, pero si no estoy equivocada siguen un patrón de conducta; quizá el suyo sea los domingos por la noche después de todo. Nos sería de gran ayuda tener un perfil sicológico del asesino, pero hasta finales de la semana que viene no podremos disponer de un experto y para entonces espero que hayamos capturado al asesino. Propongo que nos veamos en mi oficina mañana a las nueve y decidamos qué hacer.

Al cabo de diez minutos, todos se habían ido. Ingrid se sentía derrotada. Todo ese asunto le drenaba toda la energía, su estómago protestaba y tenía un insistente dolor de cabeza, el cual sabía por experiencia que solo iría a más. Lo que deseaba de verdad era encargar una pizza, sentarse delante de la tele y comérsela. Pero no lo hizo. Cogió un plátano, se puso el chándal y cogió la bicicleta para ir a Skatås. Cuando llegó, decidió correr diez kilómetros. Hacía una tarde

maravillosa y los rayos del sol todavía calentaban el ambiente. Vio cómo la primavera, poco a poco, había ido ganado terreno durante los últimos días. Los brotes de los árboles cada vez eran más gruesos y en algunos abedules las hojas comenzaban a abrirse. El bosque entero olía a tierra húmeda y a agujas de abeto. De repente, se dio cuenta de que el pesimismo no había vuelto a aparecer. ¿Era debido a que había empezado a hacer ejercicio o porque el trabajo estaba en una fase tan intensa que los pensamientos negativos no habían tenido ocasión de manifestarse? «¿Es por eso por lo que trabajo como una mula, porque tengo miedo a mis propios pensamientos?», pensó. Cuando acabó de correr, se subió a la bicicleta y disfrutó de la bajada de la cuesta de Skatås. Sonreía y, por un momento, se convirtió en una chica despreocupada.

Viernes, 28 de abril

Hora 05:52

Ingrid estaba despierta mirando el techo del dormitorio y esperando a que el despertador sonara. Había una grieta, que con los años había ido creciendo como si fuera una huella del paso del tiempo. Acababa de despertarse y se sentía completamente descansada. No necesitaba levantarse antes de las seis para realizar su rutina matinal, así que había decidido disfrutar del calor de la cama. Cuando el móvil sonó, suspiró. Era Nilsson. Contestó.

—Ya lo tenemos —dijo bruscamente

—¿A quién? —Ingrid no lo seguía.

—A Per Schildt.

—¿Qué dices?

—Hoy de madrugada, mi contacto ha hackeado el ordenador de la Fiscalía y ha tenido acceso al registro de entradas y salidas del personal. Esto queda entre tú y yo, puede costarle el trabajo y la carrera. No podrás usarlo como prueba, pero ha copiado e impreso las listas. Tengo confianza ciega en él.

—Quiero verlas primero.

—Ya están en tu buzón. Ahora el balón está en tu tejado, ya verás qué haces. A mi contacto no lo delates.

—De acuerdo.

Ingrid colgó, se puso el albornoz y salió corriendo al buzón. Junto al periódico del día había un sobre de color marrón. Dentro había una serie de folios con listas con diferentes códigos, fechas y horas. Las fechas y las horas que a Ingrid le interesaban estaban subrayadas. Una lista explicaba los códigos. El código que correspondía a Per Schildt coincidía con las fechas y las horas. En cuanto entró en su casa, llamó a Tingström y le pidió que se vieran lo antes posible en la comisaría. Treinta y cinco minutos más tarde, estaba en la oficina de Tingström. Le contó lo que había visto.

—Maldito falsario. Me importa bien poco lo que haga en su tiempo libre mientras no sea ilegal, pero ha tenido pleno acceso a nuestra investigación. Si hubiéramos tenido la información que él posee, es posible que hubiésemos impedido el asesinato de Torgny Andersson.

—Puede ser que alguien haya usado su tarjeta y su código —propuso Tingström.

—Solo hay una forma de averiguarlo, y es ir allí. Si es inocente, pondrá todo de su parte para ayudarnos y limpiar su nombre.

—Cogemos mi coche —dijo Tingström, y se dirigió hacia la puerta.

Fueron en silencio a la Fiscalía. En la recepción les comunicaron que Per Schildt estaba en su oficina. Delante de su despacho estaba como siempre su estirada secretaria mirando unos papeles. Tingström carraspeó y la secretaria alzó la vista.

—¿Tienen cita?

—Sabe bien que no —contestó Ingrid—. ¿Está dentro?

—No puedo dar este tipo de información de cualquier manera.

—Bueno, lo averiguaremos por nosotros mismos. Muchas gracias.

Ingrid pasó por detrás de la secretaria y abrió la puerta. Per Schildt estaba sentado en su mesa y, sorprendido, vio entrar a Ingrid y Tingström seguidos de la secretaria con cara enrojada.

—No he podido evitarlo. Han entrado a la fuerza.

—No pasa nada, yo me encargo de ellos. Señora Andersson, puede continuar con lo que estaba haciendo.

Ingrid y Tingström se sentaron en dos sillas colocadas delante de la mesa del fiscal. La secretaria salió y cerró la puerta.

—Es como un perro de presa rabioso —Per Schildt y sonrió—, pero es fiel y eficiente. Bueno, ¿qué es lo que os trae por aquí?

—Quizá puedas contárnoslo tú —contestó Ingrid lentamente.

Per Schildt negó con la cabeza y arrugó la frente.

—Lo sabemos —dijo Tingström con frialdad.

Ingrid vio cómo el miedo se apoderaba del semblante de Per Schildt. Estaban delante de la persona correcta. Nadie se había apropiado de su tarjeta y su código. Per Schildt cogió un bolígrafo y, mirándolo, comenzó a juguetear con él.

—Tuviste la oportunidad de impedir el asesinato de Torgny Andersson, pero elegiste callar. A nosotros no nos interesan tus aficiones mientras no sean ilegales, y no es nada legal participar en una investigación como fiscal, con toda la información a tu alcance, cuando eres testigo —escupió Ingrid.

—Tenía miedo de…

Ingrid no pudo callarse.

—¿Tú tenías miedo? ¿Y qué coño crees que tuvieron Lars-Ove Karlsson, Johan Wilhelmsson y Torgny Andersson cuando los perseguían con un bate y una barra de hierro?

Ante el silencio de Schildt, continuó Tingström:

—Cuéntanos todo, y cuando digo todo, quiero decir todo. Creo que ya la has fastidiado suficiente.

Después de lo que pareció una eternidad, Per Schildt empezó a hablar. Provenía de una familia burguesa en la que su madre era una ama de casa y su padre, director de escuela. Sus dos hermanos

estudiaron para médico y él, para jurista. Ya de niño se sentía atraído por la ropa de su madre y se la ponía cuando creía que nadie lo veía. Una vez, cuando tenía trece años, su padre lo descubrió y le dio tal paliza que tuvo que ser hospitalizado por sus lesiones. Después de eso, entendió la importancia de ocultar su deseo de vestir con ropa de mujer. Cursó estudios jurídicos y se formó para ser fiscal. Un trabajo de hombres según su padre. La primera vez que contactó con alguien en la red y le preguntó su nombre femenino, contestó «Angelina». Y así fue.

—¿Cuándo abriste tu página web y cuándo empezaste con el curso? —preguntó Tingström.

—Siempre me han dicho muchos piropos cuando soy Angelina, así que me decidí a ayudar a otros. La página web la abrí en enero y la eliminé el lunes por la noche. Había mucha gente interesada y elegí a los que vivían lejos de Gotemburgo. Para proteger nuestras identidades.

—Necesitamos una lista con los nombres y los teléfonos de esas personas. Tenemos que advertirles. No sabemos todavía cómo elige el asesino sus víctimas, aparte de que todos son travestis. Puede haber otras causas.

—¿Qué causas? —Ni Ingrid ni Tingström contestaron a su pregunta —. Perdón, lo entiendo. Sé que no me creeréis, pero no conservo ni nombres ni números de teléfono. Después de lo que ha pasado, decidí deshacerme de todo. No existen.

Posiblemente, era cierto lo que decía. Era capaz de hacerlo para protegerse. A lo mejor podía conseguir una orden para registrar su casa, pero dudaba que encontrasen algo. Si no se había deshecho de la información, podría haberla escondido en cualquier sitio, como, por ejemplo, en la biblioteca de la Fiscalía. Ese hombre sabía cómo pensaba la policía y siempre se adelantaría a sus pasos.

—Conoces la descripción del asesino. ¿Sabes quién es? ¿Te ha amenazado?

—No tengo coartada para las noches de las agresiones, pero los dos sabéis que su descripción ni de lejos coincide conmigo. Mi cara ha salido bastante en los medios y sería reconocido fácilmente. Nadie me ha amenazado y no tengo ni idea de quién es ese loco.

Ingrid vio que no conseguirían nada más. Se levantó.

—Me voy a la comisaría.

Tingström movió la cabeza en dirección a Ingrid para después dirigirse a Per Schildt.

—Y ahora tú y yo vamos a ver a tu jefe y vas a explicarle por qué necesitamos un nuevo fiscal para el caso.

—Pero si no sé nada —protestó Schildt alterado—, no tenemos por qué mezclar a otras personas en esto. He dicho todo lo que sabía. ¿No

entendéis las consecuencias que puede acarrearme?

Ingrid tan solo lo miró, movió la cabeza y salió de la oficina. Cómo se podía ser tan egoísta. Él, de entre todas las personas, debería saber que uno no se va de rositas de una situación así. Ingrid decidió ir caminando hasta la comisaría. Todo el cuerpo le temblaba de rabia y necesitaba calmarse. Se sentía traicionada por Per Schildt. Habían trabajado juntos muchos años y jamás habría pensado que llegara a comportarse de esa forma.

Viernes, 28 de abril

Hora 08:45

A las nueve menos cuarto entró en la comisaría. Estaba igual de enfadada que cuando dejó la Fiscalía veinte minutos atrás. Con pasos decididos, subió la escalera que daba al cuarto piso. Habría necesitado un saco de los que emplean los boxeadores para entrenarse para descargar toda su rabia. Cuanto más pensaba en ello, más se enfadaba. Se sentía tan traicionada por Per Schildt. Después de tantos años trabajando juntos, si se hubiera atrevido en confiar en ella y en Tingström, se habrían ahorrado mucho tiempo y quizá hubieran salvado la vida de Torgny Andersson. Sin embargo, había puesto sus intereses por encima de todo. Cuando entró en su oficina, vio sentados a Nilsson, Karin, Nina, Viking y Thomas esperándola. Por un instante, se preguntó qué hacían allí, para después acordarse de que ella misma los había citado a las nueve. Una mirada a su reloj y vio que eran las nueve menos cinco.

—Hola —saludó al mismo tiempo que cerraba la puerta de un golpe—. ¿Les has contado lo último, Nilsson? —preguntó, y se sentó en su silla.

—No. He preferido no decir nada hasta que estuviéramos seguros.

Las miradas iban de Ingrid a Nilsson y de este, a Ingrid de nuevo.

—Per Schildt es Angelina. Acaba de confesárnoslo a mí y a Tingström hace un momento. Ahora están reunidos con su jefe para ver cómo seguir. Según Per Schildt, se ha deshecho de todos los números de teléfono y direcciones que ha obtenido a través de su página web. También es de la opinión de que lo mantuviéramos entre nosotros.

—Supongo que no lo aceptasteis.

—¡Claro que no, Nilsson! —contestó Ingrid—. Cuando venga Tingström, sabremos más. Supongo que nos facilitarán una autorización judicial para registrar su domicilio a lo largo del día. Hasta entonces, no comentemos nada de esto a nadie y sigamos con el trabajo previsto.

—¿Le preguntasteis si sabía quién era el asesino? —preguntó Karin.

—Dice que no lo sabe —contestó Ingrid.

—¿Crees que decía la verdad?

—Creo que sí. Ya veremos qué más sale cuando le apretemos las

tuercas en un nuevo interrogatorio. Volvemos a vernos a las tres.

Los demás se fueron, dejando a Nilsson y a Ingrid solos en la oficina.

—Buen trabajo, Nilsson.

Nilsson contestó con una pequeña sonrisa:

—Voy a ver qué se cuece en mi departamento.

Cuando se fue, Ingrid empezó a pensar en cómo dividiría el trabajo del fin de semana. Necesitarían gente en el centro cívico por si, a pesar de todo, los integrantes del curso acudiesen. También necesitaban más personal para vigilar Masthugget y Haga, sobre todo el domingo por la noche. Escribió un informe sobre hasta dónde habían llegado y lo dejó sobre la mesa de la oficina de Tingström. Cuando salía de la oficina, se topó con él. No parecía contento. Indicó a Ingrid que entrara de nuevo en la oficina y cerró la puerta.

—Siéntate —dijo con resignación—. He hablado con tres jefes fiscales en la Fiscalía y los tres protegen a Per Schildt. Dicen que cualquiera puede haberse colado en su biblioteca y usado el ordenador. De esta manera, para ellos la cosa está clara.

—No puedo creer lo que oigo. Vaya sentimiento gremialista. De todas formas, Per Schildt confesó.

—Lo ha negado todo. Y no podemos revelar nuestra fuente ni puedo mostrar las listas que demuestran que Schildt estaba en la Fiscalía cuando se usó el ordenador de la biblioteca para la página web de Angelina. Con la actitud que tienen, no habría ayudado tampoco, y estoy seguro de que las listas con todos los indicios y pruebas deben estar siendo eliminadas de su sistema informático, si no lo están ya.

Ingrid sacudió la cabeza.

—Te pone los pelos de punta ver cómo funcionan las cosas. No quieres creer que el sistema judicial sueco está corrupto, pero al final siempre es un asunto de poder. Poder de decisión, poder para imponer silencio, poder para saltarse nuestras leyes sin ninguna consecuencia y poder para crear reglas propias y fortalecer el grupo. Poder, poder, poder.

Ingrid calló y, durante el silencio que siguió, los dos pensaron en sus palabras. Después exclamó:

—¡¿Les habrás dicho a esos cabrones corruptos que ni se les ocurra volver a enviar a Schildt aquí?!

Tingström se rio.

—No tenemos que preocuparnos de eso. Por cierto, ¿cómo os va?

—Tenía la esperanza de que avanzásemos un poco más ahora que sabemos quién es Angelina y quién estaba detrás de la página web, pero, como bien sabes, estamos igual que antes. —Le entregó el papel que tenía en las manos—. He escrito lo que considero que necesitamos

para vigilar el área de Andra Långgatan y el centro cívico. No tenemos nada más y nos hemos concentrado en el Profeta y en buscar conexiones entre las víctimas.

Tingström leyó el papel que Ingrid le había dado.

—Intentaré conseguirlo todo.

Ingrid asintió agradecida y se levantó.

—A las tres tenemos una reunión. Te llamaré antes si aparece algo nuevo, y llámame en cuanto sepas quién es nuestro nuevo fiscal.

De camino a su oficina pasó por la máquina de café y llenó su taza hasta el borde. Se sentó en su silla y no pudo evitar suspirar de cansancio cuando vio el montón de papeles sobre la mesa. En medio estaba el pósit con el mensaje del hermano de Torgny Andersson preguntando si habían encontrado algo en el cuarto de su hermano. Decidió llamarlo, pero, justo cuando descolgó el teléfono, su móvil empezó a sonar.

—Hola, soy Widebrandt, de la centralita. Acaba de llamarnos Lena Larsson, del centro cívico de la plaza Järntorget. Han encontrado una maleta de color azul y se preguntan si os interesa. La encontraron detrás de una cortina, en una de las salas de conferencias.

—Sí que nos interesa. ¿Tienes su información de contacto?

—Por supuesto.

Cuando hubo recibido los datos, llamó a Thomas para informarlo de lo que acababan de contarle y le pidió que la esperara en el garaje. El móvil volvió a sonar en cuanto colgó. Era Nilsson.

—No dejan de llegar listas con estadísticas de Londres. Son los nombres de los partidos de críquet. Los compañeros ingleses me han dicho que intentarán enviar todo lo que puedan, habrá una pausa el fin de semana y el lunes continuarán. Mandar las estadísticas de ciento treinta años lleva su tiempo.

—Dales las gracias de mi parte la próxima vez que hables con ellos. Enviaré a Viking o a Malin a recoger las listas.

—¿Cómo ha ido con Per Schildt? ¿Sabes algo?

—La Fiscalía quiere cubrirlo y Per ha retirado su confesión. No hay pruebas y no podemos mostrar lo que nuestra fuente nos ha dado sin revelar quién es. Sostiene que cualquiera puede haber entrado y usado el ordenador de la biblioteca.

Un largo silencio siguió a las palabras de Ingrid.

—Dime que bromeas.

—Lo siento, pero no.

—A veces no sé si vale más la pena darse cabezazos contra la pared que relacionarse con los tarugos de la Fiscalía.

—Hay podredumbre y pensamiento gremialista en todas partes. A la policía se la suele acusar de eso. Tengo que dejarte. Voy a ir al centro cívico de Järntorget con Thomas porque creemos que han

encontrado la maleta de Lars-Ove Karlsson. Si es así, pasaremos por tu departamento.

—Sois bienvenidos.

Ingrid fue a paso ligero a coger el ascensor. Thomas ya la esperaba en el garaje. De camino al centro cívico, aprovechó para llamar a Viking y pedirle que empezara con las listas de Londres. Luego llamó al número que le había dado la chica de la centralita para decirle que iban de camino para recoger la maleta. Antes de bajar del coche, también le dio tiempo de contarle a Thomas qué había pasado con Per Schildt. La respuesta de Thomas fue una larga retahíla de insultos. Y, en silencio, atravesaron la puerta del centro cívico. Dentro los esperaba una mujer que se presentó como Lena Larsson, encargada de los alquileres de las salas.

—Una de nuestras mujeres de la limpieza encontró la maleta ayer detrás de una cortina en una de nuestras salas. Por casualidad estaba aquí esta mañana y oí hablar de la maleta. Cuando supe que la habían encontrado en la sala por la que ustedes ya habían mostrado interés, pensé que podría interesarles y los llamé.

—Le estamos muy agradecidos —dijo Ingrid—. ¿Podemos verla?

—Claro. Síganme. Está bajo llave en mi oficina.

En la oficina de Lena Larsson estaba la maleta de marca Samsonite de plástico reforzado y de color azul. El tamaño era aproximadamente de cincuenta y cinco centímetros por cuarenta. Se parecía a la descripción que Karl-Erik Hedén había hecho de la maleta de Lars-Ove Karlsson. Para su desilusión, estaba cerrada. Había una pequeña chapa para el nombre en la que ponía «Lars-Ove Karlsson» y su dirección. Se la enseñó discretamente a Thomas y ambos asintieron en reconocimiento. Después, Ingrid se dirigió a Lena:

—Nos la llevamos para que nuestros técnicos la inspeccionen. También necesitaríamos hablar con la mujer de la limpieza que la encontró. Inmediatamente.

—Ya me lo imaginaba. Aquí tienen su nombre, su número de teléfono y sus horarios de trabajo.

—¿No está aquí?

—Por desgracia, no.

—Vale. Entonces, nos vamos. Una vez más, muchas gracias. Si encuentra algo más, no dude en llamarnos.

—De acuerdo.

En el coche, Ingrid le dio el papel con los datos de la mujer de la limpieza a Thomas.

—Quiero que hables con ella lo antes posible.

Después llamó a Nilsson para decirle que iban de camino con la maleta.

—Podéis dejarla en cuanto lleguéis aquí. Nos pondremos a trabajar

con ella lo antes posible. Ahora mismo, todos se han ido a almorzar. Si queréis estar presentes cuando inspeccionemos la maleta, pasaos a la una y media.

Viernes, 28 de abril

Hora 13:32

Ingrid y Thomas habían aprovechado la ocasión para almorzar juntos durante casi una hora. Había sido muy agradable. Ingrid se dio cuenta de que hacía mucho tiempo desde la última vez que habían podido hablar tranquilamente el uno con el otro. Thomas le había contado que la televisión lo había llamado porque pensaban hacer una nueva temporada de Los gladiadores. La cantidad que ofrecían era tan grande que le costaba decir que no. Tenía que responder a más tardar el lunes. En caso de que aceptase participar, tendría que pedir una excedencia de medio año. El programa se grabaría en el Coliseo de Roma dentro de un mes. Ingrid le había dicho que fuera y que ella le reservaría un sitio en su equipo.

A la una y media entraron en el Departamento Técnico. Allí los enviaron a una sala donde estaban Nilsson y otro forense vestidos con un equipo de protección individual, guantes y gafas protectoras. Sobre un banco de acero inoxidable se encontraba la maleta azul, el compañero de Nilsson estaba intentando abrirla.

—¡Hola! —dijo Ingrid cuando entraron la habitación—. Veo que ya habéis comenzado.

Nilsson señaló un reloj que estaba colgado en la pared.

—Son las 13:32. Si no recuerdo mal, te dije a las 13:30.

Ingrid abrió la boca con sorpresa. Por el rabillo del ojo vio cómo Thomas se aguantaba la risa. Bueno, había recibido una ración de su propia medicina. Asintió a Nilsson como respuesta. Con un crac, la cerradura se abrió y la atención de todos pasó a la maleta. El técnico comenzó a abrirla con cuidado. Thomas e Ingrid se acercaron para poder ver mejor. Después de lo que les pareció una eternidad, la maleta se abrió. Las dos mitades de la maleta estaban llenas. El técnico sacó con cuidado una pieza de ropa de mujer tras otra y las examinó tanto por delante como detrás antes de meterla cada una en una bolsa para pruebas que Nilsson le abría. Debajo de las faldas, jerséis y vestidos había dos pelucas, una rubia y otra morena, sujetadores, bragas, corsés, joyas, zapatos y cosméticos. Cuando la maleta estuvo vacía, el técnico comenzó a buscar bolsillos u otros compartimentos. De uno de ellos sacó tres sobres. Estaban dirigidos a Lars-Ove Karlsson y escritos con máquina de escribir. Nilsson cogió

uno de los sobres y extrajo con cuidado su contenido. Se trataba de un folio doblado y escrito a máquina. Lo desdobló y leyó en voz alta:

El día del Juicio está cercano. No has querido escuchar. El señor es Todopoderoso y Omnipotente. Soy su profeta enviado para convertirte, ya que eres una maldición para el Señor. En el Quinto Libro de Moisés pone «No vestirá la mujer ropa de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer, porque abominación es a Jehová, tu Dios, cualquiera que hace esto». Contrólate o de lo contrario YO, su enviado, tendré que disciplinarte.

A medida que Nilsson avanzaba en la lectura del texto, más convencida estaba Ingrid de que se trataba de un loco.

—El Profeta del Juicio Final. Solo él puede haberlo escrito —afirmó Thomas.

—Lee la otra carta —pidió Ingrid.

Y Nilsson continuó:

El Juicio Final se acerca. Debes leer esto y reflexionar. Eres una ofensa para las personas y el Señor. No vestirá la mujer ropa de hombre porque abominación es a Jehová, tu Dios. Yo soy su profeta enviado. El día en el que todos seremos responsables de nuestros actos se acerca.

Cuando Nilsson acabó de leer la carta, preguntó a Ingrid con la mirada y esta le dijo que continuara con la tercera:

El Juicio Final se acerca. El domingo es el día de descanso. El domingo tienes que dedicarlo a Nuestro Señor. Soy el profeta enviado por Dios y yo puedo acusar y condenar en su nombre, pues el Señor ya lo previó todo en la Biblia. En el Quinto Libro de Moisés podemos leer «No vestirá la mujer ropa de hombre, porque abominación es a Jehová, tu Dios, cualquiera que hace esto». Arrepiéntete y haz penitencia.

—Sin embargo, Lars-Ove Karlsson no se arrepintió ni hizo penitencia. Eso obligó al Profeta del Juicio Final a disciplinarlo —pensó Ingrid en voz alta.

—Os pasaremos copias de los originales. Nosotros buscaremos huellas dactilares o tejidos que puedan ayudarnos. —Nilsson miró su reloj—. Nos vemos en la reunión a las tres. Os llevaré las copias e informaré del resultado de las otras pruebas.

—Gracias —dijo Ingrid—. Valoro que prioricéis esto.

—Debemos encerrar a este puto loco lo más antes posible —

contestó Nilsson—. Ahora, tenéis que iros, necesitamos trabajar.

Sin una palabra más, Ingrid y Thomas abandonaron la sala. Cuando salieron de allí, Ingrid pidió a Thomas que hablara con los informáticos para ver si habían encontrado algo más en los ordenadores. Ella se fue a ver a Karin Falk y a Fredrik Boberg, que estaban en la sala de reuniones, para ver si el Profeta había llamado e informarlos del contenido de la maleta.

Viernes, 28 de abril

Hora 14:26

Ingrid había hablado con Karin y Fredrik. No sabían nada del Profeta desde el miércoles. ¿Por qué había dejado de llamar? ¿Consideraba que su mensaje había sido entendido, ya que había provocado grandes titulares en los periódicos? Una persona perturbada no se retiraba una vez que había llamado la atención, solía tener ganas de más. Según su experiencia y los estudios que había leído, solían actuar embriagados por el éxito y el poder ejercido. Ese Profeta debería continuar su cruzada, a no ser que las agresiones tuvieran otro motivo y que todo, las cartas y las llamadas, fuera una fachada para ocultarlo bajo la premisa de fanático religioso. Ingrid notó cómo su propio razonamiento le daba dolor de cabeza. Se levantó y abrió una ventana para respirar un poco de aire fresco. Sintió cómo el cansancio y el pesimismo se apoderaban de ella. Le costaba pensar. El caso ahora se encontraba en una fase en la que era importante dirigirlo en la dirección correcta, no había tiempo de dudas o titubeos. Una vez que solucionase el caso… entonces…, entonces… Oyó un ligero golpe en la puerta y tras de ella apareció Tingström, acompañado de una elegante mujer de mediana edad con el cabello rubio recogido y un maletín. Ingrid miró el reloj. Las diez menos tres. Faltaban diez minutos para la reunión. Tingström carraspeó cuando vio que Ingrid permanecía callada.

—Así que sí que estabas aquí. Hemos llamado un par de veces, pero no contestabas por lo que… —Volvió a carraspear—. Te presentó a Ann-Britt von Svinhufvud. Es fiscal y sustituye a Per Schildt a partir de ahora.

Ingrid reprimió un instintivo sentimiento de aversión hacia la mujer, les pidió que entraran y se sentasen. Se acercó a ellos y les tendió la mano derecha para saludar.

—Bienvenida. No sé cuánto sabes sobre el caso.

—En realidad, no sé nada. Estaría bien que me informaras enseguida —contestó Ann-Britt, y sacó una libreta y un bolígrafo del maletín, mirándola con entusiasmo.

—Lo siento mucho, pero ahora mismo no podemos. Tenemos una reunión dentro de… —Ingrid miró su reloj— cuatro minutos. Creo que estaría bien que estuvieras presente. Luego, yo te rellenaré las posibles

lagunas.

—¿No podrías retrasar la reunión una hora? Solo puedo estar aquí hasta las cuatro.

—Lo siento —dijo Ingrid, y dedicó Tingström una mirada suplicante—. Estamos en un momento crítico de la investigación y no puedo cambiar la hora de la reunión con pocos minutos de margen.

—Pero, por Dios, una hora más o una hora menos, ¿qué importancia tiene?

—Lo siento —volvió a decir Ingrid al mismo tiempo que recogía los papeles que necesitaba para la reunión, y salió de la oficina de manera demostrativa.

Ingrid sentía cómo hervía por dentro. Si esa era la nueva fiscal, prefería que volviera Per Schildt. ¿Y qué pasaba con Tingström?, no solía actuar de una forma tan pasiva.

A las tres en punto entró en la sala de reuniones después de pasar por el cuarto de baño y la máquina de café. Las primeras personas a las que vio sentadas allí fueron Tingström y Ann-Britt von Svinhufvud. Así que era así como había que tratar a la nueva fiscal. Tenía que marcar su terreno, de lo contrario, sería la fiscal la que mandaría. Tingström se levantó para indicar que tenía algo importante que decir.

—Ahora que todo el mundo ha llegado, quisiera aprovechar para presentaros a Ann-Britt von Svinhufvud. Sustituye a Per Schildt. Ann-Britt todavía no ha podido documentarse sobre el caso, pero pondremos de nuestra parte para que tenga toda la información que necesite de forma rápida y efectiva. ¿Quieres decir unas palabras, Ann-Britt?

Se levantó.

—Gracias por la presentación. Supongo que iremos conociéndonos. Me gustaría deciros que he trabajado como fiscal veinte años y que mi último destino antes de este fue la Fiscalía de Skövde. ¿Alguna pregunta? Si no, paso la palabra a la jefa de la investigación.

—¿Dónde está Per Schildt? —preguntó Thomas, aparentando no saber nada.

—Comenzará a trabajar en la Fiscalía de Borås, donde por lo visto hace años que buscan a una persona de su perfil.

—Te refieres a su experiencia dentro del crimen informático y la corrupción, ¿verdad? —preguntó Thomas sorprendido.

A Tingström y a Ann-Britt no les hizo ninguna gracia, mientras que el resto celebraron la ocurrencia de Thomas. Ingrid se hizo la sueca. Era evidente que se había extendido el rumor sobre Per Schildt y que nadie estaba contento con que se estuviera tapando. Si la nueva fiscal quería disimular y presentarlo como si hubieran ascendido a Per Schildt, que se las apañase; Ingrid no pensaba ayudarla. La nueva fiscal tendría muy difícil establecer una relación de confianza con el

grupo si seguía así.

—Parece que sabéis algo que yo no sé —dijo Ann-Britt von Svinhufvud, y miró a Tingström visiblemente irritada por la broma que todo el mundo parecía entender menos ella.

Tingström carraspeó.

—Quizá sí, quizá no. Se han detectado, cómo decirlo, algunas actuaciones dudosas del fiscal Per Schildt. La Fiscalía decidió esta mañana que no era el caso, y esta tarde se nos ha notificado que él ha sido trasladado y que se nos ha asignado un nuevo fiscal. Eso hace que algunos en la comisaría se pregunten cómo se están haciendo las cosas en la Fiscalía. Más claro no puedo ser, lo siento. Ingrid, ¿puedes comenzar la reunión?

Ingrid se levantó y se puso delante de la pizarra.

—Durante el día nos han llegado indicios de que posiblemente el asesino sea el Profeta del Juicio Final. La maleta azul de la marca Samsonite de Lars-Ove Karlsson ha aparecido y esta mañana ha sido registrada por los técnicos. En ella se encontraron tres cartas con amenazas hacia él, que sospechamos que han sido escritas por el Profeta. ¿Puedes seguir, Nilsson?

Nilsson encendió el proyector y en la pantalla se vio una imagen que enseñaba fragmentos de las tres cartas. Nilsson esperó antes de seguir para que tuvieran tiempo de leerlas.

—Este es el contenido de las tres cartas escritas a máquina encontradas en la maleta. Las cartas han sido selladas en Gotemburgo y se han encontrado varias huellas dactilares. Una de ellas coincide con las huellas encontradas en el bate de críquet y en la barra de hierro que sabemos que fueron usadas en los homicidios de los días el diecisiete y veinticuatro de abril, respectivamente. Algunas las hemos identificado como pertenecientes a Lars-Ove Karlsson. Hay otras que no hemos podido identificar, pero podrían ser del cartero, por ejemplo.

Nilsson apagó el proyector y se sentó. Thomas tomó la palabra:

—He hablado con la limpiadora que halló la maleta. Me contó entre risas las cosas que había encontrado en la sala: tangas, maquillaje y una liga. Tenía curiosidad por saber a qué se dedicaban los domingos por la noche. Había mirado quién había alquilado el local y vio que había sido la Ópera de Gotemburgo, pero ella no se creyó ese cuento. Su hija trabajaba en la Ópera y le dijo que ellos nunca alquilaban salas de ese tamaño en la ciudad. Tienen mil cien locales propios que podrían usar.

—Confirma en gran medida lo que ya sabíamos —afirmó Ingrid.

—Sí. Ahora empezamos a rellenar los huecos que tenemos en la investigación. Por desgracia, no hemos encontrado ninguna coincidencia o dato que relacione a las víctimas cuando hemos

rastreado los ordenadores. Todos los nombres, teléfonos y direcciones se lo hemos dado a Malin.

—Gracias, Thomas. ¿Qué has encontrado, Malin?

—He pasado la mayor parte del día repasando lo que nos han enviado los compañeros de Londres. Como se trata de listas que llegan a tener hasta ciento treinta años de antigüedad, están escritas a mano y a veces la letra es difícil de entender, pero no es imposible. Estoy en contacto con un grafólogo del Departamento Técnico. Me ha asegurado que puedo pasarle lo que no haya podido descifrar y que él se encargará de hacerlo.

Ingrid asintió.

—Bien. Hoy es viernes por la tarde y vamos a tener más policías de lo normal en las zonas de Masthugget y Haga durante el fin de semana. Tanto de uniforme como de civil. Habrá un dispositivo de vigilancia en el centro cívico durante la noche del domingo y el lunes por la mañana. Tingström y yo estaremos de guardia. Se nos podrá localizar en el móvil a cualquier hora. La línea directa de la policía tendrá personal extra por si el Profeta del Juicio Final vuelve a llamar. En este momento, estas son nuestras prioridades. ¿Alguna pregunta? ¿Consideráis que hemos previsto todas las posibilidades?

El silencio que siguió a las dos preguntas fue interpretado por Ingrid como una negación.

—Si no pasa nada especial, tendremos que volver a interrogar a los taxistas, al repartidor de periódicos, al servicio de limpieza, restauradores, comerciantes, y habrá que volver a preguntar a los vecinos de la zona. Y buscar nuevos testigos. Debe haber gente que haya visto u oído más de lo que ha trascendido hasta ahora. Hay muy pocos testigos, en mi opinión. Tendremos que intentar reformular nuestras preguntas y volver a pedir la colaboración a través de los medios de comunicación. Por mi parte, creo que estamos buscando a un profeta loco. Un profeta autoproclamado del Juicio Final. Es importante que lo capturemos lo antes posible, antes de que le dé por agredir a más personas que, según su opinión, necesiten ser castigados.

Tingström sacudió ligeramente su cabeza.

—Soy de la misma opinión que Ingrid. —Después se dirigió a la fiscal—. Necesitamos ayuda exterior para poder interpretar bien las intenciones de esta persona. Hemos llegado a la conclusión de que tiene ciertos conocimientos bíblicos y teológicos. Los interpreta a su manera y se considera un elegido de Dios. Parece no importarle que haya testigos que lo han visto actuar o dejar sus huellas dactilares. Para él, lo principal es imponer el castigo a toda costa y, como segunda prioridad, desaparecer hasta decidir quién será su próxima víctima.

»Creemos que trabaja solo, tiene una edad entre cuarenta y cincuenta y cinco, de altura media y peso normal. Habla con un lenguaje arcaico, que quizá se deba a que se expresa con el mismo vocabulario que en la Biblia. También creemos que tiene un cierto acento, no sabemos si es un dialecto o porque es de origen extranjero. Lo que destaca de él, según los testimonios, son sus ojos, que son descritos como oscuros, con una mirada demente. Soy de la opinión de que tenemos que concentrarnos en a dónde va después de los ataques. ¿Ha tenido acceso a un coche que tenía aparcado en las proximidades? ¿Tiene un escondite o vive por la zona?

La fiscal dirigió una mirada de agradecimiento a Tingström por el resumen de la situación que había hecho.

—¿Alguna otra idea o comentario? —preguntó Ingrid.

—Podríamos traer a un logopeda o a alguna persona con una formación especial que escuchara la grabación y ver qué interpreta —propuso Karin Falk.

—Buena idea. Encárgate de localizar a esa persona lo antes posible. ¿Más sugerencias?

El silencio habló por sí mismo e Ingrid dio por acabada la reunión. No le gustaba que la investigación quedase pausada durante el fin de semana, pero no había ningún argumento que hablara a favor de que estuvieran trabajando el sábado y el domingo. Sus compañeros necesitaban tener libres todos los fines de semana posibles. La línea directa de la policía tenía personal extra y Tingström había conseguido que hubiera un gran número de policías durante el fin de semana en Haga y Masthugget. Todos en el grupo estarían de guardia por turnos, según un horario que había confeccionado, por si el Profeta llamase. El reloj marcaba poco más de las cuatro. La reunión había sido muy rápida. Todos menos Tingström y Ann-Britt salieron de la sala. Se les oía hablar de lo que tenían planeado hacer durante el fin de semana.

—Parece que el trabajo fluye y tenéis un buen control del caso —dijo Ann-Britt, y miró a Ingrid.

—Son unos cuantos años de entrenamiento —contestó Ingrid con una pequeña sonrisa.

La fiscal fingió que no había captado la ironía de Ingrid.

—Sí, se nota.

—Todo lo relacionado con el caso debe estar en la Fiscalía —interrumpió Tingström, y se dirigió a Ann-Britt—. Teniendo en cuenta que tenías que irte a las cuatro y son y diez, tal vez puedas acabar de leer el caso. Y si necesitas más información o alguna aclaración, llámame a mí o a Ingrid.

La fiscal se levantó y metió resoluta dentro del maletín la libreta que había usado para apuntar durante la reunión.

—Soy consciente de que no sé todas las circunstancias del ascenso de vuestro anterior fiscal, Per Schildt. —Empezó a caminar hacia la salida, pero luego se detuvo y se dio la vuelta para dirigirse a Ingrid —: Una cosa, he sido sincera cuando te he dicho que vuestro trabajo fluye y que tenéis un buen control del caso.

Después desapareció cerrando la puerta. El repiqueteo de sus tacones se oía mientras se dirigía con premura hacia el ascensor. Ingrid y Tingström se miraron, poniendo los ojos en blanco.

—Nos ha tocado como pago por nuestros pecados.

—Amén —dijo Ingrid, y asintió ligeramente con la cabeza.

Ingrid tenía que irse a casa y acostarse temprano porque a la mañana siguiente había quedado para jugar al golf con Ewa y Helene. La derrota de la semana anterior todavía dolía y era hora de la revancha.

Sábado, 29 de abril

Hora 07:02

—Erik, cariño. No puedes estar diciéndolo en serio. Tienes que escucharme cuando te hablo.

Marta Cronström se retorció las manos y miró a su hijo a los ojos, preocupada. No se había acostumbrado a que se pareciera tanto a su padre. Sobre todo, cuando llevaba el alzacuellos blanco de sacerdote con el traje negro. Después de años de no tener contacto, había aparecido con una maleta y se había instalado en su casa. Sentados en la mesa de la cocina, había hablado sobre la policía femenina durante horas y ella se sentía muy cansada, cansada hasta la médula. La preocupación la consumía. Se había excedido. Su hijo movió la cabeza lentamente.

—No, madre.

Puso las manos sobre las de su madre y las presionó, decidido.

—Pero eran los pecadores a los que se tenía que castigar, no a… no me parece…

El golpe en la mejilla llegó rápido.

—Tiene que ser eliminada. El Señor ha hablado conmigo. Es la voluntad de Dios, y nosotros somos su instrumento.

Sábado, 29 de abril

Hora 18:09

El partido de golf con Ewa y Helene había ido bien, mucho mejor que el sábado anterior. El calor primaveral la había relajado y había disfrutado de estar al aire libre. Cuando llegó a casa sobre las cinco, pudo constatar que hacía diecinueve grados. Después de una ducha rápida, se vistió y metió en una mochila un jersey grueso y unas botellas de vino. Había prometido a Helene, que vivía en el barrio de Majorna, que estaría como muy tarde a las siete en su casa. No le había bastado el partido de golf y quería continuar disfrutando del buen tiempo, así que decidió coger la bicicleta. Bajó por la Avenida y pudo ver a la gente sentada en las terrazas con su ropa nueva de tiempo primaveral. Después de unos metros, giró para ir por la calle Vasagatan y se sorprendió de la cantidad de personas que estaban paseando. Cogió la calle Sprängkullsgatan para luego girar por Haga Nygata, donde tuvo que ir con cuidado de no atropellar a ningún peatón. Cuando se acercaba a la plaza Järntorget, percibió que la presión de la rueda delantera había bajado y que la llanta golpeaba el empedrado de la calle. Después de notarlo durante un rato, se bajó de la bicicleta y comenzó a caminar. No pasaba nada, tenía tiempo de sobra.

Desde Järntorget siguió por la calle Andra Långgatan. Fue una elección tonta porque le recordaba al caso cuando lo que estaba intentando era desconectar durante el fin de semana, pero por otro lado era el camino más corto. Pensó que era la tercera vez que pasaba por esa calle en poco tiempo y que ahora era más consciente de lo que la rodeaba. Un poco más adelante, reconoció el sitio donde la policía y la ambulancia habían encontrado el cadáver de Lars-Ove Karlsson. No quedaba ninguna huella del suceso y las cintas policiales hacía tiempo que se habían retirado. Intentó no pensar en el caso y concentrarse en la cena con Helene y Ewa. Helene le había preguntado si quería que cocinara algo en concreto, pero Ingrid había contestado que le daba igual mientras fuera un plato que maridara con vino de Brunello. Helene le había contestado que, si se encargaba del vino, ella cocinaría algo adecuado.

Por instinto o intuición, levantó la vista al pasar por delante de la ventana de Marta Cronström. Cuando se encontraba casi frente a la

casa, su mirada se cruzó con los ojos grises y penetrantes de la anciana. Seguramente, la había visto llegar y había esperado a que alzara la vista para mirar en su dirección. «¿Por qué no intenta ocultar su curiosidad como suele hacer?», pensó justo en el momento en que Marta la saludó levemente con la mano. Ella correspondió el saludo con un movimiento de cabeza sin abandonar el contacto visual. Entonces Marta le indicó con un gesto más decidido que subiera a verla. Ingrid se señaló a sí misma y al portal, y la anciana asintió con una seria sonrisa. Ingrid miró la hora. Eran las seis y treinta y cinco. Le daría tiempo de averiguar qué quería la señora y de llegar puntual a la cena. Miró hacia la ventana y vio que Marta se había levantado. Ingrid señaló al portal y ató la bicicleta en la entrada.

Tras un ligero zumbido, la puerta se abrió. Como la vez anterior, subió las escaleras rápidamente. La puerta del apartamento de Marta estaba entornada, Ingrid la abrió y entró en el vacío vestíbulo.

—¡Entra y cierra la puerta! —gritó Marta desde la cocina.

Ingrid hizo lo que le pidió. No se quitó los zapatos ni la chaqueta. Atravesó el corto pasillo en dirección a la cocina. Vio que la puerta del dormitorio estaba cerrada. La vez anterior estaba abierta, y recordaba la cama de una plaza y el enorme crucifijo de madera que colgaba de la pared. En ese momento oyó un ruido detrás. Iba a girarse cuando sintió un fuerte golpe en la nuca y todo se volvió negro.

Sábado, 29 de abril

Hora 20:37

Helene repartió lo que quedaba del cava entre ella y Ewa.

—No entiendo por qué no nos llama ni contesta al móvil.

Hacía hora y media que Ingrid tenía que haber llegado. La mesa estaba lista y en el horno había una fuente con patatas al gratín. No les quedaba mucho para que estuvieran demasiadas secas para comerlas. El filete de cordero todavía estaba sumergido en el marinado, donde esperaba a ser asado en el último minuto para estar lo más jugoso posible. De primer plato, Helene había hecho tostadas con huevas de pescado blanco. Helene y Ewa ya se habían comido las suyas mientras esperaban. Al principio se habían reído «Esta Ingrid siempre está igual», pero la chanza había pasado a una creciente irritación.

—Bueno —dijo Helene mientras giraba su copa vacía—. Tengo un hambre que me muero. Creo que no hace falta esperarla más.

Ewa miró su reloj.

—Estoy de acuerdo. Deja que la llame una última vez.

Los tonos se sucedieron y saltó el contestador, donde pedía que dejaran un mensaje. Ewa negó con la cabeza y dejó el móvil. Comieron en silencio y, una hora después, Ewa volvió a intentar hablar con Ingrid.

—Estoy empezando a preocuparme.

Ewa se levantó y miró por la ventana.

—Yo también —reconoció Helene—. Quizá le haya pasado algo. ¿Y si la han atropellado? Porque supongo que habrá cogido la bicicleta para venir, ya que iba a beber vino. No creo que haya cogido el coche.

—Voy a ver si sale algo en la red.

Ewa entró en la página web del periódico local Göteborgs Posten y, después de haber navegado entre los titulares, se rindió.

—¿Crees que vale la pena llamar a urgencias?

—No, no suelen dar información, pero quizá podría ayudarnos alguno de sus compañeros de trabajo.

Helene se fue al vestíbulo, donde tenía su bolso. Después de un rato buscando, agitó una tarjeta en la mano. Ponía «Thomas Andersson». Marcó el número y, después de tres tonos, Thomas contestó. Helene le explicó quién era y por qué lo llamaba.

—En la comisaría no está. No ha estado en todo el día. Espera un momento, voy a comprobar si ha habido algún accidente en el que haya estado presente la policía o las ambulancias.

Helene intentó mantener la calma respirando hondo mientras esperaba. Al cabo de unos minutos, Thomas volvió.

—No. No hay ningún accidente en el cual una persona de la descripción de Ingrid esté involucrada. Y se fue de aquí ayer a las cuatro. He hablado con el jefe de guardia y enviarán un coche a casa de Ingrid para ver si está allí. A lo mejor se ha olvidado de que tenía que cenar con vosotras y el móvil está apagado o sin batería.

Helene y Ewa se miraron. Tenían la misma sensación.

—No —dijo Helene, más convencida que antes—. Tiene que haberle pasado algo.

Domingo, 30 de abril

Hora 05:23

Ingrid tenía frío, tenía tanto frío que todo el cuerpo le temblaba. El dolor de cabeza era casi insoportable. Después de un rato, se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos pero que todo estaba oscuro a su alrededor. Yacía en un suelo de cemento húmedo, con las manos atadas a la espalda. De repente, fue como si su cerebro se diera cuenta de que algo andaba mal, y la adrenalina comenzó a bombear con fuerza por su cuerpo. Su boca estaba cubierta con cinta aislante, y cuando se dio cuenta de ello, comenzó a respirar agitadamente por la nariz hasta casi desmayarse de nuevo. «Espabila, Ingrid —pensó—, estás hiperventilando… Cálmate… Cálmate… Cálmate… Respira poco a poco por la nariz y todo irá bien». Después de lo que le pareció una eternidad, logró respirar por la nariz de una forma tranquila y se concentró en intentar hacerse una idea de su situación. Intentó mover las piernas y los pies, pero no pudo: estaban atados al igual que sus manos. Olía a cerrado y a humedad, como si estuviese en un sótano viejo. Enseguida se acordó de Marta Cronström, que la había saludado desde la ventana y cómo ella había entrado en su casa. Después, todo se volvió negro. Le costaba mantenerse consciente. No podía concentrarse, los pensamientos se desvanecían. Había hecho un gran esfuerzo por mantener la calma para respirar tranquila y entender qué le había pasado. Lentamente, volvió a sumirse en la inconsciencia.

Domingo, 30 de abril

Hora 06:15

Thomas se paseaba por la sala para mantenerse despierto, ahogó un sonoro bostezo. Ni una sola llamada del Profeta en toda la noche. Había tenido unas cuantas llamadas de la amiga de Ingrid, Helene, que quería que entraran en su casa para comprobar que no le había pasado nada. La última llamada, hacía media hora, y había sonado histérica. Ingrid podía haberse caído y golpeado o estar enferma sin posibilidades de pedir ayuda. Había intentado calmarla. No se podía forzar la entrada de la casa de alguien por motivos tan vagos. Lo más seguro era que se hubiese quedado dormida con el móvil apagado. Thomas no tenía ganas de enfrentarse al mal humor de Ingrid. La patrulla que habían enviado a su casa la noche anterior había comunicado que la luz estaba apagada y que la puerta y las ventanas estaban cerradas. También habían mirado alrededor de la casa por si hubiera algún daño o indicio de un allanamiento de morada. El coche de Ingrid estaba aparcado en la parte delantera de la casa.

Durante la espera, había aprovechado el tiempo para leer informes sobre el caso, pero no se le había ocurrido nada nuevo. Realmente necesitaban la ayuda de un profesional para entender la personalidad del asesino. Una persona que se acercara al caso desde otra perspectiva. Thomas se frotó los ojos y bostezó sonoramente. Pronto vendría el relevo y podría irse a dormir unas horas.

—Buenos días.

Thomas se giró y vio a una sonriente Karin.

—Bueno días. Ha sido una noche tranquila. Nadie ha llamado y los policías tampoco han visto o detenido a ningún sospechoso. Me pregunto qué estará haciendo nuestro Profeta.

Karin se encogió de hombros y se sentó en una silla.

—Me cuesta creer que lo deje después de la insistencia con la que ha estado llamándonos. Además, hoy es domingo. Esperemos que no se haya decidido por una nueva víctima de su fanatismo religioso.

Thoma asintió mientras recogía sus cosas y se ponía la chaqueta.

—Por cierto, ¿has hablado con Ingrid?

—No desde el viernes. ¿Por qué me lo preguntas?

—La amiga de Ingrid, la que es diaconisa, ha llamado un par de veces y está preocupada. Tenían que verse ayer y no apareció.

—Sí, ¿y?

—Bueno, no he podido aclararlo. Pensaba… Bah, no es nada. Ahora me voy a casa. Necesito dormir. ¿Hay algo que necesites saber antes de que me vaya?

—No, tranquilo. Vete, ya nos veremos en la reunión del lunes.

Thomas se detuvo en el quicio de la puerta.

—¿Crees que el Profeta podría haber atacado a Ingrid?

En el mismo momento en que lo dijo, se dio cuenta de que era muy probable.

—¡Mierda! —exclamó Nina—. Por eso no ha llamado. Ingrid debe haber descubierto algo.

—Ahora mismo llamo a Tingström.

Thomas sacó el móvil del bolsillo.

Domingo, 30 de abril

Hora 07:52

Cuando volvió a despertarse, tenía tanto frío que temblaba, pero el dolor de cabeza no era tan intenso. Olía a sótano húmedo, pero a algo más. Amoniaco. Olía a amoniaco, y enseguida entendió que el olor provenía de ella. Todavía estaba muy oscuro y no podía ver nada. Se dio cuenta de que nadie sabía dónde se encontraba. Era posible que Helene y Ewa pensasen que le había pasado algo. La cuestión era qué habían hecho. Si habían contactado con Tingström o con sus compañeros, era posible que se hubiera iniciado una búsqueda. La bicicleta. Helene y Ewa se darían cuenta de que faltaba la bicicleta. La había dejado delante del portal de Marta Cronström, pero era difícil que una bicicleta atada llamase la atención. Cabía la posibilidad de que la persona que la había golpeado hubiera escondido la bicicleta. La anciana le había dicho desde la cocina que entrase y poco después fue golpeada. Ingrid se acordó de que en una visita anterior al piso había oído un ruido en el cuarto de baño y en el mismo momento vio como una sombra de miedo en los ojos de Marta. ¿Vivía o se escondía alguien más en el apartamento de la señora? ¿Quién? ¿Era el Profeta del Juicio Final?

Su marido había muerto hacía años. Se acordó de las fotografías en blanco y negro que había en la estantería. Intentó recordarlas con más nitidez. ¿No había una foto de familia con una mujer sentada con un bebé en su regazo y un sacerdote detrás de ella? ¿Podían ser Marta y su marido? Pero había mucha gente en la fotografía, y ahora tampoco sabía a ciencia cierta si la persona que había detrás de la mujer vestía con alzacuellos. Después pensó en todos los dichos religiosos bordados, la cruz de madera sobre la cama y su declaración de que el Señor tiene que castigar a los desobedientes. Coincidía con la idea que se habían hecho del asesino. ¿A quién protegía? Ingrid tenía un vago recuerdo de que la anciana había mencionado a un hijo. Solo una madre defendería y protegería a alguien a cualquier precio. Eso también explicaría cómo el asesino desaparecía de la escena del crimen con facilidad.

La historia de Angelina solo había sido una distracción que no les había dejado concentrarse en otros indicios más obvios. Darse cuenta de ello le provocó náuseas, que a su vez le dieron pánico. Con la boca

tapada no se podía vomitar, y el vómito caería poco a poco en sus pulmones, ahogándola. Comenzó a hiperventilar de nuevo. Ingrid intentó calmarse como la vez anterior, pero ahora le resultaba más difícil y sentía cómo se le encogía el estómago.

Después de un par de intentos, logró ponerse bocabajo y se frotó con fuerza la cara contra el suelo. Sus pulmones resentidos pedían aire, y cuando estaba a punto de perder el sentido, la cinta aislante se soltó. Un gusto a hierro que provenía de la sangre se apoderó de su boca, y logró respirar hondo antes de comenzar a vomitar copiosamente.

Domingo, 30 de abril

Hora 09:23

Nilsson alzó la vista del ordenador y carraspeó varias veces para llamar la atención de los reunidos. Había preocupación en el ambiente y el estrés podía leerse en las caras serias del grupo.

—No podemos localizar el móvil porque no tiene activa esta función. La última llamada se hizo desde su casa y fue a Helene Högström.

Tingström había dado órdenes a un equipo para que entrara en la casa de Ingrid después de la llamada de Thomas. Un plano del centro de Gotemburgo llenó la pantalla. Tingström hizo un movimiento de cabeza y señaló un punto con un bolígrafo.

—Aquí, en Lyckansväg 2, vive Ingrid. Y es el último sitio en el que sabemos que ha estado. Ayer jugó a golf con unas amigas y ellas la dejaron delante de su casa a las 17 horas. La idea era que Ingrid iría a casa de Helene Högström a las 19 horas. —Tingström señaló otro punto del plano—. Tenía que ir aquí, a la calle Såggatan 40. Como sabemos, nunca llegó. Según Helene Högström, Ingrid tenía pensado desplazarse en bicicleta. Sus amigas nos han dicho que tiene una bicicleta roja con una cesta de la marca Skeppshult. Hay varias formas de llegar al domicilio, pero debemos suponer que escogió el camino más rápido, ¿qué creéis vosotros?

Todo el mundo estaba de acuerdo, así que Tingström señaló el domicilio de Ingrid y comenzó a recorrer el posible camino con el bolígrafo hasta pararse en la plaza Järntorget.

—Aquí no sabemos si eligió la calle Första Långgatan o Andra Långgatan, pero yo creo —Tingström cambió de imagen. Ahora se veía un plano detallado de las calles con puntos en los lugares donde se habían encontrado a las víctimas y donde las diversas observaciones de los testimonios estaban marcadas—, creo que Ingrid eligió Andra Långgatan para mirar algo.

El sonido del móvil de Karin los sobresaltó a todos. Karin respondió con rapidez.

—Se trata de Lagergren, del Departamento de Intervención —explicó—. Esperan nuestras instrucciones.

—Bien —dijo Tingström—. Haced copias de las fotografías de Ingrid, su bicicleta y los planos. Tendrán que repartirse por todo el

trayecto y concentrase en Haga y en la calle Andra Långgatan.

Tingström esperó a que Karin acabara de hablar para dar las instrucciones al resto del grupo.

—Mientras esperamos novedades, quiero que volváis a leer los interrogatorios a los testigos y los informes, a ver si hay algo que se nos haya pasado por alto.

Domingo, 30 de abril

Hora 10:44

Bertil Nilsson estaba profundamente sumido en la lectura del Quinto Libro de Moisés. «La gente tampoco estaba bien de la cabeza en esa época», constató. La religión siempre ha sido una excusa para manipular, maltratar y matar sin escrúpulos. Las cruzadas, la Inquisición española y la persecución de los judíos, por ejemplo. Se frotó la nuca y se colocó las gafas, que se habían deslizado un poco. En algún sitio de Gotemburgo había un loco fanático con la misión autoimpuesta de limpiar la ciudad de personas que consideraba pecadores según la Biblia. Una discreta tos lo hizo abandonar la lectura. Boberg estaba delante de él con un fajo de folios en la mano.

—Hemos recibido más listas de jugadores de críquet de Londres. Las meteré sin ordenar en la base de datos del caso. Solo quería saber si las quieres, las he impreso sin querer. —Le dedicó una sonrisa disuasiva.

La primera reacción de Nilsson fue decir que no, pero luego se lo pensó. Sería agradable dejar de mirar la pantalla del ordenador, y alguna cosa tenía que hacer. Se levantó y extendió la mano.

—Ya que las has impreso, las miraré.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Boberg.

Nilsson, irritado, sacudió la cabeza.

—No, ni una palabra. Ni una maldita palabra. ¿Querías algo más?

Boberg contestó con una sonrisa torcida:

—No. No voy a molestarte más si era eso lo que querías decirme.

—Bien —dijo Nilsson—. Cierra la puerta al salir.

Nilsson suspiró cuando por fin se quedó solo y volvió a colocarse las gafas. Se reclinó en la silla, abrió uno de los cajones del escritorio para poner los pies encima y empezó a leer las listas manuscritas con los nombres de jugadores, los resultados de los partidos y otros detalles. Los ingleses tampoco estaban bien de la cabeza. Un nombre unas líneas más abajo hizo que se acercara el papel a la cara para volver a leerlo antes de coger el móvil.

—Tingström, creo que sé dónde está Ingrid.

Domingo, 30 abril

Hora 11:06

A lo lejos, como en una bruma, Ingrid oyó voces. Voces alteradas. Intentó despertarse, gritar, pero la cinta aislante volvía a cubrir su boca. El dolor hacía que su consciencia quisiera seguir sumergida en la bruma, pero hizo un esfuerzo para concentrarse y espabilar. Las voces se oían más claras. Sintió un escalofrío, hablaban sobre algo que iba a suceder esta noche. O sea, tenía que ser hoy, pero ¿qué día era? ¿Domingo? Ingrid abrió un poco los párpados, la luz de los fluorescentes le provocó dolor en los ojos. Movió un poco la cabeza en dirección de las voces. Lo único que podía ver sin descubrir que estaba despierta era la espalda de una persona vestida de negro. Después, se apagó la luz. Oyó cómo una puerta se abría, se cerraba y el sonido del girar de una llave en la cerradura. Las voces se habían ido. No sabía de qué habían hablado, pero por el tono parecían estar en desacuerdo. Ahora sabía dónde se encontraba la salida. Intentó mover el cuerpo en esa dirección, pero este se negaba a obedecer. Sus manos y pies estaban dormidos.

Domingo, 30 de abril

Hora 11:21

Thomas y los compañeros de la fuerza de intervención rápida se movían ágiles, pegados a la pared. La calle estaba cerrada. Sobre sus cabezas volaban drones. Toda la zona estaba rodeada por la policía. Thomas palpó el auricular para asegurarse de que estaba fijo en su sitio. El compañero responsable informó de que estaban en el portal y recibió permiso para entrar. Cogieron posiciones a ambos lados del portal y un policía abrió la puerta con una ganzúa electrónica. Subieron la escalera y volvieron a colocarse a ambos lados de la puerta del apartamento. Thomas llamó al timbre y golpeó la puerta. El silencio de los compañeros era total. El corazón de Thomas palpitaba con fuerza debajo del chaleco antibalas y respiró por la nariz para no jadear. La adrenalina corría por su cuerpo y sus sentidos estaban al máximo. De repente, se oyó un ruido en la puerta y esta se abrió unos centímetros. Thomas intentó meter el pie, pero la cadenita de la puerta se lo impidió. Tuvo tiempo de ver los ojos asustados de una señora mayor. El compañero que tenía un ariete se puso delante de la puerta y en dos golpes estaban dentro. En el vestíbulo, delante de ellos, estaba Marta Cronström paralizada de miedo. Dos de los policías se la llevaron del piso en volandas. Thomas y los demás siguieron. En el dormitorio vieron la espalda de un hombre que estaba a punto de escapar por la ventana.

—¡Alto! —gritó uno de los policías, apuntándole con una pistola.

El hombre los miró con odio, pareció dudar. Thomas se lanzó hacia delante, consiguió cogerle el brazo y lo arrastró hacia dentro. Lo puso bocabajo y lo presionó contra el suelo. Colocó sus brazos a la espalda y le puso una rodilla encima para que no pudiera moverse.

—¡No hay nadie más! —gritó uno de la fuerza de intervención rápida.

Thomas presionó los brazos del hombre hacia su cabeza y se inclinó hacia él.

—¿Dónde está Ingrid? —preguntó.

Como no recibió más que un chillido en respuesta, presionó los brazos del hombre más todavía. La rabia le recorría el cuerpo y tenía ganas de golpear la cabeza del hombre contra el suelo para hacerle hablar. Una mano se posó sobre su hombro.

—Déjalo. Nos encargaremos de él.

Thomas no soltaba al hombre.

—¡Ahora!

Thomas lo hizo. Dejó que otros se encargaran del prisionero. Con pasos decididos fue a la escalera, se quitó el casco y lo arrojó delante de los pies de Marta. La mujer lloraba y sus ojos reflejaban un terror sin fondo. Todo su cuerpo temblaba.

—¿Qué habéis hecho con ella? —gritó Thomas manteniendo la mirada en la mujer—. ¿Dónde está Ingrid?

—En el sótano… Yo no quería… Intenté impedirlo.

Thomas no esperó a los demás. Le quitó el ariete al compañero y bajó las escaleras corriendo hacia el sótano. Era un pasillo con varias puertas a ambos lados. La primera puerta era del cuarto de lavado. Entró en la siguiente puerta y allí había una serie de trasteros numerados.

—¡Ingrid! ¿Me oyes?

Contuvo la respiración, dio unos pasos y volvió a gritar. Cuando iba a forzar la primera puerta, le pareció oír un ruido débil. Agudizó el oído y se dio cuenta de que venía del trastero que tenía detrás. Utilizó todas sus fuerzas para abrir la puerta con el ariete. Finalmente, la puerta cedió. Un olor a orina y moho le golpeó. Le pareció ver a alguien en el suelo a unos metros. Buscó por la pared y, finalmente, encontró un interruptor. Lo que vio lo hizo perder la respiración y gritar con todas sus fuerzas.

Domingo, 30 de abril

Hora 12:17

El ambiente en la sala de reuniones estaba cargado. Todos estaban callados y tensos. La espera era casi insoportable. Sabían que la fuerza de intervención rápida estaba dentro del edificio. Nilsson carraspeó con fuerza y todos se giraron hacia él.

—He recibido más información de Londres. Un misionero sueco, Carl Cronström, jugó en un equipo de críquet de Sudáfrica entre 1934 y 1939. Es muy posible que el bate de críquet que enviamos sea de esos años. Este Cronström trabajó entre 1932 y 1969 en la misión junto a su esposa Marta. Después de la muerte del marido, ella volvió a Suecia. Tuvieron un hijo que se llama Erik.

—¿Tienes una foto del hijo? —preguntó Karin.

El móvil de Tingström sonó y la atención pasó a él.

—¿Sí? —Tingström asintió un par de veces—. Gracias. —Dejó el móvil. La voz se le quebró cuando habló—: ¡Vive! ¡Se encuentra en mal estado, pero vive y va camino del hospital en una ambulancia!

Lunes, 1 de mayo

Hora 13:26

—Se está despertando, avisa a la enfermera. Abre los ojos.

Ingrid oía la voz de Helene y luchaba por mantenerse despierta. Le pinchaban los ojos y le dolía mantenerlos abiertos, pero no le dolía nada más. El dolor de cabeza había desaparecido. Tenía la sensación de que su cuerpo flotaba.

—Ingrid, Ingrid. Ya ha pasado todo. Estás en el hospital. ¿Me oyes? ¿Comprendes lo que te digo? Soy Helene, Ewa también está aquí. Ya ha pasado todo.

Los párpados le pesaban mucho, pero quería ver a Helene y a Ewa. Abrió la boca para preguntarles por qué lloraban y reían a la vez, pero la tenía tan seca que no podía pronunciar ni una palabra.

—No hace falta que digas nada. Estamos contigo todo el tiempo. Ya ha pasado todo. Necesitas descansar.

Ingrid no entendía qué quería decir. Después vio entrar a una enfermera con una jeringa en la mano. Soltó la vía, que estaba conectada con un tubo a la flexura de su codo, de la bolsa e introdujo la aguja de la jeringa. Después, todo se volvió negro.

Lunes, 22 de mayo

Hora 10:05

Todavía le dolían un poco las heridas de la cara que se estaban curando. Ingrid se ciñó inconscientemente un poco más la rebeca a pesar de que hacía veinticinco grados afuera y que casi hacía la misma temperatura dentro. No le bastaba. El recuerdo de haber estado en aquel sótano húmedo atada y amordazada con cinta adhesiva le había dejado una profunda huella. Más profunda de lo que se hubiera podido imaginar. Siempre había pensado que estaba mejor preparada que otros para superar una situación así, pero ese no había sido el caso.

Tingström la miró con preocupación.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

Aunque en realidad tenía terribles pesadillas casi cada noche. Las peores, cuando le faltaba el aire. No sabía cuántas noches se había despertado a causa de sus propios gritos roncos, respirando agitadamente y con el corazón desbocado.

—Había pensado volver al trabajo.

Tingström la observó.

—No hay prisa. Hemos podido demostrar la culpabilidad del hijo de Marta Cronström en los ataques de Lars-Ove Karlsson, el chantre Wilhelmsson y Torgny Andersson por medio de las huellas dactilares y el ADN.

—¿Ha confesado?

—Sí, pero es casi seguro que será condenado a internamiento siquiátrico penal porque no está…, bueno, no está sano. Solo habla de lo contento que Dios está con él por lo que ha hecho en su nombre.

Ingrid sacudió con la cabeza.

—¿Y la madre, Marta? ¿Qué relación tenía con los ataques y los asesinatos?

—Probablemente, ninguna. El hijo apareció a mediados de febrero en su casa con una maleta y se instaló. Hemos podido comprobar que entró en el país proveniente de Sudáfrica el dieciséis de febrero, así que coincide con su testimonio. Marta Cronström declaró que le tenía miedo y que intentó impedir lo que hizo, pero que él la golpeaba y amenazaba. No le quedaba otro remedio que obedecer, esperar a que

se fuera o que la policía impidiese que siguiese comportándose de una forma tan poco cristiana.

—Vaya caso —dijo Ingrid—. Hay cada historia. Tuvimos suerte o hicimos bien nuestro trabajo. La cuestión es que al final lo atrapamos.

Tingström asintió con la cabeza.

—Sí, estoy completamente de acuerdo.

Domingo, 28 de mayo

Hora 04:21

Marta Cronström se sentó en la mesa de la cocina donde la Biblia la esperaba. La abrió por el Quinto Libro de Moisés y fue pasando las páginas hasta llegar al capítulo 27, donde dejó que su dedo se deslizara por la página hasta llegar al versículo 16. Se humedeció los labios y carraspeó antes de leer en voz alta:

—Maldito el que deshonrare a su padre o a su madre.

Asintió, completamente de acuerdo con lo que acababa de leer. Siguió con el dedo hasta detenerse en el versículo 26.

—Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas.

Le había dado una oportunidad a su hijo de ser una herramienta de la misericordia del Señor. Al principio, él había escuchado y hecho todo lo que ella le había ordenado. Luego pasó algo, tal vez la visita de la inspectora, no lo sabía a ciencia cierta, pero ya no quería obedecerla. De nada sirvieron las palabras o las amenazas.

Marta miró por la ventana. Una muchacha, que llevaba un vestido corto con escote y el pelo suelto sobre sus hombros, caminaba por la calle moviendo las caderas con una sonrisa. Torció el gesto en desaprobación. Ninguna mujer decente iba vestida de esa forma a esas horas de la noche. Por desgracia, desde donde estaba poco podía hacer, sin embargo, Jesús la veía con seguridad y con el tiempo el Señor la castigaría.

Marta volvió la vista a la Biblia. Concretamente, a su capítulo favorito del Quinto Libro de Moisés, el 28, porque sentía que las palabras fueron escritas para ella. Una vez más, leyó en voz alta y articulada. Dentro de ella sentía cómo crecía el calor de la certidumbre de que esas palabras fueron escritas pensando en ella.

—Si oyeres atentamente la voz de Jehová, tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová, tu Dios, te exaltará sobre todas las naciones de la Tierra. Vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyeres la voz de Jehová, tu Dios.

Table of Contents

Cover Page
Portada
Página del título
Copyright
Prólogo
Lunes, 17 de abril: Hora 08:53
Lunes, 17 de abril: Hora 15:01
Martes, 18 de abril: Hora 7:30
Martes, 18 de abril: Hora 10:13
Martes, 18 de abril: Hora 11:52
Martes, 18 de abril: Hora 13:59
Martes, 18 de abril: Hora 15:08
Miércoles, 19 de abril: Hora 07:15
Miércoles, 19 de abril: Hora 09:33
Miércoles, 19 de abril: Hora 10:12
Miércoles, 19 de abril: Hora 15:35
Jueves, 20 de abril: Hora 07:37
Jueves, 20 de abril: Hora 15:27
Viernes, 21 de abril: Hora 04:34
Viernes, 21 de abril: Hora 07:45
Viernes, 21 de abril: Hora 09:03
Viernes, 12 de abril: Hora 10:58
Viernes, 21 de abril: Hora 15:56
Viernes, 21 de abril: Hora 20:32
Viernes, 21 de abril: Hora 23:47
Sábado, 22 de abril: Hora 07:03
Domingo, 23 de abril: Hora 10:14
Domingo, 23 de abril: Hora 19:58
Lunes, 24 de abril: Hora 05:20
Lunes, 24 de abril: Hora 07:03
Lunes, 24 de abril: Hora 09:57
Lunes, 24 de abril: Hora 13:14
Lunes, 24 de abril: Hora 14:37
Lunes, 24 de abril: Hora 16:14
Lunes, 24 de abril: Hora 18:32
Lunes, 24 de abril: Hora 20:34
Martes, 25 de abril: Hora 04:26
Lunes, 25 de abril: Hora 07:22
Martes, 25 de abril: Hora 11:02
Martes, 25 de abril: Hora 13:37

Martes, 25 de abril: Hora 15:29
Martes, 25 de abril: Hora 19:09
Miércoles, 26 de abril: Hora 05:48
Miércoles, 26 de abril: Hora 10:04
Miércoles, 26 de abril: Hora 15:07
Jueves, 27 de abril: Hora 07:56
Jueves, 27 de abril: Hora 15:00
Jueves, 27 de abril: Hora 16:13
Viernes, 28 de abril: Hora 05:52
Viernes, 28 de abril: Hora 08:45
Viernes, 28 de abril: Hora 13:32
Viernes, 28 de abril: Hora 14:26
Sábado, 29 de abril: Hora 07:02
Sábado, 29 de abril: Hora 18:09
Sábado, 29 de abril: Hora 20:37
Domingo, 30 de abril: Hora 05:23
Domingo, 30 de abril: Hora 06:15
Domingo, 30 de abril: Hora 07:52
Domingo, 30 de abril: Hora 09:23
Domingo, 30 de abril: Hora 10:44
Domingo, 30 abril: Hora 11:06
Domingo, 30 de abril: Hora 11:21
Domingo, 30 de abril: Hora 12:17
Lunes, 1 de mayo: Hora 13:26
Lunes, 22 de mayo: Hora 10:05
Domingo, 28 de mayo: Hora 04:21